

# EL HOMBRE VASCO

## ÍNDICE

I. Pórtico .....	
U. El hombre vasco prehistórico .....	
III. El hombre vasco histórico .....	
IV. Los vascos: genio y figura .....	
V. La lengua vasca .....	
VI. Los apellidos vascos .....	
VII. Gonzalo de Bereeo .....	
VIII. El renacimiento: Don Carlos, Príncipe de Viena .....	
I.. Bernardo D*Etxepare .....	
X. Navios y navegantes vascos .....	
XI. El vasco Francisco de Vitoria .....	
XII. Fray Juan de Zumarraga .....	
XIII. Sabino de Arana y Goiri .....	
XIV. Pedro de Enbeitia, el bardo de Euzkadi	
XV. Jesús de Galíndez .....	
XVI. Nicolás Ormaetxea, "Orixe" .....	
XVII. José Antonio de Aguirre Lecube .....	
XVIII. A una mujer vasca .....	
-----	

## PÓRTICO LA MONTAÑA Y EL MAR

MENDI, — Yo soy Mendi, la montaña. Mis formas y Sombres son innumerables, pero es uno solo mi espíritu: aquel que al erizar, en un gesto de altivez, este viejo rincón de la tierra, creó en él para siempre un baluarte de la libertad.

ITXASO. — Mi nombre es Itxaso, tu compañero de siempre; mis olas vienen mordiendo y besando tus flancos por los siglos en arranques sucesivos de ternura y furor. Pero yo te amo, simplemente porque he visto, a través de los milenios de nuestra dura lucha, que eres tan altiva como yo mismo.

MENDI. — La Historia no sabe ni quizá sepa nunca los siglos que hace que yo albergue a la gente eus-kalduna. Pero mis cuevas cuentan su existencia aquí por milenios. Yo los he visto persiguiendo a las fieras con hachas de piedra y aplastando a los guerreros de Carlomagno con rocas que hacían rodar de mis cumbres. Los he contemplado en éstas celebrando el plenilunio y a

dorando a Urtzi, el señor del trueno, y los he mirado también reunidos bajo el árbol y entregados para siempre al culto del Señor de lo alto, el buen Jatngoikoa. Los siglos han hecho en ellos, como en todo, mil mudanzas, pero hay dos cosas de que no han podido ni podrán jamás abdicar sin renunciar a su mismo ser; el euskera sonoro con que bautizó a todas mis crestas y su pasión por la libertad. El primero es quizá tan antiguo como yo misma, pero de la segunda creo poder decir que me son deudores.

ITXASO. — Siempre tan orgulloso, Mendi. A oírte a tí sola, habría que creer que sólo tú has sido la madre y maestra de esta gente grave y jovial, antigua y eternamente moza que siempre gustó tanto de retratar su perfil aguileño en el espejo de mis aguas. Olvidas que yo fui siempre y en todas partes para los hombres la gran maestra de libertad. Y desde que en las edades brumosas los euskaldunas salieron los primeros a la caza del monstruo de mis aguas, yo les enseñé mi canción, la canción que quien una vez la aprende, ya nunca puede olvidar. Ella resuena mejor que en otra parte alguna sobre la inmensidad de mis olas en las que se refleja el parpadeo de las estrellas armoniosas.

MENDI. — La gente vasca es obra mía. ¿Quién .sino yo la moldeó? Son mis galas los viejos caseríos que parecen brotados de mi mismo seno y en ellos di yo al vasco abrigo, escuela y santuario; permanencia y continuidad. En el caserío creció respirando esa independencia y ese personalismo tan inseparablemente suyos y que ha sabido defender siempre a costa de todo. Y yo formé a esos defensores del monte cuyo nombre son Lekobide o Jaun Zuria, Amandarro o Zumalacarregui o que sin nombre recordado, es aquel de nuestros gudarís que se inmoló con más heroísmo y abnegación que nadie por la causa de la libertad.

ITXASO. — Supongo que no renegarás de tu costa. A lo largo de ella, allá donde mis ríos son más hondos, florecen los puertos llenos de color, bullicio y acres olores. Mira a los niños que corren descalzos, a las mujeres afanosas y sonoras y a los hombres de pupila cargada de ensueños. A esos ¿quién los formó? ¿Y quién encendió en el espíritu de la raza ese irreprimible afán de aventura? Si no por mí, ¿tendría ella a Elkaao y Lakosa, a Urdaneta y Legazpi, a Okendo y Churruca? ¿Tendría quizá a sus fundadores y colonizadores y misioneros: Garay, Zabala, Irala, Anchieta, Lasnen, Xabier...? Y si de morir por la libertad se trata, todavía son de ayer los héroes del "Nabarra". Y estoy aun por ver sobre la superficie de mis aguas algo más estupendo que su gesta.

HENDÍ. — Tú arrancas de la tierra a millares de sus mejores hijos y los llev

as con tus cantos de sirena por senderos que nunca verán su retorno. Has sido la gran devoradora de la raza.

ITXASO. — Tal vez porque tú no les enseñaste a volver. En nuestra lucha de siglos creamos entre los dos una estirpe vigorosa a la que siempre han de tentar las empresas audaces. Su tierra —la tuya— era pequeña y pobre y entonces hubo de tomar por mis caminos infinitos, para perderse frecuentemente en ellos, lo confieso, pero no fue culpa mía o no fue sólo mi culpa.

HENDÍ. — Sí, es verdad: entre los dos la formamos, necesita de los dos para vivir y sólo con los dos se salvará. En el fondo mismo de su subconciencia, yo soy lo permanente, tú, la adaptación: yo la energía que resiste, tú el golpe que moldea; tú la algazara, la despreocupado» y la aventura; yo la gravedad, la previsión y el hogar. Y únicamente la perfecta armonía de nuestros dones podrá nacer rico y fuerte a este pueblo que tanto amamos porque lo engendramos ambos en una fecunda lucha de siglos y que por siglos habremos aun de sostener, tú Itxaso, y yo Mendi; la montaña y el mar.

## PREHISTÓRICO

Sabios de todas las nacionalidades y, concretamente, varios nuestros de categoría internacional, se han ocupado de este tema en el que fueron precursores Itu-rralde y Ansoieaga en Navarra, Apraiz y Baraibar en Álava, etc., hasta llegar en 1916 a constituirse aquella trinidad de antropólogos que tan brillante y eficazmente han estudiado al hombre vasco prehistórico y que fueron Aranzadi, Barandkran y Eguren que, trabajando en equipo muy frecuentemente, obtuvieron tan felices resultados, & los cuales nos atendremos aquí.

La Edad Cuaternaria, aquella en que el hombre aparece sobre la tierra, se divide científicamente en varias épocas constituidas por el Paleolítico Inferior, el Medio y el Superior, el Mesolítico y el Neolítico. Después vienen las edades de los Metales.

La palabra Paleolítico quiere decir la de la piedra vieja, aquella en que el hombre no sabía aún pulimentarla; en que sólo trabajaba con piedras toscamente talladas. Pues bien, dentro del Paleolítico, en su primera etapa constituida por el Inferior, sabemos que la geografía, el aspecto físico del País Vasco era muy parecido al de la época actual. Hubo en casi todo el litoral del Golfo de Vizcaya grandes desplazamientos, según nos lo indican las antiguas terrazas de los ríos. Las montañas eran algo más altas; los valles no tan surcados como ahora. Muchas de las colinas que hoy vemos no existían, pues ellas no son sino restos de montañas lentamente desgastadas a través de los siglos innumerables por el trabajo de la erosión.

Vive en esa época en Europa un hombre que la caracteriza principalmente: el llamado hombre de Hei-delberg. Pues bien, se han hallado en nuestra tierra de Euzkadi restos de representantes de ese hombre. Es decir, que sabemos, positivamente, que desde la primera época de la aparición del hombre sobre la tierra, en nuestras montañas vivía un ser humano de tipo análogo al que caracteriza esos tiempos. Esto lo sabemos por el hacha que se encontró en Biarritz y que está ahora en el Museo de Saint Genuain de París; esto se certifica por otros testimonios conservados hoy día en distintos museos como los de Vitoria y Bayona.

El hombre en aquella época llevaba una existencia muy dura. Estamos en el período de la humanidad en que las especies animales entonces existentes en el País Vasco eran de las mayores, es decir, elefantes, rinocerontes, hipopótamos y osos. Y, naturalmente, el hombre carecía de armas adecuadas para cazar estos grandes animales. Las hachas, lanzas y flechas, más o menos toscamente confeccionadas de entonces no eran suficientes. Por ello, esta caza se hacía, generalmente, por medio de trampas, a estilo de las que hoy todavía emplean los pastores vascos para los lobos: los "otsa-lekus" o "loberas", como se las llama en cierta parte de Álava donde ahora se habla castellano. Sabemos también, dentro de lo poco que se puede saber de esta época, que quienes habitaban entonces los Pirineos vascos, como los otros de Europa, tenían principios de adoración de un ser supremo y de una religión primitiva que se manifiesta, sobre todo, en la actividad venatoria por la forma en que colocaban los cráneos y huesos de los osos, cuidadosamente dispuestos y protegidos.

Al llegar el Paleolítico Medio aparece el "Homo primigenius" llamado de Neandertal cuya existencia en el País Vasco se prueba por una mandíbula de esa raza hallada en la caverna de Isturitz. Las armas se han hecho un poco más modernas, vamos a llamarlas así. Se confeccionaban de ofita, cuarzo y cuarcita y se trabajaba mejor el pedernal negro y gris. Se ven aún más indicios de la práctica de la caza y apreciamos la frecuencia de la trashumanancia a la que obligaba la necesidad de perseguir a los animales, pues cuando en un valle se agotaba la caza, se veían precisados a trasladarse a otro, lo que determinaba pequeños movimientos de población la que entonces, como se comprende, tenía que ser muy reducida.

Sigue su ciclo el período paleolítico y llegamos al Superior, al que se le hace comenzar hace unos 30.000 años y que duró unos 50.000. El hombre de Cromagnon, uno de los tipos que mejor caracterizan a ese tiempo, está presente en el País Vasco y para entonces, es decir, hará unos 20.000 años, se inicia ya el tipo vasco actual en nuestras montañas. En la cueva de Urtiaga se

encontró un tipo muy perfecto de esta época.

Para entonces, y aun antes, se distinguen en la Península Ibérica, y este dato es fundamental, dos tipos de cultura: los llamados Capsiense y Franco-Cantábrico. La cultura Capsiense abarca el sur de España, Andalucía, sube por Levante hasta el sur de Cataluña y se introduce por el sur del Ebro hasta llegar casi a los límites del País Vasco, pero no entra en él donde existe ya, en esta época antiquísima, la llamada cultura Franco-Cantábrica que se extendía desde el Oeste de Asturias por toda la cadena Pirenaica, introduciéndose en la actual Francia hasta la Dordonia y Ariège. La cultura Franco-Cantábrica se caracteriza porque las expresiones de su arte se encuentran en los sitios más ocultos de las cavernas, y está integrada por representaciones de animales de dimensiones regulares y de estilo naturalista. Parece también traducir una cultura totémica en la que abunda la magia. Desde la época más remota, el cazador que era el hombre primitivo, dominado por las creencias mágicas, suponía que si pintaba, por ejemplo, un ciervo atravesado por una flecha, iba a cazar al primer ciervo que viera, y así por este estilo.

Pues bien, en la cultura Franco-Cantábrica abundan estas representaciones, mientras que en el arte Capsiense del Este y Sur de España las producciones se ofrecen al aire libre o en cavernas a nivel del suelo, como para ser contemplados por todos. En la cultura Capsiense, al lado de los animales aparecen representados hombres, cosa que no se ve en la Franco-Cantábrica; y se dan, en fin, otras diferenciaciones de menor entidad como el hecho de que los Capsienses comieran caracoles crudos, cosa que no era del gusto de los franco-cantábricos.

En esta época se ve al hombre progresando en sus concepciones; así en las religiosas. Existe entre los vascos la creencia en una divinidad que domina a la tierra y habita en las montañas; es la misma a la que modernamente conocemos con el nombre de "Mari", el genio que tiene sus moradas en las cavernas de las más altas montañas y del cual hizo un estudio muy documentado, como suyo, el maestro Barandiaran

(J. M.) a quien estoy siguiendo a grandes rasgos, en la exposición de estas materias en las que soy profano. Se inician también por esta época otras concepciones culturales, p. ej. de derecho y vida social, puesto que era natural que cazándose todavía principalmente animales grandes, esto constituía un esfuerzo que no lo podía realizar una familia sola. Y así surge, naturalmente, la sociedad humana. Vive el hombre primeramente con su mujer y sus hijos, como puede hacerlo el león con la leona y sus crías en una caverna. Pero al paso que el león seguirá viviendo siempre así, el hombre movido de la chispa divina que es su herencia, acuciado por esa gran forjadora de ci

vilizaciones que es la necesidad, va avanzando en sucesivas etapas. El hombre solo o con sola su familia no puede dedicarse a la caza de grandes especies. Es entonces cuando surge una organización suprafamiliar, porque es preciso que se asocien varias familias para, con el esfuerzo conjunto de todas, alcanzar los fines que para cada una, aisladamente, resultan imposibles.

Y nace el derecho en algunas de sus más elementales manifestaciones como son las de las marcas de caza. En esa época los cazadores ponen determinadas señales en sus armas, p. ej. en las puntas de sus flechas, como si pusieran en ellas sus firmas, de suerte que aquel reno, o aquel oso herido por un cazador y que fue a morir lejos, aparece allí con una punta de flecha en la que está impreso un título de propiedad.

Se aprecian, pues, principios de derecho, como principios de religión en esta época antigua de la que nos hablan nombres como el de "azti" = adivino, literalmente el que usa o maneja piedras, que serían los símbolos usados por los hechiceros de entonces, como los pueden usar los brujos de hoy en una tribu primitiva.

Llegamos con esto al Mesolítico en el que se dan varios fenómenos; el clima se ha hecho más benigno, y, con este mejoramiento del clima, los animales polares se fugan del país cuya temperatura ha dejado de convenirles; es la época en que el reno desaparece de la tierra vasca. La alimentación cambia; empiezan a comerse pescados y mariscos.

En la cueva de Santimamiñe (Vizcaya) el 94 % de los residuos de alimentos encontrados está constituido por mariscos. También puede apreciarse ya la recolección de frutas y plantas y sabemos, así mismo, que con el clima más benigno, hacen su aparición especies de animales antes apenas conocidos como palomas, perdices, etc., de todos los cuales quedan restos, como ya de la época anterior. Se ha recogido en la cueva de Isturitz un hueso de ave con varios orificios que es tenido por el txistu más antiguo que se conoce con sus tres o cuatro mil años de existencia.

Y llegamos al Neolítico, la edad de la piedra pulimentada en la que se dan grandes transformaciones. El hombre se dedica, no a matar como antes, indiscriminadamente, a los animales, los caballos, p. ej. a los que primeramente cazaba para comerlos. Ahora los acorrala llevándolos a los precipicios mediante armas parecidas a las que aún usan los pastores vascos como "bizto", especie de lazo, o la "malota", suerte de honda, y se dedica a domesticar los caballos y bueyes que empiezan a ingresar en la comunidad doméstica en la que tan gran papel siguen desempeñando en nuestros caseríos. Es también

cuando aparecen Jas ovejas, gansos y otras especies volátiles; es cuando se nos dan los primeros indicios del cultivo de los cereales. En la cueva de Lumentxa en Lekeitio, se descubrió una especie de molino primitivo constituido por dos piedras de asperón; una cóncava y la otra a modo de bola con la que seguramente se molían los granos que entonces se cosechaban en nuestro país.

La vida social también se va incrementando. Con la caza y con el pastoreo van estableciéndose comunidades de hombres que cazan y apacientan juntos y que juntos también se inician en la pesca y en el cultivo y siembra de la tierra, todo lo cual va estructurando a la sociedad vasca de modo que, cuando llegamos al eneolítico, o sea la edad del cobre, unos 2000 años a. de Jesucristo, el hombre vasco aparece ya perfectamente diferenciado. Según Bosch Gimpera, rector que fue de la Universidad de Barcelona y uno de los antropólogos más sobresalientes de hoy, ésta fue la época en que el tipo vasco se muestra definido, diferente de los capsioses, es decir, de lo que pudiéramos llamar el tipo básico peninsular. Por otra parte, se acentúan las diferencias incluso dentro de la propia zona Franco-Cantábrica donde parecen diluirse los extremos, de modo que la parte más consistente, la parte que mejor va conservando la tradición antigua, va quedando en el centro constituido por el área vasca.

Es la época de los dólmenes, monumentos funerarios formados por varias piedras grandes sin labrar, colocadas verticalmente, sobre las que reposa una o varias horizontales que las cubren. Generalmente, la entrada se establece siempre en dirección a Oriente; el eje va de Oriente a Occidente, y allí se entierran los cadáveres y allí, junto al enterramiento de cadáveres, se pueden apreciar restos de la religión entonces dominante, pues que junto a los restos humanos se pueden ver vasijas votivas, amuletos, trozos de concha, de cristales, etc., objetos que los vascos usaban, al igual de otros pueblos primitivos, como símbolos religiosos o de culto; impulsados de esa creencia en el más allá que siempre ha tenido el hombre en todos los pueblos, razas y edades. Así colocaban, junto al muerto, una serie de ofrendas que creían le han de servir para el viaje sin retorno, como ponían los egipcios junto a sus momias las provisiones para el último peregrinaje. Es cuando la cerámica, de la que vemos ya ejemplares en la época anterior, intensifica su producción y la va afinando y estilizando. Tenemos ejemplares de cerámica toscas, muy simple, sin adorno ninguno; tenemos los vasos de perfil en S que son los que abundan más en el País Vasco; los hay con varias talladuras, con diferentes dibujos, y algunas veces se dan los vasos campaniformes. Es también la época en que progresa la agricultura, según nos lo testimonia la azadilla de Bidarte, aunque sus funciones no parecen aún muy importantes.

Lo de la azadilla nos lleva, naturalmente, a hablar de ciertos instrumentos que revelan la antigüedad del euskera y que son: aiskora, el hacha; aitzur, la azada; aizto, el cuchillo; zulakaítK, el cincel; azpil, el plato, es decir, una serie de instrumentos y utensilios, principalmente de agricultura, en cuyos nombres entra el elemento aitx, peña o piedra. Lo que quiere decir que, cuando estos instrumentos recibieron su nombre en lengua vasca, estaban hechos de piedra, lo que significa que, necesariamente, la lengua que así los bautizó se remonta a miles de años, vale decir, a una época prehistórica que no ha conocido ninguna de las lenguas hoy existentes en Europa. Quedan también de esa edad nombres de fenómenos atmosféricos como: arme, rayo; ozmiñarñ, oñeztarñ, tximistarñ en los que también tenemos el elemento arrí, piedra, denotando el culto al meteorito, la piedra que había caído del cielo y a la que se reverencia entonces, como una ofrenda de la divinidad. Esto que se da en muchos pueblos primitivos, ha sucedido en el vasco también.

Llegamos a la edad del bronce con la que salimos de la época de las conjeturas y entonces —unos 1.200 a 600 años antes de Cristo— el vasco va entrando poco a poco en la historia en esos núcleos a los que los romanos, que ya pronto van a llegar, denominarán vascones, várdulos, caristios y autrigones, y es cuando nos vamos encontrando con esos nombres como ortze, cielo, y t/ríít. Dios, divinidad seguramente personificada en el firmamento y es cuando de ahí se derivan nombres de nuestro calendario como ortzirala, viernes, y QTzegun, jueves, que es exactamente el diem Jovis, el día de Júpiter, su premo dios de la mitología latina y es cuando florecen los cultos del sol a lo cual el vasco llama femeninamente "eguzki amandrea", la abuela sol, y surgen, en fin, otra serie de indicios que nos revelan la vida de nuestros antepasados y su religión, en lo muy poco que puede saberse de esa época. Con esto viene la invasión de los celtas y estamos ya en la historia. De los celtas nos quedan algunos restos, como los de la necrópolis de Etxauri (Navarra) que son de los mejor conservados, y otros no muchos, pero sí ya adentrados en el país vasco.

Lo que hemos dicho sobre el hombre vasco primitivo nos trae, como de la mano, a hablar de un tema que ha sido tan debatido y tanta tinta y tanta saliva ha hecho gastar: el de los orígenes vascos. No hay dislate, por grande que sea, que no se haya dicho al respecto y sería tarea de fácil erudición exponer aquí la cantidad de teorías que se han elaborado alrededor de ese tópico.

Recogiendo algunas de las más importantes, diremos que ni la cultura capsiese, ni la del hombre de Almería, que es de donde arranca la civilización ibérica, tienen que ver con la llamada cultura franco-cantábrica que es donde

está centrado el vasco. Los celtas, con los que también se ha pretendido emparentamos, históricamente se demuestra que, en absoluto, tienen que ver con la gente vasca. Hoy otros pueblos antiguos como los "ligures" entre los cuales, en un tiempo, estaba de moda incluir a los vascos; pero de los ligures la verdad es que se sabe muy poco; lo cierto es que el nombre de ligures parece más que nada responder a un concepto geográfico. Hablar de ligures es como si hoy habláramos de hombres nórdicos; pero ello nada nos dice respecto al verdadero origen o al entronque que los vascos pudieron tener con ellos. Hay otro pueblo muy antiguo, de los más antiguos de Italia que dejó un rasgo cultural muy grande y lo integran los "etruscos".

Sabino Arana, que tantas intuiciones geniales tuvo, pretendió encontrar el elemento "euzko" en la voz "etrusco" y recuerdo en estos momentos a un gran amigo nuestro, un obispo argentino descendiente de vascos, monseñor Esandi, autor de un grueso tomo en el cual plasmó su esfuerzo para traducir por el cuskera cantidad de inscripciones etruscas, que todavía no se pueden verte a ningún otro idioma. Esto no deja de ser una teoría, más o menos ingeniosa, más o menos estimable, pero que de ninguna manera prueba el entronque de los vascos con los etruscos, como tampoco hay manera de entroncarlos con los habitantes del Cáucaso, con los indígenas de América, con tantos y tantos pueblos con los que se nos ha pretendido emparentar. Lo único que se puede decir con seguridad, sobre el hombre prehistórico, es que el pueblo vasco es un pueblo antiquísimo, que es un pueblo pre-indo-europeo que hablaba y habla un idioma que, quizás, se extendió por casi toda Europa y que dejó rastro en muchas partes, aunque luego hubo de recogerse y concentrarse en el país vasco; que la prehistoria vasca es en realidad la prehistoria de Europa entera; que el misterio vasco es el misterio de los hombres de la cavernas que, hoy por hoy, no puede resolverse y que no sabemos si alguna vez lo lograrán alumbrarlo los sabios con la ayuda de esfuerzos pacientes, y laboriosos; a fuerza de investigaciones, a fuerza de clasificaciones, a fuerza de comparaciones que harán ver, quizás, cosas en que antes no se pensaba, cosas más claras y más definitivas de las que hasta ahora se saben.

Esto de los orígenes vascos y esto del hablar del vasco prehistórico nos trae, como de la mano, a tocar hoy otro problema el de la "raza vasca". ¿Existe una raza vasca? Este es el título de una de las primeras conferencias del gran maestro en antropología que fue don Telesforo de Aranzadi quien la dio el año 1907, en San Sebastián. Según sus conclusiones, ella indudablemente existe. No con el carácter que hoy se da a la raza —Hitler avillanó esta palabra como tantas otras cosas— pero esto no quiere decir que ella esté mal empleada; y, en todo caso, si no se quiere mentar la raza, hablaremos de la gran familia vasca, expresión de gusto más sabroso para nosotros.

Aranzadi después de estudiar y comparar cientos y cientos de cráneos y tallar y medir y estudiar y comparar a docenas y docenas de jóvenes vascos en los cuarteles en que hacían el servicio militar y, junto a ellos, a mozos de otras regiones de España y Francia, llegó a la conclusión de que el vasco se distingue por una serie de aspectos que son: las sienes abultadas, la estrechez de la quijada, la postura de la cabeza determinada por el orificio occipital con borde anterior muy hundido que hace que, al erguir el pescuezo, la barbilla quede encogida, postura, decía Aranzadi, la menos animal, la menos descarada que existe.

Habla también de otras características que confirman lo que nos dice el simple conocimiento de la prehistoria, es decir, que si, como hemos visto, el vasco existió sobre su actual territorio en todas las épocas de la Edad Cuaternaria, es indudable que su tipo ha tenido que ir reuniendo un conjunto de rasgos somáticos y de rasgos psíquicos, sobre todo, que lo distinga de otras razas cualesquiera.

Hace pocos años apareció escrito por un eminente antropólogo francés, Henry Vallois, director del Musée de l'Homme y del Institut de Paléontologie Humaine y publicado en la revista "Larousse Mensuel" (febrero de 1951) lo siguiente: "El problema antropológico de los vascos. Pequeño grupo que no alcanza a 500.000 almas, y que se distinguen, netamente, de las poblaciones vecinas, tanto al norte como al sur de los Pirineos, por su lengua, sus costumbres y su extremo particularismo.

"Forman, pues, un grupo étnico indiscutible, pero desde el punto de vista de la antropología propiamente dicha, se diferencian también por los caracteres físicos, en otros términos constituyen una raza. La cuestión ha quedado desde hace tiempo en suspenso. Hallazgos recientes vienen a resolverla.

"Los estudios sobre los grupos sanguíneos han puesto en evidencia la existencia, en la sangre de muchos hombres, de sustancias aglutinantes especiales, de las cuales las más importantes son las llamadas A, B, O y Bh. El número de los individuos que poseen una o varias de estas sustancias difiere con las razas, y su conocimiento aporta a la antropología preciosos informes. En Francia como en España, la sustancia B se da en un 8 a un 12 % de individuos; es más común aun en el resto de Europa.

"Ahora bien, entre los vascos, está prácticamente ausente, mientras que el número de individuos llamados del grupo O, alcanza el 60 %, proporción muy superior a la de todos los otros europeos.

"Desde tal punto de vista, esta constatación tiene un resultado curioso: la sangre de los individuos del grupo O, puede ser inyectada impunemente a los otros hombres: estas personas son donantes universales de la transfusión sanguínea. El país vasco es por excelencia un país de donadores universales.

"Resultados paralelos se observan en cuanto a la sustancia recientemente descubierta, llamada factor Rhesus, o más brevemente Rh (V. Larousse Mensuel N° 414, febrero 1949, p. 215). Constante en las razas de color, esta sustancia falta entre los europeos en una proporción de 12 a 15 % de los individuos. Su ausencia entre los vascos alcanza cifras excepcionales, de 30 a 40 %. Esto confirma la posición muy especial de los vascos, desde el punto de vista antropológico; forman verdaderamente una raza. Quizá son los últimos vestigios de una población prehistórica de Europa, rechazada a esta región fronteriza por los portadores de las lenguas indo-europeas."

El señor Vallois, en su obra "L'anthropologie de la población francesa", publicada en París en 1948, no veía en los vascos caracteres bastante destacados para considerarlos como raza especial. "Los caracteres antropológicos de los vascos, decía, no son, sin embargo, bastante marcados para que pueda hacerse de ellos una raza especial; es un tipo secundario, cuyas relaciones están aun por precisar"

Los estudios posteriores le han inducido a juzgar el tipo vasco como raza que ocupa una posición muy especial en la antropología europea, según nos lo asegura en el texto de "Larousse Mensuel" que hemos extractado. Citaremos también aquí el informe publicado hacia 1950 por la Asociación Americana para el progreso de la ciencia y cuyo autor es el doctor William C. Boyd, de la escuela de Medicina de Boston. En ese informe se hace una nueva clasificación de la humanidad en seis razas principales. Esta clasificación se basa en los grupos sanguíneos que pueden clasificarse bastante estrictamente por la herencia y descarta caracteres que se supone superficiales y cambiables, como son el color de la piel y otros.

La clasificación generalizada anteriormente, agrupaba a las razas en tres grandes, según el color: blanca, amarilla y negra, a las que a veces se agregan la cobriza y la malaya.

La clasificación del Dr. Boyd, basada en los caracteres de la sangre, es la siguiente:

1. Europea primitiva, representada totalmente en la actualidad por los vascos
2. Europea que comprende el resto de la raza blanca.

3. Africana o negroide.
4. Asiática o mongoloide, incluyendo a la mayor parte de la raza amarilla.
5. Indígena americana que comprende todos los pueblos aborígenes del norte y sur de América.
6. Australoide, que comprende todas las tribus negras de Australia e islas adyacentes y probablemente los ainos del Japón.

Tenemos, pues, y es conveniente hablar de esto con toda claridad, que está científicamente demostrada la existencia de la raza vasca que no es otra que la que hemos ido viendo que, desde los albores de la prehistoria, ha habitado siempre nuestras montañas.

Viene aquí a mi memoria un trabajo de José María de Salaverría, el escritor guipuzcoano de origen, pero a quien muy poco pareció preocupar nuestro problema patrio, quien políticamente estuvo siempre al otro extremo de nosotros y cuyo testimonio por eso es más valioso. José María Salaverría escribió un libro sobre Iparraguirre "el último bardo" como él le llama y en ese libro inserta un capítulo titulado "Una raza en peligro". Y dice ahí que la raza vasca se halla en un difícil trance y que merece la pena de hacer lo que sea para salvarla. Escribe que los vascos constituyen un pueblo orgulloso que está empeñado en sus fueros aquello de la limpieza de sangre, no sólo, como allí se dice, para que no se introdujeran en el país moros ni judíos, sino para que no entrara ninguna otra casta de gente a la que consideraba inferior. Dice Salaverría que el pueblo vasco está situado en lugar muy peligroso, muy difícil para conservarse como raza pura porque, en rigor, habita un cruce de caminos; y dice también que esto de culpar a los extraños del aluvión que está cubriendo aquella tierra es muchas veces injustificado, pues la culpa, con harta frecuencia, suele radicar en los propios vascos en los que se dan demasiadas veces la codicia y lo que, siendo en principio una virtud, perjudica en este sentido a nuestra tierra; es decir, esa característica tan vasca de empresario que para llevar adelante sus grandes obras con sus pingües ganancias, necesita de abundante mano de obra que, naturalmente, es atraída al país por la seducción de un nivel de vida mejor que el que en sus tierras natales pueden alcanzar. Por esas u otras razones, el hecho es que el país vasco se está convirtiendo, desde principios de este siglo, en tierra de inmigración, lo cual pone en peligro a la integridad y pureza de la raza nativa y entonces a Salaverría, no por razones de patriotismo como las que a nosotros nos urgen, sino por simple sentimentalismo, porque se trata, dice él, de una raza hermosa que merece la pena de que prosiga su continuidad histórica multiseccular o como lo puede ser el mejor de los escultores, la pintura u otra expresión artística, propone que, sin pretender cerrar la inmigración, sin llegar a m

edidas extremistas, se constituya en la parte más pura hasta hoy del territorio vasco una especie de reserva donde, por lo menos unos cuantos miles de vascos sigan viviendo conforme a sus características y transmitiéndolas, como hasta ahora lo han hecho a través de miles de años. Esto podrá ser mirado, como él mismo lo reconoce, como una idea un poco o un mucho extravagante y rara.

Pero, esto que decía uno que nada de afín tenía con nosotros en patriotismo vasco, uno que no era sino un galano escritor y un hombre quizá tocado, a pesar de todo, en ese momento, por el llamado de su sangre, esto nos puede enseñar algo sobre lo que es nuestro primordial deber de hoy. Porque es necesario hablar sobre esto fuerte y claro, sin miedo de creer que estamos sosteniendo algo que va contra elementales principios de fraternidad humana ni que atenta a la caridad cristiana en sus mismos principios, como por algunos en estos tiempos se ha llegado a decir. Demasiado sabemos todos que será a inhumano el cerrar la inmigración a cal y canto.

Es indudable que la mezcla con otros pueblos es algo que se debe aceptar hasta cierto punto. No hay duda de que mestizos y aun extraños bien adaptados que nada tienen de sangre vasca pueden darnos lecciones de devoción a nuestra tierra, de verdadero patriotismo. Pero es incuestionable también que el primero de nuestros derechos y deberes, lo mismo como hombres que como pueblos, es el de vivir y, en tanto vivirá Euzkadi en cuanto nuestra raza viva. De modo que aceptando, hasta donde la razón y el instinto vital nos permitan, la corriente de inmigración, hay que luchar, por todos los medios, contra esa inundación que amenaza destruirnos; hay que combatir, por todos los medios a nuestro alcance, por la supervivencia de esa raza milenaria, proclamando la gran verdad de su existencia sin desmayos ni remilgos. Para que, sobre la tierra que a nadie arrebató y supo por siglos y siglos libremente conservar, florezca la gran familia vasca en un estado soberano que, en sus modernas realizaciones, nunca deje de ser un legítimo heredero y un eslabón bien trabado de aquella cadena de generaciones cuyos primeros anillos se pierden en la bruma de la prehistoria.

Caracas, 17 mayo 1951.

## HISTÓRICO

Uno de los primeros monumentos de la época histórica vasca lo constituyen las inscripciones de la época romana felizmente bailadas en la Aquitania por las cuales queda confirmada la antigüedad del vasco en dicha región, actualmente francesa, reforzando así también lo que ya nos dejaba ver la prehistoria sobre la civilización franco-cantábrica y aquello de Strabon de que "Los «quitanos son completamente distintos (de los belgas y celtas) no sólo p

or su lengua, sino también por su aspecto físico".

En dichas inscripciones abundan los nombres, ya de relaciones de parentesco : Andere, Cizon, Sembus, Senarri, bien de numerales: Laureo, Borsei, ya de animales y plantas: Harai, Oxson... entre los cuales pueden verse algunos objetivos como beliz, garrí,

Las más interesantes son, tal vez, las de divinidades con nombres de plantas como Aríxo Deo, en la que hay que ver a «rite (roble), Arteke Deo, de arte (encina), Fago Deo, de fago (haya), o de animales como Idiaté, Áríce, AstoiU unno... y que nos hacen pensar, que los vascos de esta época practicaban una religión fundada en el culto a la naturaleza y de carácter politeísta.

Después de la conquista de esta región aquitana y de la extensión de la dominación romana por el valle del Ebro, a través de las campañas de Catón, los Gracos y Sertorio, en las que sonarán los nombres (77 y 74); Gracurñs, al parecer la ciudad (urí) de Graco, y Pompaelo=Pamplona que, a juzgar por un fragmento de Salustio, debe su origen al campamento de invierno que en sus últimas operaciones (año 75 a. C.) estableció Pompeyo en el viejo poblado vasco de Iruña, y las guerras cantábricas de Augusto (19 a. C.), han sido establecidos los pactos con Roma y se produce la romanización de parte del territorio donde p. ej. en Calahorra, nacerán escritores latinos como Quintiliano (42-120) y Prudencio (348 d.C.).

Es indudable que aun a la parte que no llegó la dominación romana no dejó de alcanzar, en más o menos, la influencia del latín y su cultura a través de la organización y leyes de Roma: errege, lege...; el comercio: diru, merke, me/catan...; las vías de comunicación: galtxada, hale...; la cultura: liburu, es kola, maísu...; y más tarde, pero con más profundidad que cualquiera otra influencia, la religión de Cristo: eliza, gurutz, zeru, aingeru...

Pese a ese influjo, es también indudable que, merced a su "modus vivendi" con Roma, la gran parte del país vasco no ocupado por los romanos conservó su fisonomía propia, como nos lo declara la conservación del euskera, y vino a quedar un poco fuera de la historia, según puede verse por lo poco que los escritores latinos nos dicen de él. No faltan, a través de Tito Livio, Salustio, Varrón, Silio Itálico, Juvenal, Plinio el Mayor y otros, referencias ocasionales que reunidas no podrían dar por lo menos dos características del hombre vasco, a juicio de los romanos: la agilidad que podemos ver en el repetido "Vasco levis", y la gallardía en su desprecio al casco con que otros pueblos acostumbran resguardarse en el "Vasco insuetus galeae" o en el "galeae contempto tegmine vasco" de Silio Itálico. Podría agregarse a estas características el carácter indomable que testifica el "Cantaber indoctus ferré yug

a nostra", la fidelidad exaltada por la gesta de la cohorte vasca de Sertorio y su afición y disposición para agüeros y adivinos que les achaca Lampridio.

En el griego Strabón, filósofo, historiador y geógrafo, nacido en (50 a. C.), y que supo siempre revestir su obra de una amenidad e interés humano que tanto la recomiendan, encontramos más detallada información. petas soltando en alto y cayendo en genuflexión [a estilo, al parecer de los bailes rusos]. Los hombres van vestidos de negro, llevando la mayoría el "sagos" (mantos especiales de lana) con el cual duermen en sus lechos de paja. Usan de vasos labrados en madera [que siguen usándose hoy en día en la zona pirenaica]. Las mujeres llevan vestidos con adornos florales. En el interior, en lugar de moneda practican el intercambio. A los criminales se les despeña. A los parricidas se les lapida sacándolos fuera de los límites de su patria o su ciudad. Se casan al modo griego. Los enfermos, como se hacía en la antigüedad entre los asiáticos, se exponen en caminos para ser curados por los que han sufrido la misma enfermedad. Antes de la expedición de Bruto (en el 138-7), no tenían más que barcas de cuero para navegar por los estuarios y lagunas del país; pero hoy usan ya bajeles hechos de un tronco de árbol, aunque su uso aún es raro. Su sal es púrpura, pero se hace blanca al molerla. Termina diciendo que su relación comprende los galaicos, astures y cántabros, "hasta los vascones y el Pirineo, todos los cuales tienen el mismo modo de vivir".

No es seguro que ese retrato corresponda a los vascos, aunque la danza al son del txistu y otros rasgos bien parecen convenirles. Más razonable es pensar en el sentido exclusivo de la frase "hasta los vascones" como opina Campián, fundándose en que de los vascones habla en el siguiente capítulo. Pero sea de esto lo que habían sido aquellos con los que pudo tener contacto o noticias directas el geógrafo griego.

Como escribe el maestro Campián: "Las escasas noticias de la antigüedad clásica miran por la buena fama de los vascones. No así las de los cronistas posteriores, nuevos enemigos suyos, que los representaban ante los ojos de la crédula historia como gentes tornadizas e inconstantes, rebeldes y feroces, a tropelladas en el sentir y el querer, traidoras y pérfidas". "Los cronistas godos y francos, cuando narran las guerras de sus naciones respectivas contra los vascones, sin empacho los califican de "rebeldes". Este falaz epíteto da por efectiva una soberanía que no existió nunca, sino, pasajera y de continuo contradicha por la incansable protesta de las armas". Recordemos a este propósito aquel "Domuit vascones" que se repite como una cantinela en las crónicas de los reyes visigodos y que, en su reiteración, es la mayor prueba de la falsedad de lo que afirma.

No hay duda de que, como escribe Campi3n: "E! vasc3n de los documentos godos y francos es personaje repulsivo. El odio, desde los campamentos subi3 a la celda de los monjes y el camar3n de los obispos que escrib3an las cr3nicas. Sirvi3ndonos de frase moderna, podr3amos decir que "tuvieron muy mala prensa". Ese odio, como tradici3n de raza, dur3 mucho, y se derram3 en una sistem3tica denigraci3n de los vascones y sus cosas".

Pocos ejemplos de esa odiosa infamaci3n habr3 mayores que el del tristemente conocido peregrino Aymeric Picaud quien hizo su camino a Santiago en el siglo xn, a trav3s de Vasconia y dice de nuestra tierra cosas como 3stas:

"Este pa3s habla un lenguaje b3rbaro; es selvoso, monta3oso; carece de pan, vino

fuera, por similitud de suelo, cielo y estado de civilizaci3n, no deja de ser probable que muchos de los usos descritos fueran comunes a los vascos con los otros pueblos citados, al menos por lo que se refiere a los vascos romanizados

En esta tierra hay malos alcabaleros.. • salen al encuentro de los peregrinos con dos o tres dardos por armas, cobr3ndoles injustos tributos, y si alguno de los transe3ntes se niega a pagar lo que le piden, hi3reme con los dardos, le quitan el censo, denost3ndole y hasta le exigen los femorales. Son feroces y la tierra en que habitan es tambi3n feroz, silvestres y b3rbara. La ferocidad de sus rostros y su b3rbaro lenguaje infunden terror a los que los miran. ...".

"Despu3s de esta regi3n se encuentra Navarra que abunda en pan, vino, leche y ganados. Los navarros y los vascos son de una misma semejanza y cualidad en la comida, vestido y lenguaje: pero los vascos son de cara m3s blanca que los navarros. Los navarros viste3se al uso de los escoceses, de pa3os negros y cortos que le bajan solamente hasta las rodillas y usan de un calzado que llaman "lavarcas", hechas de cuero peludo, esto es, sin curtir, cubriendo solamente las plantas y dejando desnudas las bases. Usan de unas capillas negras de lana, largas hasta los codos, en forma de aletas franjeadas a las que llaman "saias". Ellos visten feamente y feamente comen y beben; pues toda la familia de la casa del navarro, tanto el siervo cuanto el se3or, tanto la criada cuanto la due3a, comen todos los manjares revueltos en un plato, tom3ndolos, no con cucharas, sino con las propias manos. Si les vieras comer, les equiparar3as a los perros cuando comen o a los puercos; y si les oyeras hablar, te acordar3as de los perros ladrones, pues hablan un idioma b3rbaro...

"Esta es gente bárbara, sin parecido con las demás en ritos y naturaleza, llena de malicia, de color negro, de aspecto repugnante, maligna, perversa, pérfida, desprovista de buena fe, corrompida, lujuriosa, borracha, diestra en todo linaje de violencias, feroz y rústica, sin probidad y detestable, impía y cruel, siniestra y terca, careciente de bienes, instruida en toda clase de vicios e iniquidades, semejantes a los getas y sarracenos, en todo malamente enemiga de nuestra nación francesa. Por una moneda el navarro o el vasco si pueden, matan a un francés". Sigue con la diatriba hasta estampar cosas que aquí no podemos copiar. Menos mal que algo concede cuando añade:

"Sin embargo, en el campo de la guerra son de buena calidad, y para asaltar el campo o el combate, atrevidos; escrupulosos en el pago de los diezmos y habituados a satisfacer las obligaciones del altar. En cualquier día que el navarro vaya a la iglesia, hace ofrenda a Dios, de pan o vino, o trigo, o de algunos de sus bienes. A donde quiera que salga el navarro o el vasco, pende del cuello un cuerno, a usanza de cazador, y suele llevar en la diestra dos o tres dardos que llama "auconas". Cuando entra y sale de casa silba como el milano; cuando sin estrépito quiere convocar a sus compañeros en lugares secretos o solitarios con propósito de rapiña, canta como el buho o aulla como el lobo. Es fama que descienden del linaje de los escoceses porque son semejantes a ellos en las costumbres y en todo".

Algunos detalles como estos últimos que algo ayudan a reconstruir la figura del vasco de esta época así como la pequeña colección de palabras euskéricas que inserta —entre las que está la debatida Urtzi—, prestan cierto interés a la relación de Picaud cuya diatriba fabricada a base de acumulación, sin regla ni medida, de cuanto vocablo peyorativo encontró a mano, está proclamando en su misma incontenible exageración la falsedad de sus acusaciones sin necesidad de acudir a otras pruebas históricas que igualmente lo desmienten.

Ya en la edad moderna, las literaturas nacionales de nuestros dos países vecinos, nos ofrecen, la una más completa que la otra, la imagen del hombre vasco de la época.

El lusitano Camoens, que en este momento viene a mi memoria, dice:

"A gente vizcaína que carece • de polidas razoes, e que as injurias omito mal dos estranhos compadece".

Hay un texto castellano que no queremos dejar de recordar. Es aquél en que Tirso de Molina (1584-1648) ("La prudencia en la mujer". Acto I, escena I) pone en boca de Don Diego, Señor de Vizcaya, los conocidos versos:  
"Infantes, de mi Estado la aspereza conserva limpia la primera gloria que le

dio, en vez del Eey, Naturaleza, sin que sus rayas pase k victoria. Un nieto de Noé le dio nobleza; que su hidalguía no es de ejecutoria, ni mezcla con su sangre, lengua o traje mosaica infamia que la suya ultraje. Cuatro bárbaros tengo por vasallos a quien Boma jamás conquistar pudo, que sin armas, sin muros, sin caballos, libres conservan su valor desnudo Montes de hierro habitan que a estimallos, valiente en obras, y en palabras mudo, a sus miras guardárades decoro, pues por su hierro, España goza su oro. Si su aspereza tosca no cultiva aranzadas a Baco, hazas a Ceres, es porque Venus huya; que lasciva, hipoteca en sus frutos sus placeres. La encina hercúlea, no la blanda oliva, teje coronas para sus mujeres, que aunque diversas en el sexo y nombres. en guerra y paz se igualan a los hombres. El árbol de Guernica ha conservado la antigüedad que ilustra a sus señores, sin que tiranos lo hayan deshojado, ni haga sombra a confesos ni a traidores. En su tronco, no en silla real sentado, nobles, puesto que -pobres electores, tan solo un señor juran cuyas leyes libres conservan de tiranos reyes. Suyo lo soy ahora y del Bey tío, leal en defenderle, y pretendiente de su madre, a quien dar la mano fío, aunque la deslealtad su ofensa intente. Infantes, si a la lengua iguala el trío, intérprete es la espada del valiente; vizcaíno es el hierro que os encargo, corto en palabras, pero en obras largo".

Hermosa tirada en que el insigne mercedario castellano canta a la austera libertad de los vizcaínos; la pretensión de nobleza originaria, no debida a ningún rey, como tampoco lo es la de la independencia patria; el "indoctus ferré yuga nostra" y el "vasco levis" de los escritores latinos; la condición, de igualdad que en la esfera familiar y en la política merece la mujer por su honestidad sin tacha y su puesto constante de trabajo y lucha, en paz y en guerra, junto al hombre; la cortedad en el discurso y la efectividad en la acción, y, en fin, su culto a la libertad y odio al tirano que nunca podrá sentarse como Señor de Vizcaya a la sombra del árbol de Guernica por la libre voluntad

de los vizcaínos.

En cuanto al concepto del hombre vasco a través de la literatura francesa, diremos que hace tiempo que aquella definición de Voltaire, si es que fue él, "Un pueblo que baila en las crestas del Pirineo", nos hizo pensar que no habiendo tenido que sepamos, el filósofo de Fernay ocasión de conocernos por vía directa, la frasecita pudiera ser eco del concepto que en sus tiempos existía en Francia sobre los vascos. Las notas que empezamos a recoger en uno y otro autor galo parecían ir dándonos la razón. Como las perdimos en nuestros últimos azarosos días por tierras francesas, recurriremos a la memoria para hacer notar que, en primer lugar, creemos que esta creencia sobre la innata disposición vasca a la danza y al salto, es fácil que trascendiera a los escritores franceses como consecuencia del célebre proceso sobre la brujería que, por mandato de Luis XIV, instruyó en Laburdi, en 1609, Fierre de Lancre. Conocidas son las duras palabras con que éste consigna su censura a los vascos por su excesiva afición a los regocijos populares y desmedida pasión por el baile.

Dos veces, que recordemos, cita Moliere (1622-1673) a nuestro pueblo. Una en aquella "danse des biscaiens" que viene, si la memoria no me es infiel, al final de su "Malade imaginaire"; otra en una de sus comedias cuyo título no recordamos ahora en la que se dice "courir eomme un basque", frase por cierto, de corte proverbial, y que hemos visto en algún otro autor.

De Brantôme (1535-1604) recordamos un pasaje de sus "Dames galantes" en que cita a un vasco. Y se trata precisamente de un profesor de baile. Aquí y a no podría hablarse de influencias del proceso de Lancre, puesto que es unos años anterior.

Finalmente, en la lengua francesa hemos dado nombre a un instrumento musical, el "tambour de basque".

Ignoramos en qué época se incorporó al acervo del francés, pero desde luego lo vemos ya aparecer en una de las cartas de la célebre Mme. Sevigné (1626-1696), la cual describe complacida las danzas de los aldeanos del país de Auvergne a los cuales contribuyó con el regalo de un violón y de un "tambour de basque".

Otras citas podrían traerse a colación para dar testimonio de este concepto francés del vasco como hombre de danza, salto y carrera. Recordemos tan solo el "basque bondissant", el rápido del ferrocarril en que más de una vez hemos viajado de Bayona a París, y terminemos con aquello de Víctor Hugo: "Quien haya visto una vez el país vasco desea volver a verlo de nuevo. Aquél

la es una tierra bendita; dos cosechas al año, aldeas rientes en su pobreza altiva. Llenas de sonidos y de alegría... en los bailes a los que acude la gente moza a arrullar sus amores". Pensamos a veces que Rubén Darío quien tanto gustó de abreviar belleza de fuentes francesas, lanzó como un eco de este concepto galo del vasco aquello de:

"Elásticos vascos,

Como todo ello no sea reminiscencia del latino "vasco levis".

Por mi país van pasando ahora, cada vez en más cantidad y escogida calidad, los viajeros que dejan en sus memorias reflejos de la impresión recibida.

Así en 1528 el embajador veneciano Andrea Navagiero quien, después de describir la industria ballenera de San Juan de Luz nos dice que: "La gente de este país es muy alegre y completamente opuesta a la española que nada puede hacer como no sea gravemente. Los vascos siempre están riendo, bromeando y bailando, tanto los varones como las mujeres", Por donde otra vez se confirma lo del vasco danzarín de la literatura francesa con lo de su aptitud para las cosas del mar señalada por la española del siglo de Oro por Navagiero, no sólo en esa cita de Doni-bane Lohitzun sino al decir expresamente de los vascos que eran "muy buena gente así por mar como por tierra... salen muchos al mar por tener muchos puertos y muchas naves construidas con poquísimo gasto por la gran cantidad de robles y de hierro que poseen". Ofrece muchos otros detalles sobre el país diciendo que "toda la tierra está muy poblada 'no habiendo bosque ni montaña que no esté llena de gente...", y hace referencias a las industrias extractivas, producción de espadas y lanzas, etc.

Otro viajero veneciano, Federico Badoaro, dice: "lo que les caracteriza y más que a otros a los vizcaínos es la arrogancia y, en general, déjanse llevar rápidamente a la injuria y a la cólera".

Unos decenios más tarde (1572) otro viajero italiano, Venturino, nos dará una impresión más grata al estampar en su diario de viaje en el que atravesó Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Laburdi: "La gente nos resultó amable y bien educada, especialmente al quitarse el sombrero y honrar a los forasteros". Nos informa sobre el idioma del país, cabeza rapada de las mozas —de que ya también nos había hablado Navagiero— las gorras de los hombres, gobierno del país y el detalle de que los vizcaínos hacían jurar sus fueros al rey antes de reconocerlo. Y al tocar, el tema del mar dice redondamente: "Acá se construyen más barcos que en todo el resto de España y las gentes de acá son sumamente peritas en el arte de la navegación, así como muy endurecidos y expertos en las molestias marítimas y mejores que todos los res

tantes navegantes". El elogio no puede ser más contundente.

Terminaremos con este grupo de viajeros recordando al parmesano Juan Laglance quien estuvo en Bilbao en 1778 y no escatima sus elogios a la villa. Presta su contribución a la teoría del vasco bailarín al decir que al fin de la jornada de trabajo puede verse a los hombres que se retiran de sus faenas cantando y bailando. Igualmente notará como a la vuelta de las romerías vuelven los danzantes por cuadrillas que entonan ruidosas canciones. Fue también testigo de la actividad en los astilleros de la villa, como correspondía a su tradición marinera.

Entre los viajeros ingleses tenemos al caballero Swinburne (1775) para quien todo era bueno y bello en nuestra tierra y los vascos le parecieron "fornidos, bravos y coléricos" y los mejores marineros de la península.

Por los mismos años tenemos por tierra de Euzkadi al naturalista Bowles a quien nuestra gente le pareció amable y "agasajadora" con los forasteros a quienes "lejos de dar vaya" les obsequian con flores y frutos: Admiró en Vizcaya la sencillez del trato de los ricos con los pobres, "pues aquellos naturales, por temperamento y por educación, tienen cierta especie de altivez e independencia, lo que no les permite aquella sumisión a los ricos que se usa en otras partes", y de los moradores de Bilbao dice que disfrutaban de los cuatro bienes más codiciados como son: "Fuerza y vigor corporal, pocas enfermedades, larga vida y contento y alegría de ánimo".

Y ya que estamos con los ingleses no dejaremos de citar a George Borrow, el autor de "La Biblia en España" (1843) de cuyo libro, entre otras cosas curiosas, copiaremos éstas: "No existe en toda la tierra pueblo más orgulloso que los vascos, pero el suyo es una especie de orgullo republicano... El más miserable carretero es tan orgulloso como el gobernador de Tolosa... Son camareros, secretarios, contadores, etcétera. Es cierto que tuve la fortuna de obtener un doméstico vasco, pero siempre me trataba más como a un igual que como a dueño, se sentaba en mi presencia y entablaba conversación conmigo en todo tiempo y momento. ¿Le reprendí? ¿Desde luego que no! Porque en tal caso me habría dejado y yo jamás he conocido persona tan leal como él".

No podríamos omitir en esta relación de viajeros a aquel que, por su conocimiento del país y el afecto que a él demostró, con razón ha sido llamado entre nosotros "el amigo número uno". Estamos hablando de Guillermo de Humboldt, el alemán que entró en Euzkadi en 1801, es decir, casi por el mismo tiempo que su hermano Alejandro arriba a Venezuela. Hizo un segundo

viaje y fruto de ellos fue un conocimiento profundo de nuestro idioma con las limitaciones que, entre otras circunstancias, el estado de la filología a entonces imponía al desarrollo de las teorías que elaboró, y un conocimiento acompañado, como en el del idioma, de un afecto que nunca sabremos agradecer bastante, de todas nuestras cosas en general. Escribió en Euzkadi cosas como éstas:

"El país desgarrado en dos pedazos muy desiguales y subordinados a naciones poderosas no ha renunciado, de ningún modo, a su propia manera de ser... Vasconia, a pesar de estar situada entre España y Francia, tiene un aspecto completamente peculiar y sobre todo, sus habitantes no presentan en sí el carácter de Francia ni el de España. Costumbres y fisonomía son distintos, e l lenguaje es peculiar en sus palabras, su formación y su entonación es incomprendible aun en sus palabras más insignificantes para los extraños a quienes suenan desacostumbradamente hasta los nombres topográficos, que casi todos derivan del euskera y en parte de sus más antiguas raíces". Dice de los vascos que "Constituyen un pueblo dedicada a la labranza, navegación y comercio, no carecen de bienestar corporal sin el cual es imposible la prosperidad moral. Tienen una organización libre, deliberaciones públicas ordinariamente en la lengua del país".

Después de hablar de la laboriosidad que ha observado, entre otras partes, en Bilbao con su actividad mercantil y marítima, escribe: "En medio de esta laboriosidad son los vascos la nación más bonachona y alegre que puede verse, y al día de labor más fatigoso, sigue a menudo música y baile. A ningún viajero puede escaparle la diferencia entre su buen humor y la indolente gravedad del castellano. No viven en la necesidad y la estrechez de éste, sino en toda la comodidad del bienestar; donde aquí se hallen mendigos, rara vez son naturales, sino casi siempre forasteros

(observación ésta hecha por varios viajeros a partir del siglo xvi, que sepan), alimenta en su pecho un noble patriotismo, un manifiesto orgullo de las prerrogativas de su país, de la antigüedad y fama de su nación". Y para terminar con Humboldt, he aquí esto donde resume, con toda espontaneidad, su opinión sobre el país que ha conocido y estudiado a fondo:

"Es el único país que he visto jamás en el que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular, en el que las primeras y las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una distancia inmensa por así decirlo, en el que la ilustración y las luces de las altas han penetrado, al menos hasta un cierto punto, hasta las bajas y en que la honradez, la franqueza, el inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño a las altas".

Hemos ido espigando acá y allá testimonios extranjeros sobre nuestro país y nuestros paisanos. Permitidme que termine este rápido viaje a través de los siglos, ofreciéndooos tres retratos de tres hombres representativos de nuestra raza en tres momentos históricos de crisis en Europa y en nuestra patria: la Reforma, la Ilustración y la guerra carlista. Serán el del Santo, Ignacio de Loyola: el del Caballerito de Azkoitia, Ignacio Manuel de Altuna y el del genio de la guerra, Tomás de Zumalacarregui.

Ved el de Ignacio, debido a uno de sus adversarios, aquel inglés, Houston Charberlan, convertido en campeón del racismo germano y que considera a nuestro santo como la encarnación del anti-gennanismo, es decir del genio nacional alemán que según él —y otros— se había manifestado como en una de sus más altas concreciones en la Reforma de Lulero:

"La lucha contra lo germano tomó cuerpo en uno de los hombres más extraordinarios de la Historia: en esta ocasión, como en tantas otras, pudo más una sola personalidad por su ejemplo y el conjunto de fuerza vital que aportara al mundo, que todos los concilios con sus numerosos miembros y todas las corporaciones con sus solemnes acuerdos. Es conveniente contemplar al enemigo en forma tal que merezcan respeto, porque si no, el odio turbará fácilmente el juicio o lo estimará más pequeño que lo debido. No sabría decir quién estuviera justificado para negar a Ignacio de Loyola una sincera admiración. Sufre dolores físicos como un héroe (luego de consolidada su pierna fracturada, la hizo quebrar violentamente por dos veces, porque era más corta que la otra y ello le hacía inútil para el servicio militar); moralmente es igualmente temerario: su voluntad es férrea, su acción consciente del fin, su pensar no estropeado por la erudición ni por el refinamiento: es un hombre agudo y práctico que no tropieza en pequeneces y por ello asegura a su actividad un lejano porvenir, pues toma y utiliza siempre las necesidades del momento actual como fundamento de su obra; además desinteresado, enemigo de frases, sin un ápice de comedíante; un soldado y un noble que más bien utiliza el sacerdocio para su fin, que pertenece al mismo por ingénito carácter". (V. Eneko Mitxelena: "Viajeros extranjeros en Vasconia". EKIN, pág. 40).

Han pasado dos siglos. Estamos en el de la Ilustración que halla su representación en nuestro país en aquellos amables "Caballeritos de Azcoitia" a quienes corresponderá siempre el mérito de haber puesto en marcha una magna empresa cultural —la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País— al servicio de éste. Aquellos señores de empolvada peluca y casaca bordada que en sus señoriales mansiones sabían bailar aristocráticos minués, no desdeñaban acudir a la plaza del pueblo a ejecutar un viril "aurreku" y supieron, sobre todo, llevar a ese pueblo lo mejor de aquellas ideas de progreso e

en las ciencias y en las artes que fermentaban en Europa y que ellos, después de asimiladas en sus cursos universitarios en el extranjero y en sus viajes de estudio por Europa, supieron ofrecer a sus paisanos en ricos frutos de los que no os voy a hablar aquí, entre otras razones, porque ellos os son bien conocidos: De las tres figuras más destacadas en la creación de la benemérita Sociedad, el Conde de Peñaflorida, el Marqués de Narros e Ignacio María de Altuna, escogemos hoy a éste cuya semblanza nos ofrece Juan Jacobo Rousseau en sus "Confesiones" y es como sigue:

"Había conocido en Venecia a un vizcaíno, amigo de mi amigo de Garrió y digno de serlo de todo hombre de bien. Este amable joven nacido para ser sabio y virtuoso acababa de dar la vuelta a Italia para aficionarse a las Bellas Artes y habiendo terminado su misión, quería volver directamente a su patria. Yo le dije que las artes no eran más que el descanso de un genio como el suyo, hecho para cultivar las ciencias, y le aconsejé, para tomar afición a éstas, una estancia de seis meses en París. Me atendió y fue a París. Allí se encontraba esperándome cuando llegué. Su alojamiento era demasiado grande para él y acepté el ofrecimiento que me hizo para compartirlo. Lo encontré en el fervor de los altos conocimientos. Nada estaba por encima de sus alcances; devoraba y digería todo con prodigiosa rapidez. ¡Cómo me agradeció el haberle procurado aquel alimento a su espíritu, atormentado por la necesidad de saber, sin sospecharlo él mismo! ¡Qué tesoros de luces y virtudes encontré en aquella alma fuerte!

Sentí que era aquél el amigo que necesitaba. Nos hicimos íntimos, Nuestros gustos no eran los mismos; disputábamos siempre. Tenaces los dos, nunca estábamos de acuerdo sobre nada. A pesar de eso no podíamos separarnos, y contrariarían-donos sin cesar, ninguno de los dos hubiera deseado que fuese el otro de distinta manera.

"Ignacio Manuel de Altuna era uno de esos hombre raros que sólo España produce y de los que produce pocos para su gloria. No tenía esas violentas pasiones nacionales, comunes en su país. La idea de la venganza no podía entrar en su espíritu, como tampoco podía entrar el deseo de ella en su corazón. Era demasiado altivo para ser vengativo, y con frecuencia le he oído decir con mucha sangre fría, que ningún mortal podía ofenderle. Era galante sin ser tierno. Jugaba con las mujeres como si fuesen niños. Se complacía con las queridas de sus amigos, pero jamás le he conocido ninguna, ni deseo de tenerla. Las llamas de la virtud que devoraban su corazón, no permitieron nunca nacer las de sus sentidos. Después de sus viajes se casó y murió joven, dejando hijos. Estoy persuadido como de mi existencia, que su mujer fue la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. Al exterior e

ra devoto como un español, pero por dentro su piedad era la de un ángel. Fuera de mí, no he visto otro tan tolerante desde que existo. Jamás se informó de ningún hombre, cómo pensaba en materia de religión.

Poco le importaba que su amigo fuese judío, protestante, turco, ateo, beato, siempre que fuese un hombre honrado. Obstinado, terco para las opiniones diferentes, en cuanto se trataba de religión y aún de moral, se recogía, se callaba, o decía sencillamente: Yo no estoy encargado más que de mí mismo. Es increíble cómo puede asociarse tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta lo minucioso. Repartía y fijaba de antemano el tiempo por horas, cuartos de horas y minutos y seguía esa distribución con tal escrupulo que si hubiera dado la hora mientras leía una frase, habría cerrado el libro sin acabarla. Tenía sus horas para un estudio y para otro; las tenía para su reflexión, para la conversación, para el oficio, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura, y no había placer ni tentación, ni conveniencia que pudiese invertir aquel orden; sólo un deber que cumplir hubiera sido causa suficiente para ello. Cuando me hacía la lista de la distribución del tiempo para que diese mi conformidad, comenzaba yo por reír y terminaba por llorar de admiración. Jamás molestaba a nadie, ni soportaba la molestia; era brusco con las gentes que por cortesía querían molestarlo; era entusiasta sin ser susceptible. Lo he visto con frecuencia en cólera pero no lo he visto jamás enojado.

Nada era tan alegre como su humor; admitía las bromas y le gustaba darlas, brillando en ese aspecto, pues tenía habilidad para el epigrama. Cuando se le animaba era ruidoso y alborotador y su voz se oía de lejos, pero mientras gritaba yo le oía sonreír, y siempre a través de sus arrebatos encontraba alguna palabra agradable que a todos gustaba. No era español por el tinte de su piel ni por su flema. Tenía la piel blanca, las mejillas sonrosadas, el pelo de un castaño casi rubio. Era alto y bien hecho. Su cuerpo había sido formado para alojar a su alma. Aquel sabio de corazón lo mismo que de cabeza, conecedor de los hombres, fue mi amigo. Esa es. Toda mi respuesta a cualquiera que no lo sea. Intimamos de tal manera que hicimos el proyecto de pasar juntos nuestra vida.

Yo debía pasados algunos años, ir a Azcoitia para vivir con él en su tierra. Todos los detalles del proyecto quedaron arreglados entre ambos la víspera de su partida. Sólo faltó lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su matrimonio, su muerte por fin, nos separaron para siempre".

Ya desde fines del siglo xviii, los ataques a las libertades vascas son desata

dos a instigación de Godoy y los acontecimientos de principios del siglo xix marcan una línea de peligro para nuestra vida nacional. De modo que cuando a la muerte de Fernando VII el conflicto dinástico hace explosión, los vascos creen tener en el Pretendiente una garantía de la preservación de sus fueros. En 1833, Tomás de Zumalacarrregui se define en el campo carlista y muy pronto su figura de auténtico genio de la guerra, se impone al frente de los ejércitos de Don Carlos. He aquí el retrato que del guerrero vasco nos ha dejado su subordinado y amigo, el general 3. Antonio Zaratiegui: "Era de estatura de cinco pies y dos pulgadas, tenía la espalda un poco ancha y algo torcida. De ordinario no llevaba la cabeza muy erguida, antes por el contrario, cuando caminaba a pie marchaba con la vista fija en el suelo, como si fuese preocupado en profunda meditación. Los ojos eran claros y castaños, el mirar penetrante, profundo como el águila, su tez clara, la nariz regular, el cabello castaño oscuro y espeso; en sus últimos años principiaba ya a encanecer y yo llevaba por lo común muy corto. La patilla unida al bigote favorecía en extremo a su fisonomía.

"Se imponía a todos por su porte y conducta, que era altanera con los soberbios y humilde con los pequeños, de pocas palabras, poco amigo de la vida de sociedad; trabajador atento hasta el punto que muchas veces dejaba de comer hasta la noche por oír a los que acudían a él; aborrecedor del juego y de la mentira, gran aficionado a la caza, fácil al enojo y a la reconciliación, celoso por la religión de sus abuelos, sin fanatismo, ni hipocresía..."

Al llegar aquí, uno se siente tentado de intentar exponer, siquiera sea en grandes líneas, un estudio sobre el carácter del hombre vasco. Pero pienso que mejor que todo lo que yo pudiera decirlo encontraréis en "El genio de Navarra" del maestro Campión, en "L'homme basque" de Etienne Salaberry, o en una preciosa conferencia que hace unos años dió, en el Centro Vasco de México, Manuel de la Sota y que a todos recomiendo desde aquí.

Vienen naturalmente a los puntos de mi pluma características nacionales del vasco que me parecen indudables: el individualismo y el orgullo, el sentido de la soledad y la actitud cautelosa; los contrastes de hogareño y aventurero, tradicional y progresista; grave y alegre; religioso pero tolerante; sincero pero no ingenuo; antiguo y moderno. Ese su sentido de la adaptación que lo ha hecho triunfar en América donde ha sabido hacer proverbial, sobre todo en tierras del Plata, aquello de "palabra de vasco" que tanto nos honra; en esta América donde nuestros hombres han sabido marchar siempre, según la sagaz observación de Gregorio Maraón. "Con esa seguridad que los de su tierra tienen para pisar las tierras remotas, no como si fueran tuyas, sino como si ellos fueran de la tierra nueva", con ese acervo de virtudes sen

cillas pero inquebrantables que en esta generosa tierra de Venezuela nos me recieron de uno de sus más ilustres hijos, Aristides Rojas, conceptos que, por tan elogiosos, un elemental sentido del pudor nos impide repetir, pero nos obligará siempre y en todas partes calladamente a merecer.

Con el recuerdo de esas palabras del alto hombre de letras caraqueño cerramos esta charla. Aunque Manu Sota ingeniosamente diga, en su citada conferencia que los defectos, sobre todo si son defectos "importantes" caracterizan al hombre mejor que las virtudes, hoy nos quedaremos con el recuerdo de éstas. Que nos bastan la tristeza del destierro sin caer en aquella que es la más amarga para el hombre recto: la consideración de sus propias culpas. Recordamos, como un espolazo en carne viva aquella sentencia de Elisé e Reclús sobre el país vasco: "Es un pueblo que se va". Pero preferimos hoy aquellas palabras con que nuestro insigne amigo Hugo Schuchardt supo hacer y unas décadas acicatear nuestra voluntad de perdurar: "Vascos, sois antiguos, pero no viejo. Yo os saludo como- se saluda a la aurora".  
Caracas, 1961.

#### IV "LOS VASCOS: GENIO Y FIGURA"

La primera vez que me llegué a esta exposición que la pericia y dinamismo de este gran promotor de toda obra artística, José Pedro Argüí Arrangoiti, ha hecho posible, tras una primera gratísima impresión, de una intensidad que en este aspecto hacía mucho tiempo no experimentaba, tuve mis reservas para con el admirado pintor Cabanas Oteiza.

¿Por qué limitarla a una presentación de nuestros tipos más humildes y quizá también más conocidos? ¿Dónde se dejó al palankari, ese titán de nuestra tierra, hecho, a la vez, del más duro de los robles y del más flexible de los mimbres, que plantado en medio de la pradera, arroja la férrea barra con la fuerza y la gracia de un antiguo atleta de aquellos cuyas hazañas hicieron vibrar la lira de Píndaro? ¿Dónde nuestro aizkolari que asentando sus pies desnudos sobre el tronco poderoso hace voltear, una y mil veces, el acero de su hacha al impulso de sus brazos incansables hasta triunfar en su empeño contra la terca reciedumbre de la fibrosa madera? ¿Dónde nuestros remeros cuya increíble vigor convierte a la pesada trainera en grácil golondrina que vuela rozando apenas las aguas del mar? ¿Dónde el pelotari, esbelto y poderoso, que se lanza por los aires en inverosímiles saltos a la caza de la pelota convertida en pájaro esquivo? ¿Dónde nuestros barrenadores de piedras o los forzudos que se reían de su peso en alardes increíbles? Y los segadores, los korrikalaris, etcétera, etcétera...

O, puesto que en realidad se trata de una embajada artística vasca a tierras de América, ¿porqué no haber intentado una representación del Padre Vitoria

, ilustre paladín de los habitantes de estas tierras entonces recién descubiertas, o de Ercilla, el primer épico de la conquista o de Bolívar, padre de naciones libres, o de Zumarraga el que primero trajo a la América las luces de la imprenta, o a Zabala el fundador de esta entrañable Montevideo, o de Caray el de Buenos Aires o de Irala el de La Asunción, de tantos y tantas vascos preclaros en la historia americana?

Pero una segunda reflexión me convenció de que Cabanas Oteiza había acertado plenamente, acaso sin proponérselo. "Est Deus in nobis" pueden decir, sin duda, los pintores lo mismo que los poetas. "Hay un numen en nosotros", Y ese numen lo guió.

Cuando el que os habla llegó a tierra de América venía con la cabeza resonante de nombres de nuestros descubridores, nuestros colonizadores, nuestros misioneros, nuestros fundadores; venía también con el recuerdo de nuestros atletas representativos que, sin embargo, comprendo se prestan más a la escultura que a la pintura, a la forma que al color...

Pero pronto fui aprendiendo que ni a unos ni a otros se les conocía aquí. Y que, desde luego, cuando en todas partes se nos recibía con un afecto, con una consideración que difícilmente ninguna otra colectividad alcanza en América, para nada se pensaba en nuestras grandes figuras históricas o actuales. Nuestro inigualado prestigio en estas tierras nos lo habían ganado otros hombres. Unos hombres que llegaron aquí con muy poco bagaje de ciencia o de riqueza y cuyos nombres individualmente no quedaron para el recuerdo o de la gloria. Eran unos hombres sencillos, sí. Pero se trataba de una clase de hombres que supo dar un ¡sí! rotundo a todos los deberes; que supieron oponer un ¡no! inquebrantable a todas las indignidades. Incansables en el trabajo, alegres en el descanso, leales en la amistad, dueños de una palabra forjada de hierro, con una conducta diafana como el cristal. Ellos consiguieron que, entre todas las de América, fuese nuestra gente la única a la que el bravo gaucho nunca llamó gringo; & ellos se debe esa expresión tan frecuente en los nobles labios de los criollos: "vasco hermano"; ellos hicieron acuñar aquí ese dicho ya proverbial que es uno de nuestros mayores títulos de gloria: "palabra de vasco". Eran ellos la parte más sencilla y humilde, pero quizá también la mejor de nuestro pueblo, hermanos de esos hombres de nuestras aldeas que con tanta realidad como arte ha trasladado al Henzo y nos ha traído aquí Cabanas Oteiza y ante cuyas figuras me inclino con una emocionada gratitud. Ellos, por otra parte, son los que mejor convienen a éste su intérprete de hoy, como ellos humilde, y cuyo único posible mérito es el de una total sinceridad.

¿Cómo son estos hombres física y espiritualmente? Todos sabéis que allá en

la gigantesca muralla alzada por Dios entre España y Francia, a partir del pico de Ame, el Pirineo pierde su aspecto de barrera; ya no separa dos mundos, dos civilizaciones, casi pudiéramos decir con Michelet, a la Europa del África. No, la cordillera que desde el soberbio pico de Orí se encamina en busca de las olas de Fuenterrabía con sus valles paralelos y confluentes, es el lazo de unión de una misma familia, es el asiento de la raza vasca.

¿Desde cuándo? Cuéntase que un Montmorency, con el orgullo natural de las razas feudales, dijo en cierta ocasión a un vasco: "¿Sabe usted que datamos de mil años?". "Pues nosotros, —respondió sosegadamente el vasco ya no datamos".

En efecto, la raza vasca, con las mismas características que hoy, vive sobre nuestro suelo, según los cálculos de los antropólogos más autorizados, por lo menos desde el neolítico inferior, es decir, desde hace catorce o quince mil años.

Ya sabemos que el concepto de raza suscita hoy en día muchas discrepancias e incluso muchas negociaciones. Hemos de aclarar este concepto, pues, estableciendo que para nosotros raza quiere decir simplemente "un conjunto de individuos que se parecen entre sí más que a otros por rasgos distintivos fisiológicamente hereditarios". Creo que así definida será empresa difícil la negación de la raza vasca.

¿Cuáles son esos rasgos? Rápidamente, pues ya nuestros amigos de los cuadros nos esperan un poco impacientes, los definiremos según el antropólogo de aldea y el científico.

El primero de ellos dice:

"Euskaldun jatorra izateko bearr dirán set gauza: pelotan jakin, sagardozalea, ¡biliaria izan, anka aundia, bizkarr zabala ta sudurrluzea".

Es decir: "Para ser vasco castizo se precisan seis cosas: saber jugar a la pelota, gustar de la sidra, ser andarín, y tener piernas grandes, espalda ancha y nariz larga".

Los científicos, por su parte, resumen nuestras características raciales de este modo:

'Estatura, buena.

Constitución, fuerte.

Color, tez clara, cabellos y ojos castaños o más exactamente, cabello en que no se da ni el albino ni el de ala de cuervo, y ojos en que rarísimamente se verán los de "pescado" o los de azabache.

Cabeza, raesocéfala, ovalada relativamente baja.

Nariz, aguileña o recta.

Dentadura, mala.

Completa don Telesforo de Aranzadi estas características con estas otras dos con las que redondea la configuración del tipo: - Mentón recogido y Sienes abultadas por detrás de la frente.

Creo que, más o menos, podréis apreciar estos rasgos en las figuras de Cabanas Oteiza que nos circundan.

Pero aún más importante que los físicos son los rasgos de espíritu o de carácter. ¿Cuáles son éstos?

Se me ha ocurrido, para ofreceros una orientación en tan vasta materia, acogerme a un estudio publicado en la "Revista Internacional de Estudios Vascos" (año 1927) por el señor Miguel Herrero García en el que este autor, después de un amplio recorrido a través de los escritores españoles del Siglo de Oro, llega a la conclusión de que las notas morales que surgen como constitutivas del tipo vasco, según se desprende de las abundantes citas de Cervantes, Lope, Gracián, Quevedo, Alarcón, Solís, Polo de Medina, Villalón, Salas Barbadillo, Castillo Solorzano, etc., etc. son las siguientes:

1. Nobleza de linaje.
2. Sencillez de espíritu.
3. Cortedad de carácter.
4. Aptitud profesional para secretarios.
5. Aptitud para la marinería.
6. Afición exagerada al vino.
7. Humor colérico.

En cuanto al primero de esos temas, o sea el de la nobleza, el tiempo lo ha hecho decaer. Vivimos en una época en la que no se concibe la distinción entre castas. Pero ya sabéis que no siempre fue así. En la vieja Europa la gente de todos los países estaba dividida en noble y plebeya, como antes lo había estado en señores y esclavos. Pero en nuestra Euskal Erria jamás se dieron esas diferenciaciones que ultrajan a la dignidad del hombre. Se ha dicho que los vascos hábilmente supieron escamotear el dilema: nobles o plebeyos, proclamándose todos nobles. Para dentro de casa importaba poco la definición. ¿Quién iba a pensar dentro de Euzkadi que un vasco era más ni menos que otro? Pero fuera de la tierra era muy útil. Así, por ejemplo, veamos lo que sucedía con la pena de azotes que la legislación castellana reservaba para los plebeyos. En la construcción del monasterio del Escorial se dio una de las primeras huelgas que se recuerdan en la historia de la Península. La promovieron unos cuantos canteros vascos que labraban la

La cortedad de los vascos.

Ya conocéis los versos que Tirso de Molina puso en boca de Don Diego Señor de Vizcaya y pretendiente a la mano de dona María, la reina viuda de Castilla:

"Vizcaíno es el hierro que aquí os encarga, corto en palabras pero en obras largo".

Por su parte, Pedro de Medina escribe: "Son de poco hablar y no muy propio ni muy concertado, que muchas veces sienten dificultad en poderse dar a entender y declarar sus conceptos".

Cosa que el continuador de la "Vida de Guzmán de Alfarache" explica muy bien así:

"La razón por que a los vizcaínos les llaman burros es porque cuando salen de su tierra, como son gente noble e hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos que son cualidades del pecho noble. Y porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente por ser intrincada, y suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana, paréceles que no alcanzan más que lo que dicen; y engáñanse, porque más ingenio arguye el darse a entender aun en la lengua ajena con menos palabras; y en sabiéndola no hay vizcaíno que no pruebe muy bien en toda cosa" (Lujan de Saavedra).

Aptitud profesional para secretarios.

Fueron también muy conocidos en este aspecto los vizcaínos, nombre con que, por entonces, se conocía a los vascos en general. Carlos V y Felipe II y los Austrias y Borbones que le siguieron tuvieron muchos secretarios vascos, así como los nobles y señores más encumbrados. Más seguramente que por la fama de buenos calígrafos, a fuer de paisanos de Juan de Iziar, el maravilloso calígrafo durangués a quien más tarde emularía José Francisco de Iturza eta, el gran profesor de caligrafía de Guetaria, eran buscados como hombres de fiar, de poder confiar en ellos los secretos, que ésto es en suma etimológicamente el secretario.

Todos recordaréis aquella escena en la que Sancho Panza, recién tomada posesión de su supuesta ínsula, pregunta a los que lo rodean:

"¿Quién es aquí mi secretario?".

"Y uno de los que presentes estaban respondió":

"Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno".

"Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podríais serlo del mismo Emperador"

Aptitud para la marinería.

Pero bueno, ya es hora de dejar de lado citas ajenas y hacer que nos digan algo de sí mismos los hombres y mujeres de Cabanas Oteiza.

Ahí tenéis, frente a vosotros, vestido con la típica "txamarra" roja, calada la boina y la pipa de barro colgando de su boca, a Shanti, el viejo patrón de pesca. Sus brazos se apoyan en el pretil del muelle y su mirada, como siempre, se posa sobre el mar. De la taberna de al lado podéis oír llegar las voces un tanto roncadas de los pescadores que entre vaso y vaso entonan una canción banal. Tal vez, es la de la lancha de Joxe Miguel que no pescaba otra cosa que berdel y chicharro:

"Koxe Miguel en bátela txitxarrua ta berdela (bis) Koxe Migel, Migel Koxe..".

Pero las claras pupilas de Shanti siguen fijas en el mar, su obsesión, su vida toda como lo fue la de aquellos legendarios balleneros, marinos heroicos de Vizcaya, Guipúzcoa y Laburdi que se lanzaban a la caza del Leviatán de los mares sobre una verdadera cascara de nuez y armados con su arpón, con el que daban buena cuenta del monstruo —cuando éste de un terrible colapso no daba cuenta de ellos—. Sus hazañas ahí están para siempre consignadas en los escudos de Gaminiz (Plencia), Bermeo y Lekeitio en Vizcaya; de Fuenterrabía y Guetaria en Guipúzcoa; de Guetari y Biarritz en Laburdi... Fue el mar también toda la vida de aquellos navegantes que con Juan de Etxaide llegaron los primeros a Terranova en cuyos bancos se dedicaron por mucho tiempo a la pesca del bacalao. Allí están todavía en Terranova tumbas del siglo xvi que dan testimonio con los nombres vascos de los que en ellas yacen; allí los nombres de Portu, Portutxu y tantos otros herencia de la lengua vasca que allí hace siglos floreció.

El mar, siempre el mar. Un hijo de Guetaria, Juan Sebastián de Elcano, la surcó toda rubricando la verdad de la redondez de la tierra, y "Mari Galanía" era el nombre vasco de la que fue después la gloriosa "Santa María" de Colón. Y Urdaneta y Legazpi, los bravos navegantes y colonizadores de Filipinas. Y toda esa magnífica teoría de almirantes: Okendo, Churrua, Gaztañeta, Recalde, Bertendona, Jaureguibe-rry... Nuestro Shanti sabe mucho de esas cosas porque le han hablado muchas veces de ellas Don Juan Antonio el cura y Don Simón el boticario. Y una vez le mostró este un libro grande, muy viejo donde se decía que los vascos eran por aquellos tiempos "más instructos que cualquiera otra nación del mundo en cosas de navegación".

Y tuvimos también, verdad Shanti? nuestros corsarios famosos como aquel Pellet el de Douibane Loitzun o como aquel lobo de mar, Suhigaraychipi, y hasta pirata como aquel terrible Miguel el Vasco... •& todos los cuales aho

ra evocan un poco inconscientemente los de la taberna con la vieja canción  
:

"Ni naiz kapitan ptllotu, Zu zera kapitan pillotu, Niri bearr zait obeditu, Obeditu..."

Ahora las cosas han cambiado con los tiempos, pero Shanti sabe bien, entre otras cosas, que aun están por nacer los que en las regatas de traineras puedan competir con los vascos. Aquella muñeca sin igual de los de Ondarroa; las paladas seguidas y briosas de Santurce, la tremenda fuerza de Orio...

Por lo demás, la vida de Shanti ha sido siempre sencilla aunque heroica con el heroísmo, sin alardes, del esfuerzo y el peligro cotidiano. Para los doce años ya andaba de "txo" y saltaba descalzo entre las lanchas, desde entonces... siempre sobre el mar a la anchoa, la sardina, al atún, al besugo, a la merluza.,.

Bien pudo Shanti ser el patrón de la trainera "Arantza" aquella cuyos hombres inspiraron a Baroja su maravilloso "Ángelus":

"Eran trece los hombres, trece los hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer, la del patrón.

Los trece, hombres de la costa, tenían el sello característico de la raza vasca; cabeza ancha, perfil aguileno, la pupila muerta por la constante contemplación del mar; la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico les conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba "Arantza" que en vascuence significa "espina". Tenía un palo corto, plantado junto a la proa, con una vela pequeña... Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca con las redes preparadas, a reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban delante de Deba.

Los trece hombres, serios e impasibles, hablaban poco; la mujer vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón grave, con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, mirable impasible al mar.

Un perro de aguas, sentado en un banco de popa junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

La trainera se encontraba frente a Iziar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba con todos sus riscos y peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iziar y luego las campanadas del Ángelus se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y todos hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo y todos rezaron, graves, serios, mirando al mar tranquilo y de redondeadas olas.

Cuando empezó a hacerse de noche, el viento sopió ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en los peligros y avezados a las luchas del mar".

Afición al vino.

Nuestro viaje es ahora tierra adentro y ahí con el fondo de un típico paisaje de nuestras montañas, podéis ver a Txomin y Patxi, los dos viejos amigos, sentados ambos a una buena mesa que adornan los alimentos simples, sustancias: pan y vino. Son los alimentos eucarísticos ante los cuales el vasco se coloca en ritual actitud.

Claro está que al pan había que acompañarlo con un poco de queso y, como nueces con queso sabeo a beso, habrán de estar también presentes las nueces. Llega la sabrosa cazuelita y así se van encadenando las cosas en este ágape que no hace más que empezar. Y sabido es que "él vasco no se sienta a la mesa para festejar algo con uno o varios amigos, para estar menos de tres o cuatro horas entregado a la dulce tarea del masticar reposado.

Dice Lia Yutang, creo que en la "La importancia de vivir", que si, al levantarnos de la cama nos ponemos a pensar en cuál es la cosa más importante del mundo, pronto vendremos a averiguar que esa cosa es el comer. Y mucho antes que el chino los vascos habían descubierto tan importante verdad. Y no es que seamos paganos, no. Hasta nuestro gran santo Ignacio de Loyola se vio en este aspecto, como en caai todos loa de su potente personalidad, empujado por el genio de la estirpe cuando aconsejaba a su frailes que se alimentaran bien.

Txomin y Patxi piensan, pues, que deben cumplir con lo que manda el genio de la raza al disponerse a una buena refacción. ¿Pero, y lo otro, el beber? Porque esa fama de mosquito de cuba que nos colgaban los escritores españoles del siglo xvii y basta aquel epigrama latino: "Felices vascones cujum vivere est bibere"...

Claro que la sidra es suave y ¿a quién podría hacerle daño? y ¿quién podría despreciar al alegre y un sí es no es agrio txakoli? Tal vez sea más pelig

roso este vinillo navarro. Por ello Patxi prudentemente aconseja a su compañero que mire bien lo que hace porque como dice la canción:

"Ez da pillosoporik ez teologorik / ardoari neurria  
artuko dionik; / gizon aundiak ere ikusi ditut n;k /  
beren mozkorra ezin disimulaturik".

(No hay filósofo ni teólogo capaz de tomar la medida al vino. Hombres bien grandes he visto yo que no podían disimular su borrachera.)

Txomin, empero, sabe replicar sabiamente, y también con una canción, que si es cierto que el vino puede echar a perder al hombre, no es menos verdad que tomado con mesura es capaz de resucitar a un muerto. ¿Cuándo has visto, Patxi, boda ni función alguna sin vino? Ni la santa misa puede celebrar se sin él:

"Ardo gabe, ez da mezarik, ez funtziorik ez  
eztairik / Izan eta gauza ona ondatzen daki gizona /  
Baifia edaezkero neurriz / illak piztuko ditu berriz".

Y que conste que estos versos de tan popular sabor tienen sin embargo, autor conocido: el Padre Meagher que pese a su exótico apellido, (era de origen Irlandés)

fue un jesuita donostiarra, a quien su probado saber y altas virtudes no le privaron de ser, en sus estrofas euskéricas, un panegirista del vino.

Pero estamos ya en el "ioitium temptationis"; al borde de los resbaladizos senderos de la tentación. El hombre es débil, ¿no es así, Txomin? Y el vino es sabroso, ¿no es verdad, Patxi? Aunque no sepáis latín ni hayáis leído nunca al viejo Horacio, estoy seguro de que para ahora ya estáis a punto de aprobar su peligrosa sentencia: "Insanire juvat", esto es, conviene enloquecerse un poco, o quizá la del vate galo: "Embriagaos...

Y siguen las canciones de circunstancias como aquella que dice que —¿quién escapará a las calumnias?— ayer murieron diez viejas y que si el vino no se abarata han de morir muchas más:

"Atzo, alzo, atzo, atzo il ziraní amarr atso. Ardaoa merkatzen ez ba'da, ilgo dirá beste asko".

¿Y por qué no levantarse de la mesa e ir a recorrer el pueblo, calle por calle, armados de una damajuana y una trompeta para pregonar a todos las inigualables virtudes del rico licor? Txomin tocará la trompeta y Patxi hará de escanciador:

(bis)

"Gabiltzan kalez kale; umore onean  
Txomin, yo zak trompeta,

Patxi, nun da konketa?  
Edari baldin ba'dago  
ekarri beteta.  
Jajai, jajai, jajai, jajai, jajai".

Pero estamos en terreno peligroso. ¿Qué podrían pensar de vosotros, Txomin y Patxi, ai os vieran ofreciendo tal espectáculo? Es preciso que demostréis que aquí no ha pasado nada; que se pueden beber unos cuantos vasos de vino, una botella quizá, y cantar algremente siu que la cosa pase de ahí y sin que los pies ni la cabeza fallen. A demostrarlo, pues.

Y las "makillas" de Txomin y Patxi forman una cruz sobre el suelo. Y sobre esta cruz es preciso bailar, al ágil ritmo del "Txakolin", sin tocar los palos. Es la prueba definitiva de que pese al vino y aun pese a los años, el buen vasco es siempre dueño de unas piernas de montañés y de una cabeza firme. A bailar, pues:

"Txakolin, txakolin, txakoliñak on egin, guztiok edaigun alkarrekin..."  
¡Bravo mis buenos amigos, mis viejos amigos, Txomin y Patxi! Vosotros sois el auténtico exponente de la alegría dionisiaca de mi tierra, de nuestra santa alegría, diría quizá mejor. Con unos alimentos simples, rociados generosamente con unos cuantos vasos de buen vino —el número de ellos entra en la categoría de los secretos que no se deben revelar jamás—, con esa cazuelita, ese pan, ese queso, esas nueces y al son de unas viejas canciones habéis pasado unas horas de alegría tan simple como total. Si los millonarios, si los poderosos de la tierra pudieran siquiera sospecharla, estad seguros que palidecerían de envidia,

La mujer vasca.

Pero no todo es alegría en la vida. No lo fue al menos en la tuya, abuela Joxepa Antoni, nacida, sin embargo, con un alma más viva, más pura y bulliciosa que los arroyos que bajan de las crestas de nuestras montañas. Pero el mar es cruel en la costa vasca; las galernas, sobre todo en tu tiempo, raramente dejaban pasar año sin sembrar de huérfanos y viudas nuestros puertos. Y viuda quedaste tú con varios pequeñuelos en plena juventud. Y fuiste, desde el primer día, para ellos padre y madre a la vez.

Más madre que nunca porque el tesoro de ternura de tu limpio corazón se volcó entero sobre tus hijos que eran para ti más que nunca la verdadera imagen de aquel

compañero que la desdicha te arrebató. Tus días eran de continua brega la casa, la comida, la venta de la pesca...; de noche apenas si te quedaban unas horas

para el descanso; había que repasar y coser y lavar las ropas de los chicos que nunca fueron a la calle menos limpios que los demás. Tus brazos no descansaban nunca.

Yo sé bien la única causa que te los hacía cruzar como en ese retrato. Concedora de la desgracia fuiste siempre la primera en compadecer a los desgraciados.

Por eso, Joxepa Antoni, cuando yo te veía subir del Puerto viejo, por la cuesta de

Aretxondo que pasa junto a mi casa, llevando de compañeras a Leoncia la de Aresti o

a Dominga Lopategui, buenas buenas como tú, yo desde niño sabía lo que eso significaba:

había algún desdichado urgentemente necesitado de socorro. Y allí llegaba la pareja

de santas mujeres, limpias, serias, con sus toquillas negras cruzadas y amarradas

a la cintura y con los brazos cruzados como en ese retrato los tienes tú:

"X. X. el de tal casa está enfermo y su familia en necesidad, ¿qué nos dará usted

para ayudar?". Porque claro, había que dar algo a aquellas santas mujeres que pedían

para otros lo que nunca hubieran pedido para sí. Porque ya sabréis que en el País Vasco ha podido decirse que no ha habido mendigos que fueran naturales del país. Y parece que hasta los que piden para otros como Joxepa Antoni sienten que un resto de extraño pudor les hace cruzar los brazos y esconder las manos entre los pliegues de la toquilla.

Mujeres humildes, santas mujeres de mi tierra. Yo podría cantar a la gracia de clásicas canéforas de las doncellas de nuestras montañas, y a la majestad de nuestras etxekoandres, verdaderas reinas de nuestros hogares, a las reinas que gloriosas se asentaron sobre un trono con la majestad de una doña Toda de Navarra o a las heroicas Amazonas que cubrieron con sus cuerpos los destruidos muros de Fuenterrabía; podría decir cosas bellas de la mitad más hermosa y mejor de nuestra raza, a la que debemos los vascos lo mejor de lo que somos, a nuestras mujeres de las que Tirso de Molina pudo decir:

"Que aunque distintas en el sexo y nombres, en guerra y paz se igualan a los hombres".

Pero he preferido recordaros a vosotras, Joxepa Antoni, Leoncia, Dominga... las más humildes, las más sacrificadas, IB más heroicas, a vosotras cuyo ata vío, como el de la Mujer Fuerte de la Escritura, es la Fortaleza y el Decoro por lo cual estaréis alegres los últimos días.

Yo os recuerdo mujeres humildes, mujeres santas de mi raza y de mi pueblo con toda reverencia, con todo amor, con el alma recogida y de rodillas, como dicen que Fra Angélico pintaba las figuras de sus Vírgenes incomparables.

La tradición.

Aquí tenéis al viejo Joxe Martín con su nieto Xabierto, el pequeño Xabier, Fácilmente podéis ver que éste es todo el orgullo de su abuelo, aunque no lo diga, aunque seguramente nunca lo dirá.

Pero Joxe Martín sabe que no ha vivido en vano y sabe, con tanta certeza que el viejo Horacio, que ya no morirá del todo; la antorcha que él ha llevado con toda dignidad durante tantos años no será llevada con menos por las manos de Xabierto.

Joxe Martín y Xabierto: tradición y porvenir, o si lo queréis sólo tradición. Porque ésta en la vieja Euskal Erria no es, como muchos han creído, un terco aferrarse a viejas cosas caducas que ya perdieron su savia, que ya no tienen razón de ser. No, entre nosotros la tradición es nuestra civilización misma, es la sensatez histórica adquirida en una experiencia de siglos; en un vivir milenario que ha visto como a su alrededor nacían los grandes imperios y se abrían después sus sepulturas cavadas por su ambición y sus vicios. La tradición, la civilización vasca es de un tipo original. Se basa sobre todo, en el gusto por las cosas simples y esenciales. Con esta vida de suprema sencillez es como los vascos han pasado incommovibles a través de los siglos mientras todo se derrumbaba en derredor suyo; con ella encaran también un futuro milenario porque la tradición así entendida no envejece sino que otorga prestancia y personalidad propia a los pueblos. Es, en suma, el secreto y la verdadera clave de su continuidad, porque no se puede vivir agotando los jugos vitales ni se puede edificar sobre arena, como el insensato de que nos habla el Evangelio.

En el progreso material ha demostrado cumplidamente todo esto el vasco. Las viejas armerías que en Eibar fabricaban picas o arcabuces se han convertido, en natural proceso, en modernas factorías de donde salen pistolas automáticas o ametralladoras o, lo que es mucho más simpático, veloces bicicletas y modernísimas máquinas de coser. Las viejas y típicas ferre-rías son hoy día colosales Altos Hornos; y en lugar de las antiguas carabelas, las anchas urcas o los esbeltos quechemarines construidos con los robles de nuestras

montañas, se botan eiftuestros astilleros cargueros y transatláticos hechos del hierro del país. El servicio telefónico de Guipúzcoa marcaba, antes de la guerra, un record tanto por su eficacia como por la densidad relativa del trabajo prestado. Nuestra marina integraba también antes de la reciente guerra más del 60 % del tonelaje total de la que navega con la bandera del estado español. Cuando hubo que hacer en Madrid las obras del ferrocarril subterráneo fue una empresa vasca la que se encargó de la construcción, como han sido empresas vascas e ingenieros vascos en su inmensa mayoría los constructores de las obras de aprovechamiento eléctrico de los grandes ríos peninsulares. Y así pudiéramos continuar.

En lo espiritual cambia un poco el panorama. El vasco sabe que en este plano no siempre lo más nuevo es necesariamente lo mejor. Se ha dicho que Euzkaland Erria fue una de las partes de la Península donde más tardó en entrar la religión de Cristo. Esto me parece muy verosímil. Se trataba de algo muy serio. No era un mero cambio de ritos, de fórmulas y posturas que en definitiva no sirven sino de mero disfraz espiritual.

No, aquello que el Cristianismo les presentaba con sus diez mandamientos era algo que abarcaba la vida entera y una nueva modalidad de vivir. El vasco se echó atrás la boina y se debió de rascar mucho la cabeza antes de decidirse a aceptar las nuevas verdades. Cuando lo hizo, fue porque llegó a la honrada conclusión de que era lo mejor que podía hacer. Y aceptó esas verdades para siempre, no como manto de hipocresía o pretexto para la rapiña o excusa para conquistas, sino como norma práctica de vida; como espejo moral en el que tiene que mirarse todos los días nuestra conducta y reflejarse nuestras costumbres porque, en resumen, en tanto valdremos como cristianos y como hombres, en cuanto nuestras costumbres valgan. Decid a este bueno de Joxe Martín que ayune y se flagele y tal vez se reirá; que dé fuego a la pira de leña en que ha de arder un hereje y se indignará; pero estad seguros de que a su rostro grave jamás arrancará una sonrisa una comedia o una película de esas cuyo liviano argumento es por ej. el adulterio, crimen tan nefando que ni nombre tiene en el idioma nacional de los vascos.

Os invito a ver el cuadro de una verdadera civilización. Podéis escuchar al poeta español Alberto Lista quien, por el año 1838, es decir, uno antes de que se nos arrancaran nuestras libertades, escribía: "He vivido en Vizcaya más de año y medio y en todo este tiempo no se cometió en todo el Señorío un delito que mereciese pena aflictiva". Pocos años después, en 1857, otro español, don Antonio Cavanillas decía: "Cuando visité Marquina, cabeza de partido judicial de más de 16.000 almas, sólo había un preso en la cárcel". Poco después también, don Antonio Trueba el poeta y cronista del Señorío, p

odía testimoniar que en la cárcel de Guernica, cuyo juzgado comprendía cerca de 50.000 almas, sólo existía un preso "el cual, por cierto, no era vasco". Estas son muestras y testimonios de la tradición, del vivir, de la civilización vasca. ¿No creéis que con uñas y dientes debemos defender y evitar la contaminación de ese tesoro sobre todos nuestros tesoros, hecho de limpieza y basado fundamentalmente en un sentido eminente de la dignidad del hombre y en una sensibilidad exquisita para todos los problemas de la libertad?

Porque no es una casualidad que hayan sido vascos o hijos de vascos un Padre Vitoria, creador del Derecho Internacional, un Bolívar, padre de naciones libres, un Lavignerie, figura ingente en la abolición de la esclavitud... Ellos eran hijos o descendientes de una raza en que todos fueron iguales, en que todos tenían —¡en aquellos tiempos!— la misma parte en la gobernación de la cosa pública, eran hombres de una tierra en que no se conocieron esclavos, en que no existió la prisión por deuda, en que no podía aplicarse a los presos el tormento, en que la casa de cada uno era "tuto refugio", asilo inviolable...

Cuando el insigne poeta argentino Leopoldo Lugones dirigió a nuestro gran bardo Pedro de Enbeita una hermosa salutación en que sonoros alejandrinos iban tejiendo maravillosamente el elogio de nuestra raza, terminaba, como compendiándolo todo con éstos:

"Lo saludo en la Patria que toda gloria explica.

"Lo saludo en el vastago del árbol de Guernica.

Lo saludo en el Fuero de la honra y la equidad:

Pedro de Enbeita el vasco, ¡Viva la Libertad!"

El culto a la libertad es, en resumen, aquello que mejor compendia el genio y la figura de los vascos.

## LA LENGUA VASCA

De ningún modo podríamos pretender conocer al hombre vasco si dejáramos de tener en cuenta a su idioma. Si la lengua, en todo caso, es algo que esencialmente caracteriza a cada grupo humano, con tanta mayor razón ha de serlo cuando se trata del euskera, idioma singular, verdadero enigma lingüístico, testigo de antiquísimas épocas de la vida vasca de cuyo origen poco o nada se sabe y del cual lo único que con seguridad se conoce hasta el día de hoy es que se sale de todos los encasillamientos para permanecer en su singularidad sin pariente alguno entre las lenguas antiguas o modernas de que se tiene noticia.

En cuanto a su antigüedad, siguen siendo valederas las palabras de André Lévy: "El finés, el ma-gyar y el turco han sido depositados en Europa por in

vasiones cuya fecha nos es conocida; pero el establecimiento, al pie de los Pirineos occidentales, del euskera y de los que lo hablan, es UE hecho anterior a la Historia y que ni la Antropología ni la

Etnografía pueden explicar".

Lo que eso significa en cuanto a la singularidad del hombre vasco podríamos valorarlo de acuerdo a aquellas palabras de Taine, tan verdaderas en cuanto al fondo como exageradas pudieran parecer en su enunciado: "En el fondo no hay lenguas, sino únicamente hombres que coordinan palabras e imágenes según las exigencias de sus órganos y la forma original de su espíritu".

Por otra parte, uno de los varios importantes aspectos que esta realidad ioU omática vasca señala en el campo de la Historia nos lo declaran estas palabras de Américo Castro: "El no haberse romanizado lingüísticamente (el vasco) descubre, sin más, su escasa participación en la vida del resto de la Península".

Efectivamente, como bien dice Ferdinand de Saussure: "El término idioma designa muy justamente la lengua en cuanto refleja los rasgos propios de una comunidad (el griego idioma tenía ya el sentido de costumbre 'especial'). Esto nos lleva a la cuestión que se plantea J. Vendryes de si cada lengua corresponde cierta mentalidad y a la definición que, saliéndose ya del campo científico, pero cargando a las palabras de emoción humana, nos da el mismo autor al llamarlo "Patria del espíritu". Lo que nos recuerda aquello de "Sangre del alma" que decía Unamuno quien por tan completo echó en olvido lo que a esa sangre espiritual debía y nos lleva, como de la mano, a lo de Víctor Hugo: "La langue basque est une patrie, j'ai presque dit une religion".

El idioma, en general, es un organismo vivo. Nace de la vida y ésta lo alimenta. Pero la lengua de cada pueblo es el archivo de su vivir y el espejo fiel de su pasado. Podríamos decir de él que es una invención de doble efecto pues lo crea el pueblo como instrumento de comunicación y de registro de sus experiencias vitales, pero he aquí que, después de que por generalización y por abstracción fija conceptos y traza normas de expresión, lo que al principio fue creación se impone después a su mismo creador como algo que forzosamente debe influir en la concepción de sus pensamientos y en el modo de expresarlo, sin que, por otra parte, cada pueblo renuncie nunca a sus derechos de creador, como lo hace constar en la continua aunque casi imperceptible transformación que en el curso de cada generación ésta impone en el fluir vital de su lenguaje.

Y tras estas palabras de preámbulo nos preguntamos: ¿Qué es y cómo es el

euskeraP ¿Qué problemas nos plantea?

Para mayor claridad en nuestra exposición, vamos a considerar la historia de la euskera y de la euskera-logía a partir del siglo XVIII que es desde cuando podemos conocerlas mejor, en tres etapas que se nos permitirá llamemos: 1. La época del mito; 2. Los albores de la ciencia lingüística; 3. La ciencia del lenguaje. Tras esto veremos sumariamente, cómo es el euskera: a) en cuanto a sus características más destacadas; b) en su morfología; c) en su sintaxis; d) en su prosodia y fonología, y e) en su carácter general.

1. La época del mito.

Para hablar de esta época debemos empezar por referirnos a los vascólogos del siglo XVIII cuyas notas características son la falta de métodos científicos y el exceso de entusiasmo. Tenían, como muy bien lo señaló Julio de Urquijo, muy adentrados los prejuicios de la primordialidad, de la universidad, de la perfección y de la inmutabilidad del euskera. Lo curioso del caso, como lo señaló Urquijo es que estos vascos tan entusiastas de su idioma escribieron, casi sin excepción, no en él sino en castellano. Era la época a la que ha podido referirse Menéndez Pidal al decir que: "El vascuence ha compartido con la lengua santa un triste privilegio: todo el que quería decir los mayores disparates lingüísticos se encaramaba en el vasco o en el hebreo, para gritar su desatino desde lo alto. Los vascos llevaban por derecho propio la palma en considerar su idioma como la lengua primitiva, revelada por Dios al primer hombre, y en servirse de ella para romper el misterio siete veces sellado en los proféticos enigmas del Apocalipsis". Veamos algunos de los más destacados representantes de esta época.

Padre Manuel de Larramendi (1690, Andoaín -1766 Loyola). Es la primera figura entre los vascófilos del siglo XVIII. Excesivamente exaltado en un tiempo, desdeñado injustamente después, se va hoy en día acordando a su figura las debidas proporciones que merece el autor de "El imposible vencido" (año 1729) que con los defectos inherentes a una gramática compuesta sobre el pie forzado de las de su tiempo, resume lo esencial de la estructura del idioma vasco con relación a tres de sus dialetos y siempre tendrá el mérito de la prioridad en cuanto a publicación, en el campo de las gramáticas vascas.

Larramendi, si bien pecó, como ya lo decíamos de los vascófilos de esta época en general, de escribir la mayor parte de su obra de exaltación del euskera en idioma castellano, en lugar de temprarla y entonarla para que sirviera a más altos destinos, sobre todo al de superior instrumento de la cultura nacional, no deja de ofrecernos, aun en este aspecto de cultor de la prosa euskérica, muestras como su prólogo al "Je-susen Biotzaren Devocioa", que consagran su pluma, así como la gran parte de su correspondencia escrita en euskera, según el Padre Fita, que esperamos no tardar en conocer.

Estos y otros méritos, como el de su condición de removedor de inquietudes vascófilas, si bien éstas no fueran encauzadas como deseáramos, hacen que perdonemos a Larramendi, como a aquél que amó mucho a su idioma, los muchos pecados que contra él cometió al llevar a la exageración cosas a las que, por otra parte, se vio forzado, bien por su innata condición de polemista que se goza en la controversia, bien por su calidad de humorista de primer orden que nos hace pensar que al dar p. ej. muchas de sus fantásticas estimologías como aquellas de Eros, naípe, etc., etc., "la risa me retoza", como confesaba a propósito de su explicación de la voz España por el vasco ezaña, (labio).

Juan de Perochegui. Sólo dos años después de la aparición de "El imposible vencido", es decir, el año 1731, veía la luz una obra cuyo solo título basta para ganar a su autor un puesto de primera fila entre los vascófilos de la época del mito. En efecto, la obra se anuncia nada menos que como: "Origen y antigüedad de la lengua vascongada y de la Nobleza de Cantabria, sacada a luz por el capitán don I van de Perocheguy, Comisario Ordinario de la Artillería de España, en que se hace ver que dicha lengua fue la primera que se habló en el mundo, y la misma que traxo Tubal a España, en el año 1800 de la Creación, con la particularidad de cómo, y por dónde se introduxo para poblar esta Monarquía, y assimismo se expresa cómo se introduxeron los Agotes en el valle de Baztan y en el País de Bascos, en el año de 506, de espíritu científico y su carencia de método son absolutas.

Es hora ya de que cerremos este capítulo. Baste dar los nombres de Bidassouet, Lahetjuzan, García Oregui, Aramburu y otros que hacen sonar la misma cuerda de los ya citados.

2. Albores de la ciencia lingüística. Con la entrada del siglo xix recibe el País Vasco la visita de un hombre que dejará huella perdurable en su cultura. Estamos hablando de Guillermo Humboldt quien se convierte en el gran animador de los estudios vascos, sobre todo en Vizcaya. A él se debe, en gran parte, la labor que en el campo del euskera realizan escritores vizcaínos de primera fila como los Padres Añibarro y Bartolomé de Santa Teresa, los Mogeles con Juan Antonio Mogel y Urquiza a la cabeza y los dos Astarloas. Para lo que en este momento nos interesa nos concretaremos al propio Humboldt (1767-1835) y a Pablo de Astarloa (1752-1808).

El valor de Guillermo de Humboldt en el campo de las ciencias del lenguaje es el de un gran precursor de la lingüística cuyo nacimiento coincidió casi con el de su muerte. Él se movió en la etapa de la filología que con la an

terior, la de la gramática, fueron las dos fases que sucesivamente antecedieron a la de la verdadera ciencia. Humboldt tuvo concepciones de gran valor y, por otra parte, mantuvo teorías que como la del vasco-iberismo, —según la cual el euskera es el idioma que se habló antiguamente en toda España— que, si no ha demostrado científicamente su validez, fue por lo menos de gran resonancia en su tiempo y alineó en su bando a lingüistas de la talla de Schuchardt, Luchaire, Uhlenbeck y otros y mereció ser combatida por otros de no menos valor como Vinson, Van Eys y Lafon.

Por su parte, Astarloa que mereció grandes elogios de Humboldt como "el primero que ha trabajado en su lengua con espíritu investigador... el único que haya descubierto el verdadero sistema formativo de la conjugación vasca...", etc., etc. tampoco dejó de recibir sus críticas, ya p. ej. en cuanto a su teoría del significado de cada letra aislada, ya en cuanto a sus "prejuicios nacionales que le hacían tener a su lengua por la única completa y por tan aombrosa y perfecta que no se la puede comparar con ninguna otra, como no se a de origen divino directo". Parecería que estábamos volviendo otra vez a la época del mito.

A principios de este siglo estuvo en moda subestimar más de lo debido al gran filólogo durangués, aunque como en cierta ocasión confesaba Julio de Urquijo, sucedía que el nombre de Astarloa servía de cabeza de turco para el ataque a otras personas. Pero, pese a todo lo que contra él pueda decirse y que más que errores suyos lo fueron de su tiempo, siempre se recordará con gratitud y gloria el nombre del autor de la "Apología de la lengua bascongada" y de los "Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva"...

3. La Lingüística. Se puede decir que esta ciencia nace cuando Franz Bopp publica en 1816 su obra "Sistema de conjugación del sánscrito" donde estudia las relaciones que unen a dicho idioma con el germánico, el griego, el latín, etc. Junto a Bopp surgen otros lingüistas como Grim, Pott, Kuhn: después Max Müller, Georg Curtius y August Schleicher. Más tarde otra etapa, la de los neogramáticos y entre todos van dando impulso y consistencia a la ciencia en formación que continúa logrando nuevos avances bastanuestros días.

Una de las realizaciones de la nueva ciencia fue la de poder ofrecernos el cuadro completo de las lenguas de Europa con sus respectivas filiaciones donde se pudo ver cómo la vasca quedaba al margen de toda clasificación.

No era una creación divina; no se trataba del "testamento eterno que salió de la boca del Padre", ni surgió de la torre de Babel ni de ninguna, en fin,

de todas aquellas fantasías florecidas en la época del mito y que aun perduran en los albores del nacimiento de la nueva ciencia; pero ella al ser estudiada por los más eminentes lingüistas como debía serlo, como un idioma más, planteó un enigma que sigue siendo hoy en día uno de los más curiosos interrogantes: el de su origen.

Esto fue, quizá, lo que más movió el interés de los tantos lingüistas que se dedicaron a su estudio sin que quedara apenas nación alguna de Europa que no estuviera representada por uno o varios de sus hombres destacados en este ramo del saber. Así, y sin agotar ni mucho menos la lista, podemos citar en Alemania, además de Humboldt, a Linshman, Hannemann, Winckler, Stepmf, Urtel, Baehr, Giese, Bouda, Spit-zer...; en Austria a Hugo Schuchardt; en Bélgica a Bourgeois; en Francia al Príncipe Bonaparte, Vinson, Luchaire, Albert León, Sarohaindy, Gavel, Lacombre, Lafon; en Holanda a Uhlenbeck, Faddegon, Van Eys...; en Inglaterra a W. Webster, Spencer Dog-aon, Roll o, Rodney Gallop...; en Italia a Trombetti; en Rusia a Shishmajov, Goittman, Nicolaus Marr...en él han trabajado. Para Schuchardt el vasco estaba emparentado con el hamítico y el nubio; más tarde se inclinó por las lenguas caucásicas; para Topolovsek es en las lenguas eslavas donde hay que buscar a los familiares del vasco; Bonaparte nos dirá que es en las lenguas finesas; Gabelentz y Eickhoff sostienen su parentesco con el beréber; para Mahn el emparentamiento hay que buscarlo en los idiomas de América; Charence y se inclina por el algonquín; Sayce, en cambio, por el caldeo; para G. Leibnitz es el copto el que debe darnos la solución, pero para Wiseman es el antiguo egipcio...

La teoría caucásica es la que más adeptos ha conseguido desde los primeros trabajos hasta la actualidad. Agrupa entre sus partidarios a Schuchardt, Tombetti, Winckler, Marr, Uhlenbeck, Bouda, Dumezil, Lafon...

Como puede verse hay teorías para todos los gustos y aun dando de lado a varias que al primer golpe de vista resultan fantásticas, no sólo el número de esas teorías sino la radical diferencia entre varios de los idiomas con que el nuestro ha sido comparado nos dice elocuentemente que, hoy por hoy, sólo se trata de esfuerzos más o menos meritorios pero que siguen dejando el problema sin resolver. La doctrina que hoy parece gozar de más predicamento es la del parentesco con los idiomas caucásicos, pero a pesar de la autoridad de algunos de sus actuales mantenedores como Bouda y Lafon, en realidad apenas se ha llegado más que a algunas aproximaciones léxicas más o menos seductoras que están aguardando a la comprobación, y la filiación del euskera sigue siendo una esfinge que aun espera a su Edipo.

¡Cómo es el euskera Algunas características.

a) Originalidad. Surge de lo que acabamos de decir. Hoy por hoy, el euskera sigue siendo una lengua isla, sin parientes conocidos. ¿Se trata del último miembro de una familia desaparecida? ¿Se logrará alguna vez su entroncamiento en alguna de las familias de lenguas que son o fueron? Sólo una paciente, tenaz y seria labor científica podrá traer la respuesta a estas cuestiones.

b) División en dialectos. El euskera es uno, sin duda, pero desde hace siglos lo sabemos dividido en dialectos, cosa que nada debe extrañarnos pues hace ya mucho tiempo que Max Müller nos enseñó que esta división es el estado natural de toda lengua. La clasificación más valedera sigue siendo la establecida por el Príncipe Bonaparte que considera a nuestro idioma dividido en tres dialectos: el vizcaíno, el vascón (que comprende al guipuzcoano, el laburdino y el alto navarro) y el pirenaico. Don Resurrección María de Azkue quien es, después del Príncipe, el hombre que más ha trabajado en nuestra dialectología, propuso la ansiada unificación literaria a base del guipuzcoano ("Gipuzkera osotua") por su condición de central —como el toscano en Italia, el castellano en España, el de la región de Londres en Inglaterra...— completándolo y enriqueciéndolo con elementos de los otros dialectos. Se trata de una empresa sobre cuya necesidad no hace falta insistir.

c) Antigüedad. Es otra cualidad del euskera sobre la cual tanto se ha dicho que nos releva de insistir. Nos bastará recordar, una vez más, que nuestro idioma era viejo con vejez de siglos y aun podríamos decir de milenios cuando las dos lenguas que hoy le rodean y van comprimiendo no habían aun soñado en nacer.

d) Perdurabilidad. Estrechamente ligada a la anterior característica, ésta nos habla de un llamémosle "instinto de conservación" nada común. Quizá el momento histórico más crítico en la vida del vasco hay que situarlo en los tiempos inmediatamente cercanos a la llegada de la invasión de los bárbaros. La romanización del país empezaba a tomar proporciones inquietantes, pero quedó interrumpida por ese acontecimiento, naturalmente con la pérdida de algunas áreas lingüísticas, pérdida que continuó después con las invasiones de godos y moros, pero sin que ya en estos períodos históricos la amenaza pareciera significar la suplantación de lengua y cultura como en los tiempos de Roma.

e) Capacidad de renovación. Otra característica estrechamente ligada a las anteriores y que no deja de parecer sorprendente en una lengua que conoció

la edad de piedra. En el apartado dedicado a la Morfología señalaremos algunas notas relativas a este aspecto.

f) Finalmente, se suele señalar como característica del euskera su tendencia a lo concreto. Lo cual se ha exagerado hasta llegarse a decir que carece de términos abstractos o que, en todo caso, estos son de procedencia extraña. Así Unamuno señalaba las palabras *arbola* y *arima*, sencillamente porque desconocía a *zugatz* y *gago* que son, sin embargo, tan nuestras. El que su uso haya decaído más o menos, culpa es de nuestra falta de cultura literaria y de la acción política y cultural de los poderes extraños. Por lo demás, cada lengua refleja a su pueblo y a las circunstancias de éste como en el caso del latín p. ej

"idiome assez frustre, assez grossier", como dice Bour-giez, como lenguaje de una raza práctica y utilitaria. Pero el éxito político de esa raza lo hizo ilustre cuando llegó a convertirse en el idioma oficial del imperio romano y aun cuando éste cayó pudo tener por unos siglos alto predominio al convertirse las circunstancias en verbo oficial de la Iglesia. Por otra parte, vida rica tiene, si alguno, el sufijo —*tasu-n-*, que indica cualidad abstracta y mayor aun puede tener si el cultivo en ello se empeña. Y temas como *egi*, *argí*, *oroi*, *nai*, *olde* y tantos otros «hí están ofreciendo la base a tantos vocablos en potencia como la imaginación creadora del pueblo, debidamente educado o simplemente orientado por los literatos vascos puede hacer surgir en cada caso.

Para completar la caracterización del euskera, hagamos ahora, en forma somera, un breve recorrido a través de las partes principales de su gramática.

Morfología. El elemento primario del lenguaje es la palabra, unidad que no se puede descomponer o de la cual no se pueden aislar sus partes integrantes sin que sea modificado el valor del conjunto.

Las palabras, como los organismos vivos, envejecen y mueren. Son los arcaísmos de los que para conocer unos cuantos de nuestro idioma no tenemos sino recorrer un poco, p. ej., los "Refranes y Sentencias..." de 1596. Hay otras que nacen, es decir, los neologismos de los que hemos tenido una excesiva y no siempre bien acertada cosecha en los primeros tiempos de nuestro Renacimiento. Hay unas palabras —y aquí entramos de lleno en el campo de la gramática— que sirven para nombrar los objetos o sea los sustantivos; y otras que sirven para sustituir a éstos o determinarlos —pronombres y artículos; otras que nos dicen cómo son esos objetos— adjetivos; y otras que expresan lo que hacen— verbos; otras cuyo oficio es señalar la relación de lugar, tiempo, modo, etc. de esa acción, adverbios; y, finalmente, otras c

uyo cometido es ligar palabras o conjuntos de palabras unas con otras.

Sin entrar en otras particularidades sobre las cuales no podríamos profundizar aquí, diremos que el nombre en euskera carece de género lo mismo que el adjetivo que siempre va pospuesto a él; que el artículo singular es uno solo para las tres formas el, la, lo del castellano; que las relaciones gramaticales que en castellano se expresan por medio de preposiciones, se traducen en euskera por sufijos que son distintos, según la relación afecte a seres animados o a cosas. Finalmente, al verbo, principal pieza gramatical apenas podemos referirnos en esta ocasión sino para decir que se divide en dos grandes grupos: transitivos e intransitivos que se conjugan con distinto auxiliar. Otra división de la conjugación es la que la clasifica en respetuosa y familiar o en otros términos dialogada e indialogada. Y, por fin, tenemos la tercera, la de los verbos que gozan de conjugación sintética que parece ser la auténtica y originaria a todos, pero que de siglo en siglo ha ido viendo reducido su campo de expansión, y del otro lado la perifrástica, según la cual se conjugan hoy la casi totalidad de los verbos vascos.

Partiendo del criterio de origen —en cuanto en este punto pueda con seguridad hablarse—, podemos considerar a las palabras vascas en dos grandes grupos: las castizas y las importadas.

Las primeras son las que forman el fondo antiguo y propio del idioma. Ya apuntábamos que hay en esto mucho de relativo y el constante estudio depara cada día nuevas sorpresas, pero creo que podemos entendernos cuando al hablar del fondo autóctono del idioma señalamos a vocablos como su (fuego), ur (agua) lur (tierra), bero (calor), otz (frío), jaio (nacer), il (morir), y unas miles más así.

Pero, junto a este fondo idiomático o más exactamente, junto a este fondo léxico genuino surge el caudal de voces importadas que es —y esto no debe escandalizarnos porque es la ley de vida a la que todos los idiomas están sometidos— de una enorme importancia y significa el aporte que en el fluir de milenios, las lenguas y culturas que han convivido o estado en relaciones de vecindad con el euskera han ido depositando en él.

Sin hablar de la época pre-romana en la que necesariamente pueblos antiguos influyeron en grado que, hoy por hoy, no estamos en condiciones de precisar, en nuestro vivir y en este archivo de nuestra vida histórica que es el idioma, debemos referirnos a la presión latino-románica que de modo tan intenso ha actuado en nuestra vida a través de dos milenios.

Tengo delante un estudio del lingüista G. Rohlfs "La influencia latina en la lengua y cultura vascas" que, si bien fue escrito hace casi treinta años (Vid. Revista Internacional de los Estudios Vascos, 1933), sigue teniendo validez como uno de los mejores trabajos de introducción a este tema hasta la fecha realizados. Señala el autor las tres vías de penetración romana en el Pirineo vasco en el siglo I d. C. y va haciendo ver, ordenada y metódicamente, lo que esa penetración hubo de significar a través de la organización administrativa y jurídica (lege, errege, etc.); la terminología eclesiástica (eUza, gurutz, aingeru.. la escuela romana (escola, liburu, maiu...); el comercio (merke, merkatu, merhaiari...); los medios de comunicación (galtzada, estaría, kale, karrika...); la vivienda (borda, gaztelu, torre, teiUa...); la flora (gerezi, gaztaina, piku, jago...}; la fauna (aate, artizar, luma...); el pensamiento abstracto (zenízu, pentsatu, borondate, izpiritu-..), etc., etc.

No todo lo que Rohlfs señala es convincente. Es claro, por otra parte, que su estudio puede ampliarse en ese y otros campos de influencia. Lo que importa es que hace ver, de modo fundamental, el valor cuantitativo y cualitativo del aporte foráneo que, a través de la influencia latina, recibió el euskera.

Esto es cosa natural y que idiomas más poderosos que el nuestro han sufrido y sufren a través de las vicisitudes históricas. Si términos ingleses del deporte —fútbol, córner, tennis...— vemos que invaden día a día y toman carta de naturaleza en idioma tan difundido, cultivado y con abundantes medios de defensa como el español p. ej. ¿qué pretendemos que hiciera el pobre euskera cuando una cultura superior le invadía con tan formidables conceptos como eliza, fede... ? como liburu, maisu, errege, lege, etc., etc. ¿qué iba a hacer sino aceptar las voces en que esos conceptos le eran transmitidos?

En rigor, el pobre euskera hizo mucho más de lo que cabía esperar. Porque, en primer lugar, sobrevivió, cosa que otros no lograron, y después, haciendo gala de un poder asimilador asombroso, hizo suyos esos términos, y los incorporó a su caudal léxico vital, obligándoles a que de orgullosos intrusos se convirtieran en útiles servidores. Aquí hay que señalar que, como confiesa García de Diego: "Si el vasco es tradicional y conservador por el apego a su voces, es también de una singular vitalidad para modificar las formas, desfigurando las voces importadas con arreglo a sus peculiares normas fonéticas y morfológicas ... posee ante todo una gran fuerza productiva para construir voces nuevas sobre un término propio o importado". Como si dijéramos que admitió a los extraños, pero que les impuso como condición de vida en sus dominios el vestido que habrían de usar y el tono en que habrían de producirse.

Y si el poder asimilador del euskera es grande, no es menos magnífico su poder reproductivo, como lo podemos ver a través de sus sistemas de derivación y de composición.

La derivación la verifica por medio de su juego de sufijos que ofrecen potencialmente una formidable riqueza, en sus diversos aspectos: derivación nominal, adjetival, verbal, adverbial... No podemos extendernos aquí en el tema, pero creo que lo ilustrarán suficientemente estas líneas que copio de aquel insigne vascólogo que fue mi amado maestro y amigo, don Resurrección María de Azkue: "Los que poseen bien el vascuence pueden hacerse cargo de la significación, muy difícil de expresar en lengua extraña, de este trozo de oración inédita a la Santísima Virgen: "Ama laztana... zeutartu naizu, zeur etu naizu, zeu-gandu naizu (B.): "Madre amada..., hacedme partidario vuestro, hacer que yo sea de vos, haced que yo llegue a vos". El sufijo verbal —tú es uno de los más fecundos que puedan concebirse en lengua alguna—. Con la misma espontaneidad que brotan de zeu estas tres significativas palabras, zeutartu, zeuretu y zeugandu, pueden brotar millares y millares, tanto de este sufijo como de otras partículas fecundísimas de nuestra lengua.

Si hombres de ilustración e ingenio se dedicaran a, dar vida a nuestra pobre literatura, pero teniendo siempre su inteligencia saturada de su propia lengua, el vascuence sería en lingüística lo que son en agricultura las tierras vírgenes de América: la profundidad y calidad excelente del suelo, favorecidas por su secular improductividad, premiarían el trabajo del cultivador con una vegetación primorosa y exhuberante".

En cuanto a la otra fuente creadora de léxico, la composición, diremos que rectificando la definición de Darmestetter, según el cual la composición es "unión íntima de vocablos, cuya aproximación tiene su razón de ser en la elipsis", nuestro citado maestro Azkue dice que, por lo que hace a nuestra lengua: "No la unión más o menos íntima, sino la elipsis es el alma de la composición léxica". Elipsis que es a veces omisión de conjunción copulativa, como en senar-emazteak, por senarra ta emaztea (marido y mujer); gaur-biar retan, por gaur ta biar (hoy y mañana); Mundaka-Bermeotan (en Mundaca y en Bermeo); otras veces es omisión del sufijo —dun, como en buru-aundi, begi-luze, esku-zabal y otras del —ko, como en lau-begi, lauortz, zazpisuete...; y otras veces se da el caso de que la omisión incluye a toda una frase. Así en barutxistua equivalente a baraurik ateratzen degun txistua (saliva que sacamos estando en ayunas); kanpanbaru, ayuno riguroso que duraba desde el mediodía del jueves hasta la mañana del Sábado Santo; literalmente ayuno de campanas, ayuno mientras no suenan las campanas; egur-yan liter, comida de leña, equivalente a egurra lortzearren ematen dan y ana, comida que se da

por acarrerar leña; nun-ze-barri, liter, donde-que-noticia, es decir, curioso corre-ve-y dile, y tantos y tantos otros.

Smíoasw. Los que están acostumbrados a leer en las sucesivas ediciones del Diccionario de la Academia Española aquella acepción del vascuence: "Lo que está tan confuso y oscuro que no se puede entender", o aquellos que recuerdan p. ej. las disparatadas razones con que el vizcaíno Sancho de Azpeitia replica a don Quijote antes de trabarse con él en descomunal batalla, es muy explicable —si no conocen la lengua vasca—• que se hayan formado un concepto bastante pintoresco, pero desde luego completamente equivocado de la misma. A juzgar por la forma en que Cervantes que por tan divino modo hizo hablar al caballero de la Triste Figura, hace expresarse al vizcaíno, pudiera llegar a pensarse que los de esta nación cuando en su propia lengua quieren comunicar sus conceptos, arrojan al azar las palabras como el jugador que tras agitar el cubilete arroja los dados sobre la mesa a la espera de un golpe de suerte.

Pero claro está que la construcción vasca nada tiene que ver con esa supuesta anarquía. Las palabras vascas se conciertan en la frase con arreglo a normas claras y precisas. Lo que sucede es que en la sintaxis es donde se revela mucho más que en el léxico el alma de cada idioma y el del pueblo que lo habla y en el modo de disponer las palabras, mucho más que en estas mismas es donde puede verse lo que el espíritu vasco dista del español y del de otros pueblos.

Muchas veces he pensado en aquellas frases de "euskerá mordoillo" atribuidas al famoso eibarrés Amunategui. En algunas que recuerdo apenas hay vocablo que no sea de procedencia extraña, apenas tienen de vasco otra cosa que la sintaxis, el orden en que están construidas. Pues bien, esto basta para que resulten ininteligibles a cualquiera que no sea vasco.

Más de una vez habréis visto frases de esas con las que se hace ver esta oposición sintáctica vasco-castellana. Permitidme que os cite una cualquiera: GERNIKA TIK ATZO ETORRI DAN GIZONA-REN EMAZTEA. O sea, en español: La esposa del hombre que ha venido ayer de Guernica. Sí colocáis un número sobre cada componente de la vasca veréis que los diez elementos de la castellana están en orden rigurosamente inverso de los de aquella. Y de diez podríamos subir fácilmente a quince o más en oraciones que a cada momento salen de labios vascos.

A propósito de la sintaxis vasca escribió el maestro Campión: "La posposición es de uso general en eus-kerai se posponen las terminaciones que sirven

para formar los nombres: se posponen los sufijos que marcan las relaciones de éstos: se posponen las partículas y conjuntivas al verbo: se posponen la cosa poseída al agente poseedor en el genitivo; se posponen las palabras que marcan una modificación de tiempo, de modo, de lugar, etc., en la acción expresada y se pospone el verbo a todos los demás miembros de la frase por él acabada y concluida con majestad ciceroniana".

Arana Goiri, aquel a quien, como noblemente supo reconocerlo quien tantas veces fuera su contendor en las lides euskeralógicas, el gran Azkue, "se debe fundamentalmente el renacimiento vasco en todas sus simpáticas manifestaciones" dijo que: "La sintaxis más característica del euskera establece este orden: Todo-parte, sustancia-accidente, género-especie, poseedor-poseído, continente-contenido, naturaleza-circunstancia".

Una de las reglas fundamentales de la construcción gramatical vasca es la llamada del "elemento inquirido" que es aquel que reviste el carácter de principal en cada frase la que en cada caso se ordena con sujeción a él. Regla que descubierta por Azkue y desarrollada, sobre todo, por Severo de Altube en su magnífica obra "Erderismos", ha contribuido eficazmente a ilustrar el vasto campo de la sintaxis vasca.

Prosodia. La prosodia vasca ofrece pocas dificultades o así al menos lo creemos nosotros, aunque para el latino Pomponio Mela los nombres vascos resultaran impronunciables. Severo juicio del que parece eco, casi en nuestro días aquello de Theophile Gautier "TJrrugne, nom rauque dont le son a la rime repugne".

He aquí algunas características de la fonología vasca:

- a) Proporción de vocales y consonantes. Es característica del euskera una proporción armoniosa y equitativa de estos sonidos: ur, gozo, ezti, btilatu, atera, etcétera.
- b) No hay grupos líquidos. Sonidos como los de bra, pra, ira, bla, -pía, tía, etc., etc., solo existen en algunas voces importadas y algunas onomatopeyas.
- c) Repugnancia a la r inicial. Ninguna palabra vasca empieza con esta consonante y sí el euskaldún nato ha de citar alguna de otro idioma colocará invariablemente antes de la r original una vocal que evite comenzar ninguna palabra lo que por lo visto a oídos vasco parece un redoble de tambor: Erroma, Urrupiño, etc., etc.
- d) Incompatibilidad entre ciertas consonantes. Las labiales, dentales y palatales resulten incompatibles vecinos.. No se conciben en labios vascos palabras como apto, adicto, objeto, agnóstico, etc. Claro que hoy en día es posible tropezarse con pseudo euske-rismos como konzeptu, aktu y otras lindezas p

or el estilo que ninguna necesidad justifica y al buen gusto y al oído vasco por igual repugnan.

e) Agrupación de vocales. Se evita en general el hiato. Así aita—a<sup>^</sup>aíta, etx e—etan=etxetan o etxie-tan, tendiéndose a la sucesión de vocales diversas.

f) Volumen de la "palabra. Es corriente que las palabras primitivas sean breves. Así las que designan los cuatro elementos: ur, lur, su, ats. Pero la sufijación hace que parezcan largas muchas que en rigor constituyen frases enteras de otros idiomas: así, Eli-zarakoan Al ir para la iglesia; Etxeratu = Ir o llevar a casa, etc., etc.

Nos tendríamos que extender mucho más de lo que aquí podemos para abarcar otros interesantes extremos.

Finalmente, en cuanto al acento olvidamos decir que no existe el ortográfico, pues las palabras vascas tomadas aisladamente no tienen acento caracterizado en la mayoría de sus dialectos, es decir que sus sílabas tienen sensiblemente el mismo valor. Esto no impide que se pueda notar en la frase euskérica sílabas de diversa altura e intensidad. Pero ésto es ya cuestión que requiere un estudio que no es para esta ocasión.

Conclusión. El problema actual.

Un tanto atropellada y superficialmente como la ocasión lo impone, hemos procurado dar un esbozo de imagen de nuestro idioma nacional, a través de algunas de sus características. Sólo nos resta ahora hacer algunas consideraciones sobre el problema que en el día nos plantea su perduración.

Porque el euskera es un idioma que siglo tras siglo viene perdiendo sus dominios. Desde los lejanos tiempos que se habló en la Aquitania y en la Rioja, pasamos a los otros más cercanos en que fue expatriado de casi toda Álava y de la mitad de Navarra para llegar a los actuales en que se retira de gran parte de Vizcaya y lucha por su existencia en Guipúzcoa con una pérdida que la enorme invasión de gente extraña, la plaga mayor que sobre nuestra Patria haya caído a lo largo de toda su historia, la amenaza, no ya como una presión externa sino como el más poderoso disolvente que se expande desde el interior de su organismo.

No cabe engañarse sobre la gravedad del momento ni podemos rehuir la responsabilidad que a cada uno de nosotros hoy en día toca. Porque si es verdad que en estos momentos todo conspira contra la vida de nuestra lengua; si es cierto que los poderes del Estado que tanto podrían hacer en circunstancias de libertad patria por su resurgimiento son los que, precisamente, en la s

ituación de tiránica opresión de un poder para nosotros doblemente ilegítimo de estos años, más han hecho por su destrucción, no es menos verdad que hay zonas como la individual y la familiar a los que ni la omnipotente mano del extraño poder genocida puede llegar. No hay que olvidar que un idioma se pierde tanto o más que por las persecuciones por los de fuera desatadas por la falta de afecto y de interés del pueblo que lo habla, de aquel pueblo que lo heredó de sus padres y deja de sentir en lo más hondo de su entraña la sagrada responsabilidad de legarlo a sus hijos.

Recordaba yo ahora el amor con que nuestra lengua ha sido mirada por tantos extranjeros insignes cuyos nombres hace poco citábamos. Recordaba de nuevo, entre los franceses a aquel Príncipe Eonaparte, verdadero caballero andante de la Señora Euskera; entre los alemanes a aquel Stempf de quien la pasión se apodera hasta el punto de convertir a quien era un negociante de vinos radicado en Burdeos en uno de los primeros estudiosos de nuestros viejos textos; entre los ingleses a Dogson cuyo nombre fue en su tiempo registrado en un hotel o posada de cada uno de nuestros pueblos vascohablantes; entre los rusos a Nícülaus Marr, el que fue ministro de Cultura del gobierno soviético y a quien el afecto por nuestro idioma llevó a encerrarse por un tiempo entre los muros del colegio de los P. P. Jesuítas de Loyola; y entre los austríacos a Hugo Schucardt quien fuera en sus días príncipe de la moderna filología europea y que enfermo escribía a nuestro meritísimo Julio de Ur-quijo que hasta in artículo mortis su estudio predilecto sería el del euskera....

Estos ejemplos y otros que pudiéramos dar de hombres de tan distintas procedencias y de tan diversas condiciones debemos tenerlos siempre delante. Por gratitud y para estímulo. Si alguno necesitáramos para amar por sobre todas las cosas al idioma que por siglos que la historia no puede contar, fue el vehículo de los sentires y quererres de tantas generaciones de antepasados; el que dio nombre a nuestras casas pobladoras y se convirtió en nuestros apellidos; al pueblo en que nacimos a la casa en que nos criamos, a los ríos y a las fuentes, a los prados y a los montes en que de niños jugamos y que de mayores amamos y aquí ahora de lejos todos los días añoramos; a la tierra verde de nuestra raza santificada por los huesos blancos de nuestros mártires y la sangre roja de nuestros héroes; al idioma que ha sido el mejor escudo de nuestra libertad milenaria; el de nuestros padres recios y honrados, el de nuestras madres santas...

No podemos los vascos de esta generación resignarnos a ser el eslabón roto de la cadena de oro que ha de enlazar nuestro presente ansioso de cultura y progreso con nuestro magnífico pasado de libertad irrenunciable. Nosotr

os no podemos como aquellos fantasiosos vascófilos de la época del mito exaltar al euskera hasta las regiones del paraíso terrenal mientras cultivando otro extraño, lo abandonamos y condenamos a morir, eso sí, cuidando de embalsamarlo muy bien.

Hemos dicho y repetido demasiado que es tal la antigüedad de nuestro idioma a que nadie conoce su principio. Pues bien, ha llegado la hora en que juremos que nadie tampoco, en lo que de nosotros dependa, ha de conocerle el fin.

Para que merezcamos hacer nuestras aquéllas nobilísimas palabras del viejo gales de Pancader al intruso monarca normando:  
"Esta nación jamás será enteramente sojuzgada por la ira del hombre, a menos que vaya acompañada de la ira de Dios. Y no creo que otra nación distinta de ésta de Gales ni otra lengua que la suya, responda por este rincón de la tierra cuando llegue el día de la comparecencia ante el Juez Supremo".  
Caracas, Centro Vasco, I4-VI-1961.

## VI LOS APELLIDOS VASCOS

Celebramos hoy los vascos en todos los rincones libres del mundo el "Día de la Euskera", el Día del idioma vasco. Constituye esta celebración el vibrar de una esperanza, una manifestación de fe y una explosión de amor con los que la vieja nación vasca, a través de sus hijos diseminados por todo el orbe, testifica su voluntad de perduración. Ante casos y circunstancias de los que en esta alta tribuna no quiero acordarme, hemos decidido los vascos no rendir la mejor de nuestras armas ni hacer entrega del más sagrado de nuestros tesoros. Y hemos resuelto, y en el día de hoy renovamos nuestro juramento, con lo mejor de nuestra entereza y si lo queréis, con lo más duro de nuestra terquedad, que a lo que es vida de nuestra vida, causa, forma y vestidura de nuestro espíritu, a un idioma al que nadie conoce el origen, nadie tampoco pueda conocerle el fin.

Celebramos el Día de Euskera y lo celebramos no-otros en el Uruguay. ¿Dónde mejor podríamos hacerlo que en esta segunda patria, en este privilegiado rincón de América donde todo sentimiento de justicia y libertad tiene su asiento y donde toda savia y sangre vasca ha encontrado tierra propicia?

"Agurr, Jaunak", os diremos con la fórmula de nuestro viejo euskera, "Agurta erdi". Es decir, hermanos uruguayos, un saludo y más que un saludo. Y sin más preámbulos, entramos en el tema de nuestra conferencia que es, como sabéis, "Los apellidos vascos en el Uruguay".

Los apellidos en la antigüedad. Todos conocéis la historia de los nombres patronímicos en diversos pueblos de la antigüedad. Ya entre los hebreos quienes durante mucho tiempo no usaron más que un nombre individual tomado de particularidades del cuerpo, del nacimiento, del carácter, y entre los cuales el uso del sobrenombre sólo se desarrolló a partir de la época alejandrina; ya entre los griegos quienes como todos los pueblos han usado de nombres individuales, comenzando ya antes de la época homérica a formarse patronímicos en las familias nobles; ya entre los romanos, cuya fuerte organización familiar hace que el estado civil oficial estuviera integrado por el nombre del progenitor, añadido al nombre propio y al gentilicio.

Es indudable que por esta época los vascos tenían sus nombres particulares de los cuales, por desgracia, dada la carencia de documentos propios o extraños a ellos referentes, apenas sabemos nada. Los más antiguos conocidos los hallamos en documentos de la Edad Media mezclados con los que el Cristianismo iba introduciendo por todo el país. Y es una pena que aún esté por hacerse un estudio serio y completo de los nombres de ese período cuyo conocimiento amplio y sistemático nos podría deparar muchos interesantes datos. Nos conformaremos con enunciar aquí a Muño, Bela, Eneko, Anai, Genduli, Zentol, Olakide, Basurde, Luki, Artza, etc., etc.

2. Los apellidos vascos. Para llegar al primer origen de los apellidos vascos, tenemos que dejar de lado los diez primeros siglos de nuestra era en los que se puede decir, de modo general, que como en casi toda Europa, triunfó el nombre único, el nombre individual que era el del bautismo el cual va arrinconando poco a poco a las viejas denominaciones paganas.

Es en el siglo xi cuando se implanta el sistema de doble nombre, es decir, el nombre individual seguido de otro que tiende a hacerse hereditario. Y desde ese siglo si al xvi, en que se estabiliza el estado civil de las personas, Cuatro sistemas de derivación se disputan la génesis de ese segundo nombre, vale decir, del actual apellido: El primero y el más simple modo de formar el apellido fue el de hacer hereditario el nombre individual. Este sistema fue favorecido por la tradición que perpetuó en muchas familias tal o cual nombre dado al hijo tras el del padre durante varias generaciones, o al nieto según el abuelo. El segundo sistema consistió en agregar al nombre de nacimiento el cognomento de "hijo de Fulano" que en la Península se expresó por el llamado sufijo de genitivo ibérico —ez (Rodríguez, Pérez, etc.). El tercero fue el del sobrenombre o apodo que en todos los tiempos ha sido conocido. Y finalmente, el cuarto sistema fue el de agregar el nombre del lugar en que se habita o de dónde es oriundo, precedido de la preposición de, Este último sistema es el que se propagó rápidamente en Euskal Erria de modo casi abso

luto.

No nos detendremos a estudiar, porque ello como tantos otros detalles no cabe en los estrechos límites de una charla, si ese hecho fue determinado por el triunfo del feudalismo que, como se sabe, adscribía el nombre a la tierra, reflejado en nuestra la hidalguía general de los vascos.

Lo que aquí sí nos interesa destacar, porque ello constituye la característica fundamental de los apellidos vascos, es que en éstos, aun dándose algunos ejemplos de los diversos sistemas enunciados, la inmensa mayoría está constituida por nombres toponímicos. Este es el sentido esencial de los apellidos vascos: que no son nombres propios hechos hereditarios, que no están formados en base a un nombre propio, que no son mote o sobrenombres sino que en su abrumadora mayoría dicen relación a una casa. Este nombre de casa puede estar explícito en el apellido: Echegoyen, Echegaray, Etcheverri, Echezarra, Echechiqui, Echeandia, etc., etc., o puede referirse a cualquier accidente geográfico —monte, valle, fuente, bosque, llanada— o derivarse de denominaciones forestales que es quizá, el caso más frecuente. Pero en ambas circunstancias su función es la misma, es decir, servir para individualizar la casa pobladora. Es decir que Zabala, que quiere decir el llano, la explanada, es el nombre de una casa construida en tal paraje. Alzaibar, textualmente "la vega de los alisos", se refiere a la casa que en tal lugar fue fundada; Zubiria a la construida junto a un puente, etc., etc.

Como se ha dicho muy bien, tres circunstancias caracterizan exteriormente a la familia vasca: la casa solar, el escudo de armas y el apellido. Y como escribió un cultísimo uruguayo, don Luis Enrique Azaróla quien supo elevar un monumento de bronce a sus ascendientes vascos en su hermosa "Crónica del linaje", "Ninguna sociedad ha presentado una célula más recia y admirable que la construida por la familia vascongada. No solo los vínculos de sangre clamaron con fuerza en el seno de cada tribu y los sentimientos fraternos impusieron una solidaridad ejemplar entre los miembros de cada núcleo genealógico, sino que una legislación esencialmente conservadora impidió que continuara la dispersión de los bienes y mantuvo latente la tradición bajo el techo del hogar. Generaciones sucesivas del mismo apellido labraron la misma tierra, descansaron a la sombra de los mismos árboles y confundieron sus huesos en un nicho común. La unidad decretada por el parentesco se consolidaba en la perduración de la heredad. La hidalguía dependía de la ligazón con la tierra. Y era así como el nombre, la independencia, el trabajo, la tradición y los blasones se identificaban con la casa. La casa en su doble acepción de hogar y de familia, de morada y de estirpe, de domicilio y de propiedad. Gracias a ese concepto, a esa ley y a esa costumbre hecha piedra, la

personalidad del linaje hundía sus raíces en el suelo del país y en el sub suelo de su historia, afianzada y durable sin disputar a nadie lo que era ajeno ni permitir en lo propio la ingerencia extraña".

¡La casa vasca! En nuestro derecho privativo, propio y original que quizá sea lo que después del idioma caracteriza mejor a nuestra raza, el armazón de las leyes que regulan los derechos y obligaciones sobre la propiedad estriba en este simple principio; El tronco vuelve al tronco y la raíz a la raíz. Es el principio jurídico de la troncalidad perfectamente desarrollado en el conjunto de disposiciones que se refieren al ejercicio de esa facultad y que hacen de la casa vasca, como ya se ha observado, más que una cosa, casi una persona sujeto de derechos y obligaciones "con un estado civil inscripto sobre la puerta y que en lugar de recibir el nombre del propietario, le da el suyo" (O'Shea). ¡La casa vasca!

No se vaya a buscar en ella un castillo cimero o una torre rodeada de foso y coronada de almenas. "Por lo general, es una sencilla casería cercada de heredades en que alternan las cosechas de maíz y trigo en proporción armónica a las necesidades de la labranza de modo que forme un conjunto armonicamente indivisible" (Juan Carlos Guerra). Pero el trabajo de muchas generaciones la ha fecundado; nacimientos y muertes de muchos vastagos del mismo linaje la han santificado, y es preciso acercarse a estos venerables viveros de nuestra estirpe con el corazón henchido de amor y en los labios las palabras de nuestro gran Elizanburu:

"Naiz ez den gaztelua maite dut nik sor-lekua, aiten aitek autatua". (Aunque no sea un castillo, amo yo a la casa de mi nacimiento, que fue elegida por los padres de mis padres).

Casa vasca, "tuto refugio" como le llama el Fuero de Vizcaya el cual en plena Edad Media consagra a la inviolabilidad del domicilio aquellas recias palabras: "Que ningún Prestamero ni Merino ni ejecutor sea osado entrar a hacer ejecución alguna ni aun acercarse a menor distancia de cuatro brazas". Por lo que podían decir nuestros mayores con tanta o más razón que el hidalgo inglés: "En mi casa vieja y rota pueden entrar el viento y la lluvia, pero no el Rey".

Pues bien; esto son en definitiva nuestros apellidos: los nombres topográficos de nuestras viejas casa solariegas.

Los apellidos vascos en el Uruguay. Apenas constituidos hace unos años por unos cuantos vascos y uruguayos descendientes de irascos, lo que Humamos

"Departamento de Estudios Vascos™ adscrito a la universidad, entendimos que una de las tareas a realizar de inmediato era la recopilación metódica y lo más completa posible de los apellidos VASCOS en tierra uruguaya desde los orígenes hasta nuestros días. Vendría luego el dar la significación de esos apellidos, hacer conocer su correspondiente escudo y Bcgv a una historia breve, pero lo más enjundios\* posible de aquellos de sus poseedores que de una manera más destacada hubiesen contribuido a la formación y desarrollo de la República- La labor no era Kcfl.

Afortunadamente, para la primera larga etapa de búsqueda de apellidos dimos con el nombre que se necesitaba. El hombre que en una tesonera labor de años, sin arredrarse por el cansancio ni el fastidio que tan fácilmente se generan en trabajos tan monótonos, consultó una a una, las guías de "El Siglo" antiguas y modernas, las telefónicas, los libros registros de los cementerios montevideanos, los de la Iglesia Matriz y tantos otros, hasta llegar a los diarios y revistas actuales. De este modo llegó a recopilar alrededor de 12.000 apellidos este meritísimo investigador uruguayo que supo mirar con un afecto ejemplar al pueblo de sus mayores. Su nombre: doctor Miguel Bñales Lizaso Aguirre Echegua.

Dificultades del investigador: Apellidos

Aparte del esfuerzo material inherente a esta búsqueda y de la preparación necesaria para la misma adquirida en largos años de empeñoso estudio de la lengua de sus mayores, el investigador hubo de hacer uso de una rara habilidad de criterio cuando, junto al lado de apellidos que fácilmente se aprecia son vascos, se encontró con otros que ofrecen dificultades y que podemos clasificar en tres grupos: 1º Los que se prestan a duda por parecer, ya errata de transcripción, ya variantes de apellidos conocidos; 2º Los formados en el País Vasco y ostentados por gentes originalmente vascas, pero que han sido derivados del romance (castellano o bearnés) a consecuencia de la topografía ya desvasterizada de ciertas comarcas periféricas, como las Encartaciones en Vizcaya de donde procede el Bñales del propio investigador, así como tantos Castaños, Palacios, Haedo, Montellano, Necedal, etc. Los formados con los nombres de Santos, San Martín, San Sebastián, etc., y los del extremo de Zu-beroa, Bordenave, Casenave, Carrere, Pradere, etc. Finalmente, en el tercer grupo tenemos a los derivados de nombres de pueblos y lugares vascos que son homónimos de otros de fuera del país por lo cual surge la duda en cada caso sobre su verdadero origen: Bera, Segura, Viana, etc.

Podemos decir que gracias a su esfuerzo incansable y de alto criterio, el doctor Bñales Lizaso ha sabido superar esos obstáculos. Pensamos sinceramente, tras un detenido estudio de su trabajo, que pocos serán los apellidos v

ascos de lengua u origen que hayan escapado a su investigación y que si habrá que rechazar algunas docenas de los señalados por él mismo como dudosos, ni aun este trabajo que podría parecer superfluo habrá de resultar tal.

Apellidos de todas las regiones vascas: Distintivos varios. Una de las características que hacen más valiosa esta colección de .apellidos es que en ella están amplísimamente representadas las siete regiones de nuestra Patria,' r eflorando, naturalmente, la emigración que procedente de todas ellas fue llegando al Uruguay en las distintas épocas y por los diversos motivos que nos son conocidos. En este sentido puede decirse que se trata de una colección d e patronímicos vascos completa y representativa.

a) Distinción por la ortografía. La forma ortográfica de los apellidos nos ofrece, desde luego, el primer modo para llegar a una división general en dos grandes grupos: los originarios del Norte o del Sur del Bidasoa, es decir, según su grafía se nos presenta influida por el sistema francés o el español . Tenemos así los doscientos y pico apellidos con H inicial a los que, desde el primero al último, podemos calificar sin vacilación, como de origen vasco o continental. Y tenemos los doscientos cincuenta y tantos que comienzan por Z, originarios todos ellos del Sur del Bidasoa.

Los terminados en Y, no precedidos de otra vocal —Echeverry, Echemendy, Ap esteguy— sabemos que son originarios del Norte del Bidasoa; y cuando vemos a esos mismos apellidos escritos con i conocemos que son del Sur. La í que precede a la ch en tantos patronímicos derivados de eche (casa) Etchemendi, E t che ñique, Etchegoyen, etc., denota su procedencia del País Vasco continental, y así en otros casos la ortografía nos da un conocimiento cierto del origen (Harbiiru, Ibarbourou).

b) Distinción por los sufijos. Otras veces nos es fácÜ venir en conocimiento del lugar de origen del apellido en cuestión con solo atender al sufijo que lo determina. Así los apellidos en —ano, Galdeano, Ba-rafiano, Lazkan o, etc., no existen en la región de la Euzkadi Continental. Los terminados en —oz, Azpi-roz, Oroz, Oronoz, Urtanoz... es muy raro hallarlos en Vizcaya, Guipúzcoa y Álava; corresponden la mayor parte a Navarra y también a Laburdi y Zuberoa.

Los en —behere: Bordabehere, Mendibehere... los hallamos solamente en Laburdi, Zuberoa y Benabarra. Los en —garay son también muy propios de estas regiones aunque no es raro hallarlos en las otras. Los en —ika: Gatika, Lekerika, Legendika, Okamika... son de Vizcaya. Los en —ain parecerían originarios de Navarra, aunque también los hay en Guipúzcoa y en las tres

regiones del Norte del Bidasoa. Y así podríamos continuar con otros ejemplos.

Dificultades para interpretar los apellidos.

1. Escasez de cultivo literario. A pesar de que el euskera es un idioma que desde la Edad Media, es decir, desde la época de la fijación de los apellidos, ha evolucionado poco, mucho menos que el francés o el inglés, por ejemplo, tiene en su contra en esto como en muchas otras cosas, su poco cultivo literario que ha determinado se hayan perdido en el uso muchas voces algunas de las cuales han quedado indudablemente fósiles en la toponimia, vale decir en este caso, en los apellidos. Por esta razón nos encontramos a veces al querer descifrar un apellido con un elemento o varios del mismo cuyo significado nos es hoy totalmente desconocido y acaso lo sea ya para siempre. En unos casos puede tratarse de elementos radicales y en otros de sufijos.

2. Mala grafía. Sucede otras veces y es fuente no escasa de oscuridades y dificultades que la transcripción de los apellidos no ha sido hecha con la debida exactitud y precisión. Documentos redactados por personas que no conocían nuestro idioma, como eran muchos notarios y copistas no podían reflejar debidamente los sonidos en sus documentos redactados, por otra parte en sistemas ortográficos extraños.

A veces estas faltas no han tenido mayores consecuencias. Todos sabemos, por ejemplo, que la *a* española no puede representar bien el sonido que los vascos transcribimos por *ta*. Y mi apellido, por ejemplo, es Ametzaga y no Amezaga, como se dice por influencia de la ortografía española.

Ocurre, otras veces, que la transcripción es un verdadero disparate, pero que por fortuna no ha resultado fatal porque se ha podido conocer a tiempo el error, en muchos casos pintoresco. Así tenemos el caserío Sagastipol que en pluma de algún escribano y después hasta en el uso, se ha convertido nada menos que en Sebastopol. Tenemos no lejos de Bilbao y servido, por cierto, por un magnífico funicular, el alto de Larraineta que en el uso de los extraños al país que han venido a radicarse allí estos últimos años, se ha vuelto La Reineta. Recuerdo haber visto un precioso mapa antiguo de Vizcaya en el que se podían apreciar dos errores garrafales que, por fortuna, no traerían consecuencias. Al pueblo de Elorrío vemos que en ese mapa se le llama El Hórreo y al de Elan-txobe El Anchobe. A la cuesta de Ezkarraga en Guipúzcoa se ha dado en llamarla Descarga. Al pueblo de Alegui, en la misma región, Alegría; al vascuísimo apellido Catalain se le ha convertido en Catalán y así en tantas otras docenas de casos que pudieran citarse, pero que nos son conocidos, pero ¿quién nos dice cuándo nos hallamos en presencia de un

apellido vasco que nos afanamos inútilmente en descifrar que no se trata de un caso de corrupción ortográfica que hace que nos estrellemos en nuestro propósito? Aun queda mucho por investigar en este campo.

Porque la corrupción no es siempre de este tipo da vocablo vasco a vocablo de apariencia extraña, sino lo que es más peligroso y expone más a errores la corrupción de un apellido que da origen a otro de igual aspecto y sentido vasco. Yo he visto, p. ej. en antiguos documentos a Catarain que no es otro que el conocido Zatarain. Sucedió que el copista se comió la cédula de la función que entonces se transcribía en castellano el sonido que hoy se representa por la a. Y así otros casos.

3. Deformación por el -pueblo analfabeto. Otras veces no han sido los escribanos sino el propio pueblo el que ha transformado los nombres, ya sea este pueblo el de lugares donde el euskera se perdió, ya el de donde hoy mismo se habla con la mayor pureza. Ejemplo de esto nos lo da el tratadista López Mendi-zábal quien cita el caso de la colina Yurreamendi, sita en Tolosa que en pocos años ha degenerado en Illa-rramendi porque los habitantes de allí no conocen la palabra vasca yurre (yelgo) y en cambio es para ellos familiar ¡llarra (arveja).

Necesidad de una recopilación toponímica. Son muchas las dificultades que surgen cuando se nos pide la exacta etimología de un apellido. Para obviarlas, en gran parte, para darnos un punto de partida y una base firme en la discriminación de muchos casos, tendríamos necesidad de que estuviera ya completa y en disposición de ser manejada la gran obra emprendida y organizada por el ilustre vascófilo Luis de Eleizalde quien, con la ayuda de cientos de colaboradores entusiastas estaba procediendo a la clasificación completa de nuestra toponimia. Miles y miles de fichas estaban ya dispuestas y clasificadas cuando la muerte vino a sorprenderlo en lo mejor de su trabajo. La rebelión militar nos sorprendió poco después a todos y así quedó sin terminar tan magna obra de cuya publicación y prudente uso puede esperarse el esclarecimiento de tantos significados que hoy no está a nuestro alcance. Cuando toda o casi toda nuestra toponimia sin duda, una de las más ricas del mundo, pues no hay rincón de la tierra ni accidente del terreno, heredad, sendero o recodo en fin de río o regato que no tenga su nombre en euskera—, cuando nuestra toponimia, decía, o la gran mayoría de ella, esté recogida en esas fichas perfectamente ordenadas, será llegado el momento de arribar a conclusiones ciertas sobre el significado de radicales que hoy nos son desconocidos o sobre el de sufijos que en la actualidad se nos aparecen como fósiles.

Necesidad del gran diccionario vasco. Otra obra que urge, en éste y en otro

s muchos aspectos, es la del gran diccionario vasco cuyas papeletas estaban también en gran cantidad preparadas y que por la misma trágica causa de la guerra, continúa sin ver la luz. En él, sin duda, podremos aprender el significado o distintas acepciones de muchas voces generalmente desconocidas y que han sido recogidas cuando estaban tal vez próximas a morir en uno u otro apartado rincón de nuestra tierra. Este diccionario ha de ser otro de los grandes instrumentos de trabajo de que nos hallamos tan precisados para poder movernos cómodamente en nuestra tarea de descifrar apellidos vascos.

Lo que se puede hacer desde luego. Pero no creáis que la exposición de estas dificultades sea una manera de hurtarnos al compromiso contraído de trabajar en el esclarecimiento del significado de los apellidos vascos en el Uruguay. Las hemos expuesto solamente para dar a conocer los obstáculos que se presentan en nuestro labor y los límites de ésta. imposibilidad en que en muchos casos nos vamos a encontrar de poder dar honradamente una etimología satisfactoria hoy y aquí. Sirven también para decirnos qué es lo que entendemos que se puede y debe hacer en esta materia.

1. En primer lugar, una lista de apellidos cuyas etimologías que los van acompañando se pueden ya estimar como ciertas e indudables. Esta lista comprenderá unos miles que con sus variantes creemos sumarán más de la mitad de los apellidos recogidos.
2. En segundo lugar, vendría una lista alfabética en la que los apellidos se agruparían por familias, según las raíces conocidas. Reputo de mucho interés esta agrupación, por lo menos, en esta etapa que podemos llamar provisional de nuestro trabajo.

Así, si tomamos la raíz eche, echa, etche, cha (de etxe, casa) podemos ver, consultando las listas elaboradas por el doctor Bañaes, que son unos 400 los apellidos que comienzan por ese tema. Es decir, que agrupamos ya 400 de los que sabemos que su principal elemento significante es etxe (casa). Tal vez, en algunos de ellos el segundo elemento o el tercero cuando lo haya, sea oscuro y no consigamos por ello llegar a la plena posesión del significado del patronímico. Pero por lo menos, aun en estos casos, sabemos que el nombre se refiere a una casa. Y a propósito de esto una observación. Cuando yo os daba al empezar la definición esencial, el sentido fundamental de los apellidos vascos y os decía que ellos, en su inmensa mayoría, se refieren explícita o implícitamente a la casa solar, no había hecho este recuento de los que en primer aspecto, vale decir, explícitamente se refieren a la casa. Al hacerlo ahora, y al pensar que a esos 400 apellidos, más o menos, que llevan como elemento inicial etxe, efaa, etc., podemos agregar los que lo llevan al final: Goienetxe, Goicoetxea, Artetxe, Bengoetxea, Ugartetxea, e

tc., y que aunque no los he contado aún, desde ahora podría asegurar que no bajarán de un ciento; al considerar también la relativa abundancia de los en —ena, enea, rena que significan también la casa de—, como Arocena, Mariñ elarena, Antxorena, Erregerena, Errandonea, Sansinenea, etc., etc.; al repasar la lista de loa en —ain: Iguain, Zatarain, Sasiain, etc., de igual significado; al pensar asimismo en los terminados en —tegui que cuando van precedidos de nombre propio o de oficio como muy a menudo ocurre, quieren decir también morada o casa, como en Erramun-degui, Mariategui, Arostegui, Ofizaldegui, etc., etc., y al considerar, finalmente, que a esa categoría pueden perfectamente agregarse los que inicialmente o terminalmente llevan elementos designatarios de habitación humana como Jauregui (palacio), Borda (cabana), Ola (terrería) Torre, Gaztelu y algunos otros así, no temo decir, aun sin haber hecho el recuento, que pasarán de mil en un total de poco más de diez mil, dos que llevan explícitamente el componente indicador de casa, morada, habitación, propiedad.

Uno en cada diez. Un buen índice del sentido profundo y general del apellido vasco.

En los otros casos, cuando el sentido de casa va entendido, se desprende la topografía. Es natural que en un país accidentado como el nuestro mendiburu (monte) sea padre de numerosa familia: Mendiberry, Mendigorri, Mendibe, Mendiburu, o Eyeramendi, Etche-mendi, Larramendi... Larre (pasto) a veces no bien discriminado de lar (zarza) y aun de larrain (era) es uno de los más fecundos: Larragoitis, Larrabeitia

Larrea, Larreta. Lo mismo podríamos decir de Aran (valle), Alda (cuesta), Egui (ladera), Amil (derrumbadero), Arri (piedra), Iturri (fuente), etc., etc. Pero el más rico venero de toponimia vasca lo tenemos, sin duda, en la flora forestal. No hay más que ver Aretz o su variante Aretx (roble) progenitor de más de cien apellidos: Areizaga, Aretxaga, Aresti, Arismendi, Aristegui, etc., etc.; Ametz (quejigo o me-lojo): Amezaga, Ameztoy, Amezqueta, etc., etc.; Alz (aliso) Alzaga, Alzaibar, Alzugaray... Arte (encina) padre de Arteaga, Arteta, Arteagabeitia... Lizar (fresno) del que nacen Lizarralde, Lizarr ibai, Lizaso y tantos otros. Y para no cansar con esta monótona relación sólo os citaré a otros cabezas de familia como Astigar (arce) Eski (tilo), Urki (abedul), Sarats (sauce), Urreiz (avellano), Intxaur (nogal), Fago, Pago y aun Bago (haya), Gaztain (castaño), Agin (tejo), Gorosti (acebo), Ezpel (boj), Ereñotz (laurel), Ota (argoma), Ira (helécho), Arantz (espino), Sagar (manzano) y tantos otros cuyos derivados son perfectamente familiares.

Cada uno de estos nombres encabezará la lista de sus derivados de los que, en

el peor de los casos nos daría la mitad de sus significado.

3. La tercera lista estaría integrada por los sufijos o elementos terminales, agrupando así, por sus componentes finales, a cantidad de apellidos que no lo estaban por su radical y aun a muchos que ya lo estaban.

Tenemos, pues, así tres listas formadas sobre la general primera:

- a) La de etimologías que damos ya por definitivas;
- b) La de apellidos agrupados por radicales conocidos;
- c) La de apellidos agrupados por sufijos conocidos.

No nos quedaría ya más que hacer sino formar dos listas finales con las que quedará completo y terminado nuestro archivo:

1. La de las radicales solas que, hoy por hoy, nos son desconocidas o razonablemente dudosas.

3. La de las terminaciones o sufijos cuyo significado, en el estado de cosas de hoy, ignoramos. Cabe esperar que del estudio comparativo así en vías de realización brote la luz que nos permita ver claro en muchos de ambos casos.

¿A quién va dedicado este trabajo? Si me preguntaran a quién va dirigido este trabajo de recopilación y explicación de los apellidos vascos en el Uruguay, pediría que por un momento se me permita hacer unos cuantos números, cosa que nunca ha sido mi fuerte, pero en la que espero no equivocarme mucho en esta ocasión.

En primer lugar, si por extinción de familias en unos casos, y porque una más escrupulosa revisión los haga radiar de las listas, en otros, suprimimos unos dos mil —creo que me pongo en razón—, nos quedan aún unos diez mil apellidos vivos hoy en el Uruguay.

Hay en estos algunos —Echeverri, por ejemplo— que estoy seguro es llevado por docenas de familias uruguayas; habrá otros que habrán quedado como patronímicos de muy pocas, quizá de una sola. ¿Pecaríamos de exagerados si en un cálculo provisional y, desde luego, necesariamente arbitrario, estableciéramos un promedio de media docena de familias por apellido? Creo que no, en absoluto. Pues bien, ya tenemos con que existen en el Uruguay sesenta mil familias de apellido vasco.

Finalmente, si establecemos otro promedio que también estimo prudencial, de cuatro o cinco personas por familia, nos encontramos con que unos 250.000 a 300.000 uruguayos ostentan apellidos vascos. Es decir, que más de un décimo de la población total de la República, un uruguayo en cada nueve, descende de una de aquellas viejas casas pobladoras nuestras. A ellos, pues

, va principalmente dirigido nuestro trabajo y a ellos también nuestro llamado en este Día de la Lengua Vasca.

Nuestra voz, hermanos uruguayos, es la de un pueblo que agobiado hoy por terribles males que nadie podrá decir que haya merecido, no se resigna a morir.

Voz de un pueblo pequeño, pero ha sabido correr una larga carrera a través de los siglos, montando siempre sin desmayo la guardia de sus libertades.

Ese pueblo contempló un día en sus fronteras la brusca frenada de los caballos árabes en su incontenible galopada de conquistadores, como antes había visto, inmovible en la libertad de sus montañas, nacer y morir la gloria de Roma y la de los bárbaros herederos de su imperio. Él enseñó a Carlomagno, allá en las gargantas de Roncesvalles, el precio que había que pagar por hollar nuestras libérrimas tierras en son de conquista. Como se lo enseñó a los Reyes de Castilla en Arrigorriaga, Gordexola, Otxandiano y Mungia. Es un pueblo que desde la nebulosa prehistoria hasta casi nuestros días ha podido vivir con dos grandes glorias: la primera la de no haber conocido en tantos siglos jamás la servidumbre; la segunda mayor aún, la de no haber intentado siquiera imponérsela a nadie. Porque nadie ama con perfecto amor a la libertad sino aquel a quien repugna y ofende tanto la esclavitud ajena como la suya propia.

Y de todas las armas con que el vasco defendió sus libertades ninguna tan eficaz como el Euskera. Él moldeó y selló nuestro espíritu dándole originalidad e independencia e imprimiendo en el corazón mismo de la raza ese algo misterioso que se ha dado en llamar "genio nacional".

Por él que las bautizó en épocas tan remotas que la Historia ni siquiera puede señalarlas, el monte en su grandeza y el valle en su paz, la casa en su vetustez, el árbol en su lozanía, el río en su movilidad y la peña en su firmeza, están proclamando el título de posesión más antiguo y por tanto el más legítimo que pueblo alguno puede presentar en la Historia.

Por él nuestro pueblo es un pueblo distinto y diferente de todos los otros pueblos del orbe, con un acento inconfundible hecho carne y convertido en grito vibrante en cada uno de nuestros apellidos. Vascos e hijos de vascos del Uruguay: si vosotros sabéis, como sabréis, hacer honor a ellos, vuestra ayuda generosa podrá ser efficacísima parte para que el pueblo más viejo de Europa; el pueblo de nuestros apellidos, se salve una más en su perduración milenaria, alzándose sobre las ruinas de uno de los huracanes más desoladores de su historia.

Montevideo, Paraninfo de la Universidad, S-XII-1951.

## VII GONZALO DE BERCEO

Por el laudo arbitral de 1177, seguido de! deslinde de 1179, se resolvió definitivamente, a favor de Castilla, la larga disputa que ésta sostuvo con el reino de Navarra sobre la posesión de la Rioja. Quedó así el reino vasco injustamente despojado de un territorio al que títulos históricos y raciales indiscutibles proclamaban parte suya. "La Navarra extrema" la llama aún el médico alemán Gaspar Stein, que en 1610 recorrió la Península. Con anterioridad a él (en 1466) Rosmihal, el viajero checo, escribía: "Dos millas antes de Burgos acaba Vizcaya y empieza España". La lengua vasca, que "en la Rioja se habló por muchos siglos y aun se hablaba en tiempo de Sancho Garcés, llamado el Noble y el de Peñalén"<sup>1</sup> y que aun pervive en la abundante y clara toponimia de esta región, está diciendo con voces cuyos ecos repiten los muros que en Santa Mana la Real de Najera se alzaron para custodiar el eterno sueño de los reyes de Navarra, cuál era el origen y cuál el idioma de los antiguos pobladores de esta comarca.

Dos partes hay que considerar en la Rioja: la Alta

<sup>1</sup> Vid. P. Mateo Angujanc: "Historia de la Rioja". Madrid, 17W.

Y la Baja, ambas de gran interés para la historia de nuestra cultura.

La Rioja Baja —Calahorra y territorios comarcanos que hacían parte del convento cesarugustano—, fue la parte de Vasconia más intensamente romanizada.

Vencida la heroica resistencia de los calagurritanos<sup>2</sup> éstos se romanizaron totalmente ofreciendo a las letras latinas los dos autores en esa lengua que, con justo título, podemos reclamar los vascos: en el siglo i, Quintiliano, el primero que en Roma abrió tienda de elocuencia; en el iv, Prudencio, el príncipe de los poetas cristianos. Esta zona fue también poseída por los árabes hasta mediados del siglo xi.

Distinta fue la suerte de la Rioja Alta. Su suelo no fue ocupado por los árabes y el idioma vasco originario se conservaba en ella fresco y vivo en la época en que el referido laudo de 1177 la transfirió definitivamente a Castilla.

Más de medio siglo después de su ocupación definitiva por los castellanos, por los años 1234 al 39, el alcalde de Ojacastro ponía en prisión al Merino real por la pretensión de éste de que los naturales se expresaran en los juicios en castellano siendo así que su idioma era el vasco.<sup>3</sup>

La Rioja fue, de antiguo, gran foco de cultura monástica. No vemos que en el viaje hecho a Navarra por San Eulogio (siglo ix) y al regreso del cual trajó raros y valiosos libros que habían caído ya en olvido entre los mozárabes y que produjeron una especie

de Renacimiento<sup>4</sup> se citen monasterios riojanos; pero,

2 Juvenal: Sátira XV.

3 Marichalar y Manrique: "Historia de la Legislación" y Juan Bautista Merino: "El vascuence en el valle de Ojacastró", citados ambos por Manuel de Irujo en "Inglaterra y los Vascos". EKIN, Buenos Aires, 1945.

\* Menéndez y Pelayo; "Ideas estéticas".

de todos modos, "La biblioteca de la Abadía de Santa María la Real de Nájera (fundada en 1052) debía de ser rica en obras clásicas, puesto que en 1270 podía prestar a Alfonso el Sabio «quince libros de letra anticigua\* entre los que figuraban ejemplares de Donato Stacio, Boecio, Prudencio, Ovidio, Virgilio, etc.".B Por el mismo tiempo, la Abadía de Albelda prestaba al rey Sabio una "Farsalia" de Lucano, y unas "Etimologías" de San Isidro.

Este cenobio de Albelda, que existía ya bajo el dominio de los sarracenos, fue dotado el año 924 por el rey Sancho de Navarra y, hacia 960, tenía 200 monjes y sostenía un importante escritorio; en este escritorio, el año 976, el monje Vigila produjo un famoso códice de Concilios con la adición al crónicon llamado albeldense.<sup>8</sup>

Otro centro monástico floreció también desde 937 en la Rioja, del que especialmente tenemos que ocuparnos aquí: el de San Millán de Berceo o de la Cueva. Estaba situado cerca de la frontera de Castilla y, aunque en 1002, fue incendiado por Almanzor, Sancho el Mayor puso todo su celo en restaurarlo rápidamente. Este monasterio, "El Escorial de la Rioja" aumentó en esplendor, revelado entre otros aspectos, en el famoso escritorio en el que tantas obras valiosas se archivaron y copiaron y de las que aún se conservan tantos códices, principalmente de tipo mozárabe, así como el "Cartulario" que encierra tesoros de lengua e historia vasca que están aun por agotar.

En este monasterio se redactaron, a mediados del

« Ibídem.< Menéndez Pidal: "El idioma español en «u primeros tiempos". siglo x, aquellas glosas que constituyen el primer texto conocido del romance español; el monje autor de este primer texto romance era vasco, seguramente navarro, y entre sus glosas romances estampa dos en euskera que constituyen también el primer texto escrito vasco conocido: "guc ajutu ez dugu" y "izioqui dugu".<sup>7</sup>

Es en este monasterio donde, cosa de dos siglos después, batía sus alas la dulce y grave musa de Gonzalo de Berceo de quien vamos a ocuparnos o continuación.

A fines del siglo xn, por los años en que Castilla, continuando su política imperialista y arruinadora de la unidad vasca, conseguía separar de la corona vas-cónica a los estados de Álava y Guipúzcoa, como antes lo había hecho con la Rioja, nace en un pueblecillo de ésta, el mismo "don San Millán fue nado", Gonzalo de Berceo {probablemente en 1198).

Él mismo nos dice que: "en San Millán de Suso fue de niñez criado" y a nosotros nos place imaginarnos al mocito corriendo por los campos próximos al monasterio, saltando los varios arroyos que corren por ¡a pequeña planicie rodeada entonces de espesos montes. El muchacho es sano y gusta de correr por aquellas arboledas donde aquí y allá ofrecen sus frutos los granados y perales, los manzanos y las higueras. En estos deportes —o "quirolas", como él, en vasco, sabe decir—, se ejercitaba en su niñez, contenido en sus travesuras por la sombra de "Don Bil dur", fantasma que tal vez sus padres euskaldunes

—¿es que él no lo fue?— imaginaron a este fin.

~ Iraizoz: "Las palabras vascas en las glosas emilianenas". Boletín da La R. S. V. de Amigo» del País". 1951- pági. 525-26.

Los años van pasando y Gonzalo es ya un mozo grave que gusta del retiro y la meditación. Siente misteriosos "arduras" que le hacen buscar la soledad. Miradle así, sentado en ese prado "verde e bien sencido, de flores, bien poblado, lugar cobdiciadero para el omne cansado". ¿Cansado de qué? se pregunta Gonzalo, mientras proyecta su mirada a la lejanía, allá a las cumbres de la Sierra de la Demanda que le hurtan de esa parte el horizonte, o el pétreo pico de la "Cuculla" o Cogolla del que recibe su nombre el monasterio. Su vocación es pronto decidida y el vivir de Gonzalo queda vinculado al del monasterio rioja no.

Su vida tiene aquí una doble proyección: de un lado, es el apartamiento, la oración, las largas horas que, en la iglesia o en la celda, su alma pasa embebecida en lo divino; de otro lado, el bullicio y las novelorías de los romeros que pasan y como pago de su hospedaje hacen el relato de sus andanzas y recuerdos; tal vez es uno que hace pocos años estuvo en la de Las Navas donde Sancho de Navarra, olvidando, generoso, viejos agravios, ayudó decisivamente a Alfonso VIII contra la morisma, conquistando para Navarra las cadenas de su escudo; quizá se trata de otro que, con los ojos cargados de visiones que pasan pronto a nutrir la fantasía del joven Gonzalo, refiere las místicas hazañas con que van asombrando y conquistando al mundo los jóvenes hijos del de Asís y los de Guzmán.

Pero Gonzalo ha aprendido a leer, y en el refugio cogollense de la cultura h

a entrado en relación con

•1 mundo de la literatura universal. Ama apasionadamente la estada en la biblioteca del monasterio que le atrae irresistiblemente con la seducción de aquellos códices que le descubren un nuevo mundo lleno de cosas bellas y grandes que los iletrados no pueden ni siquiera sospechar. Y Gonzalo, envuelto en aquel ambiente de espiritual sosiego, frente a los anaqueles de la sala de lectura donde se atesoran aquellos textos de las Escrituras y de los Santos Padres, repletos de sustanciosa doctrina; legendarias narraciones y colecciones de tradiciones piadosas que exhalan un perfume de candor y crónicas contemporáneas que, quizá descansan en el mismo estante donde yacen algunas raras reliquias de la cultura greco-romana, lee, lee siempre. ..

Nuestro mozo ha llegado a los 23 años; es ya diácono; el que no profesara en el monasterio, el que viviera más bien como un lazo de unión entre los monjes de la Cogolla y sus paisanos los legos de la comarca, hizo que comparara más de una vez interiormente la gran riqueza espiritual de los primeros con la penuria cultural de sus feligreses. De esta comparación surgió en él una idea que marcaría un rumbo decisivo en su futuro: hacer participes de aquellos tesoros encerrados en los preciosos códices a aquéllos sus paisanos con quienes tanto le gustaba conversar. Ellos le contaban sus vidas humildes; tal vez le llamaban para que concurriese como juez en sus diferencias o como hombre bueno en sus pleitos. El joven diácono se sentía muy cerca de ellos. Era, además, la época en que Santo Domingo (m. 1281) y San Francisco (m. 1226) hablan revolucionado el antiguo concepto monástico: cada uno debe buscar su salvación procurando la de sus prójimos. Y, ¿quiénes podían invocar con más derecho ese nombre que sus compatriotas, aquellos hombres de Berceo, aquellos de la Rioja toda, a quienes tan frecuentemente tenía ocasión de tratar en las visitas de ellos al monasterio o en las de él a los pueblos comarcanos?

Gonzalo se propone, pues, que sus compatriotas participen de los tesoros espirituales de aquellos códices latinos; él los traducirá y los hará asequibles a todos. Y hará más; llevado de su patriotismo y de un certero instinto que le dice que ningún ejemplo influirá mejor sobre los riojanos que el dado por sus propios santos, se lanza a traducir y versificar la vida de éstos. Y así compone la del varón de Cañas, Santo Domingo de Silos o la del hijo de Berceo, su glorioso paisano San Millán, o la de la Virgen de Villa Ve-ilayo, la bendita Santa Oria...

En la "Vida de Santo Domingo de Silos", primera de las que compuso, comienza Gonzalo declarando su propósito vulgarizados

"Quiero fer una prosa en román paladino, En qual suele el pueblo hablar a su vecino..." Esto quiere decir que el romance dominaba ya en Berceo y sus alrededores; pero estamos seguros, sin embargo, de que el euskera, siempre perdiendo terreno, se hablaba en las cercanías, si es que en el mismo Berceo parte de la población no era aún bilingüe. Nos lo dicen los vasquismos que aparecen aquí y allá en la lengua de Gonzalo, esa lengua "que parecía haber formado él mismo con elementos diversos", al decir de Ernest Merimée; nos lo certifica el que por lo mismo años (1230) en que el de Berceo publicaba su "Vida de Santo Domingo", el alcalde del lugar riojano de Oja-castro, a pocos kilómetros de Berceo, ponía en prisión al Merino real, según ya dijimos, por la pretensión de éste de que los naturales se expresaran en los juicios en castellano, porque el euskera y no el "román paladino" era el lenguaje propio de aquellos riojanos.

Gonzalo de Berceo, para componer estas "Vidas", como hará con las que después escribió, se inspira en un texto latino que le sirve de guía: "Vita Beati Domini'cí" de Grimaldo (m. 1090), monje de Silos, compañero del Santo. La fidelidad y el respecto de Berceo hacia el texto original son tan grandes que cuando no tiene seguridad absoluta de lo que lee advierte con encantadora simplicidad, de sus dotes de mediano lector y latinista: "Non departe la villa muy bien el pergamino ca era mala letra en cerrado latino, entender no lo pudi,..."

Siguiendo, pues, fielmente, la narración de los hechos del original), como tantas veces nos lo advierte en el curso de esta "Vida", Gonzalo nos cuenta cómo el sacerdote riojano Santo Domingo, prior de San Millán, enemistado con su rey natural García de Navarra, emigra a Castilla donde por encargo del rey Fernando (hermano de García) restaura el caído monasterio de tierra de Silos "que salva la frontera... con Extremadura". Gonzalo llama "bon rey don Fernando" al de Castilla, mientras que, después de varias alabanzas preparatorias, tacha de codicioso al navarro por su pretensión a los tesoros de la Abadía « la que se opuso Domingo:

El rey don García de Négera señor, Fijo del rey don Sancho el que dicen mayor, Un firme caballero, noble campeador, Mas para Sant Millán podrie ser mejor". Así conviene a la narración de la vida de Santo Domingo; así narra los sucesos de Grimaldo; ¡lástima que Gonzalo, desviándose por un momento de su guía y recordando cómo el "bon rey don Fernando" mató a su hermano en Atapuerca (1054) y despojó a Navarra de parte de sus territorios, no hubiera señalado más justicieramente de qué lado anduvo la codicia, la secular codicia que hizo que él naciera castellano en lugar de vasco!

Pero sí nuestro poeta sigue tan ceñidamente al manuscrito que le guía, hasta el punto de que cuando éste falla, no se atreve a completar por su cuenta el texto, la expresión, la forma —y en ella está la esencia poética— es totalmente suya. Son imágenes felices, evocaciones que surgen de los hechos de la vida cotidiana, dichos de la gente del pueblo con quien tanto gustó de tratar, y que engarza oportunamente en sus versos; sabe, con frecuencia, ver con los ojos de la imaginación escenas y cosas que en el texto latino aparecen secamente delineadas y a las que él, al transportarlas al romance, consigue dar animación y vida; es decir, que cuando más se aparta de su guía es cuando, por lo general, más poeta se muestra.

Esto se ve, aun mejor si cabe, en la segunda de las "Vidas" escritas por Berceo, la de San Millán, compuesta pocos años después de la primera (1234).

Si aquí también hubo de tomar una base escrita<sup>9</sup> y ninguna mejor que la suministrada por los documentos del mismo monasterio, natural es que al narrar la vida de este santo, cuya juventud se había desarrollado en aquel monte poblado de áspera maleza, en el que siendo un niño, sólo San Millán se aventuraba a entrar, Gonzalo recordaba sus temores infantiles hacia aquellos parajes —guarida quizá de  
s Sigue en ésta, en general, la "Vida" compuesta por San Braulio, discípulo de San Isidoro.

"Don Bildur" — y deplorando no estuvieran escritas tantas cosas relativas a su amado santo como él había visto — "Esto vi por mis ojos e so ende certero" —, se decidiera a insertarlas en el cuerpo de sus versos; "Otra cosa retraemas non la escribieron hi muestran los forados que las sierpes ficieron, Jas peñas foradaron cuan fincar no pudieron". "La Vida de Santa Oria" es la última de las tres de santos riojanos y la postrera que Berceo compuso.<sup>8</sup> Era el otoño del año y de su vida: "Los días son non grandes, anochezrá privado, e scribir en tiniebra es un mester pesado". Y Berceo escribe en el portalejo de la celda en que la virgen riojana hija de García y Amufia había muerto emparedada. Poseído, más que nunca, de místicas visiones, Gonzalo que espera dulcemente su tránsito, nos da en esta obra una descripción del cielo gozando del cual contempla Santa Oria a los buenos vecinos de su pueblo.

Ya presbítero, había compuesto "El Sacrificio de la Misa", en cuyo poema se ve, dentro de su sencillez de siempre, halagado por la augusta potestad de que se ve revestido. Compone también, siempre según la misma técnica y manera, el "Martirio de San Laurencio", otro santo de antigua veneración entre los vascones. Este poema, desgraciadamente, nos ha llegado incompleto.

Es en la segunda época de su vida cuando Berceo compone sus obras mariales: "Milagros de Nuestra Señora" y "Duelo de la Virgen". Son los años en que, con Santo Tomás de Aquino,

\* La biografía de Santa Oria está inspirada por el confesor de ésta, el monje Munio.

el escolasticismo triunfa plenamente, haciendo, entre otras cosas, resaltar la figura de la Virgen María, superior a todos los ángeles y santos; así, pues, la supremacía escolástica coincide con el florecimiento de la literatura mañana. Berceo, cuyo espíritu, por otra parte, parece tan naturalmente mañano, no podía sustraerse a esta poderosa corriente que se haría sentir bien fuerte en su monasterio, tan atento a las pulsaciones de la vida de la cristiandad, y escribe, en los años 1252 y 1260, sus obras mariales.

En estas obras nos place considerar a Berceo en un simpático aspecto en el que ya ha sido examinado: el de juglar.<sup>10</sup>

Es menester, para empezar, no perder de vista el ambiente de la época. El relato no va dirigido a un lector o a un público meramente receptivo. Se lo compone pensando en la "moralidad", es decir, en la enseñanza que se supone será mejor lograda si la palabra va directamente a los que escuchan allá, en la iglesia o en el atrio de San Millán donde los feligreses o los romeros se hallan reunidos.

Así se comprende que Berceo comience su narración rimada con el mismo estilo que el del juglar en la plaza pública:

"Amigos e vasallos de Dios Omnipotent, si vos me escuchásedes, con vuestro consueño, querría vos contar un buen aveniment". El espíritu de juglaría de Berceo es, como dice Menéndez Pidal, tan sincero como el de San Francisco de Asís. Hay que tener presente que, como decíamos al principio, el principal objeto de los poemas de Berceo es el de llevar al pueblo los tesoros espirituales

<sup>10</sup> Menéndez Pidal: "Poesía juglar y juglaret".

encerrados en los códices latinos del monasterio: el público, pues, para el que él escribe, es el mismo para el que cantan los juglares; si en los otros poemas lo quería así, ¡cuánto más en éstos en que se trata de hacer conocer a sus coterráneos los maravillosos poderes de la Gloriosa!

Por eso Gonzalo, su humilde juglar, tiene, más que nunca, ante sus ojos al público iletrado para quien se esmeró en su trabajo y se dirige a él con fór

mulas juglarescas para pedir atención o para anunciar un descanso en la sesión de recitado público: "Señores, si quisiéredes atender un poquiello", "Señores e amigos, por Dios e caridat, oid otro mirado fermoso de verdat". Y con afortunada frase, define su arte al hacer la sencilla petición de aquel "vaso de bon vino" que seguramente nunca le supieron negar las vides generosas de la Eioja. Tampoco la Gloriosa habrá dejado de saciar para siempre su otra sed: aquella de amor dulce, universal y fraterno de que siempre sufrió en la tierra su candoroso juglar.

Berceo, como bien se ha dicho, es una prueba de que la poesía romance de los clérigos no nace, como por algunos se ha creído, en lucha contra la de los juglares, sino al contrario, como una consecuencia y modificación de ésta.

Así vemos que Berceo sólo se distingue de los juglares antiguos por el uso de una versificación regular. Es la llamada "cuaderna vía", sistema de versificación de origen francés adoptado por los rimadores del "mester de clerecía", en que se emplean cuartetos de alejandrinos monorrimos, o sea, versos de catorce

11 Menéndez Pidal: Obra citada.

sílabas divididos en dos hemistiquios iguales, acentuado cada uno en la sexta sílaba.

Se puede decir que Berceo, primer poeta conocido en lengua castellana, es también el primero con quien en esa literatura aparece el nuevo modo de construir versos sujetos a la medida y consonancia características de la cuaderna vía, y constituye otro caso más en que vemos a los vascos sirviendo de introductores en Castilla de las novedades de la cultura francesa. Porque difícilmente se habrá escrito en España ningún poema de esa clase antes de que Berceo comenzara su producción. Y en todo caso, si el libro de "Apollonio" y el "Alexandre" fueron compuestos, más o menos, por los mismos años, no hay duda de que, a pesar de que el que escribió el primero se envanece con la novedad de su obra, anunciándola como "un romance de nueva maestría" y de que el autor del segundo, Juan Lorenzo Segura, clérigo de Astorga, se jacta diciendo:

'Mester trago fermoso, non es de joglaría, a silabas cuntadas, ca es grant maestría". Berceo, que de nada de eso presume, es el más perfecto de todos ellos.

Acabamos de releer la obra de Berceo. Y abandonamos con pena la compañía de este poeta primitivo y candoso al que imaginamos, otra vez niño, entrega

do a sus "quirolas" en los prados del monasterio navarro y cohibido en sus travesuras por la sombra de "Don Bildur". Lo vemos ya hecho diácono platicando con los romeros que buscan su "zatico"; mezclado quizá por curiosidad trovera con un grupo de "arlóles" prestos si es preciso a blandir la "azcona".

Nos lo representamos en el escritorio de la Cogolla devorando los preciosos códices o, ya en su celda, ardiendo en celo de que aquellos tesoros sean repartidos entre sus pobres compatriotas los iletrados; lo vemos recitando sus ingenuos versos al público sencillo que se agolpa en el atrio de la iglesia... Y, junto con un sentimiento de ternura para el juglar candoroso y humilde, un dejo de honda amargura se posa gravemente en nuestro pecho, al pensar en los compatriotas euakaldunes de Gonzalo que no recibieron su parte en la generosa distribución del tesoro; al pensar que, quizá por muy poco, perdimos con Berceo un poeta cuya obra, de haber sido escrita en lengua vasca, tendría para nosotros un valor cuyo alcance, en todos los aspectos, podemos hoy muy bien apreciar.

Montevideo, 23 de abril de 1953

## VIII EL RENACIMIENTO: DON CARLOS, PRINCIPE DE VIANA (1421-1461)

En el paso de la Edad Media a la Moderna hay una puerta de oro que hoy debemos franquear: el Renacimiento.

Es éste, en efecto, el glorioso momento en que la civilización occidental se decide a abandonar el Medioevo, aunque este abandono no signifique tampoco una ruptura completa con él, sino más bien una culminación de sus últimas aspiraciones e inquietudes expresadas ya en el primitivo humanismo, sobre todo a partir de Petrarca.

Aunque el fenómeno del Renacimiento sea, tanto en sus orígenes como en sus manifestaciones, más complejo de lo que corrientemente se estima, vamos a dar aquí una visión del mismo simple y clara.

Entendemos por Renacimiento aquel movimiento cultural que con fuertes raíces en el siglo xiv, surge poderoso en Italia en el xv y xvi y se extiende desde allí a toda Europa.

Al tratar de dar algunas de sus notas distintivas diremos que en los nuevos rumbos que toma la actividad del hombre persiste la atmósfera de religiosidad que caracterizó a la Edad Media, pero los espíritus se sienten al mismo tiempo fuertemente impulsados por un ideal entrañablemente humano. Sin abandonar aun la teología, se busca con fervor, en el cultivo de las ciencias

y las artes, nuevas dimensiones del ser humano en el que se va concretando un nuevo tipo de perfección: el del hombre completo —l'úomo uni-versale de León Baptista Alberti— aquel que, por el desarrollo armónico de todas sus facultades, tiende a afirmar, cada vez más resueltamente, su absoluta autonomía.

Se busca la afirmación de los valores vitales eternos por medio de una exaltación de la personalidad con la que se pretende restaurar formas e ideales de la Antigüedad clásica, mediante una renovación total de la vida individual, cultural y política.

Como en toda empresa humana, los propósitos, a veces, chocan con las dificultades que la realidad impone; hay desvío de los primitivos ideales y otros nuevos aparecen seductores a los ojos de los hombres. El pensamiento en su ansiosa y continua agitación, varía quizá mil veces antes de tomar el nombre de acción y surge la complicación y se impone el desconcierto allí donde se quiso que todo fuese regido por la pura luz de la razón.

Pero no es a nosotros a quienes corresponde trazar un cuadro que implique un estudio a fondo del Renacimiento. Para nuestro propósito, bastará con dar y es lo que procuraremos hacer, una impresión plástica y viva del mismo a través de algunas de sus personalidades.

a) Florencia.

No se puede hablar del Renacimiento, especialmente en Italia sin comenzar por Florencia, aquella segunda Atenas, madre fecunda en artistas, la que hasta en su mismo nombre llevaba marcado su destino. Era la destinada a florecer. Y lo hizo con tal ímpetu, templado por la gracia, que las flores que ofreció al mundo siguen formando un ramillete inigualado.

En esta ciudad, ya para el siglo xiv, asoma una familia que desempeñará papel fundamental en el desarrollo ciudadano, pues se pone a la cabeza de la industria de la lana que era la principal fuente de riqueza florentina y ya para el siglo xv su poder ha crecido enormemente, pues sin abandonar la corriente popular que le daba su prestigio ciudadano, extiende sus actividades al comercio del dinero, y su irrujo financiero la conduce, rápidamente, a la preponderancia en la cosa pública. Es la familia de los Medici a la que lleva al apogeo Cosme, llamado el Antiguo (1389-1464) una de las figuras más interesantes de la historia europea, quien apoyado en el bando popular, se constituye en un tirano que domina a Florencia, Pisa y la mayor parte de la Toscana y al que con razón pudo escribir Eneas Silvio (el futuro Papa Pío II): "de la realeza no te falta más que el nombre. Tú eres el arbitro de la paz y de la guerra y de las leyes".

Si contemplamos el retrato que de él ha dejado Botticelli, se BOS aparece como un vejete sin distinción ni belleza, en cuyas facciones apenas si la nariz bien acusada y sobre ella las arrugas de la frente ofrecen signos de fuerte personalidad. Sabemos también que carecía de dotes oratorias y que en absoluto tenía vocación de guerrero. Era, por sobre todo, un gran financiero y a l mismo tiempo un político sutil, un habilísimo demagogo que, con la asistencia de una opinión pública que sabía modelar a maravilla, gobernó a Florencia durante treinta años (1434-1464) como el gran señor del Estado. Pero lo que aquí nos interesa de Cosme de Mediciés y lo que hizo su gloria fue otra faceta de su personalidad: aquella que le llevó a reconocer en el pensamiento platónico la más alta expresión del alma antigua y le condujo a recoger solícitamente en sus caminos del destierro a aquellos sabios que huían de la barbarie turca que acababa de adueñarse de Constantino (1453) y se llamaban A rgyropulos, Lascaria, Besarion...; la que dignificó sus riquezas no sólo al invertir las en dar asilo a esos hombres ilustres, sino en la búsqueda y adquisición, por todas partes, de preciosos manuscritos de la antigüedad a cuyo estudio admitía luego a eruditos y al público en general.

Y aquel hombre de ilimitado poder, se hace humildemente discípulo de aquellos a quienes ha recogido y sostiene, y los honra como a maestros en saberes de los que él ansia participar. Ingresa a sus escuelas, sigue sus lecciones y busca su conversación, aunque para ello a veces tenga que encerrarse en una pobre celda. Y para que el platonismo del Renacimiento tuviera sus jardines de Academo, abre al público de los letrados sus más hermosas villas, sus jardines floridos. Y esa Academia, con Marsilio Ficino al frente, ejerce la más grande influencia sobre el pensamiento de la época, e Italia queda deudora a Cosme de Mediciés del renacimiento de los estudios griegos y Florencia del aliento material y moral que hará la prosperidad de su Universidad. Tenía Cosme también pasión por las obras públicas. "Conozco a mis conciudadanos —escribió— dentro de cincuenta años no conservarán de mí otro recuerdo que el de algunos edificios que yo haya hecho construir". Y se dio a enriquecer Florencia con soberbios monumentos. El claustro de San Lorenzo, los conventos de San Marcos y Santa Verdiana, la Vía Larga.

Para ello hizo trabajar a los más grandes arquitectos que se llamaban Michelozzo, Brunelleschi...; a escultores como Della Robbia y Ghiberti el que fundió las puertas del baptisterio de Nuestra Señora de la Flor, de las que decía Miguel Ángel que eran dignas de servir de entrada al Paraíso. Los pintores se llamaban Fía Angélico, Botticelli, Ghirlandajo, Filippo Lippi...

Este tirano que colgaba por los pies a cuanto patricio osaba atentar contra

su autoridad, sabía adular al pueblo regalándolo con magníficas fiestas, y reconocía la superioridad de sabios y artistas a quienes trataba con delicadeza y al mismo tiempo con familiaridad. Y si Italia le debe el renacimiento de los estudios griegos y esto es algo que nos es grato señalar, más particularmente grato nos es hacer notar que no le debe menos el habla de su pueblo, la lengua toscana trabajada ya por Dante para que llegara a constituirse en idioma nacional.

En la dinastía de los Medici no hemos de dejar sin citación a uno de los nietos de Cosme; a Lorenzo conocido por el Magnífico quien representa el tipo más brillante de los grandes tiranos del Renacimiento de quien pudo decirse que estaba adornado, según Ficino, de las tres gracias que celebraba Orfeo: "Vigor de cuerpo, claridad de espíritu, alegría en la voluntad". Amante de las fiestas y espectáculos maravillosos, era al mismo tiempo que protector de las artes, un verdadero artista dotado de elocuencia decisiva, poeta y escritor en todos los géneros; cultivaba

la filosofía platónica como su abuelo y como éste era cruel con sus enemigos a quienes también castigaba colgándolos por los pies. Hombre de contrastes, como lo fueron tantos del Renacimiento, frecuentaba las tabernas y amaba particularmente las violetas.

Si Florencia fue el espíritu inspirador del Renacimiento, a través del impulso de los dos grandes animadores que hemos visto, Cosme y Lorenzo de Médici, pronto llega el día en que otra gran ciudad ha de sustituirla en esa gloriosa tarea. Es la Roma eterna que, sede de la teología, asume también el papel de rectora de la nueva ciencia que en cierto modo toma su impulso en oposición a ella. Es la que en vez de dirigirse a Dios, centra sus afanes en el estudio del hombre, en el cultivo del saber cuyo objeto es la felicidad y la perfección humana. Para esto era preciso, en primer lugar, recoger la herencia dispersa dejada por la Antigüedad, comenzando por la de los antepasados más cercanos que habían florecido en gloriosas civilizaciones: los romanos y los griegos, maestros de ellos.

Desde luego que la Edad Media no había ignorado o desdeñado el pensamiento antiguo, como a veces se ha intentado hacer creer. No hace falta sino saludar a varios de los más grandes Padres de la iglesia para ver hasta qué punto estaban nutridos de las letras griegas. Conocida es la carta de San Basilio "A la juventud sobre la manera de sacar provecho de las letras helénicas". Los nombres de San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio el Grande ... bastan para recordarnos el gran aprecio que del saber antiguo se hizo aun en los tiempos que se juzgan más oscuros de la Edad Media. Sabemos que e

El Fedon de Platón fue traducido al latín en el siglo xvi y constan un centenar de nombres de autores latinos que en el Medioevo fueron apreciados, como puede verse en el continuo uso que de su autoridad se hace en los escritos de la época en que se quiso beatificar a Virgilio en aquellos monasterios a los que correspondió ser el asilo de la cultura de la Antigüedad —cuya conservación tanto deberá siempre a Papas como Nicolás V, el creador de la biblioteca vaticana, Julio II, Pío II, León X...

Pero, en rigor, cuando de la cultura humanística penetrada del espíritu antiguo se hable, no puede dejarse sin citar a aquel glorioso precursor del Renacimiento que se llamó Petrarca. Aquel hombre que en la torre de marfil de su biblioteca, formada a costa de tantos gastos, se recogía para gozar a solas de la conversación de Virgilio y Cicerón. Es verdad que su Hornero era mudo o para mejor decir él era sordo a su voz, puesto que no sabía griego. Pero lo reverenciaba y besaba el ejemplar como si fuera una santa reliquia. Si por las gracias de su latín, aprendido con los príncipes de la poesía y la oratoria romana, se alzó con el cetro que dos siglos más tarde había de empuñar Erasmo, por su fervor casi religioso por los grandes autores antiguos parece haber hecho escuela en hombres como Marsilio Ficino quien, emulando el entusiasmo homerista del cantor de Laura, rendía culto a Platón cuyas enseñanzas se esforzaba en conciliar con la doctrina de Cristo o como el cardenal Bembo, elegante latinista quien aconsejaba a un amigo que no leyera las epístolas de San Pablo porque su latín era mediocre y al practicar su lectura corría el riesgo de echar a perder su estilo. Estábamos ya muy cerca del "San Sócrates" de Erasmo.

Era la época del descubrimiento de antiguas estatuas como el famoso Apolo de Belvedere que el año 1480 aparece en un dominio del cardenal della Rovere. Poco después (1506) en una viña romana de Santa María Mayor es descubierto el grupo de Laoconte que había sido citado por Plinio y sobre el cual versaría siglos más tarde el famoso tratado de Lessing, y en los años próximos se pudieron añadir a estos tesoros otros como la Venus de Medici, al Torso del Hércules Farnesio...

Si para el descubrimiento de estos tesoros antiguos se habían movilizad, y a desde principios del siglo xv, artistas de la talla del escultor Donatello y el arquitecto Brunelleschi, no menos fue el ardor desplegado en la búsqueda de obras perdidas de antiguos escritores en cuya labor el nombre de Gian Francesco Bracciolini, llamado el Poggio, ocupa lugar destacado con su descubrimiento en el monasterio de San Gall de las "Instituciones oratorias" de Quintiliano y de algunos discursos de Cicerón hasta entonces ignorados, a esto seguirá el descubrimiento del "De rerum natura" de Lucrecio, las "Od

as" de Horacio, el "De re rustica" de Columela.

Para la debida conservación de estas obras contó esta época con un hombre excepcional en la persona de Aldo Manucio, el célebre impresor a quien su patria ofrecía favorabilísimo asiento por las frecuentes relaciones comerciales con el Oriente y que era un gran erudito a quien se deben un diccionario y una gramática griega y, sobre todo, la impresión por vez primera de obras de Aristóteles, Tucídides y Eurípides y la edición de libros en octavo, es decir, en forma que los hacían cómodos y manuales como hasta entonces no lo habían sido. Otro ejemplo clásico de gran señor del Renacimiento es el que nos ofrece Alfonso V de Aragón (1416-1458) quien desde que muy joven (1435) se posesiona del reino de Nápoles, se muestra un rey brillante, confiado en su pueblo, afable en el trato, pero, por sobre todo eso, dedicado a convertir su corte en un asilo de humanistas. Generoso como era, se complacía en la dádiva y no conocía medida si se trataba de trabajos literarios. Así dio a Poggio quinientas monedas de oro por la traducción latina de la "Ciropedia" de Jenofonte, y era entre los príncipes seculares el que manifestaba más entusiasmo por la antigüedad, entusiasmo ingenuo, al que se rindió, desde su llegada a Italia, enamorado del mundo antiguo en sus monumentos y literaturas.

Tuvo a su servicio a Jorge de Trebisonda, y Chrysolaras el Joven, a Lorenzo Valla y a otros humanistas de parecida valía. Así Antonio Paño que comentaba diariamente ante él y ante la corte un texto de Tito Livio, aun hallándose en campaña.

Su lugar preferido era la biblioteca del palacio de Nápoles donde, sentado junto a una ventana que daba al mar, escuchaba a los sabios cuando discutían v. g. sobre la Santísima Trinidad; pues era muy religioso y se hacía leer la Biblia que se sabía casi de memoria, aunque, hombre del Renacimiento al fin, no era menos devoto de escuchar la lectura de Séneca o la de Tito Livio de quien guardaba un supuesto hueso que veneraba como una reliquia y no menos la de Quinto Curcio que suponía le curaba de una fiebre que le tenía postrado en cama.

Este entusiasmo por lo antiguo fue, sin duda, lo que le inspiró aquella frase suya de que lo que más le agradaba era tener "Viejos troncos para arder, viejos vinos para beber, viejos libros para leer y viejos amigos para hacerle compañía".

La chispa renacentista que, en rápidas ojeadas hemos ido viendo propagar su fuego sagrado por ciudades y cortes de Italia, no tarda en extenderse a ot

ros pueblos de Europa. Veamos una muestra de cómo lució en nuestra tierra en la corte del reino vascón, sede de los reyes de Navarra.

Don Carlos III el Noble (1361-1425), rey de Navarra.

"El reinado de D. Carlos el Noble —dice el maestro Campián— puede compararse a la desembocadura de un río: en él desemboca el curso de la realeza navarra. Desde los silvosos riscos, vestida de pieles y calzada de abarkas, bajó a la florida llanura; ahora embellecida por las artes, adornada por el lujo, procura ajustar su vida a los cánones de la cultura intelectual, moral y social y del espíritu caballeresco".

Para que esto se diera, para que este vastago de las casas de Francia y de Evreux, pudiera dar a Navarra 38 años de reinado feliz, conservando el difícil equilibrio con los estados vecinos y la concordia en el interior del reino, eran bien necesarias las condiciones que adornaban al Noble entre las que brillaba, por sobre todas, un sincero deseo de paz, y una rara habilidad para, sin menoscabo alguno de los derechos y dignidad de nadie, saber conseguirla.

En efecto, este Rey que, según el cronista, tomaba consejo de algunos y de ninguno se dejaba gobernar, consigue mediante hábiles negociaciones vivir en paz y amistosa relación con sus vecinos del Sur, rescatando las fortalezas entregadas al Rey de Castilla, como garantía de la paz que concertó con aquel monarca Carlos el Malo. Y volviéndose hacia el Norte, consigue también un arreglo amistoso de sus diferencias, recibiendo una compensación en dinero por sus señoríos patrimoniales integrados por los ducados de Champagne, Brie y Evreux que, en tiempos de su padre, habían sido usurpados a los reyes de Navarra. Esto lo consiguió, después del fracaso de varias embajadas enviadas a la corte de Francia, por su gestión personal a través de tres viajes realizados de 1397 a 1403 y aun otro más hubo de realizar que duró de 1408 a 1410 para actuar, con el carácter para el que Dios le había especialmente bendecido, como mediador en las irreconciliables querellas que separaban a las casas de Orleans y de Borgoña. Lo mismo hubo de hacer al oficiarse y apaciguador de las discordias entre Aragón y Castilla llevado siempre de su deseo de paz entre sus vecinos con lo que no dejaría de perseguir la seguridad de su propio reino.

Con sus esfuerzos para mantener la tranquilidad externa corrieron parejos sus afanes para resolver el problema no menos espinoso de la concordia ciudadana. Siempre honrarán su reinado las medidas de buen gobierno con que puso fin a las seculares disputas entre los bandos de los Ponces y los Learzas que mantenían en constantes disturbios a Estella. Y no menos las que terminaron con las diferencias entre hidalgos de una parte y ruanos y francos de la otra, constante fuente de amenazas para la tranquilidad pública en Tafal

la. Finalmente, citaremos el llamado Privilegio de la Unión, obra maestra de los afanes conciliadores de Carlos III, con el que se dio fin a las luchas de vecindad que ensangrentaban periódicamente las calles de la vieja Iruña y se terminó con la anarquía de jurisdicciones que allí imperaba, fundiéndolas en una, designando un solo alcalde y diez regidores comunes para el gobierno de la ciudad, declarando comunes sus términos y rentas y ordenando el derribo de las murallas interiores.

Se le debe también un Amejoramiento de los Fueros, por el que se suprimía la pecha por los homicidios casuales (1418) y mandó tachar de los libros de Comptos esa palabra de "pecha", sustituyéndola por la de "censo perpetuo" y fue pródigo en conceder hidalguías y armas a caballeros en las suntuosas cámaras de Olite. Al engrandecer a los bastardos y bastardos de éstos por cuyas venas corría sangre real, no previó, como advierte Campión, los peligros que estaba creando para el futuro de su reino.

Era muy natural que —Don Carlos quien, a pesar de haber sabido permanecer fiel a las tradiciones democráticas de la monarquía navarra era, por otra parte, aficionado a dar boato a la corte, en aquel ambiente de paz exterior e interna se sintiese animado de aquel espíritu característico de los príncipes y magnates de su tiempo renacentista que impulsaba a la realización de obras suntuarias. Y así vemos que se debe a él la reedificación de la catedral de Pamplona, que se había derrumbado precisamente el año de su coronación (1390), acomodándose en lo posible, la traza de lo nuevo a la de lo antiguo. En el mismo año (1397) en que comenzó la reedificación de la catedral dio principio a la construcción del palacio de Tafalla y hacia el 1406 comenzó la edificación del de Olite, a ocho kilómetros del anterior y cuyas dos obras pensó unir haciendo gala de su magnificencia.

Con las grandes construcciones van floreciendo las artes que las acompañan y las sirven. "Del tiempo de Carlos III —nos dice Campión— son los pintores Pedro de Tudela, Juan de Pamplona, Juan de La-guardia y Guillermo de Estella que trabajaron para el palacio de Olite por los años 1402; Miguel de Leyún, decorador que el año 1406 pintó pomeras de madera, con las armas reales, para la tienda y cambra cuadrada del Rey. Sancho Daoiz, abad de Urroz, adornó con miniaturas siete libros del Bey; Pedro García de Eguirior iluminó un libro de horas del rey quien tenía a su servicio varios arquitectos...". Había esplendor en la corte y su lujo trascendió al estado llano hasta el punto de que el rey hubo de poner trabas al prurito de excesivo adorno de las damas —las estellesas— y el pequeño reino vascón, gozándose en su paz y diversiones parecía destinado a convertirse en otro de los centros de los que irradiaban los esplendores del Renacimiento.

Don Carlos, Príncipe de Viana.

Un día de la primavera de 1431 nació el príncipe don Carlos. Eran sus padres doña Blanca, heredera del trono de Navarra y viuda sin descendencia de don Martín de Sicilia, y don Juan, el infante de Aragón, destinado a traer la discordia más sangrienta a aquel reino que Carlos el Noble había sabido enriquecer con el bien inestimable de la paz.

Nació don Carlos, como con mal presagio, lejos de su patria, en Peñafiel, en el corazón de la meseta castellana, azotada en aquel momento por la pugna de dos bandos cuyas cabezas eran los infantes don Juan y don Enrique, respectivamente. Dos años después, en 1488, su abuelo el Noble, "como el linaje humano sea inclinado y apetezca que los hombres deban desear pensar en el ensalzamiento del estado y honor de los hijos y descendientes de ellos", según se decía en carta real otorgada en Tudela, instituyó el Principado de Viana para su nieto.

Ya para entonces (11 junio 1423) las cortes navarras reunidas en Olite, habían prestado juramento de guardar la persona, honor y estado del príncipe, como futuro rey de Navarra. Y el año de 1424 tomó el niño posesión simbólica del recién erigido principado.

Al año siguiente (1425) muere su abuelo y con ello se marca el atropello de sus derechos ante la usurpación por su padre de la corona. Don Juan se alza como rey de hecho. Surge el antagonismo entre padre e hijo, origen de sangrientas luchas en Navarra que habrían de cambiar su destino y el de don Carlos.

Adolescencia y juventud.

Si Carlos el Noble no pudo ver concluida la formación del Príncipe, sin duda que dejó en la reina doña Blanca una educadora bajo cuya tutela el príncipe se fue modelando, física y espiritualmente, tal cual hubiera complacido a su abuelo quien, por otra parte, con su labor pacificadora a la que se debió el estado floreciente del reino, había puesto la base necesaria para la enseñanza práctica del príncipe.

Sabemos a éste con gran afición a los animales con los que llegó a reunir en el castillo de Olite lo que hoy podríamos llamar un parque zoológico. Había allí jirafas y ciervos, jabalíes y camellos, osos y leones. Era una colección repartida debidamente y en cuya visita afinaba el joven príncipe su natural sensible y curioso de aprender.

A los quince años contaba con una guardia particular de arqueros y ballesteros que, con su servidumbre, integraban una pequeña corte en la que no faltaban los halagos de los poetas adulones. Al llegar a la mocedad se ejercita en la equitación y corre justas con lanzas ligeras. Amaba, por inclinación natural, el lujo y era limosnero y liberal. Su educación religiosa fue, sin duda, muy esmerada. Así lo fue también la intelectual hacia la cual se sentía naturalmente dispuesto. En cambio, la política, ya fuese descuido de sus preceptores, ya falta de interés hacia ella por el mozo, parece que no alcanzó los puntos que hubieran sido de desear y de cuya falta tanto se habría de sentir en los duros días venideros.

"Bajo la tutela de doña Blanca —escribe el acucioso biógrafo Manuel Iribarren— la vida del príncipe adolescente debió de transcurrir aburrida y monótona. Consumieron el ocio de sus días felices, espaciadas peregrinaciones, prudentes cacerías y tal cual paseo o diversión. Gustaba don Carlos recrearse en las verdes alamedas que decoran las apacibles márgenes del Arga, y Boga r por su mansa corriente a la luz melancólica del atardecer en su barquilla particular construida para su recreo".

En éstos y otros recreos y no exento, sin duda, de preocupaciones que los años y los sucesos que, sobre todo en el convulsionado vecino reino de Castilla amenazaban con romper la feliz tranquilidad de Navarra, vio el Príncipe venir el tiempo de sus bodas que el año de 1489 celebró con Inés de Cleves, sobrina del duque de Borgofia, Felipe el Bueno, la que viajó a Navarra acompañada de lucido séquito. Después de desembarcar en Bilbao, la comitiva siguió viaje por tierra y los novios se vieron por primer» vez en el palacio real de Estella. La boda se celebró en el de Olite el 30 de septiembre de 1439.

La feliz pareja tenía su residencia en este palacio construido por Carlos el Noble con dineros de los que trajo de Francia como compensación a la renuncia de su estado en aquel reino.

Comenzado a edificarse hacia 1406, su vida como centro de la corte navarra languideció en 1448, Una existencia demasiado breve y que, como observa el citado escritor Iribarren, vino a ser casi paralela a la del príncipe de Viana.

Allí podemos ver a éste, quien ora discurre contemplando el huerto de los B años donde las plantas exóticas reinan con su chillona policromía; ora su mirada se posa complacida en las diversas torrea —quince—• diferente por su perfil y pomposos nombres —la de la Joyosa Guarda, la de los Cuatro Vientos, la de las Tres Coronas, la de los Lebreles, la del Sobre el Corredor del Sol, etc., etc.; ora por el verdadero parque zoológico que allí se logró fo

mar, con sus graciosos ciervos y deformes camellos, pintadas jirafas y fieros jabalíes, osos, leones...; ora por el jardín de los toronjiles poblados por el triunfo de los pavos reales. El viajero alemán Von Harff que pasó por Navarra el siglo xv, nos dará detalles de la apacible vida que se hacía allí: "Llegué a una buena ciudad llamada Olite en la cual estaba el Príncipe que por entonces era Rey de Navarra, puesto que el Reino entero le obedecía más que a su mismo padre el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llevóme un heraldo ante dicho Príncipe o Rey, el cual era muy joven; tratóme amistosamente; hizo lo que yo le pedí y mandó que me condujesen al aposento de su mujer que era de la casa de Cleves. El heraldo me hizo ver el palacio; seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas, etc. Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aún se podría siquiera imaginar cuan magnífico y suntuoso es dicho palacio". Y sigue describiendo su visita a la Reina que estaba en el terrado del castillo, "solazándose y tomando el fresco debajo de un gran dosel", la danza que se dio a la noche, etc.

Los aposentos eran muy numerosos y decorados según el gusto francés; los muros revestidos hasta cierta altura de madera ensamblada y esculpida; el resto de la pared de tapices, los techos artesooados. Del de la cámara de la Reina pendían ;numerables cadenillas, rematadas en su extremo inferior por discos de cobre de unos cuatro centímetros' de diámetros que el viento al moverlos los hacía sonar. El pavimento de buen ladrillo; delante de las chimeneas bancos de madera esculpida, al estilo de los que se ven en la montaña de Navarra. Conocemos, gracias a las investigaciones de D. Juan Iturralde, los nombres especiales de 59 aposentos y comedores y sabemos que había muchos más.

Pero negros nubarrones se van condensando sobre el palacio de Olite en que vive el príncipe. Primero es la muerte inesperada de su madre (1441) que a la sazón residía en Castilla. Y con el dolor de la pérdida de la que había moldeado su corazón, aquella inquietud que viene pronto a atosigarle cuando las sospechas de que su padre piensa en volver a casarse engendran en su imaginación negros presentimientos. Por su mente pasa la sombra de una madrastra, aquella a la que los rumores señalan ya como nueva esposa de su padre, doña Juana Enriquez, la hija del almirante de Castilla cuyas ambiciones e intrigas tanto podrán obrar sobre el carácter violento de su padre.

Quisiera rasgar las nieblas de su futuro. Y cediendo a las supersticiones de su tiempo, recurre a aquél su basilisco disecado a cuyo polvo los alquimistas atribuyen mágicas virtudes, pero sin fruto alguno. Igualmente vano le resultó a él palpar el cuerno del unicornio y el observar los movimientos de las hoja

s de sus mandragoras. Luego, arrepentido de ceder a tales debilidades, irá a postrarse a la capilla del palacio o se entregará con ahínco al estudio, a la conversación con los viejos libros de los sabios que fueron, pero legaron tantas nobles ideas y tantos útiles conocimientos a quienes quisiesen y supiesen nutrir con ellos sus mentes.

En la lectura y el estudio logra sus mejores horas el príncipe. Leer libros y escribirlos es su mayor recreo, su más dulce trabajo y su mejor distracción. Pero al cabo de pocos años (1448) el destino le depara otro duro golpe: la Princesa de Viana muere. Y don Carlos se encuentra enfrentado, cuando más necesitaba del cariño y el consejo de un corazón leal, de un lado a su viudez y del otro a la ambición de su padre que atizaba por la fatal hembra castellana, "la hija del almirante", como él llamaba a su madrastra, había de traer a Navarra aquellos 40 años de guerra civil cínicamente pronosticadas por D. Alvaro de Luna y que aun resultaron cortos y con ellos la ruina de la independencia del reino que se gestaba ya en el vientre de la hembra de Castilla, madre del futuro Fernando, el mal llamado Católico.

Llegan los días en que Navarra se desgarró en las insensatas luchas fratricidas entre los beamonteses, partidarios del príncipe y los agramonteses, sostenedores del rey. La guerra civil que abre siempre ancho cauce por donde todos los odios y malas pasiones de grandes y pequeños corren, ofreció a ambos bandos la ocasión de superarse en episodios de horror. Padre e hijo frente a frente, hermanos contra hermanos en lucha mortal... La suerte de las armas se mostró adversa al Príncipe. Fue la derrota de Aibar y la prisión de D. Carlos. La reanudación de la lucha terminó con otra derrota, en Estella, del Príncipe quien fugitivo hubo de tomar el camino del destierro. París - Roma - Nápoles.

Su primera estación en la ruta del exilio —del que no debía volver más— fue París donde visitó al rey Carlos VII, su pariente, ante quien hubo de disipar ciertos malentendidos que sobre su persona y proceder se habían propagado en la corte de Francia de cuyo rey consiguió que impusiera al conde de Foix el cese de su intervención en las luchas de Navarra. Fue un triunfo diplomático conseguido por el Príncipe tanto por sus dotes de persuasión como por la fuerza de la verdad que hablaba por su boca.

De París, y después de un recorrido por diversas ciudades italianas, pasó a Roma donde en entrevista con el Papa Calixto II —el primer Borgia— puso al arbitrio del Pontífice el arreglo de sus diferencias con su padre sometiendo por completo a su decisión. Pero el Papa se desentendió del caso y el Príncipe pudo conocer a su costa, como antes y después lo habrían de experi

mentar otros, que la causa del vencido rara vez resulta simpática a los poderosos, acostumbrados siempre a jugar a la carta del triunfador.

De Roma se fue a Nápoles donde su tío el rey Alfonso V lo recibe cordialmente y pronto es gratamente impresionado por las dotes intelectuales y los gustos de su sobrino que tan bien iban con los suyos como distaban de los de su hermano de quien llegó a decir: "Mi hermano el rey de Navarra y yo nacimos de un vientre e non somos de una mente".

Por su parte, el Príncipe, hubo de sentirse como el pez en el agua en el ambiente de aquella corte. Y no poco contribuirían a ello las cortesías de poetas y aduladores cortesanos que lo acogieron por doquier. En carta a sus leales de Pamplona refiere D. Carlos las singulares muestras de amor que recibe de su tío quien, dice, le trata como a un hijo; le ha pagado las deudas de su viaje, le regala joyas y corceles y le ha puesto mil ducados de consignación anual para sus gastos ordinarios.

Y es allí donde aquel príncipe de los tristes destinos puede vivir algunos de sus mejores días, en aquella corte del Renacimiento hecha como de molde para él. Es allí donde puede dedicarse a traducir a Aristóteles y compartir con los intelectuales que dan brillo a aquella corte, el juego de las ideas que iluminan la presencia de poetas y artistas. Es allí donde siente como nunca el ímpetu creador del Renacimiento y trata de incorporarse a las nuevas corrientes para las que tan bien dotado y educado estaba su espíritu que sentía crecer sus fuerzas en aquella atmósfera de luz y paz y en la que el amor de su tío prometía justicia y reparación para su causa.

Pero una vez más el destino se ceba en su desgracia. La inesperada muerte de Alfonso V deja postrado al Príncipe que veía que, con el fallecimiento de su tío, se malograban una vez más y quizá para siempre sus renovadas esperanzas.

En el testamento del rey Alfonso, éste que había tenido oportunidad de conocer a su sobrino, le declaraba heredero y sucesor, después de los días de su padre el rey don Juan, en los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia y en el principado de Cataluña. El de Nápoles lo reservaba para su hijo natural don Fernando cosa que disgustó a la mayoría de la nobleza del país que decidió proclamar rey al príncipe de Viana. Éste, rechazando no obstante la halagadora oferta y previendo que su presencia en Nápoles podía engendrar peligros para la tranquilidad de aquel reino, se trasladó a Sicilia.

Pero su estada allí no habría de ser muy larga. Es de un año en el que se mantiene al margen de las actividades políticas. Como en Nápoles, los sicili

años le ofrecieron la corona que rechaza, como por segunda vez rechaza la de Ñapóles que le vuelven a ofrecer. En el entretanto le habían proclamado rey sus parciales en Pamplona, pero la actitud del Príncipe era de renunciar a toda ambición.

Pero todo este desinterés no bastaban a colmar los celos de su padre que consigue persuadirle a que cambie Sicilia por Mallorca donde llegó el 5 de agosto de 1459, El 6 de enero de 1460, el rey de Aragón proclamó la tregua ajustada con el Príncipe y el 13 de enero le otorgó su perdón. El 20 de marzo desembarcó Don Carlos en Barcelona. Pero de nuevo vuelve a sus tortuosos caminos el rey su padre quien llamó al Príncipe a Lérida y allí, ante su presencia, le hizo desarmar y prender. (2 diciembre 1460).

La causa de D. Carlos parecía perdida. "Entonces —y cedemos la palabra al maestro Campián— la tomó bajo su amparo, en un nobilísimo arranque suyo, Cataluña, haciendo de la prisión de aquél un caso de derecho constitucional, que propuso, defendió y resolvió hábilmente, con tesón, constancia y rectos entido admirables, sin que la hiciesen desfallecer, ni la flaca política inhibitoria de Aragón y Valencia, ni la escasa firmeza del Príncipe mismo engatusado al fin por su madrastra. Después de un período de negociaciones con el Rey, Cataluña se decidió a empuñar las armas. El 8 de febrero de 1461 resonó en las calles de Barcelona la terrible voz del apellido: "Via fora! Scomatent!" El gobernador Requesens huyó de la ciudad; Don Juan que estaba en Lérida, escapó de noche por una puerta falsa de la muralla, y él mismo se llevó consigo a su hijo al castillo de Morella, donde le dejó porque allí no habían de llegar los terribles catalanes. La generalidad de Cataluña reúne tropas, prosigue las negociaciones y mantiene, sin perder su sangre fría, la índole legal del movimiento. El 15 de febrero el ejército catalán ocupa a Fraga, a título de prenda o embargo. Aragón y Valencia se mueven en pro del Príncipe. Castilla no oculta su disgusto. El Papa había ya expedido el 23 de enero la Bula "Recipiet fraternitas tua", ordenando a los prelados catalanes que pidiesen la libertad del prisionero... D. Carlos entró en Barcelona el 18 de marzo; le recibieron con muchas fiestas y agasajos..."

Pero la fortuna, una vez más, fue para con él poco duradera y al de cinco meses, exactamente el 23 de septiembre de 1461, moría el Príncipe en Barcelona, poniendo fin para siempre a su carrera de grandes esperanzas y fracasos

El hombre.

Para una semblanza del Príncipe una vez más acudiremos al maestro Campián quien escribe: "El Príncipe murió en olor de santidad; en la capilla ardiente, en los funerales y en el sepulcro de Poblet ocurrieron hechos reputados por

milagrosos. Recibió cierto linaje de culto público, pero la Iglesia no le ha canonizado; en esto como en las empresas de su vida, se quedó a medio camino. Si la Corona de Navarra hubiese pasado directamente a sus sienes, desde las de su abuelo, habría brillado en la Historia con luz deslumbradora: sensual, pacífico, meditativo, aficionado al lujo de las telas, de las joyas y de los muebles, historiador, filósofo, ea el Palacio de Olíte rodeado de músicos, de poetas y de sabios, de gentiles damas y de corteses caballeros, hubiese mantenido las tradiciones del buen Carlos el Noble. El destino le fue tan adverso, que le enredó en las mallas de tal drama que sobrasen los dones por él poseídos y fuesen necesarios los que le faltaban. Por flaqueza de la voluntad tuvo aire de pérfido y de tornadizo a las veces.

De su irresolución le toca buena parte de culpa al testamento de doña Blanca la reina, mas por inclinación natural pertenecía al linaje de los hombres que quieren y no quieren las cosas; ni renunció a reinar, ni renunció paladinamente a la Corona: comenzó a deshora la guerra, cuando ya los bandos habían tomado cuerpo y anhelaban por venir a las manos. Si al punto de morir la reina doña Blanca hubiese reunido las Cortes y alegado antes ellas el derecho que le asistía, Navarra entera le habría seguido, repitiéndose los días de D. Luis el Hutin y de doña Juana II". Podríamos añadir a este retrato las palabras con las que Mariana concretó el sentido de la vida de Don Carlos: "Príncipe más señalado por sus continuas desgracias que por otra cosa alguna. No alcanzó tanta ventura cuanta era su condición y otras buenas partes merecían".

El humanísta.

Un contemporáneo suyo, capellán que fue de su tío Alfonso V de Aragón nos ha dejado esta descripción del Príncipe: "Muy sabio, muy sutil, muy agudo y muy claro de entendimiento, gran trovador y buen cantador... con mucha ciencia; todo el tiempo de su vida amó el estudio". Ese estudio, añadiremos que sin duda fue su consuelo en tantos trances como lo fue el retiro que le proporcionó paz y ocasión para el cultivo de su espíritu.

Sabemos que D. Carlos estaba en posesión de una vasta cultura lo que le pone a la par de los príncipes más ilustrados de su tiempo, como aquel gran señor del Renacimiento que fue su tío Alfonso V y otros. Su biblioteca constaba de un centenar en volúmenes en vitela, cuidadosamente encuadernados. Casi todos eran de teología, historia, derecho y literatura. El mayor número de ellos estaba escrito en latín; sólo se cita uno en lengua castellana. El bachiller Alfonso de la Torre escribió su "Visión Delectable de la Filosofía y Artes Liberales" para instrucción del Príncipe quien no perdía ocasión de acrecentar sus conocimientos en el comercio con los poetas y escritores

más famosos de sus estados y otros como Pontana, Ausías March, Guibert, Bosca, Antón de Mora, Rocafort, Pere Torroella, Corella, Amescua y Valtierra.. El conversar con eruditos y sabios era su mayor deleite, y fue, sin duda, en las cortes de Nápoles y Sicilia donde tuvo mayores oportunidades de dar pábulo a sus talentos.

Sabemos, que, además del latín, dominaba el italiano, el francés y el catalán. Como traductor, nos dejó la versión de las "Éticas" de Aristóteles comentadas y la "Condición de la Nobleza" de Angelo de Milán. Como autor original, escribió la "Crónica de los Reyes de Navarra" que es la más importante de sus obras, aunque hoy en día han surgido algunas dudas sobre su autenticidad, "Milagros de San Miguel de Celso" (Excelsio); "Cartas e requestas poéticas". Pensó publicar las "Morales" de Aristóteles, retocadas y concordadas con el pensamiento católico, pero juzgándose incapaz de llevar a cabo por sí solo esta obra, escribió la "Epístola a los valientes letrados de España" invitándoles a poner manos a la obra; poesías en castellano y en catalán, etc.

Pero, como bien dice Iribarren: "Donde mejor y más espontáneamente se descubre la personalidad literaria de Don Carlos —poeta, pensador y moralista— es en sus cartas, que acusan muy diferente estilo, como redactadas por distintos secretarios, si bien las preside un pensamiento rector. Al igual que su abuelo, y su bisabuela, firmábalos en francés «Charles» nombre que llegó a constituir en la dinastía una verdadera institución". Y a través de ellas puede también verse cómo aquel noble y erudito espíritu de Príncipe del Renacimiento entretenía con juegos de ingenio y a veces con discusiones sobre asuntos que sólo en su imaginación existían, la amargura que los asuntos de palpante actualidad fueron acumulando sobre su persona a través de su desdichado vivir.

Epílogo.

Al detenernos ahora a resumir nuestras ideas sobre lo que rápidamente hemos expuesto, sentimos que nos domina, sobre todos los demás, un sentimiento de frustración.

Frustración de un Príncipe que ungido con tantas altas condiciones intelectuales y morales y precedido de un período de casi cuarenta años de paz, es decir, en condiciones ideales para haber dado a la monarquía vasca un brillante cabeza de estado, no pudo llegar a reinar.

Frustración, en aquella época que era la del alborar de los estados nacionales del que ejemplarmente pudo haberlo sido, por la malhadada accesión a la realeza de hecho de aquel intruso que fue un representante a ultranza de las monarquías patrimoniales, como seguían siéndolo las de su patria.

Frustración de aquel brillante hombre del Renacimiento quien sabio, entre otras cosas, en varias lenguas, ningún aprecio, que sepamos, hizo de la natural de su reino, si es que la llegó a conocer.

¡Cuan distinto hubiese sido el destino suyo y el de su tierra, nuestra tierra, si en posesión del trono que se dejó usurpar, aquel hombre todo bondad y gentileza, todo ingenio y sabiduría, se hubiera volcado, con el corazón en brazos, hacia los valores eternos de su pueblo!

Montevideo, Humanidades,

## IX BERNARDO D'ETXEPALE

Después de haber hablado del Renacimiento en términos generales y en algunos aspectos en que podemos considerarlo con respecto a nuestra patria, a través, principalmente, de alguna figura como la del Príncipe de Viana, vamos a concretarnos ahora a una faceta de dicho fenómeno que no es otra que la de la glorificación de la naturaleza y enfoque de aquel movimiento de liberación de las lenguas nacionales del yugo del latín, hasta entonces soberano.

Bembo y Maquiavelo en Italia; Du Bellay en Francia; Juan de Valdés de España fueron, entre tantos otros, portaestandartes de esta lucha por la dignificación de los idiomas maternos y su elevación a la expresión de los problemas más altos del espíritu, allá por la primera mitad del siglo xvi.

Por otra parte, si al Renacimiento emparentamos la Reforma, tan cerca de él en el tiempo y en muchos otros aspectos, hasta el punto de que haya podido decirse que la Reforma no fue sino un Renacimiento adaptado al genio de los pueblos germánicos, vemos como, por esos años, la traducción al alemán de la Biblia, hecha por Lutero, marca una etapa trascendental para ese idioma.

El principio renacentista a que aludimos es enunciado en España, clara y rotundamente, por Valdés, al establecer, en las primeras páginas de su célebre "Diálogo de la lengua" que: "Todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural... que no la que nos es pegadiza". Sobre lo que un compatriota y coetáneo suyo, gran humanista también,

Cristóbal de Villalón, remachará diciendo: "La lengua que Dios y naturaleza a nos han dado no nos debe ser menos apacible que la latina, griega y hebrea".

Siguiendo con este tema en España, vemos poco después al altísimo poeta y selecto prosista Fray Luis de León (1527-1691) quien al ser censurado por haber escrito en castellano los dos primeros libros de "Los Nombres de Cristo", pues muchos seguían creyendo que un teólogo no debía emplear para sus ob

ras sino el latín, responde así: "Mas a los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance y que en latín los leyeran, se le responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que, sí estuviera en otra, tuvieran por bueno".

Y continúa diciendo: "En cuestión de lenguas no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas, y esto mismo de que tratamos no se escribiera como debía por sólo escribirse en latín, si se escribiera vilmente, que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravedad le conviene, sean españolas, sean francesas".

Conviene recordar que, por aquella época, su universidad de Salamanca comenzaba a liberarse del yugo del latín que no sólo era la única lengua de las cátedras, sino también la impuesta a los estudiantes en los claustros, llegándose en esto a tal extremo que ni siquiera podían los estudiantes entonar a la guitarra las cauciones romances de que tanto gustaban, como no fuera en latín o en griego.

Siguiendo con la literatura castellana, no hemos de olvidar los casos que se nos ofrecen de tres navarros, nacidos casi por los mismos años: Estella, Txaide y Huarte. Diego de Estella (1524-1578) al que, si bien por algunos se le achaca excesiva crudeza en muchos casos, es, como lo dicen los autores españoles Hurtado y Falencia, "por su expresión dará y atildada... uno de los escritores ascéticos que mejor manejaron la lengua castellana".

El caso de Malón de Chaide (1530-1589) es aún más manifiesto. No es que solamente se trate de un gran predicador, teólogo y poeta y de un fino estilista que escribe, con "La conversión de la Magdalena", "uno de los libros más compuestos y arreados del idioma castellano", como nos lo dirá Menéndez Fe-layo. Se trata además de que tuvo que vencer dificultades para que saliera el libro, por estar en castellano, y a cuenta de ello, escribe así en el prólogo: "Habernos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia alguna de las del mundo y tan extendida como lo están las banderas de España que llegan del uno al otro polo".

Y todavía, el tercer navarro, el doctor Juan de Huarte (1530-1581) cuya figura brilla no sólo en el campo científico, sino al que puede considerarse como modelo literario por su lenguaje selecto y puro, según nos dice Menéndez Pelayo, ha de escribir esto: "Ninguno de los graves autores fue a buscar lengua extranjera para dar a entender sus conceptos: antes los griegos es

cribieron en griego, los hebreos en hebreos, los romanos en tatin y los moros en arábigos; y así hago yo en mi español". Palabras que resultarán familiares, por cierto, a los asiduos lectores de aquel genio que tantas influencias recibió de Huarte: Miguel de Cervantes. ("Quijote". Parte II, Capítulo XVI). No se podía hablar mejor, según el espíritu del Renacimiento y del sentido común y no se podía llegar a conclusión más disparatada por un hombre cuyo idioma nativo, como hijo de Donibane Garazi, era e! euskera, población que, por otra parte, era francesa políticamente, en todo caso y no española.

El primer escritor del Renacimiento Vasco.

Afortunadamente, por los mismos años en que los tres navarros citados, marcaban con su clara prosa castellana la desviación que hemos visto, otro escritor también navarro venía a desagrar a la lengua nacional del desprecio y olvido en que yacía y, en un libro que es el primero de autor conocido en nuestra lengua, estampaba esto que traducimos:

"Siendo como son los vascos de ingenio despierto y feliz y habiendo existido entre ellos personas muy doctas en todos los ramos del saber, maravillóme, señor, de como ninguno de ellos ha intentado, en obsequio a su idioma propio, componer alguna obra en euskera y publicarla, pues él es tan bueno".

"El euskera se estanca falto de toda reputación y todos los demás pueblos creen que nada puede escribirse en tal idioma al modo que lo hacen las otras naciones en los suyos respectivos".

"Y ya que en nuestros días, usted, señor, a fuer de noble y bien nacido, es tima de veras, ensalza y admira la lengua vasca, a usted, como a mí señor y dueño, remito algunas estrofas euskéricas compuestas según los alcances de mí ignorancia, a fin de que leyéndolas y corrigiéndolas a su gusto, las haga imprimir, si le parece, y poseamos todos de su mano, una hermosa joya, una obra impresa en euskera que hasta ahora no ha existido, y que por obra de esta bondad suya, el idioma se desarrolle de continuo en adelante, se divulgue por el mundo, y los vascos, como ocurre con otros pueblos, tengan impresas en su lenguaje composiciones aptas para instruir, agradar, recrear, cantables y de pasatiempo, y nuestros descendientes tengan ocasión de progresar más todavía y todos quedemos obligados a pedir a Dios una vida próspera en este mundo y el paraíso en el otro. Amén".

Del "justo, noble y muy bondadoso abogado del Rey Bernardo Lehete" a quien la antecedente dedicatoria va enderezada, Mecenas pecuniario y cultural, según parece, de la obra en cuestión, apenas sabemos nada, desgraciadamente. No es tampoco mucho lo que conocemos del autor que lo resumiremos en las siguientes líneas.

BERNARDO ETXBFAHE. No existen más datos biográficos referentes a Etxepar

e que los existentes en su libro y los que se derivan de un par de documentos del Archivo de Navarra, con arreglo a los cuales, aparte de que probablemente nació en Sarasketeta (B-Navarra) y en todo caso, cerca de Donibane Garazí (Sant-Jean-de-Pie-de-Port).

Los que encontramos en su Hbro se reducen al nombre, apellido, oficio rectoral y, principalmente, al juicio, condena y cárcel padecidos en el Bearne y los que se lamenta en su canción de 102 versos que precede al "Contrapas"

Los que por otros documentos podemos saber nos dicen que era Rector de San Miguel de Eyheralarre, cerca de Donibane Garazi, desde antes del año 1518.

Que estaba allí cuando el legítimo rey de Navarra, Juan II, muerto en 17 de junio de aquel mismo año, sitió y tomó a Donibane.

Que además de Elector de San Miguel, fue después Vicario de Donibane Garazi, cargo en el que sucedió a Don Pedro de Mendikoaga: "En atención y mérito de la avilitat, suficiencia y letras y otras virtudes y buena fama de Mosen Berrtart.

Que el sucesor inmediato de Fernando el Católico —monarca usurpador del reino de Navarra—, en el trono de Castilla, apoyó la confirmación de Etxepare en dicho oficio eclesiástico, alegando ante el Vicario General de la Diócesis de Bayona que Mosen Bernart "ha seydo y es muy servidor de su Magstad".

Esto último demostraría que nuestro poeta no se contó entre los navarros patriotas (aunque también puede pensarse era muy joven en 1512 para haberse mezclado en nada), y hace sospechar que el motivo de la causa a que fue sometido por Enrique II de Navarra o, tal vez, por el padre de éste Juan I, tuvo raíz política.

## EL LIBRO:

a) Ediciones. El libro de Etxepare, con su título latino de *Lingua vaaconum, primitiae* (Primicias de la lengua de los vascos) salió a luz por primera vez en la tipografía de Francisco Morpain, impresor de la ciudad de Burdeos el año 1545. De esa edición príncipe no se conserva más que un solo ejemplar que fue propiedad del Príncipe de Conde y posteriormente, de la Biblioteca Nacional de París.

b)

Después de tres siglos de silencio, el año 1847, Gustavo Brunet, reimprimió la obra en una revista "Actes de l'Academie royale de Sciences, Belles-Lettres et Arts" de Burdeos, y además tomó a su cargo la segunda edición po

r separado de la obra, lanzada también en Burdeos.

La tercera, edición fue hecha en 1874, en Bayona, a cargo del impresor P. Ca  
sáis.

La cuarta es de 1898, en Burdeos, y debida al vas-cólogo alemán Víctor Ste  
mpf.

La quinta, y última por ahora, es un facsímil del único ejemplar de la edic  
ión príncipe, lanzada por la "Revista Internacional de Estudios Vascos" en  
1933. EL LIBRO:

Traducciones. Existen tres:

La primera fue hecha al idioma francés y salió con la segunda edición citad  
a de 1847. Es debida a J. B. Archu, benemérito vasquista, traductor al eusk  
era de varias fábulas de Lafontaine y autor de una gramática vasco-francesa  
para niños.

La segunda se debe al vascólogo alemán Stempf antes citado quien puso \* E  
txepare en lengua alemana con un glosario de todas y cada una de sus pala  
bras.

La tercera es de nuestros días y se debe al muy competente lingüista y va  
scólogo M. Rene Lafon, actualmente profesor de Lengua Vasca en la Univers  
idad de Burdeos. Ha sido publicada íntegramente en el "Boletín de la Real  
Sociedad Vascongada de los Amigos del País" (1951-2) y está hecha al idi  
oma francés con gran precisión.

Son, pues, tres traducciones íntegras las dadas hasta hoy: dos al idioma fr  
ancés y una al alemán. Al español no hay ninguna que sepamos.

#### FONDO DE LA OBRA;

Contenido. En principio, la obra está integrada por unos mil ciento cincuen  
ta versos, pentadecasilabos en su mayor parte, más o menos perfectamente ri  
mados, y agrupados en estrofas de 4, 2, 6 y alguna vez 5 versos.

En cuanto a los temas tratados, pueden resumirse ea estos cuatro;

1. El amor divino.
2. El amor humano.
3. La parte autobiográfica,
4. La exaltación del euskera,

Las dos secciones predominantes con mucho son las dos primeras y el conteni  
do de ambas es de carácter tan diverso, mejor dicho, tan opuesto como por l  
o general, han de serlo los poemas de materia devota de los de tema erótico  
. Por otra parte, se tratan estos últimos con tanta crudeza y desenfado que  
, aunque los publicó todos juntos y siendo ya sacerdote, es lógico pensar q  
ue pertenecen a distintas etapas de su vida, es decir, antea y después de l  
a ordenación sacerdotal.

1. POEMAS DE MATERIA DEVOTA. Están comprendidos todos ellos bajo el título general de "Doctrina cristiana".

Repitamos lo que bien es ha dicho; que la doctrina de Etxepare, como corresponde a un euskaldun, se caracteriza por la conciencia, de la responsabilidad del hombre ante el tribunal de Dios que para salvarle vino al mundo como Redentor suyo.

Nada aquí de sutilezas filosóficas ni de temblores místicos. Etxepare es realista, aferrado a los hechos que son los que deben informar la conducta que, en definitiva, es lo único que da la medida del hombre, de cada hombre.

Citaremos aquí tres de sus poemistas devotos:

a) Orazione ígandeko (Oración dominical).

Muestra el poeta la conveniencia de dedicar ese día al examen de la conciencia para lavarla de sus culpas, como hacemos, dice, con nuestra ropa interior: "Atorra ñola, arima ere aste oroz garbitu".

Nos avisa cómo, al morir el hombre, se divide en tres partes: el cuerpo del que se apodera la tierra; la hacienda que se reparten los parientes y la pobre alma que se va a donde puede:

"Personoro hil denian, hirur zati eguítan: Gorputzori «steltzera lur hotzan egozten; Unhartzuna ahaidiec bertan dute partien; Arima gaixoa dabillega n orat anal daguien". Compara al hombre y su alma con pastor y oveja: "Artzain orok biltzen ditu ardiak arraxaldian, leku honerat eramayten eguraldi gaycian, Bat bederac pensa beza arimaren gaynian ñola salvaturen duen hura, bere finian".

En el "Juicio universal" su voz toma graves resonancias para trazar el formidable cuadro del juicio final anunciado por el mar airado, los árboles que sudan sangre, los montes y rocas que se despedazan: "Ichasoa samurturic, goyti eta veheti

Zuhamuyec dacartela odolezco ycerdi,

Mendi eta harri oro, elgar zaticaturic". Allí la presencia del Juez supremo, allí el tardío remordimiento de los pecadores, allí la inapelable sentencia tras la cual se abrirá al punto la tierra que entre llamaradas se tragará a los pecadores: "Bertan date yrequiren lurra oren berian, suharequi irexiren orobere barbián". Pero, en el poema que sigue, como el sol radiante tras la tempestad, emerge la dulce figura de U Virgen "Ama ezitia" como la líam?, siempre el poeta, que nunca nos ha de volver la espalda:

"Zuk gíbela ba'didatzu, elas, ama ezitia, ordu hartan diakusazut ga!du neure buruya". Porque es madre y manantial de todas las gracias: "Zu baizira grazia ororen ama ta iturbumya, egundaiño bekatutan makulatu gabia". Cuyo rostro el poeta piensa un día ver en el cielo:

"Eta nic han daki;sat zure begitartia".

2. POEMAS AMOROSOS. Constituye la parte más nutrida del poemario de Etxepare con composiciones cuyos títulos nos pueden decir bastante de su contenido y, traducidos al español, son como sigue:

"Aviso a los enamorados". "En favor de las mujeres". "Poema de los casados". "Del enamorado en secreto". "La separación de los amantes". "El amante celoso". "La petición del beso". "El requerimiento de amor". "La disputa de los amantes", "El desprecio de la cruel".

Mucho sabía nuestro poeta, al parecer, sobre estos temas porque antes de ser sacerdote, su vida había corrido por caminos de que ahora se duele haber andado:

"Nihaur ere ebilli naiz anitzetan erorik, gavaz eta egunaz ere, oztik eta berorik, loa galdu, pena aski, baiña ez arimagatik Orain oro nahi nuke liren Jainko agatik".

El desenfado con que ya dijimos trata los temas eróticos y que tanto nos hace recordar al Arcipreste de Hita, no le impide tomar la defensa de las mujeres —ya se sabe que esto como su vituperio fueron siempre temas más fecundos para los poetas desde Juvenal y Boccaccio— y encararse en su "Emazten favore", con los detractores de la mujer para decirles que más les valiera guardar silencio:

"Isilikan egoitia ederrago lizate", pues quisiera preguntar a los tales si no tuvieron por madre a una mujer:

"Ama emazte luyen ala ez nahi nuke galdatau".

y por respeto a ella haber aprendido a ensalzar a todas las mujeres:

"Amagatik andre oro behar luke goratu".

Expone los cuidados que la madre prodiga al recién nacido, así como al aseo, el orden y la comodidad del hogar que son la obra propia de la etxekoandre, para terminar con desenfadada hipérbole que ni al cielo quisiera ir, si allí faltasen las mujeres: "Parabisuyan nahi ez nuke; emazterik ezpaliz". En su opinión, las "emaztea" se llevan la palma, en proporción de mil a uno, sobre los hombres en lo que hace a bondad y virtud:

"Bertuteac vehar Juque egizonetan amiago; Emaztetan nic dacusat onguiz ere, gehiago..".

No tenemos tiempo aquí para seguir con el examen de sus poemas amorosos, aunque sintamos no poder comunicaros la dramaticidad y la vida que hay, sobre todo, en algunos de sus diálogos como "La petición de! beso" o la "Disputa de los amantes", y nos limitaremos, pues vienen muy bien en este lugar

las palabras siempre tan acertadas del gran crítico que es, además de otras cosas de nota en el campo de la lengua y la literatura vascas, Luis Michelena:

"Dechepare es ante todo un realista y no perseguía bellezas ideales. Su descripción tan rica y variada en su brevedad, de las relaciones entre enamorados es escueta y precisa, y el diálogo que pone en su boca dramático y socarrón".

AUTOBIOGRÁFICA. Está constituida por el poema titulado "La canción de Mosen Bernart Dechepare" en la cual, con respecto a su persona, manifiesta, principalmente, estas tres cosas:

- a) Que antes de consagrarse al ministerio sacerdotal gustó mucho de amores, según ya lo hemos visto.
- b) Que tuvo enemigos tenaces que le denunciaron al rey de Navarra por cuya orden fue encarcelado.
- c) Que esta pena fue absolutamente injusta.

Que esto último fuera así parece desprenderse de los versos iniciales:

"Mosen Bernat iaquin vahu gauza ñola guiñen cen Bearnora gabetaric egon a hal intzanden". Niega en absoluto su culpabilidad:

"Nic ogueníc ea nuyela, hongui guitez verceric" y que haya falta contra el Rey:

"Erregueri, daquidala, nic ezticit faítatu".

Menciona a sus enemigos, pidiendo a Dios no prosperen sus inicuas tramas; para lamentarse de su estado, exaltando, como buen vasco, el bien supremo de la libertad:

"Libertatia ñola baita gauzetako hobena, gathibutan egoitia, hala pena gaitzena".

Que su cautiverio se prolongó lo certifican estos versos:

"Gathibutan hil enadín gizon oguen gabia: Ossoric, othoy, ialguiteco, zuc yd azu vídia".

4. EXALTACIÓN DEL EUSKERA. El fervor que en el proemio hemos visto inflamaba a Etxepare por su lengua nacional, halla su culminación en los dos poemas finales en el último de los cuales dice que los vascos eran apreciados en todo el mundo, pero que todos se burlaban de su lenguaje porque lo estimaban bárbaro al no verlo escrito en ninguna parte —acordaos de lo que esto significaba en la época del Renacimiento tras la invención de la imprenta—, pero que ahora todos han de aprender qué buena cosa es el euskera, exclamando con un grito de noble orgullo:

"Heuskaldun den gizon orok altxa beza buruya".

(Que todo hombre que habla euskera levante su cabeza).

Y, en su "Kontrapas" su entusiasmo se desborda, e invita al euskera a salir a la plaza, a tomar parte en la danza de las naciones, a recorrer triunfante e l mundo:

Heuscara, lalgui adi campera.

Garacico herrín Benedica dadila, Heuscarari eman dio Behar duyen thornuya

Heuscara, lalgui adi plazara.

Berce gendec usté zulen Ecin acriba zayteyen, Orai dute phorogatu Enganatu  
cirela.

Heuscara, lalgui adi inundara.

Lengoagetan ohi inzan Estimatzte gutitan, Oray aldiz hic behar duc Ohoria o  
rotan.

Heuscara, Hábil mundu gucíra.

Berceac oroc izan dirá Bere goihen gradora, Oray hura iganen da bertze ora  
ren gaynera.

Heuscara,

Bascoac oroc preciatzen Heuscara ez iaquín barren, Oroc iccassiren dute Or  
ay heuscara zer den.

Heuscara,

Orar daño egon bahiz Imprimitu bagueric, Hi engoitic ebiliren Mundu guciet  
aric.

Heuscara,

Eceyn ere lengoageric Ez frantzesa ez berceric, Oray ezta erideyten Heuscar  
aren pareric.

Heuscara, lalgui adi danzara.

VALOR LITERARIO. No hay unanimidad entre los críticos acerca del valor de la producción de cheparea-na que se ha encontrado con algunos como Schuchardt que categóricamente la condenan, otros como Julio Urquijo que no llegaron a sentir mayor entusiasmo por ella concediéndola poco más valor que el que en el campo bibliográfico o gramatical pueda presentar y sin que le falten tampoco los entusiastas apologistas.

Una vez más, recurriremos al juicio de Luis Michelena, a nuestro parecer muy acertado cuando escribe:

"Sería completamente exagerado presentar a Detxepare como un lírico excepcional, pero no pueden negársele cualidades positivas que lo sitúan en un lugar preferente entre los poetas vascos. En lo religioso y en lo profano expresa siempre con autenticidad su sentimiento y su lenguaje es fluido, natural y vivo". El Verso nunca constituye una atadura para él".

Añadiremos por nuestra parte, que el criterio de la naturalidad, aquél que Juan de Valdés exaltaba, apoyado también en una de las ideas fundamentales del Renacimiento, cobra valor en Etxepare en el que vemos que en espíritu, lenguaje y versificación está naturalmente entroncado en la poesía popular y quien, lo mismo que se sirvió de metros populares, se valió de su habla nativa, el bajo-navarro de Cize que domina con entera soltura y perfección.

Ecos de su Grito. Detxeparc estaba, al parecer, seguro del agradecimiento de sus compatriotas por haber sido el primero que puso en letras de molde su lengua y no dudaba del eco que su generoso grito habría de despertar. Pero ese reconocimiento y ese eco tardaron mucho en llegar, hasta el punto de que lo mismo sus contemporáneos que las generaciones que una tras otra vivieron sobre la tierra vasca, desconocieron al vate bajo-navarro y a su obra.

Y ha tenido que llegar, casi cuatro siglos después de él, el auténtico Renacimiento vasco; el que debemos al maestro Arana-Goiri, para que la debida reparación se cumpliera.

Para que los vascos comprendamos que los caminos de nuestra cultura nacional no han de ser recorridos a impulsos del humanismo castellano de un Ayala, ni del renacentismo de un Santillana, ni siquiera del de un Príncipe de Viana, ni a través del pomposo y arreado estilo de un Malón de Txaide, ni del elegante de un Estella, ni del selecto y sabio de un Huarte ni tampoco, porque es siempre a través de prestado instrumento, del pensamiento filosófico de un Unamuno ni de los magistrales juegos imaginativos de un Ba-roja, si no siguiendo la senda escondida y olvidada durante siglos que nos señaló aquel casi desconocido sacerdote navarro, con un grito que, con la misma vigencia que él lo dirigió a la gente de su tiempo, lo podemos ahora lanzar a nuestra actual juventud generosa:

"Heuskara, hábil mundu guaira!".

Montevideo, Humanidades, agosto, 1953

## NAVIOS Y NAVEGANTES VASCOS

Por los años del Renacimiento, hierva-, entre otras actividades que caracterizan aquella época, una de la que vamos a ocuparnos, puesto que en ella —la de los descubrimientos de tierras ignotas— nos tocó a los vascos un importante papel, si no siempre como descubridores, por lo menos como navegantes de primera fila, siguiendo la ya antigua tradición.

Ha sido, fundamentalmente, nuestro pueblo un compuesto de hombres de montaña y de mar que en tantos aspectos se contraponen. El labrador generalmente

parco en palabras, apegado al dinero que a costa del duro esfuerzo de todos los días ha de sacar de su caserío, de donde apenas se separa los domingos para acudir a la mañana a la iglesia y a la tarde a la taberna; de su caserío del que toma el nombre por el que es conocido entre los de la aldea y en el que es el jefe —hasta el punto en que la etxe-koandre lo consiente... De otro lado, el pescador, despreocupado, bullicioso, en cuya casa reina y gobierna la esposa, frecuentador de la taberna en sus días de forzado ocio y cuyo nombre conocido no es ni el de casa alguna ni su propio apellido, sino ese mote por el que en nuestros puertos son identificados cada uno de sus vecinos con lo que, de vez en cuando, se crean cómicas situaciones en el reparto de la correspondencia, como los podemos ver en la novela "Kresala" (el agua salobre) de nuestro gran prosista Domingo de Aguirre, quien justamente además de esa obra en la que pinta la vida de nuestros puertos, escribió "Garoa" (El helécho) en la cual describe la de un pueblo del interior.

Vamos a hablar de la vida histórica de los vascos a través de sus navios y navegantes. Creo haber dicho antes de ahora que la primera de nuestras características es el euskera y la segunda en mi opinión, el derecho, a las que siguen otras que configuran la personalidad del hombre vasco. Pues bien, vamos a tener en cuenta hoy una que vemos que, desde los más antiguos tiempos, ha sido observada por la mayor parte de cuantos escritores y viajeros se han ocupado de nuestro país: la de los navegantes. Es este uno de los aspectos más brillantes e importantes de nuestra vida histórica que ha sido escrita sobre el mar. Desgraciadamente, quizá por escrita sobre el agua, se ha perdido tanta parte de ella. Es muy poco lo que siguiendo nuestra mala costumbre se ha escrito o por lo menos se conserva de nuestras gestas marinas en poemas épicos o leyendas. Pero no faltan, en nuestros archivos y en ajenos, documentos sobre los que pueden trabajar tanto los historiadores como los poetas.

El hecho es que los vascos desde tiempos muy antiguos, como decíamos, hemos tenido fama de excelentes hombres de mar. Antes de ahora hemos citado testimonios de esto entre los que me permito ahora recordar aquello que por el año 1481, escribía Hernando del Pulgar, cronista de los llamados Reyes Católicos de España, "Que los que motaban en aquel Condado de Vizcaya y Provincia de Guipúzcoa son gente sabida en el arte de navegar y esforzados en las batallas marítimas y tenían naves y aparejos para ello y en estas tres cosas eran más instructos que ninguna otra nación del mundo".

Otro tratadista español y especialista, por cierto, en la materia, Tomás Cano, quien en 1611 publicó en Sevilla un importante libro "Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos...", afirma que entre los pueblos de Europa ha

y que dar la primacía a los portugueses como marinos de altura y que los vascos son los mejores navegantes de derrota, así como grandes constructores navales. Esto explica, quizás, un poco por qué, accidentes aparte, pudo ser un portugués, Magallanes, el primero que emprendió la vuelta al mundo y por qué fue un vasco el primero que la terminó. El hecho es que en esto la fama de los vascos entre los escritores antiguos llega hasta el punto de que el célebre huinista Pedro Mártir de Anghiera escribió que, por medio de su extraño lenguaje, se entendían los vascos con los fabulosos seres de los mares. Un poquito exagerado nos parece que, por ejemplo, un marino de Bermeo —pongo por sonoro— se engarce a puro insulto con uno de esos fantásticos pulpos que suelen aparecer en las novelas de Salgari o uno de Guetaria, por más "giputz goxo" que sea, pretenda seducir a una sirena, pero bromas aparte, esto se ha escrito por un sabio y es una de las tantas cosas raras que los sabios han escrito de nosotros.

La explicación de nuestra afición al mar y pericia de marinos la dio muy bien Navagiero aquel embajador de la República de Venecia que pasó el siglo xvi por nuestra tierra al decir: "Salen mucho al mar por tener muchos puertos y muchas naves construidas con poquísimo gasto, por la gran cantidad de robles y de hierro que poseen; por otra parte, la poca extensión de la región y el gran número de gente que la habita les obliga a salir fuera para ganarse la vida",

Es decir que han sido tres los factores que han determinado el hecho marítimo vasco: 1º El multitudinario clamor del mar que golpea en sus costas ofreciendo la seducción de sus rutas infinitas; 2º La abundancia de maderas buenas para la construcción de navios, y 3º El trabajo del hierro, vieja industria del país que ofrecía en este aspecto cuanto de herraje, anclas y demás era necesario. Si a esto se añade la conservación del patrimonio familiar materializado en el caserío y que daba como resultado la existencia de numerosos segundones que ansiosos de un brillante porvenir en pocos sitios podían verlo mejor que sobre las rutas del mar, principalmente tras el descubrimiento de América, todo se concierta, vocación e intereses, para que el hombre vasco fuera marino en tan importante proporción.

Así sabemos que desde tiempos tan remotos como los del Bajo Imperio romano, puertos vascos como el de Bayona tuvieron fama. Cuando unos siglos después, el rey vascón Sancho el Sabio fundó, en 1150, San Sebastián, ya se sindicó a su puerto como centro de cierta importancia en pesquería y comercio. Tenemos datos históricos tales como los relativos a la conquista de Sevilla (año 1248) en la que colaboró la marina vasca que sabemos que tras la conquista de Granada (1492) intervino también, incluso en el transporte de moros

de Andalucía a África. Para entonces eran ya viejos sobre el mar los balleneros a los que siguen en el andar de los siglos, en el xiv y el xv los que combaten —con los ingleses en Winchel-sea (1351) o con los franceses en La Rochela— los que constituirán en el xvii la Escuadra de Cantabria, los que en el xviii llegan a Venezuela a bordo de los navios de la Ilustración y otros en fin, que en su lugar iremos viendo. Para estudiar, con cierto método y aunque sea en la forma somera que aquí debemos hacerlo esta materia, vamos a considerarla en dos partes: primero los navios, después los navegantes. Las embarcaciones que en la parte vasca, como en casi todos los países, aparecen primero son las balleneras. Una imagen de ella la tenemos en esos sellos antiguos de varios de nuestros puertos como los de Lequeitio, Bermeo, Guetaria, Biarritz, etc. Son barcos de remo contruidos según el sistema de tingladillo, es decir, de tablas superpuestas, en los que la popa y la proa vienen a ser de igual altura. Su modelo es probable lo diera el sistema nórdico, las embarcaciones que usaban los vikingos, los normandos a quienes se considera los primeros y más audaces navegantes del mundo. Pero nuestro mar, el Golfo de Vizcaya no se prestaba mucho ni poco a la navegación de remo, por lo cual no tarda en aparecer el barco impulsado a vela. En los tipos más antiguos de éstos que conocemos, vemos que proa y popa son levantadas e iguales y el mástil va fijo en el centro. Pronto se produce en nuestra costa una actividad febril que se traduce en la construcción de estos tipos de barcos en las que darán todas las variantes conocidas en sus tipos nórdicos y mediterráneos y que llevarán esos nombres en que abundan nuestros antiguos documentos: urcas, pataches, saetías, galeras, galeazas, carabelas, galeones, zabras, galizabras, filipotes y más modernamente fragatas, bergantines... Todos estos tipos de navios consta que se construían en nuestros astilleros.

Nuestro actual Lendakari, Jesús María de Leizaola cuya curiosidad intelectual tantas metas ha perseguido y alcanzado, ha demostrado especial interés por las cosas del mar y la intervención vasca en ellas. Quiero recordar aquí unas páginas que publicó en la revista "Euzko Deya" de París (1-VI-S6) dedicadas al estudio de buques vascos y no vascos. Expresa allí el Lendakari su creencia en la parte fundamental que la construcción naval vasca ha tenido en la creación del buque transoceánico de vela, de aquel que sirvió para grandes descubrimientos. En ese buque hay tres elementos esenciales: a) el casco; b) el aparejo o velamen, y c) el timón, y estima que los tres fueron creación de los vascos. Cita al escritor francés contemporáneo Heers quien atribuye a los vascos la primera penetración de las naves del Atlántico en el Mediterráneo, ya en el siglo xiv, si no antes, pues a mediados de ese siglo se las halla pululando en actividades comerciales en el Mare Nostrum. En el puerto de Genova, patria de Colón que iba a nacer en ese siglo, no ha

bía naves de otra nación tan abundantes ni que comerciasen tanto allí como las vascas, Y la primera consecuencia de ésto fue que los italianos copiase n a los vascos sus naves para venir ellos al Atlántico.

El barco velero del siglo xiv, dice Leizaola, es típicamente oceánico y en el Mediterráneo tenía ya un nombre de origen: se le llamaba corrientemente "coca bayonesa"; tenía dos puentes y un solo timón. Los dos puentes de esta "coca bayonesa" —que no hace falta decir provenía de la ciudad vasca de Bayona—son los castillos de proa y popa. Pero lo verdaderamente importante en este tipo de barco es el timón único. Pues en todos los existentes hasta entonces —y no hay más que ver las estampas de la época— la dirección estaba a cargo de dos remos paralelos puestos a popa. Leizaola, fundándose principalmente en autores franceses, ha llamado la atención sobre la aportación vasca del timón y estima que al inventar éste prestaron al mundo una contribución tan valiosa que se manifiesta en el hecho de que hasta los aviones han adoptado el timón sito en el eje de marcha del aparato. La adopción por otras gentes fue rápida y general, pues hasta 1400 se ven en todas las pinturas y dibujos de naves los dos remos de dirección a popa, pero desde 1410, ya todas aparecen con timón.

En cuanto a la vela, está por demostrarse que los nórdicos hayan conocido naves construidas exclusivamente para la navegación por ese medio, pues los drakkar no tienen nada que ver con la nave oceánica panzuda, hecha para mecerse sobre las olas, no para cortarlas y que, al no necesitar remeros, dispone de un gran espacio para hombres y carga, al mismo tiempo que, por no contar sino con un velamen, necesita una disposición y forma de casco capaz de aguantar la arboladura permanente y pesada que es necesaria. Estos barcos eran los que en siglo xrv y después, entre 1440 y 1470, llegaban, más abundantes con mucho que otros cualesquiera, a Genova donde por aquellos años podemos figurarnos a Cristóbal Colón soñando con la travesía del "mar tenebroso".

Estos barcos transportan nuestra imaginación a los astilleros donde se construyeron que sabemos que desde el siglo xv, cuando menos, hasta muy avanzado el estaban asentados en las rías de Pasajes, Orio

Bilbao, entre otros puertos y fueron de los más acreditados de la Península y reflejan los cambios que se van sucediendo en la arquitectura naval, a través de esos siglos, pues de ellos fueron saliendo los tipos de embarcaciones por entonces conocidos. Así nos lo atestigua respecto a su tiempo (1575) el famoso tratadista español Juan Escalante de Mendoza. En el siglo xvt, es indiscutible la pericia de constructores y navegantes vascos, sobre todo, los

de derrota. Pero un siglo después, asoman los holandeses y con más poder que ellos los ingleses y va declinando, por las causas que veremos, nuestro rango marítimo.

Una de las cosas curiosas que podemos recordar a propósito de los navios es la costumbre que ha quedado de medir su capacidad por toneladas. Pues bien, fueron los vascos los que iniciaron ésto al establecer la moda de fijar la capacidad de cada buque por el número de toneles de mercancías que en él podían transportarse.

Otro aspecto importante es el de la fabricación de anclas en el que también hubieron de destacar los vascos. Un muy famoso fabricante fue el guipuzcoano Juan Fermín de Guilisasti quien viajó al extranjero deseoso de perfeccionarse en su trabajo hasta el punto de que llegó a decirse de él que era "artista consumado en la materia". Oquendo decía que Guilisasti era "un inventor en su modo de fabricar anclas de que cuantos ven quedan admirados. Y así lo publican ingleses, franceses y holandeses que ven las anclas en el muelle de San Sebastián".

Y otro tanto puede decirse de las cadenas, barras, clavazón y herraje en general, cosa muy natural en aquella época en que con el auge de la marina coincide el de laserrerías vascas.

Algo hay que decir de los constructores. Por ejemplo de aquel Antonio de Gaztañeta, nacido en Motrico en 1656. Gaztañeta hizo su primer viaje en un galeón en 1672, y el mismo año, otro a Veracruz con su padre, marino consumado, que murió en esa travesía y dejó al joveucito encargado de la dirección del viaje de vuelta. Desde ese año hasta el de 1684 realizó once viajes a Buenos Aires, cinco a Tierra Firme y cuatro a Nueva España. Pasó luego a servir en la Real Armada española donde llegó a Teniente General. De 1687 a 1688 datan sus tareas de constructor, arte en el que pronto descolló como hombre de enorme experiencia sobre los mares y las naves. De la que obtuvo como constructor de éstas dejó, a su muerte un curioso manuscrito. En 1720 publicó "Reglas y proporciones para la construcción de bajeles" que, por Real Cédula de 1721, se mandó observar en los astilleros de España y América. Se le acusó de excesivo empirismo en la construcción, cosa comprensible dada su formación, pero no han faltado quienes modernamente le defienden y ponderan la valía de este hombre extraordinario.

Por la misma época en que Gaztañeta se esforzaba en sus labores de constructor enderezadas a la reforma del arte de navegar y de construcción naval, vivía otro vasco quien alcanzó en el mundo fama extraordinaria en el mismo

o arte que el guipuzcoano.

Era éste Bernard d'Elissagaray, nacido en Armen-daritz, cantón de Yoidi, en 1562, es decir cuatro años antes que Gastaneta.

Discípulo y amigo del filósofo Malebranche, del ingeniero militar Vauban y de otros hombres eminentes, Elissagaray es autor de una obra titulada "Teoría de la maniobra de los buques" en la que sentó principios que fueron combatidos y dieron origen a apasionadas polémicas, pero el hecho es que sus ideas en cuanto a construcción de barcos se impusieron en Francia a las de Duquesne y formó en Brest y otros puertos una serie de hábiles y eficaces constructores.

Por otra parte, se distinguió en empresas arriesgadas como el bombardeo de Argel, en 1683, que se llevó a cabo siguiendo sus propios procedimientos de ingeniero.

Pudiéramos mencionar a otros vascos distinguidos en el arte naval como José Echeverri y sobre todo, el otro Echeverri, el general Jacinto Antonio quien nos legó un tratado que se titula "Discurso sobre la construcción naval". Y una cosa que da idea de la importancia que a las cosas del mar se daba entre nosotros es que en nuestra literatura euskérica de ese tiempo tan pobre en temas especializados, contamos con un autor como Oyarzábal el de San Juan de Luz que compone "Itsasoko navegazionea", tratado, como el título lo dice, sobre la navegación marítima. Y tampoco nos faltará quien se preocupe de la salud de nuestros marinos que ahí está el libro de Vicente de Lardizábal "Consideraciones Político-Médicas sobre la Salud de los Navegantes.. Instrucciones para el mejor régimen de los Cirujanos de Navios que hacen viaje a América, especialmente para los de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas... Madrid 1769.

Y pudiéramos seguir con otros claros marinos, desde el almirante Zubiaur hasta Churruca quien antes de hacerse célebre con su gloriosa muerte en la batalla de Trafalgar fue, precisamente por aguas de esta América, hombre de grandes estudios y hallazgos sobre temas marinos.

Y tuvimos también grandes innovadores. Pensad en aquellos tiempos en los que para conocer la velocidad que hacía el buque se valían de astillas que se arrojaban por la proa. Cuando se emparejaba con ésta, comenzaba a andar el navegante por cubierta llevando la astilla de través hasta llegar a popa y entonces aplicaba la regla de tres: "si yo he andado tantas brazas (el largo del buque) en tantos minutos, en una hora navegaré tanto".

Pues así se operó hasta el siglo xvii en que Castañeta inventó la corredera de barquilla que privó hasta el moderno invento de la automática.

No tenían los navegantes los perfectos instrumentos de hoy en día y así hubieron de recurrir a métodos como aquel llamado de "las bendiciones del Piloto" que consistía en poner la vista en la estrella Polar y, con la mano de canto, trazar en el aire un círculo vertical hasta caer sobre el rumbo correspondiente en el compás. Procedimiento muy primitivo pero usual hasta Francisco de Aguirre, inventor del método de las distancias lunares para determinar la longitud en el mar.

Si de los navios pasamos ahora al tema concreto de los navegantes, cronológicamente hemos de citar como los más antiguos a los pescadores de ballenas, pesca o caza podríamos decir mejor, en que se sigue creyendo que fueron los primeros hombres que se ejercitaron y en la que, en la persecución del monstruo de las aguas llegaron hasta las islas Feroe y, por el Atlántico septentrional, arribaron a lugares entonces tan remotos como Islandia y Terranova y hasta se dice penetraron en la desembocadura del río San Lorenzo y costa del Labrador, hasta que las guerras de la corona de España con Inglaterra paralizaron estas actividades cantadas por el viejo poeta de Ziburu Joanes Etxeberri, de principios del siglo xvii.

Después de los balleneros habría que considerar a los pescadores de bacalao en los bancos de Terranova donde en inscripciones funerarias y en varios nombres toponímicos: Bahía de Vizcaya, Buruandia, Baruchu-mea, Portutxu, Oporportu, Etxaideportu... dejaron constancia de su empresa que, por desgracia, hubieron de abandonar a consecuencia del tratado de Utrecht (1713).

Entre tantas empresas en que tomaron parte importantes los vascos podríamos citar la de la conquista de las islas Canarias (1480-1490) por su concurso a las varias expediciones hechas para esta conquista en la que, además de algunos guipuzcoanos que se distinguieron como Andia, Irarrazábal y Anchietia, estaba el famoso Perucho de Bilbao quien pobló en las islas y formó linaje.

Seguimos, cronológicamente, con los viajes de Colón en los que en ninguno deja de haber un vasco. En el primero, 1492, tenemos con la nave capitana la que antes de ser la Santa María se llamara la "Mari Ga-lanta" con su dueño el gran piloto de nuestra estirpe Juan de Lacosa, el primer cartógrafo del Nuevo Mundo. A pesar de no ser empresa vasca no faltan en este viaje varios marinos nuestros como Pedro Bilbao de Larrabezua, Domingo de Lequeitio, Zamudio y otros. En el segundo viaje el piloto de Colón era un hijo de Pasajes; en el tercero iban el piloto Ledesma y marinos como Gamiz, Bilbao, etc. y, finalmente, en el cuarto sabemos que una de las naves llamada la Vizcaína naufragó pereciendo varios marineros guipuzcoanos.

En el descubrimiento del Pacífico realizado por Vasco Núñez de Balboa, vemos acompañar a éste vascos como Pello de Orduña, Ortufio de Baracaldo y otros marineros sin que, por otra parte, faltara el concurso de los Arbolancos, Zamudio, Zaldondo, etc.

Y viene la primera vuelta al mundo para cuya expedición se encargó de preparar las naves Nicolás de Arteta, hermano del almirante lequeitiano Nicolás de Arteta, quien para mejor cumplir su cometido se fue a Bilbao porque, según el parecer de los entendidos, allí habría de obtener los pertrechos mejores y más baratos. No es cosa, en este rápido recorrido de hacer la historia de esta inmortal navegación emprendida bajo el mando de Magallanes, pero que hubo de ser concluida bajo la dirección experta y segura de aquel excepcional navegante que fue Juan Sebastián de Elcano quien al terminar su periplo en la "Victoria" traía a su bordo a dieciocho marineros —mejor se podría decir supervivientes— de los que cuatro; Juan de Acuña, de Bermeo; Juan de Arratia, de Bilbao; Juan de Zubileta, de Baracaldo y el propio Elcano, eran vascos.

Otra navegación de primera importancia hemos de nombrar; aquella expedición que al mando de Miguel de Legazpi y en la que va como piloto aquel hombre que conocía como nadie las inmensidades del Pacífico, Andrés de Urdaneta, quien llega a las Filipinas y después de asentar en ellas las bases de una colonización que honrará siempre a quienes la pusieron en práctica y al lema de Legazpi "Nori berea zuzenbidea", Urdaneta, realiza lo que hasta entonces se tenía por imposible la navegación de la vuelta para la Nueva España hasta el puerto de Acapulco.

Con Urdaneta y Legazpi estuvo en las Filipinas el vizcaíno Guido de Labesari, el primer europeo que entró en los mares de la China con su nave. Y puestos a visitar los más recónditos puertos, los vascos llegan al mar de Azof al que arriban junto con los venecianos; y por el Mar Negro penetran hasta Odesa, cosa hasta hace poco desconocida y ahora testificada por los historiadores rusos, y suben al Spitzberg donde su presencia está siendo proclamada por la llamada Bahía de los Vizcaínos, nombre, por cierto, que encontramos en diversos rincones del globo, bien, p. ej., en California, bien en Mianü, bien en otros lugares.

Hay otro aspecto de la actividad de los vascos sobre las aguas y es el de su participación en batallas de las que citaremos algunas de las más memorables.

En la de Lepante (año 1571) en la que se decidió la suerte de la cristianda

de los turcos, se adelanta la figura de Francisco de Ibarra, célebre organizador de la escuadra a cuyo mando iba don Juan de Austria de cuya nave capitana fue constructor el famoso Juan de Álzate quien si alcanzó renombre en el dicho arte, supo no menos distinguirse peleando como un héroe en dicha batalla como capitán de una de las naves que tomaron parte en aquella memorable acción en que, según el glorioso mutilado de ella, Miguel de Cervantes, "se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar" ("Don Quijote...").

En la pretendida invasión de Inglaterra, en 1588, por aquella formidable Armada a que se llamó la Invencible, aparecen entre los jefes de ella los nombres de Juan de Recalde, almirante jefe de la escuadra vizcaína y vicealmirante de la Invencible; Miguel de Oquendo que mandaba a la guipuzcoana y Martín de Bertendona, jefe de la de Levante. Conocido es el fracaso de la empresa. No se trata aquí de exculpar a los marinos nuestros que actuaron en tan altos puestos de mando, pero ha de tenerse en cuenta que el supremo de la escuadra fue conferido al Duque de Medinasidonia cuyo mérito principal como lo dice Garrett Mattingly en su reciente documentado libro "The Defeat of the Spanish Armada" (Londres, 1959) era el llamarse don Alonso de Guzmán el Bueno y ostentar el título y grandeza de España consiguientes. Por lo demás él fue el primero que se mostró extrañado de la designación como lo expresa en carta a nuestro Idiaguez, secretario del Rey, en la que le confiesa no sólo no tener experiencia del mar sino que se mareaba y resfriaba cada vez que se había aventurado a embarcarse. En este punto principal como en tantos otros, la organización de la empresa, según sigue diciendo el historiador inglés, dejaba mucho que desear. Había muchos barcos en malas condiciones, muchos mediocres marinos y los mejores de ellos, como textualmente lo dice Garret Mattingly, los guipuzcoanos de Oquendo y los vizcaínos de Recalde y sus barcos, andaban escasos de armamento y aun de tripulación y toda la flota sin la mitad siquiera de las embarcaciones auxiliares necesarias. Así se preparó el desastre.

Otro combate naval y otro desastre fue el de Trafalgar (1805) en el que los vascos estaban con la escuadra española que junto con la francesa luchó contra los ingleses. Allí, junto a la pericia y heroísmo de Nelson, hay que señalar la ineptitud de Villeneuve, almirante en jefe de la escuadra coaligada y el fin glorioso de Churrua a quien los ingleses honraron como los valientes saben honrar al enemigo heroico. Con Churrua cayeron otros héroes vascos como los vizcaínos Echagüe, Alcega y Moyua. Y para que no faltara la contribución de tierra adentro allí estaba el almirante Álava, natural de Victoria y vicealmirante de la escuadra.

Y terminaremos esta serie de célebres batallas retrocediendo un poco al siglo xviii para recordar, ya que la acción fue tan cercana a esta tierra de Venezuela, la defensa victoriosa de Cartagena de las Indias, asaltada por el almirante inglés Vernon quien nada pudo conseguir ante la inquebrantable resistencia de la plaza encarnada en el célebre marino guipuzcoano Blas de Lezo.

Otro aspecto queremos considerar brevemente y es el de la actividad marítima vasca en cuanto tiene relación con empresas comerciales.

En este capítulo señalaremos como uno de sus más destacados exponentes al tráfico con los Países Bajos donde en la ciudad de Brujas que era un emporio del comercio en los siglos xiii y siguientes, llegaron a alcanzar los vascos posición sobresaliente como exportadores de su hierro y de la lana, frutos y otras mercaderías procedentes del interior de la Península.

Allí poseyeron los vascos el Consulado llamado de la Nación Vizcaína que funcionaba aparte del de los reyes de Castilla, según los documentos lo atestiguan. Era un edificio construido al lado del que ocupaba el Ayuntamiento de la ciudad. Fue erigido a fines del siglo xv y era de estilo Renacimiento italiano con grandes columnatas y espaciosas graderías, adornado de estatuas que, desgraciadamente, desapareció el siglo pasado a consecuencia de un incendio. Pero todavía se sigue llamando a su antiguo solar "Plaza de los vizcaínos" y aun quedan los vastos almacenes subterráneos que daban al canal por donde los vizcaínos daban salida al tráfico de sus productos.

Había también factorías vascas en diversos puntos como en Francia donde se contaban las de Nantes, La Rochela y Rúan (Rohuen) y otras partes y hubo en el siglo xviii, depósitos comerciales a orillas del mar de Azof, como en su "Historia de Rusia" lo hace constar Karamsin. Y en el orden de empresas marítimas y comerciales por poco se nos olvida nombrar, de puro tenerla aquí al alcance pudiéramos decir de la mano, aquella del siglo xviii en que los comerciantes y marinos de Guipúzcoa plasmaron sus actividades en la Compañía de Caracas que tanto hizo por el progreso y organización comercial, cultural y aun política de Venezuela, aunque todavía no se la haya hecho la justicia que merece, pero que, poco a poco, los mejores investigadores venezolanos le van acordando.

Tampoco podemos dejar de citar aquí aquel monumento de la experiencia marítima y mercantil de los vascos constituido por las "Ordenanzas de la Ilustre Universidad y Casa de Contratación de la Villa de Bilbao", compilación que trascendiendo a su propio ámbito, llegó a imponerse como Código de Comercio y rigió como tal en todas las posesiones españolas de América hasta

que el de Napoleón llegó a sustituirle.

Claro está que si nosotros íbamos con nuestros barcos y comercio a todas partes, era natural que, en más o menos, se diera la contrapartida. Y así la presencia de extranjeros que con fines comerciales venían a Euzkadi está señalada p. ej. en San Sebastián por la calle de los Esterlines quienes no eran otros que los delegados de la Liga Barseática, es decir, los alemanes de las ciudades de Lubeck, Brucmen y Hamburgo que concurrían a hacer activo tráfico mercantil con los puertos vascos. Tenemos en Lequeitio "Holanda'ko molla", el muelle de los holandeses, y en Plencia "Angleseña", es decir, el de los ingleses, y en Orío "Antilla" punto de donde partía el tráfico para Cuba. Y citaremos la calleja de La Rochela, en Bermeo, aunque esto no sea recuerdo de una actividad mercantil sino de aquel asalto frustrado de los hugonotes franceses a la isla de Izaro que dejó huella profunda en la memoria popular ber-meana.

Si dirigimos ahora nuestra vista a nuestros compatriotas del norte del Bidasoa, vemos que allí se da la característica especial de que la mayoría de los marinos de Laburdi se distinguen más que como grandes navegantes como piratas y corsarios. Así el famosísimo "Michel el Vasco" que atacó a Portobelo y raptó el galeón "La Margarita" con un millón de pesos a bordo, y fue por dos veces (1666) asaltante de Maracaibo y de Gibraltar y cuya figura ha pasado a más de una novela de aventuras.

Entre los corsarios merece recordarse a Joanes Suhigaraychipi, natural de Bayona (fines del siglo xvii) prototipo de los hombres que consiguen títulos de nobleza por hazañas y servicios prestados. Se dice de él que en seis años capturó cien buques mercantes. Luchó mucho contra los holandeses y llegó en sus travesías a Spitzbergen y murió en Terranova donde se conserva la lápida de su sepulcro.

Surge ante nosotros la figura de Itchtebe Pellot, nacido en 1765 en Hendaya, quien combatió, principalmente, contra los ingleses los cuales pusieron precio a su cabeza. Era famoso por sus tretas de zorro que le permitían abordar a enemigos que le duplicaban y triplicaban en número, saliendo siempre triunfante. Es una de las más grandes figuras entre nuestros corsarios de los cuales pudiéramos recordar a otros capitanes de los puertos de Gueuary, Hendaya, San Juan de Luz... como Haramburu, Haraneder, Destebetcho, Iriart, Larreguy, Garat, etc. Y con Ma-nech, o sea Juan Nicolás Lafitte, el de Bayona, quien luchó en Estados Unidos en su guerra de independencia y cuya estampa parece arrancada de las páginas de una leyenda, cerramos este desfile de hombres de mar.

Por último, vamos a considerar dos aspectos, confortador el uno, desalentador el otro, que surgen de la historia de nuestra vida y hechos a través de los mares.

El primero es el de la confraternidad vasca que, a pesar de la absurda separación impuesta por la estructuración política, arranca incontenible de la entraña misma de la raza para concretarse felizmente en aquellos que se llamaron "Tratados de buena correspondencia" que quizá puedan parecer absurdos en pura teoría de derecho internacional, pero que son como el grito de la naturaleza misma. Consistían estos "Tratados" esencialmente en los pactos que firmaban los vascos de uno y otro lado del Bidasoa en virtud de los cuales se reconocía, en ocasión en que los reyes de España y Francia estaban en guerra, que no tenían por qué estarlo ni lo estaban los vascos. Hay catorce de estos tratados celebrados en los siglos xvi y xvii en que revela la confraternidad de laburdinos y guipuzcoanos y vizcaínos.

Asimismo quedó testificado ese espíritu de hermandad racial en las pescaderías de Terranova adonde fueron de los primeros los guipuzcoanos con Juan de Echaide y al llegar los de Laburdi convivieron todos en admirable armonía que siguió a través de los siglos hasta que, con el tratado de Utrecht que siguió a la guerra de Sucesión española (1713), hubo de romperse tan hermosa tradición por la prohibición impuesta a los barcos de subditos del rey de España de concurrir más a la pesca en aquellos bancos. Protestaron enérgicamente los vizcaínos que fueron a hacer valer sus derechos, antiguos y anteriores a todo rey, a Inglaterra; lo hicieron igualmente las Juntas guipuzcoanas por entonces reunidas en Azcoitia, pero la razón del más pequeño siempre es una pequeña razón.

El aspecto desalentador nos lo ofrece Caro Baraja quien en su hermoso libro "Vasconiana", escribe:

"Si pensamos en la humilde vocación de piloto y capitán, demostrada por Juan Sebastián Elcano, en los esfuerzos de Jordáneta, en las gestas de Legazpi, experimentaremos una sensación de confianza: he aquí unos hombres de mar sin mezcla de otra cosa, que en nada se parecen a los aparatosos almirantes del siglo xviii, más conocidos por sus victorias o derrotas que por sus desbravimientos. Pero veamos la suerte de nuestros capitanes unas décadas o siglos después. Miguel de Oquendo el Viejo y el almirante Recalde mueren de pena o de vergüenza al traer a España los restos de la Gran Armada. ZubUrr, al término de su vida, queda maltrecho en una lucha con los holandeses. La última batalla del gran Oquendo, de Antonio, la Batalla de las Dunas, se considera, pese a la piedad filial empeñada en lo contrario, como una victoria

del almirante Tromp, su enemigo. Gaz-tañeta, piloto habilísimo, constructor y pedagogo, no figura en las historias generales más que como el almirante al que derrotó de una manera, tal vez no decorosa, pero sí efectiva, el primerero de los Bing, frente al cabo de Passero, en Sicilia. Churruca es el héroe de Trafalgar..', pero héroe vencido. De la mala fortuna histórica se salva, frente a Vernon, túerto, manco y cojo, don Blas de Lezo. ¿Cómo explicar la repetida falta de suerte en horas decisivas? Creo que, en esencia, hay razones de carácter técnico, y otras más bien de carácter administrativo que la aclaran".

Yo diría que es indudable, que hubo razones de carácter técnico y estoy seguro que otras de tipo administrativo, como en el fracaso de la Invencible, se podrán señalar. Pero hay otra en la que no repara Caro Baroja y que para mí es la fundamental, la razón de las razones: la dispersión nacional vasca, la falta de conciencia nacional que nos hizo vivir separados unos de otros y al servicio unos y otros de causas extrañas; la falta de un Estado, un reino o lo que fuera que nos hubiera llevado, en un común y coordinado esfuerzo a tener algo así como, a ejemplo de Portugal y Holanda, como nosotros pueblos pequeños y de vocación marinera, un imperio colonial en el que se pudieran hacer grandes fuera de sus fronteras naturales; el habernos faltado este espíritu patriótico que no nos llegó hasta hace poco y que restalló formidable por toda nuestra tierra con nuestros gudarís y se hizo gloria pura e inmortal en la gesta del "Nabarra", aquel barquito heroico que supo luchar, sin temor y sin esperanza, contra el crucero español "Canarias", inmensamente superior a él. Yo creo que si estos hombres que nosotros tuvimos sobre el mar; esos navegantes, esos almirantes, esos navios bien contruidos y bien aparejados hubieran estado al servicio de una nación vasca unida y saturada de un espíritu como el que vibró en los combatientes de] "Nabarra", la historia marítima vasca sería otra cosa. Y seguramente otra cosa sería también la historia de nuestra Patria.

Caracas. Centro Vasco, 8-XI-19G1

## XI EL VASCO. FRANCISCO DE VITORIA

El descubrimiento de América vino a plantear, entre otros problemas, el del dominio de las tierzas recién halladas y el de la libertad de sus pobladores.

La codicia y la ambición de poder, de un lado, y los sentimientos de justicia y de consideración a la dignidad humana, del otro, se enfrentaban en un campo en el que habían de reñir duras batallas, ante los ojos de todo el mundo constituidos en espectador, más o menos interesado, de la contienda.

Y fue entonces cuando surgió el hombre que las circunstancias demandaban: el hombre a quien brevemente vamos a estudiar hoy: ese hombre que fue, a

nte todo, un varón de respuestas.

Porque él no fue ni podía haber sido uno de esos sabios abstractos que ante un problema que conmueve al mundo, lo soslayan o lo desdeñan desde la altura de su torre de marfil.

No fue tampoco uno de esos eruditos que se contentan con aplicar a las cuestiones vivas una cualquiera de sus recetas copiadas, casi siempre, de sabios que fueron, recetas que las tienen siempre a mano allá en los anaqueles donde se alinean los inertes volúmenes que están proclamando su sapiencia.

Era un varón de respuestas. Uno de esos hombres que para darlas cumplidas al problema vivo que se alza gritando la angustia y el supremo interés humano que lo ha hecho surgir, va derecho a su encuentro, se abraza con él y lucha como Jacob con el Ángel, poniendo en la contienda toda la sangre de su corazón y de lo más íntimo de éste va sacando la verdad escondida; la va hilando fibra a fibra, como el insecto lo hace con su propia entraña, y da a los otros hombres la luz resplandeciente de una verdad valiente y limpia; la verdad que es la respuesta que está esperando la angustia humana del momento y que será dicha, cómo esta clase de hombres sabe decir las verdades: sin velos y sin miedos.

Así fue Francisco de Vitoria, uno de esos hombres nacidos, en su sencillez, para todo lo grande y a quienes la pequenez y la injusticia repugnan hasta el hondón de su alma, un hombre que se retrata a sí mismo en aquellas palabras que en cierta ocasión escribía a su amigo el Padre Arcos: "No me espantan ni embarazan las cosas que vienen a mis manos, excepto trampas de beneficios y cosas de Indias, que se me hiela la sangre en el cuerpo en mentándome melas" (Vid. "Obras de Francisco de Vitoria". Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1960, pág. 57).

El fenómeno del Padre Vitoria. Ernest Nys, en su introducción a "De Indis et Jure Belli Relectiones" de Francisco de Vitoria, escribe lo que sigue:

"Está claro; no es en los maestros de Filosofía o de Teología de París donde Francisco de Vitoria adquirió los fondos preciosos en que se reunían el espíritu de investigación y de innovación, la tendencia hacia el progreso, el amor del prójimo, el sentimiento de la solidaridad. La naturaleza le había do-

Era un varón de respuestas. Uno de esos hombres que para darlas cumplidas al problema vivo que se alza gritando la angustia y el supremo interés humano que lo ha hecho surgir, va derecho a su encuentro, se abraza con él y luc

ha como Jacob con el Ángel, poniendo en la contienda toda la sangre de su corazón y de lo más íntimo de éste va sacando la verdad escondida; la va hilando fibra a fibra, como el insecto lo hace con su propia entraña, y da a los otros hombres la luz resplandeciente de una verdad valiente y limpia; la verdad que es la respuesta que está esperando la angustia humana del momento y que será dicha, cómo esta clase de hombres sabe decir las verdades: sin velos y sin miedos.

Así fue Francisco de Vitoria, uno de esos hombres nacidos, en su sencillez, para todo lo grande y a quienes la pequenez y la injusticia repugnan hasta el hondón de su alma, un hombre que se retrata a sí mismo en aquellas palabras que en cierta ocasión escribía a su amigo el Padre Arcos: "No me espantan ni embarazan las cosas que vienen a mis manos, excepto trampas de beneficios y cosas de Indias, que se me hiela la sangre en el cuerpo en mentándome melas" (Vid. "Obras de Francisco de Vitoria". Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1960, pág. 57).

El fenómeno del Padre Vitoria. Ernest Nys, en su introducción a "De Indis et Jure Belli Relectiones" de Francisco de Vitoria, escribe lo que sigue: "Está claro; no es en los maestros de Filosofía o de Teología de París donde Francisco de Vitoria adquirió los fondos preciosos en que se reunían el espíritu de investigación y de innovación, la tendencia hacia el progreso, el amor del prójimo, el sentimiento de la solidaridad. La naturaleza le había dotado de grandes cualidades: en sí mismo llevaba una fuerza que nada deberá comprimir ni ahogar".

Y el profesor español Camilo Barcia Trelles (en su monografía titulada "Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional") stampa estas palabras; "Para el estudio de esta cuestión no contaba el maestro con la existencia de teorías o principios preestablecidos sobre los cuáles basar sus reflexiones; una realidad inmediata le requería y a encuadrarla jurídicamente dirige sus esfuerzos; tal labor solo puede realizarla quien lleva dentro de sí una gran capacidad creadora; Vitoria era portador de ese don divino; ello nos explica que el profesor salmantino no tan solo exponga criterios nuevos, sino que los conciba en forma tan genial que ellos adquieren carácter de eternidad".

He aquí en estas dos citas enunciado lo que podríamos llamar el "fenómeno" del Padre Vitoria- Se nos muestra a éste y se nos presentan sus doctrinas como cosas que no pueden ser explicadas por antecedentes conocidos, ni mucho menos ser producidos por las corrientes de pensamiento que dominan en su época. No hay otra explicación para sus inmortales enseñanzas que la qu

e pueda derivarse del impulso de su genial individualidad.

Olvidan estos tratadistas una cosa, para nosotros, al menos, tan simple como fundamental: la nacionalidad del Padre Vitoria. Olvidan o no se dan cuenta de que se trata de un vasco. Que lo es tan representativamente que, para los que lo somos, su figura y su obra, sin subestimar por un momento lo que a su clarísima mente y sólo a ella se debe, se nos aparecen no de otra manera sino como un fruto natural y espontáneo, aunque desde luego egregio de la estirpe.

Así vamos a intentar demostrarlo siguiendo en nuestra exposición un método que se parece al hoy en día pasado de moda de Taine: estudiaremos primero la raza; después el momento y, finalmente, en la tercera etapa consideraremos la obra del Padre Vitoria como natural reacción de la primera sobre el segundo.

1. LA BAZA. Si consideramos al Padre Vitoria encuadrado racialmente en Euzkadi, como en efecto lo está, hemos de empezar nuestro estudio mirando a su patria. Y pues de una obra Jurídica se trata —aunque en rigor él no fue jurista sino teólogo—, hemos de considerar, al menos sumariamente, las instituciones y clima jurídico de su tierra. Y he aquí que, al dirigir la vista a ella, nos encontramos con una de las más antiguas, con la denominada del árbol Malato.

Según una vieja tradición, Ordoño, rey de León, había entrado en Vizcaya en son de conquista y fue derrotado en la batalla de Arrigorriaga. Los vizcaínos persiguen al enemigo vencido y en esta persecución llegan a las fronteras de Vizcaya señaladas en aquella parte por el árbol llamado Malato. Y entonces sucede aquello que ha inmortalizado con su pincel el genial artista Pablo de Uranga. En la plenitud de la embriaguez de la victoriosa persecución, los hombres de Vizcaya se detienen y bajan las armas. La daga de su legendario jefe Jaun Zuria clavada en el tronco del árbol Malato les ha recordado la ley siempre cumplida; no se puede atropellar los territorios ajenos: la victoria no da derechos como habría de decirse siglos más tarde.

A este hecho vasco de Vizcaya corresponde otro que el reino de Navarra nos brinda. Sancho el Sabio, rey de la gloriosa monarquía vascona, reconquista de Alfonso VIII de Castilla las tierras de la Hioja y Bureba que por dicho rey castellano le habían sido arrebatadas. Y al llegar triunfante al lugar de Ata-puerca, clava sus armas en un árbol al propio tiempo que exclama: "¡Hasta aquí es el reino de Navarra!".

Y esto que nos dice la tradición vizcaína, esto que en la historia navarra

leemos, responde a algo tan metido, tan ahincado en el espíritu vasco que lo podemos ver, casi en nuestros días expresado por un hijo célebre de nuestra raza. Este vasco famoso que, al mismo tiempo no es sino un hombre del pueblo, un hombre de cultura poco más que elemental y, por ello mismo, el más adecuado exponente de los sentimientos y reacciones del alma popular, el guipuzcoano/ Iparraguirre se pone a cantar al árbol de nuestras libertades. Y al componer la primera estrofa de su "Gernika'ko Arbola", tras saludar al famoso roble como a una cosa bendita y amada por los vascos todos, no se le ocurre decirle otra cosa que la expresada en el verso tan conocido: "Ernán zabal zazu munduan frutua", es decir, "Da y propaga por todo el mundo tu fruto de libertad". Porque al vasco no le basta que su patria sea libre, anhela también que lo sean todas las demás; porque sabe o porque siente quizá mejor que sabe, que ningún pueblo de la tierra es digno de llamarse libre mientras no busque compartir su libertad con todos los demás.

He aquí en la tradición, en la historia y en la conciencia popular fuertes y vivos, estos principios de libertad de los pueblos y de solidaridad internacional que constituyen dos de los enunciados fundamentales de la doctrina del Padre Vitoria: he aquí en nuestra tradición, en nuestra historia y en la conciencia de nuestro pueblo, vivo y fecundo, el gran principio básico del Derecho Internacional, porque el primer requisito para que éste exista es, obviamente, la libertad de los pueblos.

Al llegar a este punto creemos oportuno recordar que prima hoy en los tratadistas una tesis que puede encontrarse en cuanto autor actual de Derecho Internacional se examine: Kelsen, Borchard, Schelle, Naasik... y que puede resumirse escuetamente así: "La persona humana con todas sus libertades esenciales es el titular del Derecho Internacional".

Trataremos de ver ahora si esta teoría moderna, entrevista ya por Vitoria, puede hallar fundamentos más sólidos que los que nos brinda la legislación vizcaína que en esto de la tutela de la dignidad humana y de sus derechos esenciales alcanzó límites realmente dignos de admiración. Veamos, brevemente, algunas muestras.

Habeos Corpus. En el título XI, ley XXVI del Fuero de Vizcaya leemos: "Que ningún Prestamero ni Merino ni ejecutor alguno sea osado de prender a persona alguna sin mandamiento de Juez competente, salvo en caso de infrag ante delito".

Esta ley, esencial garantía de la libertad y dignidad del hombre y análoga a la del Habeas Corpus inglés, considerada como una de las grandes conquistas del Derecho, es anterior y superior a ella. Anterior, porque si bien es cie

rto que en la Carta Magna, arrancada por los barones ingleses a Juan Sin Tierra, en 1215, se establecían garantías para la libertad individual, no lo es menos, como dice Macaulay, que esas garantías eran ineficaces. Así lo consigna también Fischel, en su "Constitución de Inglaterra", estableciendo que en el reinado de Carlos II se determinó con la precisión debida el valor legal del Hábeas Corpus por el

Parlamento Británico, el 27 de mayo de 1679. La ley vasca aparece no sólo en la compilación de 1526, sino ya en la de 1452 y en ésta con todos los caracteres de cosa inmemorialmente observada.

Es mejor, más generosa, amplia y liberal que la inglesa. Porque ésta había sido dada para los nombres libres que allí se enumeran: obispos, condes, caballeros, etc., etc. o sea para aquellas castas privilegiadas que en su propio beneficio se la habían arrancado al rey. ¡Cómo contrasta con esas limitaciones el viril y generoso lenguaje de la ley vizcaína: "Que ningún ejecutor sea osado de prender a persona alguna...". Porque todas las personas son iguales .. ante la democrática ley de Vizcaya; iguales en la cínica / de la libertad. ¡

Tormento. La dignidad de la persona humana era( respaldada por otra ley, la XII del título I, en la que se establece: "A ningún vizcaíno por delito ni maleficio alguno fuese público o privado, de cualquier calidad y gravedad, se dé tormento ni amenaza de tormento, directa ni indirectamente, en Vizcaya ni en parte alguna fuera de ella". Fijaos en la insistencia con que esa ley rechaza hasta el pensamiento de que la dignidad de un hijo de Vizcaya —de cualquier vizcaíno— pueda ser ofendida con la aplicación del tormento y no olvidéis que esa ley se escribió en épocas en que el tormento era uno de los medios de prueba que el Derecho Procesal general y corrientemente admitía.

Inviolabilidad del domicilio y prisión -por deudas. La ley IV del título XVI, dice en síntesis;

"Que por cuanto de derecho es que a cada cual su casa de vivir sea tuto refugio, que por deuda alguna que no descienda de «delito, los vizcaíno» no pueden

si» presos ni las cosas de sus ignoradas, ni armas, ni caballos ejecutados, y que en Vizcaya, salvo deuda procedente de delito, ni Prestamero Merino, ni ejecutor sea osado de entrar a hacer ejecución alguna, salvo que entre con escribano sin armas a ver los bienes que hay, pudiéndole resistir ain temor a pena".

¿No os parece que suenan como eco de estas magníficas palabras de la ley vizcaína aquellas que Vitoria había de dedicar a los moradores de estas tierras, entonces recién descubiertas, y cuya posesión por la rapiña quería justificar el imperialismo de su tiempo: "...ellos estaban en pacífica posesión de sus cosas, pública y privadamente. Por lo tanto, mientras no se demuestre lo contrario, deben ser considerados como dueños y no debe turbárseles su posesión".

Libertad religiosa. Puesto que estamos estudiando la figura de un religioso, espiguemos en la legislación vasca las disposiciones que se refieren a las relaciones entre el poder civil y el eclesiástico. Y nos encontramos aquí con que el pueblo vasco, uno de los más prácticamente religiosos de la tierra, aquel pueblo que comenzaba sus Juntas generales bajo el árbol de Guernica, con una misa solemne y con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, excluía cu absoluto de esas mismas Juntas como delegados a los clérigos —ciertamente estamos muy lejos de los Concilios toledanos— y se le legaba en el Fuero de Guipúzcoa e igualmente en el de Álava, a invalidar la representación del apoderado a quién poco antes de la Junta se hubiera visto hablando con un sacerdote. Ese mismo pueblo que ofrecía y ofrece tal cantidad de misioneros como, en proporción, no puede presentar ninguno otro de la tierra, establecía la Ley III del Título XXXIII del Fuero de Vizcaya: "que se prohíbe a los obispos y prelados se entrometan en conocer cuestiones entre vizcaínos legos sobre cosas que corresponden a la jurisdicción civil aun cuando se cometan entre los mismos prelados eclesiásticos y contra ellos".

Y en otra ley: "Que no se lea excomunión sobre pleitos y causas criminales de cualquier calidad que sean, bajo pena de seiscientos maravedises, salvo que procedan civil o criminalmente ante los jueces seculares conforme a derecho".

Y para evitar la acumulación de riquezas en manos del clero y comunidades religiosas y con ello una excesiva influencia de las mismas en la vida civil, establece también el Fuero una limitación a los legados por el alma —el tercio del quinto— que los hace prácticamente insignificantes y pudo evitar los trastornos ocasionados en España por la falta de una disposición semejante, trastornos que las llamadas leyes desamor timadoras fueron incapaces de resolver justicieramente.

En el país vasco, como decíamos uno de los más católicos del mundo, en aquella tierra donde el clero goza de una autoridad moral que su vida ejemplar,

su ilustración y su dedicación al pueblo justifican plenamente, fue repudiada la Inquisición. No podía ésta, naturalmente existir, en nuestro clima de fiera pasión por la dignidad humana. El sentido de libertad de conciencia del pueblo se manifiesta elocuentemente en 1510 —frisaba entonces por los treinta años el Padre Vitoria— cuando la ciudad navarra de Tudela ordena a sus procuradores en Cortes que exigieran la retirada de algunos frailes que se decían inquisidores. Ya antes en la misma ciudad, por el año de 1485, como consecuencia de una demanda de extradición a raíz del asesinato en Zaragoza por los judíos del Inquisidor Pedro de Arbués, había respondido por boca de su ayuntamiento que podían llegarse los inquisidores, pero que serían arrojados al Ebro. Estoy hablando de la catolicísima Navarra, de esa Navarra donde en el siglo xv florecía una institución ejemplar: la asamblea de las religiones. En virtud de ella, los representantes de la católica, la musulmana y la judía que entonces convivían en Tudela, se reunían, los días de fiesta mayor de cada una de ellas, para tratar de los problemas comunes a todos los creyentes. No ha llegado aún a tanto el mundo moderno con todo su cacareado progreso y decantada tolerancia.

Después de este rápido examen de nuestras condiciones de vida religiosa, —y permítasenos también recordar el pase obligatoriamente exigido por nuestras Juntas Forales a Bulas y Breves pontificios—, podrá parecer tan extraño que nuestro Padre Vitoria, siempre dentro de la más estricta ortodoxia, pero con una entereza y valentía que disuena en el coro absolutista y fanático español que con Sepúlveda a la cabeza pretendía justificar la conquista de estas tierras con un título emanado de la donación del Pontífice, se alzara para proclamar, serena y tranquilamente, como verdad que en él nacía de algo consustancial a su espíritu: "Papa non est Dominus civilis aut terrenalís totius orbis", es decir, el Papa no es señor civil o temporal del mundo?

No, para un vasco nada tiene de extraordinaria esa postura, como tampoco lo tiene para nosotros o para quienes se apliquen a conocer nuestra vida histórica y recuerden aquel precepto consignado en el Título I, capítulo I del Fuero de Navarra: "Nos que cada uno somos tanto como vos y todos juntos más que vos

os proclamamos rey para que guardéis y llagáis guardar nuestras leyes". O a aquel otro de la Constitución vizcaína (Tit. 10, ley 11 del Fuero de Vizcaya) en que se consigna que la manera de elegir Señor será por sucesión o por voluntad del país expresada 'en sus Juntas Generales', el que nuestro Francisco Ide Arcaya o de Vitoria replicase a los que justificaban la conquista de estas tierras de América en nombre de la autoridad imperial: "Imperator

non est Dominus Mundi" (el Emperador no es el dueño del mundo).

Y su sangre se manifestaba igualmente en la entereza de su carácter. Las advertencias del topoderoso Emperador no harán callar aquella voz ni tampoco la enfermedad implacable. Llevado en una silla desde su celda a la cátedra por sus fervorosos discípulos, por esos discípulos incondicionales que siempre encuentra entre la juventud generosa la voz valiente de un maestro honesto y sabio, Vitoria sigue dictando sus clases hasta el último momento.

Hemos de decir que en esa clase, en esa cátedra de la Universidad de Salamanca que ocupó desde 1520 a 1546, Vitoria fue un profesor que revolucionó los métodos de enseñanza. He aquí en qué consistieron sus innovaciones, según las concreta en un trabajo (EUZKO DEYA, París, Abril 1947) nuestro actual Lendakari don Jesús María de Leizaola.

En primer lugar, los estatutos de la Universidad prescribían que la teología se enseñase según el texto de Lombardo, el llamado Maestro de las Sentencias. Pero Vitoria había estudiado a fondo a Santo Tomás de Aquino cuyas doctrinas seguía. Se puso, pues, a enseñar la Teología en Salamanca según Aquino. El fuero del Profesor pasó por encima del plan de estudios. A pesar de la oposición de los que seguían las leyes a la letra, Vitoria mantuvo su innovación. La Universidad hubo de hacer una excepción en su favor ante la importancia de los discípulos de Vitoria y terminó por adoptar el texto de Santo Tomás. La resistencia del Maestro vasco y la victoria por él obtenida significaban que la vía quedaba abierta para que un día, como modernamente había de suceder, los médicos se emancipasen de Galeno y los filósofos de Aristóteles.

La segunda innovación de Vitoria la constituyó la supresión de cursos escritos y la introducción de la enseñanza oral. Los discípulos debían volcar sus enseñanzas al papel. Ésto constituye una nueva manifestación de la espontaneidad que se encuentra en la obra del Profesor. Por razón de esta innovación, fue llamado en el siglo xvi "el nuevo Sócrates", pues sabido es que, como Sócrates, no escribió nada.

La tercera nota original en los métodos pedagógicos del P. Vitoria ha sido su realismo. Se ocupó de la moral en la guerra, del Derecho Natural, de los derechos de los pueblos indígenas, etc. Vitoria, al tratar estos temas, se acercaba a los problemas de actualidad. De los acontecimientos en que intervienen sus contemporáneos y compatriotas, de los errores de la política de su Emperador y de los otros reyes de la época. Esos asuntos son los que vienen una y otra vez a sus labios de una manera realista. Y no por oposición políti

ca, sino buscando siempre el modo más eficaz de enseñar.

Y este Maestro que nunca escribió sus lecciones dejó, al extinguirse una obra que perdura y perdurará siempre, porque tiene la eterna actualidad de las creaciones en que el hombre pone lo mejor de su herencia divina.

Y en este mundo que no acaba de encontrar su camino, sigue resonando la formidable voz del gran vasco. Es la voz que clama porque los pueblos tomen la senda de la justicia en el trato internacional. Es la voz acusadora de su patria; de nuestra patria esclavizada hoy por la más incalificable de las tiranías, que recuerda a los poderosos del mundo que, mientras se carezca de valor y de desinterés para hacer justicia a los débiles, tampoco los fuertes encontrarán la codiciada meta de la paz.

2. EL MOMENTO. Francisco de Vitoria nació hacia 1480 y murió el 12 de agosto de 1546. No sabemos gran cosa de su vida. Hasta su nacimiento en la capital alavesa ha sido controvertido, dándosele por cuna Burgos y ascendencia semita. Pero sabemos seguro que su padre era de Vitoria, que su apellido era Arcaya y pertenecía al bando gamboíno, según dice en una de sus Relecciones. Desde luego, vivió en Burgos desde muy niño y en esa ciudad profesó en la Orden de Santo Domingo. Hacia los 20 años de edad fue enviado a París donde, en el Colegio Máximo de la Orden, calle Saint Jacques, permaneció, primero como alumno y después como profesor, más de 20 años. Se doctoró en Teología en la Sorbona y en 1522 fue trasladado al Colegio de San Gregorio de Valladolid donde enseñó durante cuatro años. En 1526 quedó vacante la cátedra de "Prima Teología" en la renombrada Universidad de Salamanca. Compitió, en dura oposición, con el eminente profesor portugués Margallo y ganó brillantemente la cátedra. Y el 21 de septiembre de ese año de 1526 inicia una enseñanza que sólo iba a terminar con su muerte, veinte años más tarde.

A dos sucesos contemporáneos vamos a hacer breve referencia aquí: uno sucede de 1526 al 28; el otro de 1518 al 22.

En 1526 los vizcaínos reunidos en Guerníca concuerdan en la necesidad de revisar el Fuero- Que conviene "quitar de él cosas superfinas e innecesarias y añadir al mismo lo que por uso y costumbre se practicaba". Los letrados designados por aquella verdadera Asamblea Constituyente se ponen a la obra y pronto está lista la nueva codificación del derecho vizcaíno. Carlos

I, entonces señor de Vizcaya al mismo tiempo que rey de España y Emperador de Alemania, da en 1527 su aprobación y autoriza su publicación, imprimiéndose en Burgos en 1528.

Las leyes vizcaínas que antes hemos citado están todas contenidas en él.

Y ahora, yo os pregunto: ¿creéis que Vitoria, vasco de sangre y seguramente

de nacimiento; Vitoria, una de cuyas características es la preocupación por los problemas del día: Vitoria hombre de gran actividad intelectual y que residía desde 1526 en Salamanca, no tendría noticia de la gestación del nuevo Código vizcaíno y no se preocuparía por conocerlo en su nueva forma al salir éste, en 1528, de las prensas de la cercana ciudad de Burgos?

Todo hace creer en la probabilidad de que así fuese y que su noble y poderoso espíritu se nutriese con el tuétano de león de las democráticas y liberales disposiciones del Código vizcaíno cuyo tono general por otra parte, le debió ser familiar desde la niñez.

Otro suceso contemporáneo llama necesariamente nuestra atención. Pocos años antes, corriendo el 1512, las tropas castellanas de Fernando el llamado Católico, invaden Navarra y proceden a la conquista del viejo reino vasco, núcleo principal de nuestra raza.

La ambición de dominio se disfraza de "cruzada". Fernando se lanza a la conquista esgrimando una Bula papal —falsificada o no, poco nos importa en este momento—.

Por esa Bula se declara cismáticos a los Beyes de Navarra y se entrega el reino como res nullius, como cosa sin dueño, al primero que la conquista. No hay cuidado de que nadie se adelante a Fernando. Sus tropas castellanas, al mando del duque de Alba están prestas. El tristemente célebre navarro, conde de Lerín (cuñado del Católico), actúa como jefe de la quinta columna y rápidamente la resistencia navarra se desmorona y el Duque de Alba entra en Pamplona el 25 de julio de 1512.

Pocos días más tarde, el 31 del mismo julio, hace publicar Fernando un "Manifiesto" en el que explica los motivos de la invasión; exige el juramento de fidelidad como a legítimo rey y dice que era su gran amor a la Iglesia lo que la había hecho actuar, cumpliendo los acuerdos de la Santa Liga y por el disgusto que le producía la amistad de los reyes navarros con el excomulgado Luis XII de Francia.

Y como ésto produce poco efecto, días más tarde, el 29 de agosto el Duque de Alba, obrando en nombre de! Bey, convoca a las representaciones navarras en el convento de San Francisco y les lee un grandilocuente discurso que, sin embargo, tampoco produce el pretendido efecto sobre los navarros que le contestan "que le tomarían por Rey e Señor, pero que por rey natural no podían en cuanto el otro era vivo a quien tenían jurada naturaleza y que vasallos no podía ni lo debían jurar, puesto que a ellos jamás se les había llamado sino subditos". Y tiene el representante de Fernando que acudir, para v

encer la repugnancia de los navarros a reconocerlo por rey a otra Bula presuntamente falsificada, con la cual, finalmente, parece vencer su resistencia.

Pero, mientras en Pamplona estas cosas pasan, ya están los sorprendidos patriotas navarros preparando la reconquista. No habían transcurrido tres meses de la toma de Pamplona y ya comienzan los intentos de recuperación que se repiten en tres ocasiones principales, la última en 1521, pero, por desgracia, infructuosamente. La corona de Navarra queda definitivamente unida a la de Castilla y el territorio del reino vas cónico partido en dos trozos que irán a integrar los Estados de España y Francia.

Durante todo el tiempo en que estas cosas sucedían en Navarra, Francisco de Vitoria residía en Paris. Por tratarse de hechos que tocaban tan dolorosamente a su tierra; por residir en la ciudad corte de los reyes enemigos de los invasores de Navarra; por tratarse de Tierra vasca fronteriza con Francia, y finalmente, por haberse fraguado en ésta todas las tentativas de recuperación del trono navarro para sus legítimos reyes, es seguro que Vitoria, hombre siempre al día, siguió los acontecimientos muy de cerca y puso en su examen aquel profundo espíritu de crítica serena y noble análisis que le caracterizan.

Es más, muchos de los patriotas navarros siguieron a sus reyes al destierro o francés. ¿Sería algo extraño que Vitoria hubiese entrado en relación con algunos de ellos, por ejemplo, con el padre de San Francisco Xabier, aquel Don Juan de Jatsu y Atondo que hubo de morir en su exilio de Francia el año 1515 y quien por su condición de Doctor en Cánones, graduado en la Universidad de Bolonia, podía ofrecerle puntos de contacto e incluso servirle de fuente de información para su análisis de aquellos hechos? Si por él mismo sabemos que era de la parcialidad gamboína, estrechamente vinculada en Navarra al bando agrámenles, cómo no iba a tener por lo menos un interés muy fuerte y tal vez una decidida antipatía por los autores de aquella pérfida acción a cuya cabeza estaba el ya mentado conde de Lerín jefe del bando beaumontés, precisamente?

Pero, dejando en hipótesis, estos últimos puntos, así como el de la estrecha amistad que le unió con Azpilikieta, el célebre Dr. Navarro, es evidente que hay cosas que se nos imponen: conoció los hechos, los siguió, los estudió y, respecto al fundamento jurídico de la conquista castellana, es decir, a la Bula papal esgrimida por Fernando, no os parece estar oyendo su profundo sentir en la respuesta que, pocos años después, da a quienes pretenden justificar la conquista de América, basándose en que los indígenas no practican ni aceptan la fe católica: "No, no es título legítimo". Porqué? "Quia credere

est voluntatis"; porque el creer es voluntario.

3. LA OBRA DEL PADRE VITORIA. La conquista de las tierras recién descubiertas de América y la esclavitud a que se sometía a los indígenas pobladores de las mismas, había hecho surgir, entre otras, la generosa voz del Padre Las Casas, decisivamente ayudado en su labor medianófila por su gran amigo el vasco Pedro de Rentería.

Y el tema va tomando cada vez más apasionante actualidad. Estamos en el año 1532. El anterior fue el de la invasión del Perú por los españoles al mando de Pizarro. Vitoria en posesión desde hacía cinco años de su cátedra de Salamanca, considera el tema como de suprema importancia y urgencia para su estudio. "Entiendo —dice— que llevaría yo a cabo un trabajo esgrimido comúnmente por los juristas y estadistas españoles para justificar íntegramente la conquista, el señorío del Emperador sobre todo el mundo, la primacía también universal del Papado; el derecho de ocupación; que la infidelidad es incompatible con la soberanía; la potestad del Papa para castigar pecados mortales contra el Derecho Natural delegando la ejecución de este castigo en reyes y príncipes.

Todos estos títulos son estudiados minuciosamente, calificados de ilegítimos y rechazados absolutamente por Vitoria, quien sienta a lo largo de una serie de rotundas proposiciones: "El Emperador no es dueño de todo el mundo"; "El Papa no es dueño del mundo"; "No se puede arrebatar a nadie ni su libertad ni sus tierras" "quia credere est voluntatis" "por que el creer es voluntario"; "acaso no son más grandes los pecados en las costumbres de algunos cristianos que entre aquellos salvajes", etc., etc.

En la tercera parte, finalmente, enuncia los títulos que, por su parte considera legítimos para justificar la presencia de los españoles y, en general de los europeos, en América: Derecho de comunicación; derecho de comerciar libremente; el que los europeos pasen a ayudar a un pueblo indígena que reclame su asistencia en una guerra con otro, y, finalmente, cuando la intervención sea en tutela de los indígenas.

Como se puede ver, en esta "Relectio" sienta dos principios fundamentales: la independencia de todos los pueblos y la solidaridad entre todos ellos, e el hecho de la comunidad internacional, la existencia de un Derecho de Gentes común a todas las naciones. Esto le lleva lógicamente en la "Relectio de Jure Belli" a hablar de la guerra justa ofensiva, de la guerra como sanción.

En esta "Relectio de Jure Belli" o sea sobre el derecho de guerra, estudia los

casos en que ésta puede ser justa y, ante todo, considera ilegítima la guerra religiosa.

En segundo lugar, es ilegítima la guerra por motivos de conquista.

Y en tercer lugar, es injusta la que se hace por capricho del príncipe o gobernante.

Descartados los falsos motivos que suelen alegarse para emprender una guerra justa, enuncia Vitoria la única causa que a su juicio puede legitimarla y es la ofensa recibida.

Termina esta Relectio con un estudio sobre la conducta a observar durante la guerra y fines de la misma, estudio en el que resplandece siempre el altísimo concepto que del hombre, de la justicia y del derecho tenía nuestra dominación,

Al terminar este brevísimo resumen de las ideas del Padre Vitoria, viene a nuestra memoria aquel estudio de gran interés que con el título de "Origine des idées politiques de Rousseau" publicó Jules Vuy y en el que muestra cómo, al construir sus teorías políticas, tenía el filósofo ginebrino puesto su pensamiento en su país natal.

Yo os invito a reflexionar sobre las doctrinas de Vitoria y sobre los antecedentes raciales y hechos vascos contemporáneos que hemos considerado y a que me digáis si no os parece claro que, al enunciar Vitoria sus inmortales enseñanzas, la voz de su raza vasca no resonaba en ellas con acento inconfundible.

EPÍLOGO. Compatriotas: a todos los vascos que visiten tierras de América creo yo que se les ha planteado esta interrogante que tantas veces me ha asaltado a mí. Al darnos cuenta del sentimiento de alta estima y particularísimo aprecio con que a los de nuestra raza aquí se distingue nos hemos puesto a pensar —yo, al menos lo he hecho muchas veces— en las causas profundas de este fenómeno del que individualmente al menos éste que os habla no se siente merecedor.

Y uno ha de empezar entonces a dirigir un recuerdo agradecido a los hombres que el pasado siglo, en dos grandes oleadas consecuencia de nuestras desgraciadas guerras carlistas, arribaron a estas tierras y con su espíritu de empresa, con su laboriosidad, honestidad y un respeto a su propia palabra que ha pasado en proverbio, en tierras como las del Plata, labraron para nosotros esta herencia.

Pero no puedo detenerme aquí. Mi imaginación avanza más en los días de América y el nombre sonoramente vasco de Bolívar, el gran libertador, sacud

e mi fibra nacional, y avanzo más y veo al gran Zabala, fundador de Montevideo, y a Caray que creó a Buenos Abes y a Irala que edifica la Asunción del Paraguay. Pienso en Zumarraga, el primero que trae la imprenta al Nuevo Mundo y recuerdo la gesta incomparable de Anchieta... Fundadores, colonizadores, misioneros, libertadores... sus nombres surgen a cientos y entre ellos apenas el de un conquistador. Y cuando vemos a un vasco, como el gran Alonso de Ercilla luchando contra los araucanos que defienden heroicamente su independencia, contemplamos esa injusticia reparada, pues es él mismo quien compone el himno más noble y entusiasta al coraje y amor a la independencia de aquéllos a quienes por obligación ha de combatir...

Y sigo avanzando más hasta llegar a los primeros años del descubrimiento, y he aquí que se presenta ante mi vista una figura que crece y crece con gigantescos perfiles.

Pareciera como si colocada entre Europa y América protegiera a ésta envolviéndola en su blanco hábito de dominico. Y es en esos momentos cuando me parece oír resonar su voz enteriza y serena:

"Atrás, vosotros, los de la rapiña; vosotros los de la codicia y el botín; los que con la bandera de la "cruzada" encubristis la injusticia y hacéis mercadería de la religión; atrás os digo. Dios no creó estos pueblos de América para que fueran vuestros esclavos.

Sois los de siempre: los que, escudados en las Bulas, os lanzasteis a la conquista de Navarra; los que tras las palabras más santas escondéis vuestro odio & la más sagrada herencia del hombre: la justicia y la libertad".  
Montevideo, Pararingo, 26-VIII-1946

## FRAY JUAN DE ZUMARRAGA

En nuestro estudio referente al Padre Vitoria considerábamos los problemas que el descubrimiento de América hizo surgir en las cabezas pensantes del Viejo Mundo, principalmente en lo que se refiere al dominio de las tierras recién descubiertas y a la libertad de sus habitantes. Vimos las respuestas claras e inequívocas que el Padre Vitoria dio a esas cuestiones al afirmar que ni el Emperador ni el Papa son dueños de todo el mundo y que a nadie puede arrebatarle sus libertades ni sus bienes fundándose en motivos de fe, puesto que el creer es cosa de la voluntad "Quia credere est voluntatis"; ni por supuestos pecados contra el derecho natural, pues "acaso son más grandes los pecados en las costumbres de algunos cristianos que entre aquellos salvajes", etc. Bien sabía Vitoria lo que valían esos y otros pretextos, pues que los v

io empleados tras la conquista del Perú para la cual ningún motivo encontrab a sino la que crudamente ex-ponia en enría particular al Padre Áreos, Provin cial de Andalucía, al decirle que los subditos del Inca "no habían hecho nin gún agravio a los cristianos ni cosa por donde les debieran hacer la guerra" , y que no existió allí "ninguna causa más de guerra,

Pues bien, junto a la figura de Vitoria, vamos a estudiar hoy la de otro h ombre vasco de parecidas dimensiones que viene a vivir por los mismos años (nació 12 años antes y murió 2 después) y a quien le tocó ocuparse de los mism os problemas que al Maestro alavés, aunque en otro campo. Vitoria fue el h ombre de las teorías generosas, el que, ante los problemas del Nuevo Mundo , proclamó las soluciones que la Moral, la Teología y el

Derecho imponían. Zumarraga fue el hombre de la acción, el que sobre la mis ma tierra de América hubo de vivir al día sus problemas y enfrentarse a ell os con mente clara y, sobre todo, con corazón abierto. Si Vitoria dio las g randes respuestas, a Zumarraga le tocó el aplicar soluciones y remedios. Se complementaron, pues, estos dos vascos que constituyen un binomio en el qu e, si cada uno de ellos brilla con luz propia, considerados en conjunto su unión hace aún más grande la figura de cada uno de ambos.

Y sin más preámbulo, pasemos hoy a dedicar nuestra atención a la figura d e Juan de Zumarraga cuya vida hemos de considerar en dos etapas: la prime ra que podemos llamar europea y comprende más o menos hasta sus sesenta a ños de edad y la segunda, la americana, es decir, desde su llegada a Méxi co a la dicha edad hasta sus fallecimiento.

Primera etapa: Europa. No son muchas las noticias que tenemos de los prime ros años de Zumarraga que aun aguardan a sus descubridores en los hogares y claustros franciscanos, desde el santuario de Aranzazu donde profesó en fecha que desconocemos lo mismo que su vida anterior a la profesión, el de los conventos de San Esteban (cerca de Burgos) y Ávila donde ejerció la g uardiana, así como el del Abrojo (cerca de Valladolid, por entonces capit al del reino) donde también fue guardián y (1527) lo conoció Carlos V que allí estaba de retiro de Semana Santa. Parece que este conocimiento fue de cisivo en las futuras actividades de Zumarraga quien, aquel mismo año, es enviado por el Emperador para entender en el caso de las supuestas brujas de Navarra. Capacitado como estaba para entender e interpretar a los vasco s, hubo de ver en aquellas supuestas brujerías lo mismo, más o menos, que lo que observó más tarde el insigne extremeño Pedro de Valencia quien, com o se sabe expuso en su famoso "Discurso sobre las brujas y cosas tocantes a magia" aquello de que "todo lo concerniente al akelarre debía entenderse

entre las cosas que pasan sólo en la imaginación" (de los brujos y brujas).

Y así había de ser, en efecto, si nos detenemos un punto a considerar cosas como ésta que se menciona sobre tales sucesos en la Historia del Emperador Carlos V, de Fray Prudencio de Sandoval, donde podemos leer que el juez pesquisador para certificar la verdad del caso, ofreció el indulto a una bruja "si a su presencia y en la de todo el pueblo se untaba y ascendía por los aires; lo cual ella hizo con maravillosa presteza, remaneciendo a los tres días en un campo inmediato".

Lo cierto es que, de ordinario, la Inquisición arrancaba por-medio del tormento las confesiones que así resultan luego de contradictorias y extrañas. No de otra suerte fueron, sin duda, las del famoso auto de Logroño de 1610 al que fueron sometidos 29 vecinos de Bera y Zugarramurdi, entre ellos Juan de Goiburu "Que era el tamborilero de la reunión" y "Juan de Sansin que solía tañer la flauta" y confesaron horrendos crímenes.

Apenas sabemos nada de la misión cumplida por Zumarraga entre sus paisanos, salvo que lo hizo "con mucha rectitud y madurez". Años después, en un párrafo de su "Doctrina Breve" vemos que se refiere, muy de paso, a ésa su experiencia al decir que: "...en el mismo pueblo de Durango donde yo nací... hubo otra herejía que llamaban de Amboto...", Y sobre la fe que a todo esto prestaba nos dicen bastante aquellas palabras suyas: "También se reduce a esta especie de idolatría el negocio de las brujas o sorgui-naa que dicen que hay en nuestra tierra".

En diciembre de ese mismo año de 1527 fue presentado por el Emperador para Obispo de México; en enero del 1528, por cédula dada en Burgos a 10 de ese mes, se le nombra Protector de los Indios, cargo de límites muy indefinidos, y, por último, a fines de agosto de ese mismo 1528, obispo electo pero aun sin consagrar, embarca en Sevilla para México dando fin así a las actividades de su etapa europea de la que tan poco sabemos, para dar comienzo, más o menos a los sesenta años de su edad, a su fecunda etapa americana de la que, para honra y gloria suya, cada día vamos sabiendo más.

Segunda etapa: México (1528-1548). Efectivamente, según aparecen más cartas y documentos de Zumarraga o a él referentes, más y mejor se perfila su nítida silueta de prelado ejemplar, vasco auténtico y enérgico reprobador de las conquistas sangrientas y las explotaciones de los indios.

1 V. F. IdoMe: "Rincones de la Historia de Navarra", pág. 142. "L« brují» de Anocibu".

Para contemplarlo más claramente en estos aspectos, dividiremos los veinte a

ños de su actuación en México en dos partes: cinco primeros años, lucha por el Derecho; quince últimos, lucha por la Cultura, todos ellos, naturalmente, bajo el signo y el imperio de la fe y la caridad cristianas.

a) 1533: Lucha, por el Derecho.

La Audiencia. Al embarcarse Zumarraga, como dijimos, en 1528 para México como Obispo electo y Protector de los indios, lo hace en el mismo navio en que parten para tomar posesión de sus destinos cuatro Oidores de la Audiencia mexicana, entre ellos aquel con quien había de reñir en México las peores batallas, el licenciado andaluz Diego Delgadillo.

En efecto, cuando el 6 de diciembre de 1528 Zumarraga y sus acompañantes arriban al México recientemente conquistado por Hernán Cortés, el cuadro que se ofrece a los ojos del flamante Protector no puede ser más triste al ver a los indios marcados o herrados como bestias y vendidos como esclavos por los encomenderos y autoridades que no pensaban en otra cosa sino en enriquecerse del modo más rápido sin reparar en medios, hallándose entre ellos mismos en estado de continuas luchas y discordias, en los comienzos de una incipiente organización colonial. Situación que no ignoraba el Emperador quien, precisamente, para poner fin a ese estado de cosas había nombrado una Real Audiencia y un obispo Protector de cuyos combinados esfuerzos esperaba, sin duda, el mejor fruto.

Pero en lugar de esa fecunda combinación de esfuerzos lo que surgió fue una lucha abierta en la que aparecían en un bando los Oidores, que en cuanto pone pie en tierra hacen causa común con los conquistadores y encomenderos, y en el otro el Obispo que encabeza la defensa de los naturales del país vejado y explotado.

Recién llegado Zumarraga, indios y colonos acudían a él con sus quejas de las que él se hace portador ante la Real Audiencia en la espera de que ésta imponga el remedio necesario. Pero los señores Oidores se identifican con las ambiciones de los conquistadores y encomenderos llegando a superar los abusos de éstos.

Al insistir Zumarraga en sus peticiones de justicia lo único que consigue es que los magistrados le conminen a que deje de intervenir en asuntos civiles. La respuesta de Zumarraga es concluyente: "...aunque me costase la vida no pensaba desistirme de ello ni dejar de amparar y defender y desagraviar los indios. ..". La réplica que la Audiencia da a estas palabras es dictar un bando en que se prohibía acudir al Obispo con ningún asunto, so pena de perderlo los blancos y de ser ahorcados los indios.

Es por entonces cuando se informa a Zumarraga del atropello que se intenta cometer con los indios de Huexocingo. Ante ello, recurre una vez más a la Audiencia, y al ver que ésta hace oídos sordos a sus denuncias e incluso envía sus esbirros a detener a los indios que han denunciado el atropello, se va en persona a protegerlos y darles asilo en el convento de los frailes franciscanos. Y en reunión celebrada allí por los religiosos, bajo la presidencia de Zumarraga, se acuerda que uno de ellos vaya a México a condenar, desde el pulpito, la conducta de los magistrados. Cuando el encargado de ello, Fray Antonio Ortiz, comienza a hacerlo en la misa mayor, el oidor Delgadillo da orden de que sea arrojado del pulpito, como se cumple. Zumarraga, sin vacilar, excomulga a la Audiencia y escribe al Emperador (27 agosto 1529) pidiéndole integre una nueva, y además, el proceso de los componentes de la actual, confiscación de sus mal adquiridos bienes, etc., etc.

Los oidores deciden entonces hacer llegar a la corte su particular versión de los sucesos; por su parte, Zumarraga lo intenta también, por medio de su carta de la citada fecha; pero los esbirros de la Audiencia informados de su propósito, detienen a los frailes a quienes ha encargado de enviar la carta y se apoderan de ella. En vista de esto, Zumarraga se va en persona a Veracruz a pie y simulando ser un fraile mendicante; pero el barco está vigilado y no hay modo de hacer entrar en ella la carta. Es cuando surge el hombre providencial; un marinero vizcaíno que se hace cargo de la misiva del Obispo, la oculta en un trozo de brea y logra de ese modo burlar la vigilancia y hacer que la carta de Zumarraga llegue a su destino en la corte imperial a la que por ella se impone de todos los sucesos y verdadero estado de la colonia mexicana.

Mientras tanto, a México llega otra carta en la que la Reina transmite a Zumarraga quejas que ha recibido de los nuevos canónigos que se dicen muy mal pagados. De inmediato Zumarraga los reúne (20 octubre de 1580) y dándoles a conocer el total de los recursos con que cuenta, les declara: "Aunque el salario me de para mí menos que para cada uno de vos, y aunque sepa yo andar a pedir con mis alforjas, como solía, no es mi intención que les falte congrua sustentación...".

Pero la lucha con la audiencia no cesa. Muño de Guzmán, su Presidente, que había hecho quemar vivo al inocente rey de Michoacán, Caltzoncin, sale a la conquista de los chichimecas (pobladores de la provincia de Jalisco). Zumarraga expone por escrito su opinión de que la guerra era injusta, sin duda con el mismo espíritu que se puede apreciar en aquella carta que unos años después (15 febrero 1537) dirige a Suero de Águila en la que se lee: "Esta cuaresma pienso andar entre los indios y me parece que ando entre ángeles y cuando entre españoles, entre demonios ...".

Palabras que nos recuerdan la indignada respuesta que dio a ciertos de estos españoles que le urgían a que tuviera menos contactos con los indios sucios y mal vestidos: "Vosotros sois los que despedís mal olor, según mi modo de pensar, y vosotros los que me repeléis y disgustáis, porque sólo buscáis vanas frivolidades y os dais blandas vidas, exactamente como si no fueseis cristianos". (Vid. Lewis Hanke: "Aris-totle and the americans indians" pág. 24, quien lo refiere a Jerónimo de Mendieta: "Historia eclesiástica india na", edición García Icazbalceta. México, 1870, pp. 631-632).

Todas estas cosas mantienen al vivo la lucha entre la Audiencia y el Protector y los incidentes se multiplican y prolongan. Los Oidores (4 de marzo de 1530) violan el asilo de la iglesia de San Francisco en la que Zumarraga tenía a dos clérigos de corona y los trasladan a la cárcel pública donde desuartizan a uno y mutilan al otro. Zumarraga marcha hacia la cárcel encabezando una procesión de frailes enlutados. Delgadillo les ordena retirarse; Zumarraga le replica con energía y se traba una refriega entre frailes y soldados en el curso del cual Delgadillo tira una lan-rada al Obispo. Zumarraga excomulga entonces, no sólo a la Real Audiencia sino a todo el municipio por su colaboración. Esta excomunión general es levantada días después con motivo de la Semana Santa, pero la individual de los Oidores no lo fue nunca.

Este es el último choque. Porque la carta de Zumarraga había ya surtido sus efectos en la corte de donde llegan las primeras noticias favorables. Los Magistrados de la Real Audiencia habían sido destituidos y los nuevos magistrados traían la orden de residenciar a sus antecesores que son enviados presos a España. Zumarraga recibe también la orden de comparecer para informar personalmente ante la corte de su conducta. Su descargo es tan satisfactorio que un año después regresa, ya consagrado obispo, consagración que, como sabemos, no había podido realizarse cinco años antes por estar rotas las relaciones entre Papa y Emperador a consecuencia del saco de Roma por las tropas imperiales.

Antes de ese viaje de Zumarraga a la Península tiene lugar la aparición de la Virgen al neófito Juan Diego en el cerro de Tepeyac y a nuestro compatriota le correspondió intervenir en el correspondiente proceso canónico y autorizar el culto después y en la actualidad tan extendido de la Virgen de Guadalupe entre los fieles mexicanos. Así vemos que consta en el Breviario romano (invierno de 1531).

b) Lucha, por la cultura (1534-1548).

Durante su estado en España (noviembre 1532-junio 1534) muchas cosas fueron proveídas y resueltas: la condenación de los Oidores Delgadillo y Matienzo

o, mortales enemigos del durangués, la consagración de éste en la capilla mayor del convento de San Francisco de Valladolid a la que asistió la Emperatriz Isabel, su exposición de hechos mediante la cual se descargaba, en una extensa carta de 27 páginas en cuarto dirigida al Emperador, de las acusaciones que en contra suyo había formulado Delgadillo ante el Consejo de Indias, etc., etc. Por otra parte, visitó las universidades de Alcalá, Salamanca y Valladolid buscando clérigos distinguidos para integrar su cabildo y, sin duda, en Salamanca se entrevistó con el Padre Vitoria de quien con toda probabilidad fue amigo o al menos lo conocía bien. Con toda seguridad, hubo trato entre ellos por los años de 1523 a 1526 en que Vitoria residía en Valladolid y Zumarraga muy cerca, en el convento del Abrojo, Vitoria volvió a Valladolid para tomar parte en la junta allí reunida a fin de someter a censura las obras de Erasmo.

Lo cierto es que en carta que, desde México, escribirá más tarde a su buen amigo Suero de Águila (17 septiembre 1538) le dice: "He enviado a Salamanca por una docena de buenos clérigos para curas y visitadores, letrados de buena vida, al Padre Fray Francisco de Vitoria, Catedrático, maestro famoso, y tengo proveído en Sevilla que les paguen matalotaje y fletes". Para reforzar esta gestión mediante la cual quería procurarse por auxiliares suyos en la gran empresa cristianizadora y civilizadora de América a los mejores discípulos de aquel compatriota suyo quien como nadie había sabido formular ante el mundo y sus potestades la doctrina de la libertad del hombre americano, Zumarraga acudió al Emperador quien le prestó su intercesión mediante la siguiente carta que dirigió al Padre Vitoria: "Maestro Fray Francisco de Vitoria, Catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca: sabed que el Obispo de México me ha escrito que en aquella tierra hay muy gran necesidad de clérigos, personas doctas para que entiendan en la instrucción y conversión de los naturales de ella. Y que porque ha sabido que vos tenéis discípulos sacerdotes de buena vida y ejemplo, nos ha escripto encargándoos cojáis algunos dellos y procuréis con ellos que quieran ir a aquella tierra; que tiene proveído en Sevilla que se les dé pasaje y matalotaje.

Y porque, como veis, Dios Nuestro Señor será servido a que aquella tierra pasen personas tales, por el fruto que en ella harán, por ende yo vos ruego y encargo que así de los discípulos que vos tenéis como de los otros que hubiere en esta ciudad, escojáis hasta doce dellos o los que hobiere hasta ese número..." (Toledo, 18 abril 1539).

Pedía frailes escogidos que tanto necesitaba, entre otras razones, porque en su viaje a México, por las razones que fuesen, no había llevado consigo a ninguno. Sí, en cambio, y en plan de colonizador, muchos artesanos casados

y con mujeres e hijos, y entre ellos a Esteban Martín que parece ser el primer impresor que puso sus plantas en el Nuevo Mundo. Y con ésto entramos en otra de las más importantes actividades de Zumarraga. La primera imprenta del Nuevo Mundo.

La introducción de la imprenta en América constituye uno de los más brillantes logros de Zumarraga en su incesante empeño de lucha por la cultura. Y sobre este punto es preciso decir antes de pasar adelante que no se trata, en ningún modo, de un hecho fortuito o cuyo mérito le corresponda por el azar de su cargo. Se trata, como puede bien probarse, de algo cuya idea estaba íntima y reciamente entroncada en el espíritu de nuestro Obispo y para cuya realización no omitió esfuerzos.

Nos consta, en efecto, que ya para fines de 1538 presentó al Consejo de Indias un memorial en el que pueden leerse estas reveladoras palabras: "...porque parece sería muy útil y conveniente haber allá (en la Nueva España) imprenta y molino de papel, y pues se hallan personas que holgaran de ir con lo que Su Majestad haga alguna merced con que puedan sustentar el arte, Vuestra Señoría y Mercedes lo manden proveer". (V. José Toribio Medina "La Imprenta en México", t. 1. pp. XXXIIMV, Santiago de Chile,

En 1538 (6 de mayo) escribe al Emperador: "Poco se puede adelantar en lo de la imprenta por la carestía del papel,- que esto dificulta las muchas obras que acá están aparejadas y otras que habrán de nuevo de darse a la estampa, pues que se carece de las más necesarias y de allá (España) son pocas las que vienen".

Por fin, en los últimos meses de 1539, de acuerdo con el Virrey Mendoza, contrata con el impresor alemán residente en Sevilla, Juan Cromberger, el viaje a México del dependiente de éste, el lombardo Juan Pablos (Giovanni Pauli) con una imprenta completa y los tipógrafos necesarios" para imprimir libros de doctrina cristiana y de todas maneras de ciencias", instalándolos en la casa llamada "de las campanas" inmediata a su residencia episcopal. Esta promisoriosa carga cultural, la primera de su naturaleza que arribaba a América, gracias al esfuerzo perseverante de Zumarraga, llegó en el navio de su compatriota Miguel de Jáuregui.

Ya con esta instalación de la imprenta junto a su residencia, hacía ver el Pastor de México la importancia que atribuía a la empresa y el profundo interés con que la miraba. En sus palabras al Virrey, en sus gestiones cerca de la Corte, pueden verse ideas y frases concretas por las que hemos podido darnos cuenta de cómo Zumarraga admiraba a Vitoria y amaba a los indios por

éste defendidos. Defensa que, por su parte, vio claro Zumarraga que mejor que en nada estribaba en su instrucción. Comprendió bien que necesitaban de la gran arma que el Renacimiento hacía proliferar en Europa. Y comprendió también que aquellos libros que los naturales de México necesitaban no eran tanto los que venían de España, no muy abundantes por otra parte, sino los que estuviesen escritos en el idioma de los indígenas: "No sabemos qué pas to puede dar a sus ovejas el pastor que no las entiende ni le entienden", decía lamentándose de ignorar el azteca que, por su avanzada edad, no estaba ya en condiciones de aprender. Y repetidamente expresó su deseo de que las Sagradas Escrituras se tradujesen a todas las lenguas y estuviesen en manos de todos.

Lo que en esto pudiera haber de influencia renacentista o de simpatías erasmistas, según Marcel Bataillon lo quiere, no vamos a debatirlo aquí. Nos complace más ver en estas directrices de Zumarraga el resultado del conocimiento en propia carne del problema; el recuerdo sin duda en él nunca borrado de la dificultad de la adquisición de una doctrina y una cultura a través de un vehículo lingüístico que tan extraño era para él, hombre de habla vasca, en su infancia y juventud, sobre todo, como lo podía ser para los aztecas.

No podemos extendernos más aquí en detalles sobre este punto. Diremos brevemente que en vida de Zumarraga se editaron cuando menos 13 libros, todos ellos a su costa, dos al menos redactados por él "Doctrina Breve" (1643) y "Regla Cristiana Breve" (1547) y cinco publicados en idioma indígena.

Tocó, pues, a México, a través de Zumarraga, el ser la primera nación editora del libro del Continente, como más tarde le correspondería el tener en su seno al primer periodista de América latina, el sacerdote zacatecano, chantre de la catedral de México, y más tarde obispo de Yucatán, doctor Juan Ignacio Castoreña Urzúa y Goyeneche, editor de la "Gazeta de México" en 1772, cuyos apellidos lo están diciendo todo sobre su estirpe.

Otro de los más fuertes anhelos de Zumarraga fue el de la Universidad en solicitud de la cual escribió al Emperador, allá por febrero de 1537. Poco antes, en 1536, había inaugurado el famoso Colegio Superior de Tlatelolco donde, además de religión y moral, se enseñaba lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mejicana, mereciendo por ello cédula de la Reina en que se felicitaba al incansable obispo reconociendo su iniciativa en el asunto.

Su preocupación cultural se revela también en la biblioteca particular que formó y que al morir legó al monasterio de San Francisco en la ciudad de Mé

xico, salvo algunos libros que apartó para la hospedería que había fundado en su pueblo natal de Durango.

Y no dejaremos de citar aquí otra empresa suya: la construcción de la iglesia catedral. Las ambiciosas miras que sobre ella alentaba Zumarraga pueden verse en la carta que dirige a Suero de Águila (17 septiembre 1538): "Agora quiero entender en comenzar esta iglesia no menor que la de Sevilla: yo tengo ojo al trascoro de Ávila...".

Otra de las más brillantes realizaciones y que mejor revela por qué caminos marchaban sus preocupaciones culturales la tenemos en su fundación del colegio de Santiago Tlatelolco al que hace poco nos hemos referido y sobre el que merece la pena de volver. Porque Zumarraga no fundó este colegio, como bien hace notar Leizaola,<sup>1</sup> para aspirantes al sacerdocio sino para muchachos indígenas bien dotados, en general, para que armados de una cultura universitaria, pudiesen participar en la constitución de su patria sobre las bases de una prosperidad general. Se trataba, en primer término, de hacerles aprender latín, lengua entonces de toda la alta cultura europea que quedaba así al alcance de los indios mejicanos, sin diferencia de castas entre ellos y los blancos. Pero los esfuerzos de Zumarraga fueron ahogados por los preconcebidos juicios de tendencia racista y anti-indígena contra los que Victoria luchaba igualmente en Salamanca. A pesar de su fracaso, su iniciativa revolucionaria permanecerá siempre como un noble ejemplo. No ha de olvidarse, por lo demás, que uno de los reproches lanzados contra las actividades de ese colegio era el de que los mexicanos aprendían demasiado bien el latín.

Esta lucha por la cultura no le hacía ciertamente olvidar los esfuerzos que a la causa de la justicia había siempre consagrado. Un testimonio de esto lo hallamos en aquella carta (4 de abril de 1537) dirigida a un clérigo cuyo nombre no se conoce y en la que, tras hablarle de un Padre Fray Marcos, custodio de los Franciscanos en el Perú, "gran religioso, digno de fe", el que "como testigo de vista" refiere

1 "Le genie basque el le monde de la Culture". "Euíko Dey«". P«m, 30 Avril 1947.

"desafueros y crueldades", cuyo relato envió el Virrey Mendoza a Carlos V, Zúñiga le pide entregue otra relación en su mano al Emperador "que persuadirá hartos su corazón católico para que se quiten esas conquistas que son oprobiosas injurias de nuestra cristiandad y fe católica y en toda esta tierra no han sido sino carnicerías cuantas conquistas se han hecho...".

Concordaba en esto, como en tantas otras cosas con su compatriota el Padre V

itoria, cuando éste, en su carta al Padre Arcos (8 noviembre 1534) refiriéndose a la conquista del Perú escribía: "Lo primero de todo, yo no entiendo la justicia de aquella guerra... Ni sé por dónde puedan robar y despojar a los tristes de los vencidos de cuanto tienen y no tienen... Si los indios son hombres y prójimos... no veo cómo excusar a estos conquistadores de su última impiedad y tiranía...".

El espíritu de justicia que en los citados párrafos de ambos religiosos va escos resplandece es, concretamente en el caso de Zumarraga de quien ahora nos estamos ocupando gemelo del de caridad que le impulsa a fundar el hospital de "El Amor de Dios" para enfermos contagiosos, y aquellos otros tres entre Veracruz y México para inmigrantes, lo mismo que aquel otro instituyó especialmente dedicado a las jóvenes indias.

Finalmente, y con relación a su constante preocupación por la justicia y los derechos de los indios no dejaremos de mencionar aquella asamblea de obispos del Virreinato (fines de octubre de 1546) que adopta, a favor de los indios, conclusiones idénticas a las postuladas por el Padre Vitoria en sus (elecciones "De Indis" y "De Jure Belli").

En cuanto al problema de los inmigrantes, para los que, como acabamos de decir, construyó tres hospitales, supo encararlo con una amplia visión de auténtico colonizador. Comprendió que los inmigrantes que se necesitaban no eran aquéllos cuya única preocupación era la de "henchir e ir allá a vaciar", sino que se precisaban colonos estables con el ánimo de trabajar e iniciar nuevos cultivos y explotaciones industriales; hombres casados con sus mujeres e hijos que acudieran allí a fundar una patria nueva.

Por ésto fomentó también Zumarraga la introducción de nuevas formas de cultivo, la siembra de árboles frutales europeos y la crianza de animales desde la de ovejas y burros hasta la del gusano de seda, dando muestras en todo ello de una actividad tan prudente como incansable.

No le faltaron a su lado algunos hombres que eficazmente colaboraran con él. Citaremos aquí a su sobrino político Martín de Aranguren, rico mercader que se constituyó en el financiador de sus empresas y a quién nombró su albacea. De él solía decir Zumarraga que no había conocido sosiego sino hasta que Aranguren se encargó de su casa y negocios. Él era su prestamista y le adelantaba cuanto necesitaba para sus gastos y limosnas. Enfermo Zumarraga, al otorgar su testamento escribía que: "Nada le inquietaba sino el quedar adeudado con su buen mayordomo Martín de Aranguren".

El hombre Zumarraga.

De Zumarraga sabemos que era grave en su aspecto exterior, pero al mismo tiempo, sencillo y humilde y que vestía y se trataba con mucho aseo. "Un clérigo debe andar siempre limpio", solía decir y de ello procuraba dar ejemplo, aunque naturalmente fuese al mismo tiempo, enemigo de adornos superfluos lo mismo en su persona que en su residencia episcopal. Andaba siempre entre indios y lo hacía constantemente a pie, lo mismo en el campo que en la ciudad. Su aspecto reflejaba la condición del hombre interior, de tal modo que originó esta espontánea exclamación de parte de un caballero recién venido del Perú que habiéndolo visto en la calle, preguntó quién era: "Dichosa ciudad que tal obispo ha merecido".

Ni los años ni la enfermedad pudieron doblegarle y siguió hasta el último momento, entregado a sus múltiples empresas. Cuando sintió que su fin se acercaba, escribió, con total serenidad, dos cartas de despedida al mundo. Una de ellas al Emperador, con fecha 30 de mayo de 1548, la otra a Fray Bartolomé de las Casas, el 2 de junio de ese mismo año, víspera de su muerte que fue fiel reflejo de su vida. Como bien escribió Jesús de Galíndez, "No muere Zumarraga en un éxtasis místico ni en la insensibilidad de un coma: muere en plena lucidez y muere sufriendo". Así se lo dice a sus frailes poco antes: "Oh, padres, cuán diferente cosa es verse et hombre en el artículo de la muerte, a hablar de ella". Para reaccionar con la serenidad de los hombres fuertes y expirar diciendo: "In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum". Sus restos yacen sepultados en la capilla de San Pedro en la catedral de México.

El vasco Zumarraga.

Lo fue por nacimiento y por linaje y, como fiel herencia de ellos, por carácter y condición.

Sabemos por él mismo que nació en Durango (Vizcaya) pueblo al que no olvidó, pues que con sus propios recursos y limosnas recogidas entre sus paisanos reunió lo necesario para fundar allí una hospedería con su capilla y pequeño beaterio para albergue de frailes pobres que allí arribasen. Y dejó, al morir, con destino a dicha casa, varios de los libros de su biblioteca.

Su linaje era de los Muncharaz y Larrazábal que son apellidos de familias arraigadas en Abadiano, pueblecito a dos kilómetros de Durango.

El euskera fue el idioma que mamó y habló en su infancia y seguramente nunca olvidó. A esta condición de euskaldún se refiere más de una vez, como en aquella carta al canónigo sevillano Francisco Tello de Sandoval, cuando

le escribe: "Y porque mi ignorancia y el lenguaje que no mamé no había de tener atrevimiento de escribir tan largo a S. A...." (2 noviembre 1547). En otra, dirigida al Príncipe Don Felipe (luego Felipe II) leemos: "...Mas como no mamé este romance no me supe declarar en lo que escribí..." añadiendo líneas después: "Y porque más me declaré en mi estilo vizcaíno...". (12 noviembre 1547).

Fácil es de observar, por lo demás, que se complacía en declarar su condición de vasco. Así en carta al Consejo de Indias, fechada en México (88 marzo 1531) leemos: "...en ésta no me alargaré, para perder algo de mis costumbres vizcaína...". Y en otra dirigida a su particular amigo Suero de Águila (13 junio 1534): "Como yo no me crié como Vm. entre ellos (los cortesanos) sino entre manzanos...".

Recordemos también el episodio del marinero vizcaíno con quien, sin duda, en el idioma nacional de ambos se entendió para preparar el envío de aquella carta de tan capital interés para él y que el futuro demostró de tanta consecuencia. Y nos consta que sus servidores más allegados fueron vizcaínos. Así lo vemos en carta que escribe a Suero de Águila (17 septiembre 1538) en la que, refiriéndose a sus preparativos para la edificación de la catedral, escribe: "...y yendo yo antes a buscar cantera con mis vizcaínos canteros que tengo en casa, que son mis maestresalas y camareros...".

Y volvamos a recordar a Martín de Aranguren quien fue su mano derecha en tantas empresas, sobre todo en lo referente al aspecto financiero de las mismas.

Sí, fue un hombre vasco por la sangre y por el nacimiento, jure sanguinis y jure soli, pero lo fue además y sobre todo por su pensamiento y por su acción. Por su pensamiento parejo al de Vitoria en todo cuanto se refiere a la dignidad del hombre y al problema de su libertad que parece mamado, como lo vimos al tratar de Vitoria, de aquellas leyes que estampadas en los Fueros Vascos y nunca como letra muerta, constituyen uno de los mayores títulos de gloria de nuestra estirpe. Y en cuanto a la acción, en la que resplandece la rectitud en la conducta siempre clara y la inquebrantable firmeza en el obrar, en aquél su espíritu de empresa que se manifiesta en libros, escuelas, asilos, hospitales, erección de catedral y universidad; en todo el magnífico ejemplo de su vida que fue luz y calor de caridad para los despojados indios y de justicia para todos. Conjugado todo ello en un vivir en el que se puede ver que el fraile que pasó la mayor parte de su existencia en el claustro, es también el hombre de estado que maneja con mano experta y firme los negocios del mundo. Derramando la luz con las obras que fueron saliendo de su imprenta.

ta y en las enseñanzas impartidas en las aulas de los colegios por él fundados y arriesgando en su lucha contra la injusticia y por la libertad de los indios. Su vivir fue, en suma, el de un varón de Dios y el de un hombre vasco que nos honra y a quien debemos honrar.

Montevideo, 27 mayo 1954

### SABINO DE ABANA GOIRI

Hubo en un tiempo en la ciudad de Asís un joven, hijo de un rico mercader, que llegó a ser señalado como organizador de francachelas y ganoso de vanidad. Esforzábese en sobrepujar a los demás en el fausto de la gloria mundana, llegando a ser la admiración de todos. Sobresalía en los juegos, en los pasatiempos, en las risas y palabras vanas, en los cantares, en los vestidos muelles y lujosos...<sup>1</sup>. Pero he aquí que un día el espíritu de ese joven sufre un vuelco total. Es que sin que él lo supiera, había llegado el momento en que había de servir de instrumento a una de las más grandes renovaciones de la cristiandad. Como lo diría el Dante:

"Quando lo imperador che sempre regna provide alia milizia, ch'era in forse, per sola grazia, non per esser degna; e comnie e detto, a sua sposa soccors e con due campioni.. .

1 Tomás de Celano: "Vida de San Francisco de Asía". Lib. 1, cap. 1.

2 "Divina Comedia". Pwsdi». Canto XII, 40-44.

Y uno de esos campeones sería aquel joven, flor de gentileza y cortesía, a quien las gentes de Asís ven de pronto pasar por sus calles despojado de sus galas y primores, macilento por la mortificación, vestido de harapos y convertido en el ludibrio del pueblo que grita a su paso: "Loco está el hijo de Pietro Bernardone, loco está el hijo de Pietro Bernardone!". Y así podría parecer quizá, pero lo que aquella locura llegó a realizar en su lucha contra la sabiduría del mundo lo saben bien todos los que conocen la vida de San Francisco de Asís.

Algo parecido, como nos recordaba Alberto de At-xika-Allende, en una conferencia que allá en nuestra mocedad leímos, sucedió por los últimos lustros del siglo xnc, en la pequeña república vizcaína de Abando, cuando el hijo menor de un acaudalado industrial de allí, abandonando la cómoda posición que su nacimiento le ofrecía, se lanzó a predicar con todo el fuego de quien apenas si acaba, de salir de la pubertad, cosas que sonaban muy extrañamente en los oídos de los reposados vecinos de la anteiglesia y sus alrededores que no salían de su asombro para repetir, como en un eco de lo que hacía siete siglos se había dicho en las calles de Asís: "Loco está el hijo de don Santiago de Arana, loco está el hijo de don Santiago de Arana!".

Porque, en efecto, la empresa que aquel joven de espíritu seráfico acometía tenía mucho de insensata a los oídos y a las mentes de la gente común.

Porque después que los vascos, confiados en la palabra del "ayacucho" Espotero quien, allá en los campos de Vergara comprometió su palabra y su espada en la defensa de los Fueros, vieron que al dejar las armas, la promesa no era mantenida y que por obra de la ley de 25 de octubre de 1839 promulgada por las Cortes de Madrid, se asestaba un golpe mortal a sus seculares libertades, el país cayó en una profunda crisis de desaliento y de desorientación.

Habían luchado, en la primera guerra carlista que acaba de terminar, por sus libertades, ciertamente, pero comprometiendo la santidad de su causa al vincularla a la del Pretendiente al trono español. Ciertamente que su caudillo militar, el gran Zumalacarregui, había declarado que él no iría con sus victoriosos batallones a Madrid a sentar en el trono a Don Carlos, sino que montaría la guardia en el Ebro, es decir en la frontera vasca con el Estado español. Pero, aparte de lo que para la causa significó la fatal desaparición del Genio vasco de la guerra, que hizo tomar a ésta rumbo de desgracia, el hecho era que las libertades vascas quedaban de tal modo ligadas a la fortuna del Pretendiente que estaba claro que la derrota de éste traería necesariamente a parejada la ruina de aquéllas, como efectivamente vino a suceder.

La segunda guerra carlista no hizo sino remachar la cadena que ya la primera había venido a colocar sobre nuestro pueblo, que pasaba así a convertirse de nación libre, con una ininterrumpida libertad a través de todos los siglos de que la Historia puede dar testimonio, en una provincia más del decrepito Estado español. Las aduanas establecidas a lo largo del Ebro pasaron a la línea del Bidasoa; nos fue impuesto el servicio militar y la prestación de impuestos; se instalaron en nuestra tierra las audiencias y los gobernadores civiles con toda la destartada maquinaria administrativa correspondiente; los maestros españoles nos fueron enviados a fin de matar cuanto antes nuestro idioma nacional y hacernos adoptar el de la ley de 25 de octubre de 1839 promulgada por las Cortes de Madrid, se asestaba un golpe mortal a sus seculares libertades, el país cayó en una profunda crisis de desaliento y de desorientación.

Habían luchado, en la primera guerra carlista que acaba de terminar, por sus libertades, ciertamente, pero comprometiendo la santidad de su causa al vincularla a la del Pretendiente al trono español. Ciertamente que su caudillo militar, el gran Zumalacarregui, había declarado que él no iría con sus victoriosos

os batallones a Madrid a sentar en el trono a Bou Carlos, sino que montaría la guardia en el Ebro, es decir en la frontera vasca con el Estado español. Pero, aparte de lo que para la causa significó la fatal desaparición del Genio vasco de la guerra, que hizo tomar a ésta rumbos de desgracia, el hecho era que las libertades vascas quedaban de tal modo ligadas a la fortuna del Pretendiente que estaba claro que la derrota de éste traería necesariamente aparejada la ruina de aquéllas, como efectivamente vino a suceder.

La segunda guerra carlista no hizo sino remachar la cadena que ya la primera había venido & colocar sobre nuestro pueblo, que pasaba así a convertirse de nación libre, con una ininterrumpida libertad a través de todos los siglos de que la Historia puede dar testimonio, en una provincia más del decrepito Estado español. Las aduanas establecidas a lo largo del Ebro pasaron a la línea del Bidasoa; nos fue impuesto el servicio militar y la prestación de impuestos; se instalaron en nuestra tierra las audiencias y los gobernadores civiles con toda la destartalada maquinaria administrativa correspondiente; los maestros españoles nos fueron enviados a fin de matar cuanto antea nuestro idioma nacional y hacernos adoptar el del invasor, y tuvimos que sufrir, en fin, todo lo que sufre un pueblo al que la fortuna de la guerra deja a merced del vencedor.

La desorientación y el desaliento eran cada vez mayores en el país que no acertaba a ver su camino y, por tanto, a resolverse a marchar por él con la determinación que la gravedad del momento requería. Ciertó que por toda la vieja tierra se extendía un clima de disgusto y protesta que a veces se manifestaba en magnificas explosiones sentimentales como las de aquellas muchedumbres que caían de rodillas y con lágrimas ardientes juraban morir por sus perdidas libertades cuando el bardo Iparraguirre les arrebatava a los sonos del "Gernika'ko Arbola". Hubo otras muchas manifestaciones llamadas entonces "fueristas" y no faltaron destacadas personalidades que salieron a la palestra para luchar, a su modo, por las libertades conculcadas. Pero el mal era muy hondo y nadie acertaba a señalarlo en sus verdaderas raíces, hasta que, con los alientos de un profeta y la total dedicación de tin mártir, hizo su aparición en la escena vasca, en las postrimerías del siglo, aquel iluminado joven de Abando a quien al principio pocos, muy pocos, podían comprender.

Él vio lo que, lo que con estar tan claro, nadie, sin embargo, veía. Él comprendió que la desgracia vasca no nacía sólo del resultado de las recientes guerras, sino que era fundamentalmente el efecto de un mortal desvío de la conciencia nacional que venía, durante siglos, marchando por sendas que no eran las suyas propias. Gozando legalmente los vascos de las facultades de cualquier estado independiente, sin más vínculos jurídicos con el Estado e

español que el que establecía la comunidad de Soberanos, se fueron dejando a rrastrar por la seducción que del brillo y poderío de éstos dimanaba, y buscaron en la corte real cebo para sus ambiciones que los llevaban, como a los suizos o alemanes de la época, a enrolarse en ajenas empresas que los campos de Italia y Flandes y las tierras vírgenes de América hacían brillar ante sus ojos.

Descuidaron el cultivo del idioma propio, tesoro de nuestros tesoros, fueron olvidando su misma historia y genuinas leyes, y, de tumbo en tumbo, fueron a dar en una decadencia espiritual que colocaba la existencia misma de la nación al azar de la primera circunstancia que se ofreciese en su camino.

En un país postrado por dos guerras desgraciadas el ambiente, por la reacción natural que en estos casos suele darse, era de olvido del pasado y estructuración de un futuro cuyas condiciones básicas eran la ganancia y el disfrute; en un pueblo que había perdido su memoria, como diría Schopenhauer, es decir que casi había olvidado su historia, había nacido, también por reacción natural, la necesidad de sustituirla con otra falsedad; al desdeñar su idioma se aferraba cada vez con más fuerza al que el invasor le ofrecía y la cultura, privada del instrumento natural que cada idioma propio constituye, decaía cada vez más rápidamente hasta sus formas más elementales.

La labor que se ofrecía ante Arana Goiri era enorme. Según sus propias palabras "había que galvanizar un cuerpo muerto". Había que detener en su carrera hacia el abismo a un pueblo lanzado inconscientemente al suicidio, había que detenerlo y, con un esfuerzo titánico, había que hacerlo remontar hasta las olvidadas fuentes de su propia vida.

La empresa era de gigantes, pero Arana Goiri era de la raza de ellos. Su grito patriótico resonó con la fuerza de una trompeta de resurrección y, desde que por primera vez lo dio públicamente en su célebre "Juramento de Larrzábal", su vida entera fue solo eso: un grito incesante como solamente el amor y el dolor vibrando en conjunto pueden darlo; un grito que sacudía la letal modorra de sus compatriotas y a uno tras otro los iba encaminando por la senda de la salvación. Era un grito que resonaba en cada uno de los periódicos y revistas que sucesivamente fundaba, dirigía y en su mayor parte escribía, según cada uno de ellos era clausurado por el poder oficial; era un grito de salvación que en su angustia modulaba y cuya entrañable energía no podía ser apagada por las multas que de continuo llovían, ni por los destierros y encarcelamientos que con heroica constancia hubo de sufrir; era un grito que tenía restallido de látigo en sus manifiestos políticos; resplandores de aurora en sus estudios históricos, acentos de enamorado en sus agudas investigaciones.

iones filológicas y que en sus poemas parecía brotar de la misma entraña herida de la Patria.

Y la locura de Sabino hizo el milagro. Con ternura de enamorado se acercó a la lengua patria, la gran desdeñada. La "lingua navarrorum" como la llamó Sancho el Sabio, pero sin que ese monarca ni ninguno de los que lo siguieron en el trono hicieran nada por colocarla en el que la correspondía como genuina expresión que era del espíritu de la raza. Se acercó a la gran proscrita —de los altos círculos sociales, de los textos legales, del pulpito de la catedral, de las aulas universitarias...— y puso en conocerla toda la claridad de su inteligencia y, aún más, todo el sagrado entusiasmo de su corazón. Tenía entonces 17 años y para los 22 (1887) salían ya a luz sus "Etimologías euskéricas" a las que inmediatamente siguieron otros trabajos como "Pliegos euskeráfilos" (1888), "Gramática elemental del Euskera Bizkaíno" (hoy desaparecida) (1888), "Pliegos euskeralógicos" (1892), "Tratado etimológico de los apellidos euskéricos" (1895), "Lecciones de ortografía del Euskera Bizkaí-no" (1896), "Egutegi Bizkaitarra" (calendario de bolsillo, 1897), "TJmiaren lenengo aizkidia" (1897), "Le-nengo egutegi bizkailarra" (calendario de pared, 1898), "EUZKO", "Análisis y reforma de la numeración euskérica" y "Análisis y reforma del Pater Noster usual", trabajos estos tres últimos que aparecieron en la revista "Euzkadi" (1901). Y junto a estos trabajos, otros desperdigados en artículos en euskera o sobre euskera publicados en sus periódicos "Bizkaitarra", "Baserritarra", "El Correo Vasco" y "La Patria". Y con todo ello la expresión alada de la poesía traduciendo los hondos sentires de un corazón que, ya se abre al esperanzador entusiasmo en los acentos del "Itxarkundia", ya en los graves del "Lenago il" nos va entregando en cada estrofa su visión atormentada ante la tragedia de la Patria.

No fue un lingüista, ciertamente, en el amplio significado que hoy esta palabra tiene. No podía serlo en aquellos años en que esa ciencia estaba aún en sus principios. Ni, por otra parte, la corta y agitada vida de Sabino pudo ofrecerle el tiempo y el sosiego necesario para llegar a adquirir los sólidos principios en que esa disciplina del saber se funda ni los vastos conocimientos que su ejercicio conlleva. Pero si ésto es verdad, si también es verdad que hoy nadie —y él el primero si viviera— puede defender aquellas teorías de la significación de las letras, los prejuicios etimológicos y puristas y otras cosas que en sus tratados pueden hallarse, es decir, algunas de esas cosas que estaban entonces en el ambiente de los estudios de la época o que a Sabino llegaron como herencia de Astarloa y otros, no es menos cierto que, en primer lugar demostró estar extraordinariamente bien dotado para estos estudios; en segundo lugar, que en el campo de la ortografía y otros dejó realizaciones que perdurarán, y, finalmente, y por encima de todo,

que para valorar con justeza su obra pro euskera, hay que atender no sólo a lo que directamente él hizo sino a todo lo que hizo hacer. Para ello, pocas palabras podríamos encontrar más nobles, más justicieras y de más autoridad revestidas que las que en cierta ocasión pronunciara quién tantas veces fue su rival y adversario en el campo de los estudios vascos, muchas de ellas en agrias polémicas; aquél inigualado labrador del agro euskérico quien fuera nuestro muy querido amigo y maestro, don Resurrección María de Azkue: "A quién, después de Dios, se debe el renacimiento vasco en todas sus simpatías manifestaciones? Fundamentalmente, principalísimamente a Sabino de Arana".

Honremos dignamente su memoria. Si tenemos conciencia de lo que el deber nos impone, no pase un quinquenio sin que surja una estatua al gran Patriota, principal factor de este Renacimiento".<sup>1</sup>

Él mismo fue el problema de Sabino en el campo de la historia patria donde, para empezar y pese a algunas más o menos estimables obras, no había una sola que con espíritu nacional se refiriese al pasado de todo el país como un cuerpo esencial y naturalmente distinto de las naciones vecinas.

No se trataba 1 Conferencia pronunciada en la Sociedad Filarmónica de Bilbao el 18 de marzo de 1918. de que escribiese una historia cuyas páginas, como las magistrales de un Tucídides, por ej. no nos cansamos de repasar entre los antiguos, ni, como en la hora presente, llevase adelante una investigación exhaustiva en campo tan inculto y que necesita del esfuerzo no de un solo hombre sino de un cuerpo de estudiosos. Pero, lo que no pudo hacer en cantidad y en detalle lo suplió con la profundidad de su mirada que vio lo que hasta entonces nadie había visto y enseñó a ver a las generaciones futuras. En su obra "Bizkaya por su independencia" puso ante los ojos de sus compatriotas el ejemplo de cuatro luchas victoriosas sostenidas por los vizcaínos en defensa de su originaria libertad. En "El Partido Carlista y Los Fueros Vascos" y en docenas de artículos periodísticos enseñó verdades fundamentales de acuerdo a las cuales habría de orientarse en adelante el estudio de nuestra verdadera historia. Clara y concisamente definió los Fueros vascos, excluyendo de su concepto toda acepción de privilegio como la equívoca palabra de Fuero puede a algunos dar a entender, manifestando que se trata de "Leyes propias de estos pueblos libres con libertad originaria, creadas libremente y con soberana potestad por ellos mismos para sí mismos, sin ingerencia de ningún poder extraño".

Definición que arroja torrentes de luz y que por sí sola bastó para dar un vuelco total a la filosofía de nuestra historia. En este concepto y en otros como en el de las llamadas "uniones" a Castilla, etc., etc., puso cimientos

nuevos a la historia patria. Y en esta faceta de su personalidad, como en la anteriormente examinada, hay que atender no sólo a lo que hizo, sino a lo que ha enseñado a los vascos a hacer. Si recordamos la moderna tesis de Toynbee sobre el nacimiento y desarrollo de las civilizaciones y sobre el modo que en ellas opera la fuerza creadora del hombre y la de los "individuos creadores", hemos de mirar a Sabino como a uno de éstos, vale decir, mucho más que como a un escritor de historia vasca, como al más insigne creador de ella.

Pero esa labor histórica, filológica, de cultura vasca integral, en fin, necesitaba estar apoyada o ir al menos acompañada por una organización de tipo político que fuera como el motor del incipiente renacimiento. Y a esto se consagró, con alma y vida Arana Goiri, especialmente a partir de aquel 3 de junio de 1898 en que, reunido con un grupo de amigos en el caserío "Larrazabal" de Begoña, les leyó el discurso que contenía los fundamentos de la nueva doctrina. Fundamentos indestructibles como son la evidente realidad de la Nación vasca con su inconfundible personalidad manifestada en su propia y original lengua y demás características étnicas y patente en el hecho innegable de la independencia histórica de los Estados vascos:

"Pronto comencé a conocer a mi Patria en su historia y en sus leyes; pero no debe el hombre tomar una resolución grave sin antes esclarecer el asunto y convencerse de la justicia de la causa y la conveniencia de sus efectos.

"Mas al cabo de un año de transición, disipáronse de mi inteligencia todas las sombras con que la oscurecía el desconocimiento de mi Patria y, levantando el corazón a Dios, de Bizkaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración, y juré, y hoy ratifico mi juramento, trabajar en tal sentido con todas mis débiles fuerzas, arrostrando cuantos obstáculos se me pusieran de frente y disponiéndome, en caso necesario, al sacrificio de todos mis afectos, desde el de familia y amistad hasta las conveniencias sociales, de hacienda y la misma vida. Y el lema "Jaun Goikoa eta Lagi Zarra" iluminó mi mente y absorbió toda mi atención. Y "Jaun Goikoa eta Lagi Zarra" se grabó en mi corazón para nunca más borrarse..."

A todos los que aquí, en esta generosa tierra de Venezuela habéis bailado una segunda Patria, ese juramento os ha de hacer recordar de inmediato, aquello que un día decisivo para la historia de América se pronunció allá en Roma, en el Monte Sacro. Y si Bolívar cumplió su palabra al precio de todos los sacrificios, no menos la hizo buena Arana Goiri quien rico ofrendó su hacienda y fuerte entregó su salud & la causa que abrazó con tal limpieza de conducta y rectitud de vida que lo hacen inmune a los ataques de los más enconados de sus adversarios.

En efecto, la palestra política lo vio a los pocos días de la reunión de Larrazábal —que por cierto fue piedra de escándalo para la mayoría de los amigos, que allí con él se congregaron— cuando el primer número de su inolvidable "Bizkaitarra" se voceó en las calles de Bilbao, iniciando con este periódico o la serie de los varios que fue publicando, cada uno en sustitución del que la autoridad de los ocupantes de nuestro suelo iba haciendo desaparecer, tras denuncias y condenas.

Poco más de un año había transcurrido desde la aparición de "Bizkaitarra", cuando, en julio de 1894, creaba la primera Sociedad patriótica vasca "Euskal-dun Batzokia" que no tardó en ser clausurada, por orden judicial.

Y al año siguiente, 1895, también en julio, quedaba constituida la organización política sabiniana, el Partido Nacionalista Vasco, y al año siguiente, 1898, tras una de sus salidas de la cárcel, fundaba la editorial "Bizkayaren Edestija eta Izkerea Pizkundia". Y el 1897 fue señalado entre sus actividades políticas por la publicación de "El Partido Carlista y los Fueros Vascos que constituyó uno de sus mayores éxitos pro-selitistas.

En 1898, al tiempo en que se daban los movimientos separatistas de las colonias españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y estallaba la guerra entre Estados Unidos y España, arreció la persecución contra el nacionalismo vasco. Aquel mismo año se convocaron, por el Gobierno español, elecciones a Diputados provinciales y Sabino, presentado por el Partido Nacionalista Vasco fue elegido para ese cargo que había de desempeñar durante cuatro años.

Fue al término de éstos, en mayo de 1901, cuando envió a la oficina de Telégrafos un texto dirigido al Presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, felicitándole por la concesión de la independencia a Cuba. El telegrama no se cursó y Arana Goiri fue encarcelado el 30 de mayo. Cuando la causa se vio, el jurado popular reunido en la Audiencia de Bilbao, el 8 de noviembre, dio veredicto de inculpabilidad, pero ante la amenaza de un nuevo encarcelamiento, Sabino hubo de refugiarse en Donibane Loitzun de donde regresó a su casa de Sukarrieta en enero de 1903. Pero ya su salud estaba destrozada y aunque siguió colaborando en "La Patria" y "Patria" y tuvo aun fuerzas para escribir el melodrama histórico "Libe", inspirado en la batalla de Munguia, poco más pudo hacer ya sino prepararse para entregar a Jaun-goikoa su puro y fervoroso espíritu el 25 de noviembre de ese mismo año.

Tenía sólo 38 años y había cumplido, sobre todo en los últimos, una labor de

titán en medio de enfermedades, persecuciones y contrariedades de toda clase. Se entregó por entero a su Patria y entera y luminosa se la legó, en preciosa herencia, a sus compatriotas que sólo fragmentaria y borrosamente la conocían. Bandera en la que los símbolos de la tierra, la sangre y la fe se unen; himno nacional en que solemnemente a la Patria se proclama, hasta el precioso nombre de ella, Euzkadi, hecho para siempre sagrado por los gudarís que con él en los labios supieron morir en los frentes de batalla y por todos los patriotas que lo invocaron ante el pelotón de fusilamiento, todo nos lo dio aquel hombre a quien si pueden encontrarse precursores en distintos momentos y circunstancias de nuestra historia, ninguno puede comparársele, por su visión clara y exacta del problema, por su vida inmaculada, por su dedicación total y sacrificio completo en las aras de la causa que una vez abrazó. Circunstancias todas que en él reunidas, hacen que eclipse a todos y deba recibir con plena justicia los títulos de Libertador y Padre de la Patria.

Así ha quedado para siempre en el recuerdo y en la veneración de los vascos entre quienes su figura no hace sino cobrar actualidad con el pasar de los años. Como lo vieron en España lo podemos entender por estas líneas de Miguel de Unamuno:

"En Madrid, en ese hórrido Madrid en cuyas clases voceras se cifra y compendia toda la incomprensión española, se le tomó a broma o a rabia —a aquél hombre singular, todo poeta, que se llamó Sabino de Arana— y para el cual no ha llegado aún la hora del completo reconocimiento; se le desdeñó sin oírle o se le insultó. Ninguno de los desdichados folicularios que sobre él escribieron algo conocía su obra y meóos su espíritu".<sup>1</sup>

En los rostros de algunos de los que me escucháis, sobre todo de los jóvenes, me parece ver al llegar aquí como un mudo reproche. Quizá como si por dentro estuvierais diciendo: "¡El pasado, siempre el pasado!, achaque de viejos y más si el viejo, corno ahora, está doblado de historiador. Bien está todo eso, pero lo que ahora necesitamos son palabras preñadas de presente, de angustia de la hora, de pasión del porvenir. Para empezar lo que quisiéramos saber es ¿que haría hoy Sabin?".

Lo que haría hoy no lo sé. Pero si creo saber lo que no haría; estarse de brazos cruzados, criticar al que mal o bien algo hace y en resumen, no hacer nada. Eso ya sé que nunca lo haría Sabin porque él era de los que habían nacido para una idea "con dientes para morder, con uñas para arañar..." como diría Víctor Hugo. En su tiempo, cuando ante la hora crítica que la Patria vivía, su alma se revolvía en agónica lucha, escribió aquellos versos en los que estaba todo el trepidar de su angustia:

"Erri gaixua, jaio, nintzan ni zure il orduan eltzeko? Ama, ilgo zara motzen azpian, ilgo zara zu betiko?"

¿Qué creéis que diría el que escribió éso, el que lanzó aquel desgarrador grito que hay en "Peligros de la invasión; mortal contagio", ante el espectáculo

1 En el prólogo 3 la obra de W. E. Relana, "Vida y escrito\* de José Rizal". Madrid, 1907. de una tierra en la que el torrente de la invasión amenaza con vertir a los vascos en una minoría de extraños en sus propios bogares?

Pero ante todo Joven, qué es Sabin para ti? Porque si en él no ves otra cosa que el retrato que preside nuestros salones como un motivo decorativo más, o el relámpago que después de iluminar por unos momentos la noche oscura de la patria nuestra se esfumó en las tinieblas, o el hombre eminente sí, pero de un tiempo que ya pasó, en verdad te digo que no sabes lo que fue, que no sabes lo que es Sabin, es decir: una realidad permanente' y fecunda, una presencia actuante, un ejemplo vivo.

Él transitó heroicamente por dos caminos a la vez: el del heroísmo y el de la obra silenciosa. Cada uno de nosotros puede escoger ahora uno de los dos: el de la acción directa como el de esos patriotas anónimos que acaban de dinamitar en Navarra un monumento erigido por los ocupantes de nuestro suelo o el de los que han bautizado a una calle de Bilbao con el nombre de Comandante Agirregoitia o como esos otros que llenan de consignas y símbolos de la Patria los lugares más innacesibles para dar testimonio de un pueblo que sufre, pero que no se doblega, o el de esos otros que siguen el sendero escondido de la obra callada, pero fecunda: los que aprenden y hacen aprender el euskera, los que estudian y hacen estudiar nuestra historia, los que cantan y hacen cantar nuestras canciones; los que bailan y enseñan a bailar nuestras danzas...

Los caminos son muchos y todos buenos si llevan al debido fin. Que cada uno siga el que mejor cuadre a sus aptitudes; que cada uno haga lo que mejor sepa o pueda hacer y que nadie se preocupe porque su labor sea o parezca humilde. Ya conocéis la hermosa leyenda del juglar de Nuestra Señora. Aquel pobre volatinero que sintiendo en lo hondo de la entraña la llamada a la vida religiosa, ingresó en un monasterio donde al poco, un buen día los superiores le sorprendieron haciendo las cabriolas de su antiguo oficio ante el altar de la Virgen. Y cuando el furor de los Reverendos Padres que estaban viendo el inusitado espectáculo desde un escondite iba a estallar y a anonadar al pobre lego, he aquí que los detiene en seco la sonrisa que milagrosamente se enciende en los ojos y en los labios de la Imagen que ha comprendido

bien el significado de la acción del juglar: él no era capaz de escribir a aquellos tomos de ascética y de mística que adornaban la biblioteca del convento, él no podía pronunciar aquellos sermones que decían tantas cosas que le gustaba escuchar; pero él podía ofrecer a la Señora lo que mejor que nadie sabía hacer: sus saltos y volteretas de juglar y eso es lo que él le ofrecía en la total simplicidad y pureza de su corazón.

Así debe ser entre nosotros. Que a nadie se desprecie por lo que haga con tal de que ello sea lo que mejor puede hacer por la Patria. Que el que escriba bellas poesías o componga hermosas obras, ni siquiera el que exponga su tranquilidad, su situación ni aun su vida misma, desprecie al que no hace sino empaquetar propaganda o al que calladamente la hace llegar a su destino. La hora necesita de todos. Lo importante es que cada uno no deje de hacer lo que pueda y deba.

Pero que haga. Y que deje hacer. Corto en palabras se ha dicho que es el vaso. Nunca más que ahora necesitamos tanto de hombres de esta clase: "Corto en palabras pero en obras largo".

Con los ojos de la memoria estoy en este momento viendo una fotografía de Sabin de aquellas que, desde la cárcel de Larrinaga, dedicaba a sus amigos. Es aquella que durante tantos años presidió el escritorio de mi padre. En ella Sabin había escrito: "Abertzalia ezautuko dozu egipenetan, es itzetan", es decir, Al patriota lo conocerás en los hechos no en los dichos.

Fuera pues, con las palabras estériles y que hacen malgastar el tiempo del quehacer fecundo; fuera con las críticas sembradoras de discordia, los dichos que separan al hermano del hermano y hacen el gozo del enemigo común. La consigna del momento no pueda ser otra que la de hacer, hacer, hacer...

Porque como dice el viejo refrán nuestro "Asiak egiña dirudi ta eginak ederr".

Caracas, Centro Vasco, 88 enero 1965

#### XIV "PEDRO DE ENBEITIA, EL BARDO DE EUZKADI"

Jaun-andreak:

En este acto con que preludivamos Aberri Eguna, vengo a hablaros de uno de los hombres más puros y representativos de la patria nuestra. De uno de los que más tempranamente la conocieron y más rendidamente la amaron; de uno de los que más eficazmente difundieron entre las masas vascas la luz de ese conocimiento y el fuego de ese amor. Vengo a hablaros de Pedro de Enbeitia, el bardo de Euzkadi; y vengo a hacerlo con un infinito temor. Porque l

a figura de Enbeita es tan delicada; su significación tan preciosa dentro del movimiento renacentista vasco, que yo nunca pudiera perdonarme que los que no lo conocisteis pudierais formaros de él, a través de mi pobre palabra, una idea no ya errónea, no ya inexacta, sino que no se acercase lo bastante a aquélla su exquisita realidad: que los que lo conocisteis no sintáis que se alza en vosotros vivo el recuerdo; que se remueven y agitan en vuestros corazones aquellos mil hondos sentires, emociones y añoranzas que quedaban para siempre prendidos en el pecho del vasco que una sola vez ha ya tenido la fortuna de escuchar al ruiseñor de Euzkadi.

Existen en nuestro viejo pueblo una clase de hombres que son algo de lo más característicamente suyo. Hombres de humilde extracción; hombres que ejercen, por lo común, rústicos oficios, hombres sin cultura superior alguna, dotados a lo más de una instrucción rudimentaria. Pero he ahí que la musa ancestral del Euskera imprime en la frente de uno de esos hombres el beso de los elegidos, y ese hombre rompe a cantar: ha nacido un bertsolari.

Me diréis que en otros pueblos también han existido o existen hombres parecidos a éstos de que os estoy hablando. Y, en efecto, desde los rapsodas griegos, los bardos finlandeses, los trovadores provenzales, los minnesinger alemanes hasta llegar a los payadores de la Pampa y los contrapunteadores de los llanos de Venezuela, pudiéramos encontrar hombres con quienes comparar a los nuestros.

Características del Bertsolari. Pero nuestros bertsolaris con todas las semejanzas que puedan tener con los citados, reúnen características propias que netamente los distinguen de cualquiera de ellos y son:

En primer lugar, sus versos son cantados, no recitados ni acompañados de instrumento músico alguno. Lo frecuente, lo general, es que cada bertsolari dé cauce a su inspiración a través de alguna o algunas melodías favoritas. El genio del Euskera se adapta maravillosamente al verso cantado y permite a los bardos, mediante la algunas veces arbitraria medida de las vocales y, tal vez, a costa de cierta pequeña modificación melódica, a justar su inspiración a la tonada elegida. La estrofa más generalmente empleada es la del "zortzik o" en que se aconsonantan o a'sonantan los versos 2, 4, 6 y 8, quedando los restantes libres.

En segundo lugar, es característica del bertsolari y quizá la que más fundamentalmente le distingue de casi todos los otros bardos citados, la improvisación, la espontaneidad. Improvisación que llega al punto de que muchas veces en los torneos de bertsolaris, parte principal de ellos está constituid

a por los versos que el bardo debe cantar sobre tema y melodía impuestas y que no se le dan a conocer hasta momentos antes de comenzar el certamen.

En tercer lugar, es otra característica la lucha y controversia entre dos o más bardos. Es muy raro que un bertsolari cante tolo. "Amant alterna camenae", había dicho el dulce Virgilio, por boca de Palaemon, instituido juez de la contienda poética entre los pastores Menalcas y Damoetas. Sí, las Musas gustan de los cantos alternados, y esto lo sabían, seguramente, los vascos antes de que Virgilio lo dijera. Lo sabían y lo saben. Por eso las estrofas de nuestros bertsolaris nacen, como quería el clásico que nazcan todas las cosas en la naturaleza: a modo de batalla. Es frecuente en los torneos que uno de los bertsolaris, representante ocasional v. g. del tabernero, haya de cantar las excelencias del vino, mientras su antagonista, teniendo quizá que contradecir a sus más íntimos sentimientos, haya de constituirse en acérrimo detractor del néctar que Noé descubrió y al que, según el poeta español, algunos le llaman vino porque nos vino del cielo.

A tal bertsolari oiréis cantar los tranquilos goces de cierto oficio sedentario. Inmediatamente ha de alzarse la voz de otro que pondera la alegría y vida de los de puro movimiento. Y si ois animarse la voz de un bardo que exalta los atractivos de la vida del mar, podéis estar seguros de que otra voz, no o menos inspirada, os va a hacer conocer inmediatamente los mil motivos que tenemos para amar, por sobre todas las cosas, la segura y tranquila vida de la que "no es el lloro —de los que desconfían— cuando el cierzo y el ábrego porfían". Las pullas del adversario —sobre todo, cuando éste es hábil "zirtola-ri"— los aplausos y las exclamaciones del auditorio, estimulan el ingenio de los bertsolaris y lo aguzan hasta límites insospechados en hombres de tan humildes principios.

Exponente del ingenio popular. El bertsolari es el más alto exponente del ingenio popular vasco. Representa en la vida espiritual de nuestro pueblo lo que el pelotari en su culto a los ejercicios corporales, y, afortunadamente, y esto lo podemos decir muy alto en honor de nuestra estirpe, no despierta menos fervor en nuestras masas populares que el encendido por los atletas de la cancha. Que si cuenta la historia que hubo soldados vascos que desertaron de las filas de Napoleón, allá por los días de Austerlitz, para ir a presenciar un partido de pelota que había sido concertado en el bello pueblo de Baigorri, yo os puedo decir que jamás masa alguna de público se congregó en tanta cantidad en frontón alguno de la vieja Euskal Erria como la que colmó la plaza de un pueblo de Laburdi para presenciar el desafío de los dos más célebres bertsolaris de la época.

Hay nombres que un vasco no olvidará mientras el euskera siga floreciendo

en nuestros labios: Xen-pelar en Guipuzkoa; Otxalde en Laburdi; Etchaun en Zuberoa; Enbeita en Vizcaya, Enbeita...

El joven cestero de Muxika. En la pequeña anteiglesia vizcaína de Muxika, allá a la entrada de aquella risueña y dilatada vega en que Guernica la mártir, sigue ofreciendo al mundo, coa el viejo roble de nuestras libertades, el testimonio de la más antigua democracia, había nacido por el año de 1880, en uno de sus viejos caseríos, un bertsolari de aristocrático porte, rostro grave, fino perfil netamente racial y ojos limpios y brillantes. Estamos evocando su figura juvenil. Como Vincent, el amante de la inmortal Mireia, ganaba su vida con el humilde oficio de cestero, y, como en Vincent, en su limpio y ardoroso corazón de adolescente había hecha presa un amor inmortal. No era de carne el objeto de su amor, como la bella virgen de Provenza.

Pero, como ella, tenía cuerpo. Cuerpo en el que ponen sus suaves contornos las verdes colinas y sus enérgicos rasgos los picachos que se alzan al cielo entre cendales de niebla; cuerpo lavado por mil arroyos rumorosos, y codiado con furia por un mar tormentoso que sabe, sin embargo, hacer pausa a sus tremendos rugidos, para encontrar acentos suaves con qué enamorarla y arrullar su sueño.

Cuerpo en el que el hierro marca sus rojizas venas, y el manzanar en flor entona el himno dionisiaco de la alegría de la tierra. Cuerpo... Pero tenía también espíritu, un espíritu que era, sin duda, lo que más amaba en ella el cestero adolescente. Espíritu de aventura que lo lanza el primero a través de los mares tenebrosos a la caza del monstruo de las aguas y lo hace, con Sebastián de Elkano, y poner también el primero un cinturón a la redondez del orbe. Espíritu de firmeza de que se engendró aquel titán de Loyola que frenó en seco la avalancha arrolladura de la Reforma. Espíritu de trabajo cantado por la dura laya que fecunda sin cesar un suelo ingrato, y por los martinets de las ferreterías que labran el hierro de su entraña. Espíritu de justicia que supo proclamar frente a Papa y Emperador por boca de aquel fraile-cito, Francisco de Vitoria, el sagrado derecho a la libertad de los indígenas pobladores de la ésta entonces recién descubierta América. Espíritu de libertad y dignidad humana hechos carne en aquellos fueros, aquellas leyes, asombro de los siglos que habían de venir... Tenía cuerpo y tenía espíritu y tenía un nombre sonoro, mágico, nombre que brotaba con regusto de silvestres mieles de los labios del joven bert-solari: Euzkadi.

Y .aquel joven, la amó. La amó y se dio a ella con esa renuncia total, con esa ilimitada capacidad de entrega de que sólo los corazones puros y las almas escogidas como la suya son capaces. Y aquel joven, Pedro de Enbeita, fue su cantor.

"Urretxindorra" le llamaban, ésto es, el ruiseñor. Por la dulce melodía de su inspirado canto, sin duda; sin duda, también, porque, como el ruiseñor, cantaba de noche. De noche cantaba, en la noche oscura de la patria nuestra. Y al conjuro de su voz, aquella noche oscura se hizo clara mañana, radiante mediodía en las mentes y en los corazones de millares y millares de vascos. En las mentes y en los corazones; en éstos aún más que en aquéllas. Porque Enbeita conocía como pocos, esa senda escondida que lleva a la cámara secreta en que cada corazón guarda celosamente lo más puro y acendrado de sus afectos. Sabía él, sin que nadie le hubiese adoctrinado, que a la persuasión difícilmente se llega por la vía del frío razonamiento. Sabía bien, sin que nunca la hubiese leído, aquella máxima de eterna verdad que el viejo Horacio supo tan bien expresar: "Si vis me flere, dolendum est primura ipsi tibi".

Si quieres que yo lllore, es preciso primero me muestres vivo tu dolor. Y Enbeita se lo fue mostrando a los vascos todos. Con su llaga de amor, con aquella llaga que le abrasaba la entraña y asomaba en brillantes reflejos a sus ojos profundos, Enbeita se fue por todo monte y todo valle de la vieja Euskal Erria desnudando castamente ante los vascos su alma dolorida.

Y qué bella era, castamente desnuda, el alma pura, todo amor y dolor, de Enbeita! En ella, como en agua cristalina se reflejaba la imagen de la patria nuestra. Llorando su felicidad perdida; clamando por su arrebatada libertad; llamando a sus hijos a la unión y al esfuerzo común para recuperarlas. Y cuando los vascos las veían allí, tan fielmente reflejada en aquel corazón —bien lo sabían todos— incapaz en absoluto de ficción ni engaño, disimulo ni doblez, iban sintiendo que el dolor de Enbeita era ya también el dolor suyo; iban conociendo que aquel gran amor de Enbeita sería ya también en adelante y para siempre su propio y más grande amor.

Cómo versificaba Enbeita. Enbeita comenzaba, muy frecuentemente, sus improvisaciones, enmarcándolas en el país que ante sus ojos se extendía: los valles y los montes, las arboledas y fuentes, las heredades rubias de trigo o verdes de maíz que durante siglos el sol había ido sazonando para alimento de la raza:

"Euskal Ernán ikustoguzan aran, baso tan mendiak, zugazti, zelai, aitz, iturriak, landa ta lorategiak. Solo ederrak, arto ta gari ta beste gauza guztiak. bis  
zorundu dituz gizaldietan eguzkiaren argiak".

En alguna de sus estrofas, como la que, con vuestra benevolencia, voy a cantar igualmente que la anterior, sobre una de las tonadas predilectas de Enbeita, éste nos hace ver a nuestros antepasados, libres y felices, en el tranquilo disfrute de sus hogares que alegran los cantos de los pájaros vecinos. Las voces ono-matopéicas, la feliz conjugación de "erres" fricativos y "eses" silbantes, hacen de esta estrofa una buena muestra de armonía imitativa en lengua vasca, digna de un verdadero poeta:

"Etxe ínguruko zugaztietan,  
Txorrotxioka zozuak,  
txiruliruli ta urrugurruka  
birrigarro ta usoak.  
ta beste txori abeslarien  
a bes ti alai-gozuak  
bis  
entzuten pozez bizi zirian  
Gure lengo gurasuak".

Pero esta tranquila felicidad se ha perdido. Y el poeta describe espantado la tormenta que, engendrada en el sur, descargó sobre nuestra patria despojando sin piedad al Roble sagrado de sus hojas y frutos y arrancando a los hijos de los brazos de sus madres para mandarlos a servir en lejanas tierras:

"Ego-aldetik etorri ziran turnio i eta oñaztarriak

kendu eutsezan areitza deunari  
ezkurrak eta orriak,  
Baita ta amesai be biotz-erdiko  
semetxu maitagarriak;  
bis  
otseín eruan aloger barik  
zaindutez gaztelerría".

¿Qué remedio habrá para esta desgracia que despedaza el corazón del poeta y es su obsesión constante? Sólo uno: y el mismo ahora que cuando Enbeita lo proclamaba: la unión de todos los vascos y de todas las regiones vascas, olvidando rencillas y diferencias indignas de albergarse en un corazón capaz de sufrir por la patria común. Puesto que todos somos sus hijos, unámonos todos en un común esfuerzo para salvar a nuestra madre que perece:

"Bizkaya, Araba, Gipuzko, Naparr,  
Zubero eta Laburdi,  
sei seme dirá ama batenak  
ama ori da Euzkadi.  
Gorroto andiz etsai deungeak

ezarri euskun buztarri,  
bis  
kendu daiogun, anai guztiok,  
lagun egiñik alkarri".

Un ejemplo del Enbeita, bertsolari de controversia, lo encontramos en el libro de Constantino del Esla titulado "Estampas Vascas". Se cuenta allí como una tarde, en un pueblito colgado de una montaña cerca de Vergara se hallaba encima de un tablado Enbeita, junto a otro bertsolari con el que iba a contender.

Comenzó el torneo con unos versos ligeros, saludándose ambos bardos. Después hablaron del tiempo. Había muchas nubes. Empezó a caer la lluvia fina, el siri-miri, y el contrincante de Enbeita dijo:

—Es una lástima que llueva, pues vamos a tener que interrumpir la fiesta.

Mejor que no hubiera dicho tal cosa, pues el bertsolari de Muxika hizo pie en estas palabras, y elevándose en la improvisación, replicó que no era de buen vasco lamentarse de la lluvia, y que la fiesta no podría ser interrumpida, porque era entonces, bajo el siri-miri que es el agua bendita que el cielo deja caer sobre la raza, cuando realmente iba a empezar.

El público abrió los paraguas y gritaba:

—Orí, ori... Gora Enbeita!

Y el bardo, con los ojos puestos en el cielo, salpicada la cara por el siri-miri, empezó a decir que siempre había visto nubes en los altares, a los pies de los santos, y que encima de las nubes estaba Dios, Jaun-goiko, que manda la lluvia a los pueblos elegidos. ¿Qué hubiera sido de Euzkadi sin la lluvia? Estaríamos en una tierra reseca, áspera donde no existiría el gozo de vivir, dijo, añadiendo que el siri-miri encierra al vasco en el caserío haciéndole amar a la familia. El hombre en otras partes abandona con frecuencia la casa, agregó, deja a la mujer y a los hijos esperándolo, muy tristes. La lluvia nos une a todos los vascos, nos hunde un poco en la tierra, y los que no nos comprenden, porque nosotros queremos a la tierra más que ellos, tratan de arrancar nuestras raíces y nos golpean en el alma, al ignorar nuestros sentimientos. Y cuando dijo que la lluvia cala hasta lo profundo de la tierra, en busca de los huesos de nuestros muertos, para besarlos y purificarlos, el público, aquel público compuesto de gentes rústicas no pudo contener más tiempo la emoción. Lloraba, gritaba, aclamaba al bertsolari, que seguía versificando, diciendo! es a las gentes cosas sencillas, algunas ingenuas, pero que todas tocaban en su corazón, porque era la voz del País Vasco, el eco de las montañas que resonaba en la canción de Enbeita, mientras caía, suave y eterno, el sirimiri..".

Para precisar más la figura de Enbeita hay que decir que, sin dejar de ser bertsolari al modo clásico, bertsolari de pugna y contradicción, se vio tan arrastrado, tan sublimado diríamos mejor por aquel ideal supremo de su vida que no necesitó jamás del estímulo de la controversia para cantar. Más aún, su espíritu poético era tan verdadero, su pasión patriótica tan profunda, que más de una vez pudo llevarlo a momentos tan magníficos como aquél en que, sólo en las peñas de Urkiola, sin más compañía que un par de amigos, sintiéndose arrebatado ante la grandiosa vista de país que de allí se descubre, prorumpió en un canto de exaltación a la tierra en el que las estrofas sucedían a las estrofas, embriagado el vate, durante largo rato, en la música de sus propios versos. No, ciertamente no necesitaba del acicate de la contradicción ni siquiera del estímulo del aplauso para cantar. Cantaba espontáneamente, naturalmente: como su hermano el ruiseñor lo hace en la rama.

Recuerdo\* del bardo. Hace treinta y tantos años —exactamente el 1 de octubre de 1920— Enbeita recibía en Eibar, con lágrimas en los ojos, pero con su grave sonrisa siempre en los labios, el homenaje popular de unos treinta mil vascos. Por cierto que, cuando en el frontón Astelena, repleto hasta los topes, y honrado con la asistencia de lo más granado del bertsolarismo los Txirrita, Frantxesa, Otaño, etc., etc.— apareció en el escenario Enbeita, se oyó un sonoro "¡Viva España!". Sin titubear un segundo, Enbeita improvisó la siguiente estrofa:

¡Viva España! didarka dagoz Nik ere ¡viva! dirautsat. Gorro tor i kan ez da golako Nigandik Españarentzat. Katolikoak yakin bearr du Zer diñon goiko j'uezak: Besterenari bakean utz!, Zaindu bakoitzak beretzat. ¡Viva España! diñok berriz be, Izan bei españarentzat; Baiña ba-diot ¡Gora Euskadi! Guria da ta guretzat".

El provocador había dado, sin quererlo, a Enbeita la ocasión de mostrarse una vez más como el genial improvisador que siempre fue.

Por aquella época también se le ofreció en Bilbao, en el frontón Euskalduña un banquete de tres mu cubiertos. Y al mismo tiempo en Buenos Aires, la sociedad "Laurak Bat" en una de sus iniciativas más felices —y aquí viene a mi memoria el recuerdo emocionado de aquel corazón desbordante de va squía que se llamó Tomás de Otaegui— la sociedad "Laurak Bat" decía, en una de sus más felices iniciativas, patrocinó una suscripción engrosada por los vascos de la Argentina con cuyo producto se regaló al bardo de Euzkadi un caserío en su pueblo natal. Pero ésto aún no bastaba; al obsequio material había que acompañarse con algo que lo superase y lo sublimase. Y fue entonces cuando el máximo vate argentino Leopoldo Lugones hizo estal

lar su genio en un saludo a Enbeita que fue como un abrazo alado en que se confundían los dos vates.

Un poema que es todo un canto a la patria vasca, desde el primer verso: "Saludo al Bardo Libre Pedro de Enbeita el vasco", en que los sonoros alejandrinos van cabalgando uno tras otro en luminosa teoría para terminar con aquel par de dísticos que muchos de vosotros quizá recordaréis: "Lo saludo en el pueblo que toda gloria explica; Lo saludo en el vastago del árbol de Gerníberga; Lo saludo en el Fuero de la honra y la equidad: Pedro de Enbeita el vasco: ¡Viva la Libertad!" Desgraciadamente, ya muchos años antes de su muerte, Enbeita había sido atacado por una dolencia que iba quebrando aquella garganta de la que tan armoniosos sonos brotaran. Ya, sólo a costa de grandes esfuerzos podía cantar. Quizá una de sus últimas intervenciones públicas fuera en un "Día del Eus-kerá" que el que os habla, junto con otros queridos amigos y entusiastas euskaltzales, organizamos en nuestro pueblo natal de Getxo el año anterior al estallido de la guerra. Tengo bien presente mi visita a su casa de Muxika, aquella casa donde se albergaba, gracias a la generosidad vasco-argentina, el bardo de Euzkadi.

En una verde loma, no lejos de la carretera de Muxika a Zugaztieta se alaa el caserío. A sus puertas fuimos recibidos por Enbeita con el grave cariño que le era habitual. Mientras paladeábamos el sabroso txakoli con que señorialmente nos obsequió, conversamos largamente con Kepa a quien sus hijos rodeaban y le expusimos nuestra pretensión de que concurriera al festival proyectado. Prometió, en gracia al objeto de la fiesta y a nuestra amistad, concurrir con sus hijos Sabiu y Balendin que seguían ya airosamente las huellas de su padre y que cantarían en el certamen; él, por su parte, improvisaría un par de coplas. Mas no podría; bien quisiera, pero no podría. Y nos confesó con amargura su tragedia sobre la que pueden reflexionar los aficionados a estudiar los misteriosos nexos que entre lo físico y lo espiritual existen: al quebrársele la voz en la garganta —nos decía—, simultáneamente, el "etorri", la inspiración quedaba cortada en su cerebro. Tuve entonces la mala ocurrencia de decirle que podía preparar unas cuantas estrofas, tomárselas de memoria y recitarlas en el festival. "¿Preparar, escribir? —me dijo—. Una sola vez lo he intentado, para el Congreso de Estudios Vascos de Vitoria, en mi empeño de hacerlo mejor. En mala hora! Se me armó una confusión en la cabeza que no sé cómo pude salir del paso. No: lo mío tiene que ser lo del momento; sin preparar. En los temas claro que pienso y mucho; pero la forma de decir, el verso, eso tiene que ser lo que me sale en el momento".

La guerra vino pronto con sus violencias y crímenes sorprendiendo a Enbeita lejos de su pueblo, allá en las tierras templadas de la Rioja Alavesa donde

solía acudir los veranos en busca de salud. Durante un gran tiempo nada supimos de él, hasta que un día, estando ya en América, nos llegó la noticia lacónica de que Pedro de Enbeita, aquel vasco que había nacido con un ruiseñor en el pecho y recibió sobre su frente el beso divino de la musa euskera, había dejado ya de cantar sobre la tierra... (4- 1942)

Más tarde supimos detalles de su tránsito. Murió en su triple ley: en su triple ley de bertsolari, de cristiano y de patriota. En sus últimos días, su pueblo que lo amaba como a hijo predilecto y le veneraba como a un santo, porque verdaderamente santa fue siempre su vida, acudía en masa a visitar el caserío de "Uz-parritxa-Jauregui" donde se extinguía el bardo. Cuando la muerte llegó, Enbeita la recibió cantando; cantando con su garganta rota, pero el rostro más luminoso que nunca, al Señor que venía a llevarlo consigo a los goceos y ternos:

Ara Jaungoko maitia nigana nun datorren. Beragaz zerura yuateko al dan lasterren...

Y sin olvidarse en aquel solemne momento del amor al que desde su adolescencia había en la tierra consagrado su corazón:

Emen beyan geratzen da laztan Aberria. Zaindu, Jaun o na, zaindu gure euskal-erria.

Yo he pensado muchas veces que, desde aquel momento, en los prados de eterna bienandanza donde el Pobrecito de Asís, sin duda, reanuda sin descanso aquel trovadoresco duelo de alabanzas al Creador que una vez inició en la tierra con el ruiseñor de Umbría, canta también otro ruiseñor. En la limpia lengua de los vascos, en esa lengua en que nunca se oyó manchar el nombre de Dios. Canta al Padre bueno de todas las creaturas en ese coro inefable en que hallan sus delicias las almas de los bienaventurados.

Y en sus canciones siempre hay un instante en que su voz se quiebra un poco, como vagamente contagiada de nostalgias de la tierra. Es cuando ruega a Jauingoia por esta patria que en tan terrible trance dejó, al votar al cielo, aquel patriota ejemplar, aquel artista de excepción, aquel santo hombre que en la vida de los hombres se llamó Pedro de Enbeíta.  
Buenos Abes, Teatro Presidente Alvear, 4 agosto, 1943.

XV JESÚS DE GALINDEZ

Yaun-andreak, agtirr:

Gaurr, bi urte dirala, Galíndez, gain-gaiñeko aber-tzale ura, yoan zitzaigun;

ez dakigu nondik, ez dakigu ñora...

Biltzen gera emen arratsalde ontan, aren oroia gure gogora ekartzeko; aren b  
izitza ta egintzak begi au-rrean yartzeko; aren eredua aren erakusburua, gug  
an ongi ta sendoki sartzeko...

Parkatu bearr dtdazute, euskaldunok, erderaz egin bearr ba'dut; errezago nir  
etzat, noski, baiña, bestalde, emen diranetako geienentzat uler-bide bakarra  
, da-murik.

Compatriotas:

Allá por febrero de 1956, es decir, unas semanas antes de su desaparición,  
escribió Galíndez un artículo titulado "Dos Gobiernos tuvieron vergüenza"  
en el que hacía un examen de la actuación absurda de los países democráti  
cos en la asamblea de las Naciones Unidas que se acababa de celebrar.

Un refugiado español que para entonces ya era, como continúa, siéndolo, rep  
resentante de prensa de un país titulado demócrata, que naturalmente votó a  
favor de Franco, calificó de insensato a Galíndez a raíz de ese artículo.

Nuestro compatriota le replicó con otro al que pertenecen esos párrafos que  
podéis leer al pie de ese óleo de Galíndez colgado en el salón principal d  
e este Centro Vasco. Siguiendo el orden de los varios conceptos en esos pár  
rafos expuestos, desarrollaremos nuestras ideas para hablar hoy, brevemente  
, en este acto de homenaje y recuerdo a nuestro desaparecido amigo: "Mientr  
as mi Patria Euzkadi siga ocupada y sojuzgada, seguiré luchando contra el i  
nvasor", he ahí a Galíndez el hombre de la Patria. "Mientras no haya libert  
ad, seguiré pidiéndola a gritos", ahí tenéis a Galíndez, el hombre de la Li  
bertad. "Dios me de fuerzas para seguir siendo insensato hasta el día de mi  
muerte", he ahí a Galíndez, el hombre del destino.

Y primeramente, una ligera síntesis biográfica de Galíndez, simplemente de  
l hombre Galindez.

Sintetí» biográfica.

Hay una parte de la región vasca de Álava que se interna como una cuña en t  
ierra de Vizcaya de la que, sin duda, formó parte en otros tiempos. Es aque  
lla comarca que limitada por los montes de Altube y la Sierra Salvada, está  
constituida por una serie de valles chicos y risueños y es conocida con el  
nombre de tierra de Ayala. Tierra con personalidad legendaria; tierra que  
ha sido regida libremente por sus propios moradores desde tiempo inmemorial  
. Dos grandes monumentos atraen inmediatamente nuestro interés en esa peque  
ña tierra. En primer lugar, la sede de las Juntas de Ayala, el recinto de S  
araobe donde los ayaleses se reunían para darse democráticamente sus propia  
s leyes que, en lo civil todavía conservan su vigencia.

Y, muy cerca de ese recinto, el monasterio de Quejana donde duerme su eterno sueño aquel hombre que tan poco dormido debió de ser en vida, pues, aparte de sus notabilísimas realizaciones literarias, diplomáticas y guerreras, ostenta el extraordinario y difícilmente igualable record de haber sido consecutivamente consejero de cuatro reyes, dos de ellos por cierto, mortalmente enemigos entre sí. Tal fue el canciller Pedro López de Ayala.

Pues bien, cerca de esos monumentos, a cien metros del campo de Saraobe, se halla la quinta de Larraobe, propiedad de los padres de Galíndez, en la cual vino al mundo nuestro amigo en el año 1915, el día 12 de octubre; el mismo en que nació América.

La familia de Galíndez era antigua en el Valle de Ayala. Su apellido es evidentemente un patronímico español, pero no es menos evidente que su antigüedad bien conocida en la comarca y el hecho de que todavía la casa en que nació el padre de Jesús de Galíndez sea conocida con ese nombre, testifican su clara oriundez vasca. Probablemente se trata, caso nada infrecuente en la región alavesa, de la pérdida del verdadero apellido toponímico correspondiente.

El abuelo de Galíndez era médico-veterinario del Valle; su padre —el de Jesús— médico-oculista que, cuando tuvo la desgracia de perder a su esposa —tenía nuestro amigo entonces sólo ocho años—, se fue a vivir a Madrid. Allí comenzó Jesús el estudio del Bachillerato con los Padres Jesuítas, y allí continuó después estudiando en la Facultad de Derecho, pero sin dejar nunca de regresar en vacaciones, los veranos, a aquella tierra que siempre poseyó su corazón. Una prueba de esto es su primera publicación constituida por una monografía del Valle de Ayala, escrita a los 18 años.

Su vocación de escritor da su segunda fruto al año siguiente con otra monografía sobre "La Legislación Penal Vizcaína". A los 20 años da su primera conferencia que, pronunciada en el "Hogar Vasco" de Madrid, tuvo por tema "Las Juntas Vascas". Era ya evidente su gusto y aptitud por los temas históricos y jurídicos entroncados en su raza. Termina sus estudios universitarios graduándose en Derecho en junio de 1936. Al mes siguiente, estalla la sublevación franquista y con ella comienzan las actividades políticas de nuestro amigo que ha de actuar en Madrid en el directorio del Partido Nacionalista Vasco primero, y después como Delegado del Gobierno Vasco, y Asesor Jurídico de la Sección de Presos y Desaparecidos, finalmente.

Se mueve en todas esas actividades que nos describe en esos libros episódico-biográficos que se llaman: "Los vascos en el Madrid sitiado" y "Estampas

de la guerra". Para después cambiar su vida, un poco de retaguardia, aunque Madrid siempre siga siendo frente, por la que llevará en aquella Brigada Vasco-Pirenaica del frente de Aragón. Pasa a la sección jurídica en 1938 y poco después, con el desastre definitivo, es su huida a Francia, como tantos miles y miles de sus compatriotas. Y, como durante su estancia en Madrid sus actividades de tipo gubernamental le habían hecho establecer contacto frecuente con varias Embajadas, las amistades que había contraído con la de Santo Domingo, le impulsan, allá en Burdeos a preparar su viaje para dicha República del Caribe.

Seis años permaneció en Santo Domingo. Cinco de ellos como Delegado del Gobierno Vasco. Lo vemos también allí como catedrático de Ciencias Jurídicas en el Colegio de Derecho Diplomático. Lo vemos colaborando en la "Revista dominicana de Jurisprudencia" y moviéndose en una serie de actividades, casi todas enfocadas hacia los estudios jurídicos.

En Santo Domingo publica la mayor parte de sus libros, bien sean éstos los de carácter episódico-biográfico, bien de índole estrictamente jurídica como "Conflicto de leyes en la América actual", bien aquéllos en que lo jurídico se conjuga con lo patriótico, como en esos tomos que hacen honor a la colección EKIN y que se llaman "Los vascos en el Derecho internacional" y "El Derecho vasco". Allí lo vemos también conteniendo en los concursos literarios como en aquél que obtiene el primer premio exaltando la figura de Enriqueillo, primer héroe de la independencia dominicana. Allí, finalmente, en plena dictadura trujillana, ve, oye, calla y se documenta para lo que luego se verá.

La tercera etapa de su vida se desarrolla en los Estados Unidos. Diez años: de 1946 a 1956. Lo vemos allí, de inmediato, al servicio de la Delegación de Euzkadi, trabajando en cuanto aspecto de actividad vasca se presente. Acude a Francia al Congreso de Estudios Vascos de Biarritz, con brillantes aportaciones. Algo más tarde, el año 1950, ingresa como profesor auxiliar en la cátedra de Derecho Público Hispano-Americano e Historia de la Civilización Ibero Americana. Este año de 1950, precisamente, concurre a Caracas a los actos de inauguración de este Centro Vasco; poco antes había conseguido un premio, en el concurso que la revista "Euzkadi" de aquí había organizado, con un trabajo en el que se estudia la influencia de la Revolución francesa sobre los vascos. Poco después obtenía otro en los Juegos Florales catalanes, estudiando la figura del Príncipe de Viana en quien, por un momento, vinieron a converger las vidas de Cataluña y de Euzkadi.

El año 54, mientras continúa infatigablemente con sus actividades literarias

s, haciendo un poco de alumno y otro poco de profesor, va preparándose para conseguir su cátedra. Es entonces cuando publica su libro "Ibero-América", quizá el mejor de los suyos, aunque no tan conocido como debiera. Y ya en el año 1956, prepara su tesis doctoral que se titulará "La era de Trujillo" que es, en febrero de ese año, aprobada por la Universidad de Columbia. Pero, cuando el 12 de marzo, sale Galíndez de explicar su clase y se dirige a una estación del ferrocarril subterráneo de New York, he aquí que perdemos su presencia física para nunca saber más de él.

Esta es, esquemáticamente trazada, la vida de Galíndez cuyas obras nos revelan al investigador de raza, al historiador, al jurista, al literato, al profesor y al periodista que en esos últimos años se había convertido en un asiduo colaborador, no sólo de todas las revistas de signo patriótico vasco, sino también de varios de los periódicos y revistas más leídos a lo largo de toda la América.

El hombre de la Patria.

En el artículo citado al comienzo de esta disertación, vimos que había escrito Galíndez: 'Mientras mi patria Euzkadi siga sojuzgada, seguiré luchando contra el invasor'. Este es Galíndez, el hombre de la Patria. Es decir, un hombre que constituye en centro de su vivir aquella, noble actividad que se pone total e incondicionalmente al servicio del resurgir de su patria. Es un hombre cuya razón de vivir no es otra que un fluir constante del anhelo de dar vida a la patria cuya muerte el enemigo tiene decretada. Para Galíndez se trataba de una patria que de niño él no conocía. El patriotismo hubo de comenzar por un sentimiento que él mismo no podía explicarse y que nosotros creemos poder sorprender en sus gérmenes al recordar la fruición que experimentaba al acompañar, muy niño aún, a su abuelo en las andanzas profesionales de éste por todos los rincones del Valle de Ayala. Allí, sin duda, empieza a sentir, con la amorosa contemplación del paisaje, esa sagrada comunión con la tierra natal; con la tierra que él vive, el sufrir, el gozar y el morir de tantos antepasados nuestros han consagrado. Sabemos por él de esas correrías acompañando a su abuelo; sabemos también que al volver a la Patria, todas las vacaciones, le acuciaba el ansia de repetir aquellas correrías infantiles, y sabemos cómo le gustaba situarse en muda contemplación frente a aquel pico de Iturri-gorri, roqueña cima que fija por aquel lado la frontera entre Euzkadi y Castilla.

Yo me imagino por un momento a Galíndez abstraído en esa contemplación, empapándose en esos invisibles efluvios que surgen de la tierra amada en los que gusta al patriota sumergir su alma. Lo veo contemplando con acariciadora mirada de enamorado esa tierra que incontables generaciones de ant

epasados le dejaron como una santa herencia.

Lo veo mirándola con esos ojos con que sólo los verdaderos patriotas son capaces de mirar. Porque es que cuando el amor se enciende en llamaradas de patriotismo pone en las cosas más simples y vulgares de nuestro suelo, perfección de líneas que deslumhra, colores que el iris no conoce, y nos hace percibir en el rumoreo del más humilde de nuestros arroyuelos, soberanas armonías como sólo los magos de la música pueden escuchar en esos momentos de divina fiebre en que golpea en sus sienes el genio de la inspiración.

Estoy viendo a Galíndez frente al pico de Iturigorri; su mirada es soñadora; quizá en este momento ve cómo se ciernen sobre él los buitres, y la alarma asoma a sus ojos, pues ve en ellos el símbolo de las invasiones castellanas que por allí buscaban su cauce. Pero pronto el sosiego vuelve a él con sólo poner la vista en el fluir del arroyo que allí nace, constante e ininterrumpido y que se le antoja el símbolo del perpetuo manar de la raza que, en el Valle de Ayala, como en todo rincón de nuestra vieja tierra, se hace sustancia de eternidad. Así se va formando el embrionario patriotismo de Galíndez; algo que aun es sólo calor de sentimiento, pero que pronto llegará a convertirse en luz de conciencia nacional.

Llega un día en que, según nos cuenta, ponen en sus manos una banderita diciéndole: "Toma, es una banderita vasca; pero guárdala bien, que si te ven, te pegarán". Y tan bien la guardó, según nos dice, que no la pudo encontrar más.

Pero pasan unos años más y viene la revelación definitiva. Es cuando cae en sus manos ese libro que yo quisiera, jóvenes que me escucháis, verlo en las vuestras: "Bizkaya por su independencia". Ese libro vigoroso y revelador del maestro Sabino de Arana Goiri en el que sobriamente nos cuenta las gestas de los vizcaínos; ya cuando allá en Arrigorriaga derrotan al ejército leonés y aquella varonil mujer vizcaína corta la cabeza de su jefe Ordoño; ya en aquellas frustradas invasiones como la que resuelve la batalla de Munguía en la que Oñacinos y Ganboínos, Muxika y Abendaño, patrióticamente unidos, ponen en fuga a las tropas de Enrique IV el Impotente, revalidándole el apodo; ya en los intentos de Pedro el Cruel fracasados, primero en el valle de Gordejuela, y luego en las alturas de Otxandiano, en aquella batalla de la que al regresar los vizcaínos vencedores a contar el suceso a uno de sus jefes que por su ancianidad no había podido concurrir y cuyos hijos habían perecido todos en la contienda, escuchan aquella respuesta que parece arrancada de las hojas de una crónica espartana: "Amandarro'k ez dauko semerik, baiña Bizkaya'k ez dauko buztarrik" (Araandarro ya no tiene hijos, pero Vizcaya no tiene yugo). Este y otros recios episodios revestidos de la clara

prosa sabiniana y palpitantes en su emoción fué-ronse haciendo carne en el alma de Galíndez quien desde entonces fue ya para siempre sin treguas ni títubeos, un hombre de la Patria.

Fue hombre de la Patria, hombre de la patria nuestra. Esa patria de la que se nos dice que es muy pequeña; ese patriotismo del que se nos dice que es estrecho, porque se opone al internacionalismo, porque no sirve a lo universal. Pequeña es, sí, nuestra patria, pequeña como un niño caliente, como un corazón que, sin parar miras en su tamaño, ha latido siempre ejemplarmente por la libertad. Pequeña nuestra patria! Para los que así nos motejan las patrias ideales han de ser el Sahara con sus arenales, la Siberia con sus estepas o la Antártida con la inmensidad de sus hielos y no son, por lo visto, patria ni son países dignos de su propia soberanía esos modelos de colectividades humanas que se llaman, por ejemplo, Suiza en Europa y Uruguay en América. Como si el valor de una persona, de una patria, de un organismo se determinase en función de su tamaño y no en la perfección de su estructura y concertada acción entre sus partes; como si nosotros en nuestra pequeña patria vasca no tuviéramos una unidad perfecta, no ya sólo de raza, lengua, cultura, etc., sino incluso económica en la que las regiones industriales de Vizcaya y Guipúzcoa conjugan perfectamente con las agrícolas de Álava y Navarra, con la pastoril de Zuberoa e incluso con la turística de Laburdia. ¡Que no somos universales! Seguramente que Galíndez sabía muy bien aquello que escribió un día nuestro desarraigado Unamuno: "Que si el Quijote es universal es porque se compuso en un rincón de la Mancha".

Y es que, para ser del universo, hay que empezar por ser del propio hogar. Es que, para ser internacional, en el más noble sentido que este vocablo debe tener, es preciso que cada uno sea de su propia nación. Porque no puede llegarse a ningún internacionalismo ni universalismo que valga la pena si comenzamos por aniquilar las unidades naturales, las naciones que son su base. La existencia indudable de las naciones se opone y se opondrá siempre a la uniformidad, pero la unidad puede alcanzarse siempre que se parta de los hechos diferenciales que la naturaleza nos ofrece y se avance hasta armonizarlos en una organización superior que a todos comprenda, respetándolos a todos. ¿Es que la naturaleza no nos dio el ejemplo al poner en cada flor un aroma, en cada pájaro un canto y en cada nación un idioma de lo que resulte a ese coro de la universal armonía en que encuentran sus delicias los espíritus superiores?

El hombre de la Libertad.

Todas esas cosas las sentía en lo hondo nuestro Galíndez porque él era un verdadero hombre de la patria. Pero, por serlo, era también algo más: un hom

bre de la Libertad. "Mientras no haya libertad, seguiré pidiéndola a gritos", decía. Porque sentía dentro de sí que, como hombre integral, había nacido para la libertad; porque era por naturaleza un hombre libre. Un hombre libre! Qué sencillo parece ésto y qué difícil suele ser, sin embargo. Para mí siempre ha sido algo de lo más grandioso que he leído en los Libros Santos aquel pasaje que dice: "Creó Dios al hombre y lo dejó en manos de su consejo" (Eclesiástico, 15).

Porque esto quiere decir que el mismo Dios que creó a millones esos resplandecientes astros y los lanzó a los espacios infinitos, les fijó una órbita, un camino del que, con toda su enorme mole, no tienen poder para apartarse; el mismo Dios que quiso separar a los continentes por un mar inmenso puso a las arrebatadas iras de éste un dique de arena o roca del que nunca podría pasar. Pero al hombre, desde que le constituyó en la suprema dignidad de Rey del universo, ni le puso camino fijo ni le señaló infranqueables barreras. El hombre puede caminar todos los caminos, el hombre puede franquear todas las barreras; él es el único arbitro de su propio destino que será el día K la participación del soberano Bien, alabando bienaventurado al Creador o el de abatirse para siempre en el abismo donde la desesperación presta su ronca voz a la blasfemia. En sus manos está la tremenda elección porque, al crearlo, Dios lo constituyó en libertad y esto es lo que hace la grandeza del hombre y su nobleza. Por ésto, precisamente, las dictaduras son esencialmente anti-Cristianas y no entendemos ni podremos nunca entender los que, ante todo, somos hombres de Cristo, la posición de la Jerarquía que apoya y da fuerza y vida a regímenes que son la negación misma de la libertad: de todas las libertades.

Galíndez, como hombre de la libertad, empezaba por ser un defensor de la libertad vasca. Sabía bien que los vascos no podemos enorgullecemos de haber dejado a la humanidad un legado como las Pirámides de los egipcios, los mármoles de Grecia o las vías y monumentos romanos. Pero sabía bien que nuestro pueblo era titular de una herencia de libertad como difícilmente pueblo alguno de la tierra puede ostentar. Un pasado en el que en medio de una Europa feudal, edificada sobre la esclavitud y la desigualdad de los hombres, nuestro pueblo, constituido por una raza limpia, dueño de un idioma no emparentado con ninguno de los conocidos, establece como su dogma político fundamental la nobleza de todos sus hijos y la igualdad de todos ellos ante la república. Son esos siglos de libertad y pureza democrática de nuestra patria que más de una vez nos han hecho repetir aquellas palabras del Cantar de los Cantares: "Eres toda hermosa, amada mía, y en ti no hay mancha".

Galíndez amaba así a la libertad vasca. Pero, fijaos que en el párrafo que d

e él hemos citado sólo habla de libertad, sin especificación alguna. Y es que, en rigor, no la necesita. Porque el que de verdad es hombre de la libertad, lo es de la propia y de la ajena; lo es de la de su patria y de las patrias todas. Porque no es hombre libre el que se contenta con serlo el sólo y no sufre, como en propia carne, cuando se viola la libertad de los demás. Porque no es pueblo libre el que vive satisfecho viendo a su alrededor a otros pueblos sumidos en la opresión; porque la libertad constituye entre los hombres como un cuerpo al que no se puede herir en ninguna de sus partes sin que los demás miembros se sientan vulnerados; porque la libertad es un patrimonio común a la humanidad; ella ennoblece al hombre, pero también marca a fuego al que elude participar en su defensa.

Si no perdemos de vista este concepto de que la libertad resplandece en los hombres dignos como herencia recibida en mancomún, podremos responder muy bien que, cuando se dice, como alguna vez hemos oído, que Galíndez no murió por la libertad vasca, se está diciendo una cosa que no es cierta. Galíndez, como patriota vasco, trabajó y sufrió mucho específicamente por la libertad vasca, pero podemos decir también que murió por ella al ofrecerse en holocausto por la libertad de los pueblos oprimidos de América. Hay en el mundo hoy día dos frentes bien definidos: el de la libertad y el de la anti-libertad. Quedaron ya superadas aquellas divisiones de derechas e izquierdas por este mis hondo signo de nuestros días. En todos los países que hemos recorrido nos ha tocado ver hombres y partidos que por educación, por instinto o por interés se agrupan al lado de los dictadores; como hemos visto otros hombres y otros partidos que con éste o aquel nombre, estén donde estén, se hallan siempre al lado de la libertad. En ese frente estuvo siempre Galíndez, entendiendo noblemente que donde quiera que defendía la libertad de un pueblo cualquiera estaba defendiendo la de su propia patria. Sentía esa comunidad en la libertad que nos hace amarla en todas partes, como ahora la amamos en Venezuela, porque, en definitiva, algo nos dice en lo más hondo que al llegar aquí la libertad se está acercando a nuestra tierra, no importa los miles de kilómetros que de ella nos separan.

El hombre del destino,

Galíndez era, finalmente, el hombre del destino. "Dios me de fuerza para seguir siendo insensato hasta el día de mi muerte", había escrito y pocas semanas más tarde, un 12 de marzo, hoy hace exactamente dos años desaparecía misteriosamente, sin que nada pudiera saberse de su paradero. que en un tiempo desarrolló en el Ministerio de Justicia de la República, sin darse cuenta de que cuando Galíndez ingresó en esas actividades los citados asesinatos habían sido ya perpetrados. Y siguieron otras especies con las que se daba actualidad a aquello que el gran escritor francés Francois Mauriac pudo es

cribir después del bombardeo de Gernika: "Los vascos, como Jesucristo, están siendo calumniados en la misma cruz en que se les tortura".

Pero los crímenes no se borran con calumnias. Y cuando tras unos meses de silencio sobre el caso, apareció asesinado el aviador norteamericano Murphy, tomó el asunto nueva actualidad. Y ésta aumentó cuando a ese nuevo asesinato siguió el "suicidio" del oficial dominicano Octavio de la Maza, presunto matador de Murphy. Y sigue creciendo esta serie de muertes violentas o extrañas que ya para el día de hoy forman una procesión de ocho cadáveres que están reclamando justicia.

Sabemos que esta justicia se hará y nosotros estamos y estaremos siempre en pie para reclamarla. Estamos aquí para decir que no pedimos venganza, porque eso no entra en nuestro estilo; que ni siquiera acusamos a nadie, porque ese no es nuestro oficio. Pero sí exigimos y lograremos que el caso se aclare y la justicia se haga, caiga quien caiga y responda quien deba responder. Nos ayudan en esta empresa el aliento de aquellos 6.158 alumnos de la Universidad de Columbia ante quienes, en junio de 1956, Jesús Galíndez fue declarado "in absentia" Doctor en Filosofía. Nos ayudan en los mismos Estados Unidos hombres como el íntegro parlamentario Charles O. Porter; nos ayudan pueblos como el ejemplar Uruguay que ha decidido presentar el caso ante el Consejo de las Naciones Unidas; nos ayuda el espíritu insobornable de todos los hombres libres del mundo a quienes la iniquidad subleva porque sus corazones saben latir por la causa de la dignidad del hombre y por la justicia.

En este momento está ya funcionando en los Estados Unidos el Gran Jurado que, no importa la lentitud con que opere, ha de llegar al esclarecimiento del caso, porque este crimen no puede quedar impune sin que quede empañado el honor de América y burlada la conciencia mundial. Porque no hay conveniencias políticas posibles, ni oscuras fuerzas que puedan impedir que una vez más, salga bueno aquello que escribió un gran norteamericano: "En este bajo mundo sólo hay una cosa fuerte: la que es justa".

Por eso seguimos esperando que la justicia llegue. Mientras tanto, no podemos hacer otra cosa que traer ante nosotros, una vez más, el recuerdo de Galíndez para decirle: "Tu sacrificio no será en vano. Porque con él has tenido la voluntad de los patriotas vascos que sienten que ya el día decisivo se aproxima. Nos lo anuncian las sucesivas caídas de esas dictaduras contra las que tú luchaste, nacidas & imagen y semejanza de la que a nuestra Patria aherroja-Necesitaremos de todo el espíritu que siempre animó tu vivir porque la empresa es muy dura. No se trata para nosotros los vascos de elegir

entre éste o aquel régimen. Nuestro tremendo problema es el de ser o no ser. Porque la invasión en masa que nuestra patria sufre y con la cual quieren a niquilarla en su propia sustancia, no admite espera ni soluciones a medias. "Insensato" Galíndez! es preciso que nos comuniqués tu locura. Porque ella es de la estirpe santa de la que anunciaba el Apóstol que había de triunfar sobre la sabiduría del mundo.

Ella es de la raza noble de la que inflamó en rebeldía los pechos de los estudiantes de Caracas y los lanzó a la calle en marcha abierta contra la tiranía, cuando todos callábamos aquí ante la omnipotencia del dictador. Ella es de la casta heroica de la que armó de piedras y botellas las manos duras de los hombres de la Charneca. A ella nos convida el poeta antiguo con sus recios versos:

"Libertad, libertad! ¿La quieres, Roma? Pues eso no se pida, eso se toma!".  
Caracas, Centro Vasco, 12 marzo 1958

## XVI NICOLÁS ORMAETXEA, "ORIXE"

### 1. El hombre y el humanista.

El año de 1888, nació Nicolás Ormaetxea en el pueblecito guipuzcoano de Oreja, corrientemente llamado por sus naturales Orixe, del que tomó su sobrenombre nuestro vate. En aquel pueblito de la raya de Navarra vino a la luz Ormaetxea en un parto en el que, según él lo dice en un pasaje de Euskaldunak, su pobre madre tuvo más hijos que pechos para ofrecerles, pues fue triple. Se crió y educó en Huizi, el cercano pueblo de Navarra, dándose así en él, desde los primeros años, la conjunción de un conocimiento profundo del euskera popular guipuzcoano con el alto navarro al que llegan las influencias del labortano: es decir, reunidas las tres variedades que forman el dialecto que el Príncipe Bonaparte llamó vascón, dialecto central del idioma y núcleo del euskera literario que Ormaetxea, entre otros notables cultivadores, tanto se esforzó por desarrollar.

Los primeros años de su vida transcurren en el caserío, ocupado principalmente en las labores del pastoreo en aquellas montañas de la alta Navarra en que el euskera fluye puro y sin contradicción.

Oñxe que se había destacado como un brillante alumno en la escuela del pueblo, ingresa, mozo aún, en la Compañía de Jesús en cuyos estudios encuentra oportunidad de conjugar sus conocimientos del euskera vivo, con los que le proporciona una sólida formación humanista para la cual naturalmente estaba dotado. Y allí, en el estudio de las lenguas y literaturas clásicas, como profesor de griego y latín y en sus clases de teología y filosofía, se

forma el gran humanista que fue Orixe quien nunca dejó, por eso, de ser un hombre esencialmente popular, una de las muchas contradicciones de su carácter en las que, como muy bien dice Luis Michelena, se nos muestra como compendio del humor complejo de un pueblo que no es tosco y sencillo más que en la apariencia; nacido para vivir y convivir en las formas más simples y sencillas de la vida, en los lugares más apartados del país, entre carboneros, pastores y leñadores y, al mismo tiempo, particularmente dotado para recibir la impronta de un Virgilio o mejor aun la de un Teócrito de cuyos contactos salió aún más cargado de los aromas y rústicos sabores de los heléchos y las argomas de los montes nativos. Este era el hombre contradictorio en quien la exquisita cultura clásica nunca fue poderosa a romper su natural corteza rústica con la que permaneció como un hombre esquinado y solitario, aunque dentro de esa corteza pudiera percibirse sin demasiado esfuerzo, un gran corazón generoso, sensible y hasta tierno que cantó, como seguramente hasta hoy nadie haya cantado en eus-kerá, al sentimiento de la amistad.

Al de algunos años sale de la Compañía. No hay quiebra en su vocación ni se da ningún hecho que necesite ser silenciado. Y tras su salida, sigue siendo en una agria polémica sobre el acento vasco, o sobre Krutwig en discusiones sobre la Academia vasca antigua y la actual o sobre Lafitte alrededor de puntos de gramática o contra tantos otros. Era un hombre que se apasionaba en la polémica y que no podía callar —y esto es muy vasco— cuando veía que una cosa no era verdad y hasta cuando simplemente esa cosa no le gustaba.

Recuerdo, y permitirse esta pequeña referencia personal, porque es de las que ayudan a comprender el carácter de Orixe, que cuando le remití mi traducción euskérica del "Platero y yo", me escribió al poco que había comenzado a leerlo, pero que lo había dejado de la mano, pues no le gustaba. Ha hecho usted muy mala elección de tema, me decía entre otras cosas. Y yo no pude tomarlo a mal por la sencilla razón de que con haber tenido poco antes crítica favorable mi modesta versión del Hamlet, de nadie mereció, ni muy de lejos, los elogios realmente extraordinarios que le tributó Orixe en un trabajo que escribió especialmente para la revista Eukerdia de Montevideo.

Se trataba de un hombre de una pieza, absolutamente sincero y que había que tomarlo como era en lo agradable y en lo que no nos resulta tal. Y como hombre de una pieza lo era en su fe robusta que llegaba en su exaltación al misticismo. Como lo dice Mitxelena, uno de nuestros mejores críticos, en su magnífica "Historia de la Literatura Vasca", se trata de un "Místico extraño en un pueblo como el vasco\* para quien la religión es más que fervores, éx

tasis y trances, un conjunto de normas morales y legales dentro de un sistema bien organizado que abarca lo visible y lo invisible".

El euskerólogo y el euakerista. Con esa formación entró Orixe en el campo de la lengua y de las letras vascas. Llegó en un momento en que aquellas fantasías sobre el euskera del Paraíso habían sido ya relegadas al olvido. Ya nadie toma en serio lo del euskera como una de las lenguas habladas en la torre de Babel y todas aquellas otras cosas en que se recreó la fantasía de un Perochegui, de un Churruca, de tantos otros noveladores de nuestro idioma. Pero todavía quedaban hombres que caminaban por los senderos abiertos por la vigorosa personalidad de un Larra-mendi; aún se sentían las influencias, y en hombres tan meritorios y para nosotros tan sagrados como el Maestro Sabino de Arana, de teorías como aquella de la significación de las letras, tan aireada por As-tarloa, y dé tantas otras que hoy en día ni asomarse pueden a la luz de la Lingüística, ciencia que por entonces estaba en sus comienzos.

Era la época —1900-1920— en que los estudios vascos en nuestra tierra giraban alrededor de cuatro hombres fundamentales: don Arturo Campión que había nacido en 1854; don Resurrección María de Azkue diez años más joven; don Sabino de Arana venido a la luz un año después de Azkue y don Julio de Urquijo posterior en seis años a Sabino.

Don Arturo Campión publica en 1884 su famosa "Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua eúskara"; don Resurrección María de Azkue lanza a la publicidad el año 1905-1906 ese monumento hasta hoy inigualado en la lengua vasca que es el Diccionario Vasco-Español-Francés. Por su parte, don Julio de Urquijo funda, en 1907, la "Revista Internacional de los Estudios Vascos" esfuerzo laudabilísimo para la difusión del conocimiento serio de nuestro idioma y por el que se evitó que se diera en los estudios sobre nuestra lengua lo que se había estado viendo en los estudios célticos, p.ej. es decir, que acudiesen a ellos todos cuantos se sintiesen animados del deseo de fantasear sobre cosas que poco o mal conocían. Y estos hombres beneméritos entre los que destaca por su impulso patriótico y renovador Sabino de Arana, van poniendo las bases de nuestra verdadera cultura euskérica.

Muerto Sabino de Arana en 1903, quedó como uno de los principales herederos de su escuela euskeralógica, don Luis de Eleizalde quien tomó la dirección de una de las mayores empresas culturales de Sabino: la revista "Euzkadi". Eleizalde es el autor de la "Morfología de la conjugación vasca sintética" y de tantos otros trabajos sobre filología vasca que lo constituían en uno de los más calificados seguidores de la escuela aranista. Así pues, al ce

lebrarse, a impulsos del patriotismo vasco, aquellos inolvidables Congresos de Estudios Vascos que comienzan con el de Ofiate que se celebra en septiembre de 1918, se marca un hito fundamental en nuestro renacer cultural cuando, entre otras cosas, se decide allí la constitución de la Academia de la Lengua Vasca a la que se da nacimiento mediante la designación en el citado Congreso de cuatro académicos natos que son Campión, Azkue, Urquijo y Eleizalde encargados, por su parte, de la estructuración del cuerpo y de la elección de los restantes miembros hasta el número de doce de que "Euskaltzaindi", es decir, la Academia de la Lengua Vasca, iba a constar.

Hay que decir que la constitución de "Euskaltzaindi" suscitó no pocas y encendidas controversias. Objetaban éstos a la forma de su constitución, aquéllos a la designación de tal o cual miembro, a la pretendida preterición de tal otro, etc., etc. Pero hemos de reconocer que, con todos los defectos que pudo haber en su creación, ésta prestó grandes servicios a la causa de la cultura y del idioma vascos, sin que se pueda olvidar tampoco, lo que suponía como órgano de unidad vasca al estar, como estaba constituida, por vascos de uno y otro lado del Bidasoa. Era un gran servicio el que prestaba a la Patria al congregar en aquella oscura casa de la calle Ribera a los hombres más preocupados por el porvenir del idioma, por su unificación literaria que allí se puso en marcha, por la unificación ortográfica que inmediatamente fue realizada siguiendo el sistema sabi-niano y al que se imprimió sello de oficialidad, por lo menos para todos los escritores vascos peninsulares, al crear allí una biblioteca de nuestros clásicos desde Axular para acá de cuya lectura podía obtenerse por el estudioso frutos de los que personalmente puedo dar testimonio; frutos que se ofrecían allí al alcance de la mano para cualquier euskaltzale de buena voluntad y que tan difíciles eran de obtener, en otra parte, salvo para algunos pocos privilegiados.

En aquella Academia pasa a trabajar Orixe que permanecerá allí más o menos desde 1922 a 1930 participando en todas las labores, completando en aquellos ocho años su formación de euskaldun de nacimiento y de humanista con un perfecto conocimiento de todos nuestros clásicos en todos los dialectos y con un estudio vivo de los problemas del día que, sobre todo, con el "Erizkizundi irukoitza" o "Triple cuestionario", le tocó hacer por todas las regiones de Euz-kadi. Allí va consolidando y decantando su cultura :uskérica y adquiriendo un conocimiento de nuestro idioma patrio como difícilmente podría ser acumulado de otra forma sino naciendo la vida que en esos ocho años él hizo allí.

Y es cuando nos aparece ya el Orixe que podemos configurarlo en estas cuatro características:

1. Tenemos en él al hombre que totalmente embebido en el estudio del euskera no se preocupa demasiado por esas cuestiones en las que vimos consumirse la existencia de tanto vasquista anterior, como son las de los orígenes de la lengua, problemas etimológicos, etc., etc.
2. Es el hombre que entiende, desde el principio, que lo práctico es escribir en euskera sobre el euskera y no disipar las energías que deben consagrarse a éste en apologías castellanas, como hasta entonces había sido la moda.
3. Es quien con toda su alma propugna por un euskera que se basa a la vez en el lenguaje vivo y en la aportación hecha al mismo por los clásicos de todos los dialectos, de forma que se llegue a crear un instrumento lingüístico que, al prestigio de lo antiguo y de lo vivo, uniera la variedad de un ritmo que lo hiciera sonar como un instrumento nuevo.
4. Penetrar con este instrumento en todos los campos hasta entonces vedados al euskera de las ciencias y las artes.

Y así, haciendo algo por el estilo de lo que Cicerón hizo, en su labor de adaptación a la lengua latina del saber griego de la época con sus sistemas y terminología característicos, se lanza Orixe a escribir sobre temas de filosofía y teología, de estética y crítica literaria y tantas otras como luego veremos. Con esta preparación y ese espíritu se lanza a hacer figura en la literatura vasca donde lo vamos a considerar ahora como prosista y como poeta lírico y para mayor claridad vamos a seguirlo en las cinco etapas siguientes: 1, la de Bilbao; 2, la de Huizi; 3, la de Francia; 4, la de América, y 5, la de su vuelta a Euzkadi.

Etapa de Bilbao. En Bilbao Orixe, mientras trabaja en la Academia de la Lengua Vasca y sustituye en la redacción del diario "Euzkadi" a aquel prosista vasco tan difícil de reemplazar como era el inolvidable don Evaristo de Buztinza ("Kirikiño"), junto con el conocimiento más profundo del idioma, adquiere un manejo cada vez más ágil de la pluma y da a luz tres obras fundamentales.

La primera de ellas es la traducción al euskera de "El Lazarillo de Tormes" que, como bien se ha dicho, es el tipo más puro de la prosa castellana del género familiar, aun no alterado por las pompas de los peri-fraseadores andaluces, ni el período alambicado de los latinistas, ni las puntas de loa conceptistas. Se trata, pues, de un lenguaje puro y sencillo como aquél que al euskera quería traer Orixe quien plenamente logra su propósito en su versión, en elegante dialecto vizcaíno, que sale de las prensas el año 1987.

Dos años después, y esta vez en dialecto guipuz-coano, aparece su biografía del cura Santa Cruz, "Santa Cruz Apaiza" con la que consolida aún más su fama de prosista castizo y maestro de las letras vascas.

Finalmente, en este periodo de Bilbao, publica el año de 1930, su hermosísima versión de "Mireio" el famoso poema en que Mistral hizo vibrar, a través de los amores de Mireya y Vincent, todo el alma de Provenza que se nos revela en aquel escogido repertorio de flora y de fauna, de costumbres y modismos de creencias y tradiciones, de todo lo que constituye la vida de un pueblo trabajador y al propio tiempo artista; poema que como decía el autor en su dedicatoria a Lamartine, era su alma y su vida y la flor de sus años mejores.

Y con esta traducción demuestra Orixe que su prosa está ya hecha. Es absolutamente dueño del instrumento y ello y las noticias que se tenían de los deseos de Ormaetxea de dedicarse a la composición de un poema euskérico de gran envergadura, de un poema nacional, hacen que en un grupo de meritísimos euskaltzales tome cuerpo la idea de que sería conveniente tomar a aquel hombre tan extraordinariamente dotado y con tan excepcional preparación, sacarlo del trabajo monótono y obligado de la redacción de "Euzkadi" y las oficinas de la Academia y comprometerse a sostenerlo mientras, retirado en su caserío de Huizi daba cima al poema que en su mente bullía.

Y así se hace. Orixe se retira a aquel rincón del valle de Larraun y allí, en fecunda soledad, invoca al Espíritu que mora en lo alto:  
"Zatozkida, Goi-arnaa, eizu nerekin lan, erri baten amasa mamitu dezadan..."

Y el Espíritu acude generoso al llamado del vate para hacer carne en sus estrofas a los hálitos de la tierra. Sopla en el txistu de Pontxo el de Zubieta, el humilde juglar que acude con el pregón de las fiestas patronales las que se inician con la misa solemne a la que sigue la danza donde se nos va presentando

a varios de los personajes típicos del pueblo y en donde prende el amor en Mikel el de Igarategui hacia Garazi la de Errekalde, Gerri-eder, la de la hermosa cintura, como la llama el poeta. De la mano de ambos seguiremos el hilo del poema. Pero no serán ellos los verdaderos protagonistas sino el pueblo vasco entero y siempre presente "Euskalerrri osoa dut kan-tagaí", nos dirá el poeta. Es el pueblo vasco cuyo vivir contemplamos, en el ciclo del año, entregado a sus fiestas y deportes favoritos ea "Pestaburu", y del que en "Artazuriketa" la vida menuda se desgrana al compás de las espigas del maíz en el desván del caserío Errekalde, al tiempo que se van concertando futuras parejas como la de Mikel y Garazi cuyos amores florecen ya en el siguiente canto, "Gaztaiñaro". En el "Iraleak", éstas —las hilanderas— para aliv

iar el trabajo del lino entonan viejas canciones y hermosas leyendas de los viejos tiempos del país: "Alos torrea", "Goizean goizik"...

La época de "Olentzaro" nos dará la estampa clásica de la matanza del cerdo en el caserío y la primera entrada formal de Mikel en casa de su prometida y el certamen de aizkolaris en el que Leiza y Huici han de dirimir su vieja rivalidad. Las fiestas de carnaval "Iñauteri" con sus facetas de "Gtzakunde", "Emakunde" y "Orakunde" nos hacen conocer aspectos pintorescos de la vida popular vasca, mientras que en el canto siguiente, "Denok bat", las veladas invernales, junto a los troncos que chisporrotean, hacen elevar el tono hacia aspectos tradicionales y patrióticos con "Arbola bat", "Itsas-gizona", etc., etc. Pero ha llegado marzo, el frío cede, la nieve se retira y estamos en la época en que los corderos recientes comienzan a triscar en la pradera y el campo se viste de alegría.

Pero ésta va nublando a causa de una pertinaz sequía. El valle entero implora a la lluvia y es preciso acudir en rogativas a la sagrada montaña de Aralar que cobra acentos de Sinaí en la voz del poeta. La lluvia llegará con una tormenta que dispersa a todos los malos espíritus y el ciclo del año continúa con episodios que nos hacen vivir entre la espontaneidad diáfana de Hesiodo en "Los trabajos y los días" y el supremo arte virgiliano de "Las Geórgicas". Así en "Artajorra", la escarda, y en "Belarrekoan" donde asistimos a una apuesta de "segalaris" y en "Eultzia" la trilla, para ir llegando a su final en "Eztaietan", las bodas de Ga-razi y Mikel, con sus "toberak" y "bertsolaris". Viene después "Eztaiondo" en que el viaje de la pareja a la costa da oportunidad a la soberbia escena de la regata de traineras en Donostia y, finalmente, el poema parece diluirse con la nota melancólica de "Amonaren illetak", para terminar con la estampa del partido de pelota jugado entre varios de los sacerdotes venidos a tomar parte en las exequias.

A vuela pluma, hemos esbozado al argumento del poema mayor de Orixe que es el de más largo aliento hasta ahora producido en nuestra lengua. Se me perdonará que hoy no entre en el estudio que demanda esta obra magna. Ella fue el tema de mi primer curso en la cátedra de "Cultura Vasca" de la Facultad de Humanidades de Montevideo por encargo de la cual y con la inapreciable ayuda, en algunas dificultades, del propio Orixe, cuyas notas de puño y letra conservo como precioso recuerdo, traduje el poema "Eus-kaldunak" íntegra y totalmente al idioma español.

Orixe permaneció en Huici hasta el año 1936 en que le sorprende la sublevación militar. Pero antes, el año 1934, aparece, editado en la benemérita Itxaropena de Zarauz, su tomito de poemas místicos "Barne-Muinetan". Reves

tidos de ropaje laburdino, como una muestra más de su dominio pleno de todos los dialectos, contiene algunos de los poemas, para nosotros, más hondos de nuestro poeta y fueron saludados por la docta crítica del P. José María de Estefanía con palabras como éstas: "Barne-Muinetan". El euskera está de enhorabuena: sus poetas son dignos, más intensos y más originales de los que podrían presentar actualmente algunas lenguas circunvecinas... Sus poesías (las de Orixe) son poesías religiosas de nuevo cuño.

Las colecciones de Droste-Hülshoffs, de Verlaine, de Manzoni, de Verdaguer, de Gabriel y Galán no tienen con esta de Ormaechea nada en común, fuera de ser, como ella, católicas. Su nota más íntima y más penetrante, la que le presta un carácter propio, un sello y aire nuevos, originales, con marcada originalidad, es la insuperable fusión de luz intelectual y calor afectivo, de sólida cultura literaria y de ingenuidad y sencillez popular. Son verdades de fe, verdades del Evangelio; pero vivas, profunda y seriamente meditadas. Acaso algo de índole intelectual más discursivo que intuitivo, se embebe en todas ellas, y a veces hasta prepondera, dando la impresión un sí es no es de sequedad. Las redime, sin embargo, de ese escollo que apunta, el caudal corriente de sentimiento que las empapa; sentimiento sólidamente cristiano, todo humildad anonadada, y todo esperanza filial confiadísima...

No es otro el secreto de su unción tan sensible, aunque no desbordada y blandengue, sino grave y varonil... Los resultados, a fin de cuentas, y en nuestro caso, constituyen una poesía genuina, sólidamente espiritual y originalísima, en la que la hondura, la elevación y la sencillez, son al mismo tiempo el fruto y la proyección de un temperamento armoniosamente clásico, y de un alma y de un corazón fervorosamente cristianos.

Poesía de ley, poesía egregia, toda equilibrio y sobriedad, poesía sana en cualquier sentido como devoción y como literatura. Y con una ventaja sobre todas o casi todas las otras del mismo género: su popularidad, su ase-quibilidad aun a los indoctos. En esta fusión del arte consciente de los cultos y de la mentalidad —la cabeza y el corazón del pueblo— Orixe es único. Repetimos lo que dijimos ya en otra ocasión: Orixe en las actuales circunstancias de la literatura euskérica, para aclimatlarla y arraigarla en el medio en que vive —la campiña y la montaña—, no tiene precio. Es el orientador que ni soñado".

Poco puedo yo añadir después de esto, pero no me resigno a dejaros de leer uno de los poemistas de ese libro que elijo por estar seguro que esta elección la aconseja en la ocasión presente tanto como su excelencia su brevedad misma. Escuchad, pues, "Alda-rean":

"Kristo'gan dugu laínko betea, ostian Kristo betea dugu. Zentzuek gai ez, be torr sinismen izkutu oiek argi ikusteko. lainkoa ain Berez erantzí ba da, Ze rtan iantzi nik irudimenaf adimena nik zertan zorroztu? Fedea lagun, bizi ik usten dut Biotzez bestez ez zadan ikus. Begira daukat, begira nauka. Gorputz -begiez dakusdanean ez ñau lilura; ez du dirdairik; doi-doi margorik. Gero... sar dute Zuririk ere ez dezaket ikus; an nago, or dea, fedez iantzirik. lan dudanean, lainkoz bete naiz Nagon ni Argan, bego neregan; indar benaza so dagiodan. Sutu, goritu bekit biotz au "Esker Ona" ri esker emanaz. Begira daukat. Naukan begira".

El 18 de julio de 1936, después de oír misa temprano en su retiro aldeano frente al Aralar y su querido monte Trintín, nos cuenta él mismo cómo tomo el camino de Tolosa donde pensaba asistir a una apuesta de korrikalaris, cuando en k mitad del camino se topa con un amigo que le dice: "Pero, a dónde vas? ¿No sabes que estamos en guerra?".

Ni la más remota idea de ello tenía nuestro poeta quien al de poco es aprisionado y llevado a Pamplona y de allí a k fortaleza de San Cristóbal donde tantos mártires vascos padecieron y en cuya prisión, según nos lo contará más tarde desde América, oyó de boca de los cruzados las blasfemias más horrosas que en su vida pudiera haber imaginado se dijeran por labios de cristianos.

Afortunadamente, pudo salir de allí y escapar a Francia en otra etapa que se prolonga hasta el año 1950.

Etapa de Fronda. Destacaremos de esta época, entre otras cosas, en primer lugar, sus colaboraciones en k revista "Eusko Jakintza", publicación que tanto bien hizo a nuestra cultura y mucho más podría haber hecho si hubiera habido o posibilidad de mantenerla. En esa revista aparece, otra vez, el polemista de raza que era en la crítica de la Gramática Vasca del Padre Lafitte a la que, concediendo todos los méritos que tiene, apunta, al mismo tiempo, todos los casos en que el conocimiento del euskera no se revela en el autor a la altura de las circunstancias (1947).

Escribe también en esa revista un muy enjundioso estudio titulado: "Mintzoer a bakarra, gira enda ba-karra" esto es, "Lengua única, raza única" (año 1948) y allí también publica un gran trabajo sobre "La sintaxis primitiva en la lengua española" (año 1950) en la que se revela como el gran filósofo que era al relacionar ese estudio con el de la sintaxis primitiva de la lengua vasca y la que había imperado en los primeros escritores latinos.

Es por aquellos años cuando le hacen un encargo. Se refería al vacío que se notaba en el euskera de un manual de devoción a la altura de las circunstancias. Porque, a pesar de que en euskera el mayor caudal de su literatura lo dan las obras de tema religioso, lo cierto es que no sirven para breviario ni la gran obra inmortal que es y será siempre el "Gero" de Axular, ni el "Oto íz Gaiak" de Mendiburu, ni las de Juan Bautista de Agirre, el de Asteasu, ni tantas otras meritísimas, por lo demás. Se encontraba nuestro pueblo y los sacerdotes, sobre todo, en la necesidad de un breviario completo y adecuado como existe hoy en día en todos los idiomas. Y la composición de esta obra es lo que proponen a este hombre que no es sino un simple seglar.

Y Orixe acomete la obra y la realiza en un tiempo inverosímil, componiendo en euskera ese breviario que se llama "Meza-Bezperak" que es en sus 1.400 páginas un monumento al idioma vasco y en el que hace, entre otros milagros, éste que señala Michelena, de conseguir en verso una versión absolutamente fiel del

"Lauda Sion Salvatorem" en la misma medida que el original —en realidad la traducción tiene dos versos menos—, sin soslayar ninguna de las dificultades que ofrecía este comprimido teológico. Recuerdo bien, cómo cuando este breviario se editó, allá en Montevideo, un padre vasco dominico, me ponía entusiasmado la gran proeza que representaba el haber traducido tan magistralmente, casi sílaba por sílaba, todos los himnos y cánticos litúrgicos. Se trata, por otra parte, de una obra llamada a tener una influencia enorme en los medios euskaldunes porque ella se ha convertido ya en el manual de cientos de sacerdotes y religiosos vascos que son los que, en general, más cultivan y escriben la lengua vasca. Solamente con esa obra, Orixe se ha convertido en uno de los hombres que más profundo influjo ha de tener sobre los destinos del euskera.

Por ella, como por las otras que le debemos, se ha hecho guía, orientador y maestro de muchos que abiertamente lo confesamos por tal y de muchos otros que si no lo confiesan así, a la vista llevan el sello del profesor.

Es ésta también la época en que se publica la revista "Gernika", benemérita publicación en la que colabora, ahí generalmente en castellano, con sus artículos entre los que no faltan, según su costumbre, las arremetidas, como aquellas contra el Padre La-fitte a quien reprocha el que diga que la lengua no está capacitada, pues si no lo está lo que procede es trabajar para que lo esté cuanto antes; trayendo muy a cuento el ejemplo de los prosistas españoles del siglo xvi que decían que el castellano no era idioma que sirviese para tratar de problemas teológicos y filosóficos, cuando he aquí que a

l poco aparecen Juan de Valdés y Fray Luis de León, entre otros tantos ilustres, escribiendo precisamente sobre esos temas en el lenguaje castellano más puro que hasta entonces se hubiera conocido. "Trabajemos —decía Oríxe y él predicaba con el ejemplo— si no es útil ya lo veremos. Pero hagámoslo si no lo es y lo conseguiremos". Y ésta es la gran lección que nos dio a todos.

Etapa de América. Con el producto obtenido por su trabajo del Misal, Oríxe se financia su viaje a América donde se convierte en el principal colaborador de esa revista que tanta huella ha de dejar en el campo de las letras y cuya creación y sostenimiento se debieron al impulso y al sacrificio de ese hombre a quien pocos igualan en el conocimiento y entusiasmo por el idioma vasco y cuyo nombre es el Padre Joaquín de Zaitegui.

Allí se manifiesta en toda su amplitud Oríxe el prosista; allí brilla de nuevo con nueva luz Oríxe el poeta y allí puede expandirse también Oríxe el hombre que hasta entonces, según nos dice, ha vivido más o menos trabado en la Academia de la Lengua Vasca, en "El Día", en "Euzkadi". Ahora, nos dice, soy libre y escribo como me place.

Y el prosista hace correr su pluma en "Quito'n arrebarekin" donde, alrededor de sus diálogos con su hermana monja a quien visita en Quito y, a la vuelta de mil recuerdos familiares y del pueblo de su infancia, toma vuelo hacia las cumbres místicas en las que conversa con Elias, Loyola, Santa Teresa, San Juan de la Cruz...

Aquí ven también la luz capítulos enteros de gramática, de estética, de metafísica... quizá madurados durante sus años de Francia: "On eta Ederr", "Egi ta Ederr", "Antee ta Ederr"; allí vemos la teoría de las ideas de Platón, ágil y gallardamente desenvuelta en idioma vasco; allí se habla el sutil lenguaje de Plo-tino; allí se tutea en vasco a esas cimas de la Estética que son el alemán Hegel o el italiano Croce; allí tantos otros trabajos sobre puntos de gramática, toponimia y... naturalmente, de polémica con este o el otro compatriota.

Y es también en esta etapa de América cuando se revela otra vez el gran poeta. Los temas serán a veces de actualidad, los inspirados por las tierras nuevas •que va contemplando y sugieren a su espíritu las ideas que llenan los poemas "Bolivi'ko zabaldian", o las que le brotan de la contemplación de las pampas argentinas o el volcán Pichincha. Pero lo principal de su producción versará aquí también sobre los temas eternos. Es el sentimiento religioso el que más poderosamente le hace vibrar y le inspira esos hermosos poemas que se llaman "Itz eta Mintzo", "Bam Hendían", la serie de "Gets

emani"... en que la unción religiosa se derrama de un corazón transido de robusta fe. Otra vez nos encontramos con el poeta místico en cuyas poesías —y de nuevo cedemos la palabra al autorizado crítico Michelena— "se ha tr aslucido siempre, dentro a veces de una aparente sequedad, una honda emoci ón que con los años se ha ido expresando en un tono cada vez más abierto y más sincero. Tal vez es encuentre en estos poemas, compuestos en un verso sobrio y simple, la manifestación más alta de la personalidad de Orixe".

Es en estos poemas también donde ensaya, el extraordinario versificador que él era, ritmos nuevos. Así en el prólogo de "Baru Mendian" después de decir que la poesía vasca, tal como había sido escrita hasta ahora, resultaba, en general, un tanto pesada para el oído, pone su atención en los metros clásic os que él conocía tan bien, como el asclepiadeo y el alcaico y en la abundan cia de palabras trisílabas que el eus-kerá ofrece, ensaya, con todo éxito, e l traer a nuestro viejo idioma un eco del "Mecenas, atavis edití regi-bus" h oraciano, en una de sus tantas y tan valiosas contribuciones a la renovació n de las letras vascas.

Vuelta a Euskal Erna. Llevaba ya cuatro años en América y ya la nostalgia de la vieja tierra le punzaba cada vez más intensamente. Sin duda no era h ombre hecho para América y era natural que pensara en volver. Y en Busto G ogoa (Iraila-Urrilla, 1954) publica una conmovedora despedida: "Agurr, Gu atemala'r i", de la que traducimos algunas de las frases más significativa s: "Pero, Orixe, ¿es que te has hecho ya indiano? —Quia! En cinco años nad ie se enriquece... Cuando pasé la frontera huyendo de la guerra civil, en seguida me escribieron los esposos Guillaumie, profesores de la Universida d de Burdeos, diciéndome que me conseguirían bastantes lecciones aun para hacer algún dinero. Pero mi novia más querida ha sido el euskera y por amo r a ella he preferido verme más arlóte, más bohemio. También en la Univers idad de San Salvador tuve oportunidad de entrar ganando bonitamente; pero por seguir enamorando a mi novia, otra vez la plata huyó de mí. Esta es la pura verdad. Pero mi linda, diré mejor, mi hermosa novia, siempre se h a portado bien conmigo la pobre. Si tuviera mucho dinero, todo sería para mí, pero me ha dado algo que vale más que el dinero".

Tenía razón: su novia Euskera le ha dado algo que vale mucho más que toda la plata del mundo: un nombre glorioso que perdurará mientras la lengua de los vascos dure.

Por aquella época, recibí carta suya en que me decía que salía de Guat emala porque sentía la necesidad de volver a Euskal Erria. Que lo haría aun que tuviera que emplear nombre falso y refugiándose donde fuese. Que se le había resentido aquélla su hermosa salud de siempre y venía padeciendo de r

euma y gota y que, en resumen, regresaba a Euzkadi para allí morir.

Lo acogieron los benedictinos de Lazcano y allí puso a punto su traducción de las "Confesiones" de San Agustín que, el año 1956, salía de las prensas revistiendo de hermosísimo ropaje euskérico los divinos conceptos de aquel santo obispo de Hipona quien en el pináculo de su santificación nunca dejó de ser el hombre a quien lo mejor de la cultura pagana había convertido en un maravilloso artista de la palabra.

Y en el año siguiente de 1957 le llega, por fin, la hora de la debida reparación al ser elegido miembro de la Academia de la Lengua Vasca en donde es recibido con todos los honores que le eran debidos. Sigue en su labor euskérica colaborando en diversas revistas como la de los franciscanos de Aranza y otras, y es precisamente en mayo de este año cuando logra colmar una de sus mayores anhelos al ser laureado en el concurso poético que se celebra en Tolosa, en homenaje a una de las más altas cumbres de la poesía euskérica y entrañable amigo suyo, Xabier de Lizardi. Después, su alma siempre sedienta de los manantiales eternos, batió sus alas hacia Dios desde su retiro de Añorga.

Yo he leído estos días varias veces aquella bella poesía suya "Itz eta Mintzo", escrita en los días de Guatemala, y me he detenido una y otra vez en aquellos versos:

"... Gerta zait, ostots bildurgarriz etxeoak oro yeiki, baña ni lo. Esan ordun neri "Mikolas" agopez; agontzen naiz usu. Izenak zer ote? Atzarri ni beti, entzuteko; bañan entzingorr besterik edozer entzunes. Zer gerta dakik et eriotz-orduan Yainkoak izenez deitu nazanean? Beste denetako entzungor na itela. Ordu zoriontsu! zu zaitut nik opa adiskjde deiez. Oi zer esnatzea! Zure besoetan esnatu nadilla!".

Todos los que estamos aquí sentimos la seguridad de que hace pocos días Jaukoikoa llamó por su nombre a Nicolás Ormaetxea. Y en pago de la obra que realizó por el euskera que vale en muchos aspectos como obra hecho por Dios; en pago de aquella vida limpia y pura, centrada en todo momento en la propia vida de Cristo; le ha conducido con sus brazos de padre amoroso a allí donde todos deseamos que para siempre esté. Ala bedi.  
Caracas, Centro Vasco, 18-IX-1961

## XVII JOSÉ ANTONIO DE AGUIRRE LECUBE

Se cumple hoy un año desde que se rompió aquel generoso corazón que supo luchar como pocos por la causa de la Patria vasca.

La figura del Lendakari Aguirre, como la de todos los grandes hombres, nece

sita de la perspectiva del tiempo. Estamos aún muy cerca de él para valorar lo con justeza. Pero esto no impide que nuestra visión sea o pueda ser exacta, en sus grandes líneas, porque no es su figura de aquellas en que las contradicciones o las caídas nublan las grandes cualidades. Si hay algo que caracteriza el perfil de José Antonio ello es la claridad. Claridad que alcanza la diafanidad en su expresión hablada; claridad aún más diáfana en su conducta. Claridad en pensamiento y palabra y consecuencia absoluta con pensamiento y palabra en el obrar. Conducta rectilínea que nunca supo de desviaciones aunque éstas a veces pareciera que tendrían que imponerse a aquélla.

Tai, por ejemplo, en la obra fundamental de nuestro primer Lendakari: el Estatuto Vasco. Sabemos muy bien, todos los que desde chicoa fuimos sus amigos, cual fue siempre el pensamiento de José Antonio respecto a la solución definitiva del problema vasco.

Sabemos bien que jamás pensó él, ni por un momento, que ella fuera la del Estatuto. Pero éste ofrecía una oportunidad que hubiera sido insensato desaprovechar; significaba una parte muy apreciable del tesoro a recuperar; significaba cubrir una etapa que nos pondría en condiciones magnificas para cumplir con el resto de la jornada. Y José Antonio no dudó en consagrar su vida entera a esta etapa, aun sabiendo que el sacrificio que su lealtad le imponía no sería por todos bien entendido. Esto hubo de hacer sangrar más de una vez a su corazón. Pero la rectitud de su conciencia pudo reconfortarlo siempre. Y el duelo imponente que se manifestó espontáneo a la muerte del Lendakari, desde las capitales a las últimas aldeas de Euzkadi, expresó, con insuperable elocuencia, que el pueblo lo comprendió bien y había otorgado toda su confianza y afecto a aquel hombre de cuya alma cristalina ningún pecho vasco pudo dudar jamás.

Hemos pensado que para intentar una valorización de su figura podríamos encuadrar a ésta dentro del marco general del resurgimiento nacional vasco en el que encontramos, quizás un tanto arbitrariamente, tres etapas: 1. La de los Románticos; 2. La de los Doctrinarios, y 3. La de los Políticos,

La primera de ellas, la de los Románticos, viene determinada por el impacto que producen en nuestro pueblo las dos guerras carlistas. Terminada la primera de ellas, todo el pueblo aparece afectado por un confuso sentimiento que no alcanza a comprender bien. Sabe que ha perdido algo entrañable, pero ni sabe exactamente lo que ha perdido, ni por qué ni cómo lo ha hecho, ni cuál es la vía que ha de llevarle a la recuperación. Y es la época en que se dan figuras como la de Agustín Chao a quien pudiéramos calificar de primero de los románticos, el cual en su "Viaje a Navarra" publicado en 1840, nos habla de "patria vasca" y nos presenta un Zumalacarregui, "El hombre de la

gran espada", como él lo llama, que lucha, no por la causa del Rey Carlos sino por la de las libertades vascas, y pone en su boca afirmaciones de nacionalismo vasco demasiado rotundas quizá en aquella época para ser fiel expresión del pensamiento del gran guerrero. Pero, publicado su libro, poco más nos queda de Chao, el suletino, que desaparece como un meteoro de la escena vasca.

Pasan unos años. A aquél café madrileño de San Luis donde acostumbra reunirse un grupo de vascos, suele concurrir un mozo gallardo que tiene por amiga inseparable una guitarra acompañándose de la cual es su costumbre entonar sencillas canciones a la madre ausente, a la gentil novia, a la tierra lejana. Cantos ingenuos que hablan de verdes praderas, de blancos caseríos, de ríos rumorosos... Pero aquella noche el joven de inspirada voz no traía su guitarra. Su acompañante era un organista compatriota, Juan José de Altuna quien al poco se sentó al piano. A su lado Iparraguirre, echando atrás su hermosa cabellera de bohemio, rompió el silencio con una canción que electrizó a los concurrentes que sintieron que en aquel momento se estaba produciendo en sus almas la revelación de algo trascendental; estaba naciendo la canción que un pueblo había estado esperando durante siglos; la voz de la raza que de repente se concretaba en las notas majestuosas de un himno nacional.

Así nació el "Gernika'ko Arbola" del que nos dicen los testigos de la época que cuando Iparraguirre lo entonaba en su tierra ante masas de vascos que en algunas ocasiones llegaron a contarse por decenas de millares, los hombres lo escuchaban de rodillas jurando, al mismo tiempo, morir si era preciso por la defensa de los Fueros de cuya verdadera naturaleza la mayoría de ellos no tenían sino una vaga noción.

El caso es que el himno de Iparraguirre de tal modo llegó a mover al pueblo vasco que el gobierno de Madrid estimó que estaba naciendo un peligro al que no se podía dejar suelto y ordenó el destierro del bardo que a los sones de su "Zibillak esan diate..." emprendió la marcha a América. Y aquel romántico que quizá tuvo por un momento la visión más o menos clara de la patria vasca, la dejó perder también.

Entre los románticos podemos considerar a hombres como el diputado don Valentín de Olano, aquella voz elocuente a quien Donoso Cortés pudo comparar con el líder irlandés O'Connell llamando a ambos "hom-bres-pueblo" cuando Olano reclamaba en el parlamento español el cumplimiento de las promesas hechas ante los batallones vascos congregados en el campo de Vergara: "Lo que yo no digo al hombre que está con las armas en la mano, no se lo digo después que las ha dejado". Olano llevado de su ardor vasquista, de a

lgo que se movía en lo más hondo de su entraña, pero que por desgracia nunca acabó de comprender con entera nitidez, llegó a pronunciar en el Parlamento español las palabras "nación" y "patria vasca". Pero estos momentos no fueron sino relámpagos que al disiparse volvieron a dejar tan oscura como antes la noche oscura de la patria nuestra.

Pocos años después tenemos a don Pedro Egaña, el hombre que quizá hizo la exposición más completa del sistema foral vasco en el parlamento español. A semejanza de Olano, la verdad que pugnaba por declararse franca y total por su boca, le hizo pronunciar allí palabras como "Lege zarra" que pocos decenios después pasarían a formar parte del lema del movimiento renacentista vasco.

Pero como Olano, ante la reacción de los diputados españoles, no llega a la formulación de las conclusiones que las premisas sentadas demandaban y es otra voz que se pierde, como la de Moraza, como la de varios otros vagos sentidos de la época; hombres sinceros sin duda y que no hay duda que a su modo amaban la causa de la patria vasca, pero minados por el virus romántico de la época que les impedía llegar a la valiente y rotunda definición que la hora requería.

Otro momento interesante lo podemos captar en las postrimerías de la segunda guerra carlista. Es cuando en Estella, capital de la declinante causa carlista, se reúnen unos hombres a los que urge la incertidumbre del futuro vasco. Redactan una alocución que se llamará "Manifiesto de Montejurra". Don Pablo de Jaurrieta y don Estanislao de Aranzadi, promotores de aquel movimiento, convocan a varias reuniones la última de las cuales cerró el camino a la deseada solución. Fue aquella en que un señor "Valdés" concretó el sentir de la mayoría al proponer la fórmula de "Rey con Fueros". Otro, que no en vano se apellidaba Calderón, fue el líder de un criterio minoritario al patrocinar el programa de "Rey sin Fueros". Finalmente, Aranzadi frente a ambas posiciones, proclamó la suya de "Fueros sin Rey", afirmación que contiene, indudablemente, la primera formulación precursora de nuestro renacimiento político. El Manifiesto de Montejurra no tuvo andamio y quedó en nada la idea de la Federación Vasca que en él se propugnaba, pero sin embargo, el espíritu que había animado a los mejores de aquellos hombres no dejó de dar sus frutos tales como la "Asociación Euskara" y la "Revista Euskara" que surgen a la vida en 1877. Antes, en 1876, Miguel Loredó había fundado en Madrid el periódico "La Paz" que se titulaba "Defensor del solar euskaro". En él hizo sus primeras armas, con una serie de artículos titulados "El euskara", quien pronto se había de convertir en una de las primeras figuras del movimiento renacentista vasco: Arturo Campión. Esos

primeros trabajos de Campi3n venían a ser una serie de elogios a la lengua vasca formulados también al modo romántico, al estilo de un Walter Scott. Muchos de vosotros recordaréis lo que tras esto ocurri3. El episodio de aquel amigo santanderino que reprocha a Campi3n su repetida exaltaci3n de una lengua que ni siquiera conoce, a pesar de ser vasco. Nada pudo responder Campi3n en el momento. Su respuesta insuperable vino despu3 con la publicaci3n, en 1884, de la "Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua eusk

Junto a la de Campi3n podemos ver otras destacadas personalidades navarras que valorizan aquel movimiento. Veamos, por ejemplo, este párrafo de un trabajo de don Juan Iturralde: "Mientras en nuestra amada Euskalerrria arrullen las madres a sus hijos con los tiernos cantares vascongados; mientras los ecos de nuestras verdes selvas repitan el tradicional y típico irrintzi que escucharon los romanos, los árabes, los francos y las legiones de Napole3n I, y que hoy todavía resuena alegre y fiero; ni el sentimiento de la patria habr3 a muerto, ni degenerar3 nuestro virtuoso pueblo...". Es un típico ejemplo de la literatura romántica de la 3poca, pero bien puede verse que en este romántico, como en Campi3n, el patriota vasco se hac3a ver ya.

Algo parecido sucedía en Vizcaya con el grupo de los "euskalerrriakos" cuyo máximo representante lo podemos ver en don Fidel de Sagarminaga, hombre de s3lida cultura, claro talento y que supo mostrar entereza y dignidad de carácter cuando la ocasi3n lo demandaba. Sin embargo a él, como a Arfstides de Arti-ñano, José María de Ángulo y Hormaza y a tantos otros prohombres vizcaínos de la 3poca, les falt3 la palabra decisiva que les pudo haber colocado al frente de aquel pueblo que sólo pedía un guía que con claridad y energía le señalase el camino que deb3a seguir en aquella hora crucial de su historia, y quedaron para siempre como figuras indecisas en los umbrales de nuestro Renacimiento.

Sin embargo, y aquí entramos en la segunda etapa de las tres en que hemos dividido nuestro estudio, no podemos decir que vivieran en vano. Sus dichos no fueron seguidos demasiado frecuentemente por la acci3n que les deb3a haber rubricado; fue demasiado frecuente en ellos lo de sentar principios sin llegar a las consecuencias que la lógica más elemental estaba a gritos demandando; aquello de quedarse a medio camino y detenerse, en los umbrales mismos del edificio de nuestro Renacimiento patriótico. Pero no es menos cierto que ellos dijeron muchas cosas que necesariamente hicieron pensar a mentes más decididas y que esa misma postura de permanecer indecisos a las puertas de su destino, hizo que tras ellos viniera quien proclamara con voz vibrante lo que ellos apenas se habían atrevido a insinuar y que,

con paso firme franqueara aquélla al parecer, para ellos insuperable barrera. Esa fue la misión de Sabino de Arana Goiri.

Sabino, en efecto, sin mengua de su poderosa individualidad y de la visión única a que ésta le llevó del problema nacional vasco, se vincula a los comienzos con los románticos de Vizcaya en cuya publicación "Euskal Erria", el año 1886, aparece dando a luz uno de sus primeros trabajos y se vinculará muy pronto con los navarros a través de aquel glorioso episodio de la Gamazada en que toma parte activa en hermosa demostración de solidaridad vasca (1893). Sabino proclamó a la faz del mundo aquellas palabras de "nación vasca" y "patria vasca" que Olano no se decidió a repetir cuando una vez se le escaparon en el Parlamento español; Sabino hizo suyo el Lege Zarra que una vez floreció en labios de Egaña en ese mismo Parlamento; Sabino traía consigo, purificada y sublimada toda la emoción de Iparraguirre y todo el lirismo de los románticos y con todo ello y el ejemplo de una vida de total pureza, de sacrificio y de inmolación nos dio un cuerpo de doctrina sintetizada en aquella luminosa y fundamental verdad: "Euzkadí es la única patria de los vascos porque éstos constituyen una nacionalidad perfecta".

Con los raudales de luz que de esta verdad fluyen iluminó el camino de sus primeros seguidores entre los que descuellan los doctrinarios como Ángel de Zabala cuya magnífica "Historia de Vizcaya" está esperando demasiado la segunda reedición; aquel propagandista y polemista inimitable que se llamó Arriandiaga (Joala); Engracio de Aranzadi, sin duda, la pluma más brillante que ha tenido nuestro movimiento en sus millares de artículos en diarios y semanarios y en sus libros como "Ereintza", "La Casa Solar Vasca" y aquel imponderable "Nación Vasca" que debiera estar en las manos de todos los patriotas; Luis de Eleízalde, flor de cultura y espíritu, autor de "Lengua, raza y nación vasca", "Países y razas", "Morfología de la conjugación vasca sintética", etc., etc. y tantos otros que tras las huellas de Sabino van confirmando, explicando y aplicando la doctrina patriótica. Y junto al impulso de estos hombres otros movimientos más modestos, pero no menos dignos de exaltación como aquellos que hallaban calor de hogar en nuestros "batzokis". Aquellos batzokis en los que no podía hacerse demasiado, pero se hacía sin embargo, lo que se podía hacer. Resurrección de la "ezpatadantza" que casi agonizaba en el rincón de Berriz en Vizcaya; creación de un teatro que si todavía no podía ser de gran aliento, enseñaba a alentar en la causa de la Patria a nuestra gente; conferencias culturales, todo aquello, en fin, humilde si queréis, como suelen ser de ordinario las cosas en sus principios, pero que fue creando el ambiente que naturalmente había que moverse hacia más alta cultura como la que apareció madurando en el Primer Congreso de Estudios Vascos de Oñate (1918) y los que le siguieron e hizo posible creaciones d

e tanta trascendencia como la Sociedad de Estudios Vascos y la Academia de la Lengua Vasca.

Con esta labor iba la que comenzó a hacerse en el campo político con la paulatina conquista democrática de ayuntamientos y diputaciones. El renacimiento vasco alumbrado por los románticos y estructurado por los doctrinarios estaba entrando con paso firme en la esfera política y tenía que producir por vía natural el hombre político, el que lo fuese en la más alta acepción de la palabra, porque es claro que cuando habió en este momento del político no me estoy refiriendo a aquellos hombres del

Renacimiento italiano para quienes el Estado era esencialmente una obra de arte, pero eso sí, labrada a costa de todos los crímenes y de las más sublevantes injusticias; naturalmente que no tengo en la mente a Maquiavelo para quien la política era el arte de engañar llevado a la más elevada perfección, ni tan siquiera a ese otro tipo de político cuya figura ha sido tan bien trazada por Azorín, maestro en el arte de sembrar ilusiones, de hacer nacer, donde conviene a su interés, las más halagadoras esperanzas, puramente vestido en su severo atuendo oscuro en el que la única nota de color la pone su reloj con amplia cadena de oro y siempre disponiendo de la palabra con que a todos seduce y a él nunca compromete. Al hablar hoy aquí de política estoy recordando aquello que leí en no sé cuál de las obras del gran Chesterton quien decía que se acostumbraba mucho en los centros de su Inglaterra el poner un cartelito que advertía que allí estaba prohibido hablar de Religión y de Política, cuando precisamente él no veía de qué cosas se pudiese hablar que merecieran más la pena. Estamos hablando del político en el más alto y noble sentido de la palabra como lo fue José Antonio de Aguirre quien al actuar como político se supo convertir en un símbolo perfecto de su patria cuyas virtudes encarnó por maravilloso modo; cuyas características resplandecieron en él tan inconfundiblemente que lo convirtieron en un acabado modelo de todo lo mejor que la tierra vasca suele producir. Juventud recia y de una limpieza total, de una inmaculada conducta, raíz y fundamento del hombre cuya palabra tendrá la autoridad que sólo una trayectoria moral como la suya es capaz de engendrar.

Palabra siempre llana y franca y que nunca sirvió de velo a la menor deslealtad. Agudo sentido práctico que lo llevó a las realidades del momento sin atender a las cuales nunca es posible hacer camino. Profundo sentido de solidaridad humana que le acerca, sin doblez y sin reserva, al adversario político lo mismo que al hombre de cualquiera latitud. Tenacidad en lo emprendido que jamás se deja vencer ni detener siquiera por ningún obstáculo. Valentía personal que, entre otras partes, quedó grabada para siempre en las fal

das del monte Art-xanda que contemplaron asombradas las epopeyas de los gudaris. Consecuencia total que lo llevó desde la aplicación integral de las normas sociales pontificias en su fábrica, hasta otras realizaciones que en el peor de los casos quedaron plasmados en proyectos de leyes. Hombre de una profunda fe religiosa de esa fe de ks que hacen vivificar a las obras, que ahí en la conducta y no en la palabrería de los tartufos demuestra su verdad el sentimiento religioso.

Corazón entregado por completo al culto de su patria y espíritu, y al mismo tiempo, abierto a todas las corrientes de la humana simpatía. Eso y muchas otras cosas fue José Antonio de Aguirre como cabal símbolo de los mejores valores de su pueblo. Con la implantación de un régimen democrático en el estado español, en abril de 1931, nace a la vida pública Aguirre cuando acababa de cumplir los años necesarios para ser elegible.

Y como alcalde de Guecho, primero, y Diputado a Cortes por Navarra y Vizcaya después, su figura cobra en seguidas dimensiones nacionales y se convierte en el líder indiscutido de las masas vascas que, con su certero instinto popular, comprenden muy pronto que en aquella figura juvenil que desborda sinceridad y simpatía, vida y empuje, firmeza y lealtad, han encontrado al hombre enamorado de su pueblo y sus valores eternos que sabe decirle con fácil y rotundo verbo, aquello mismo que en silencio les ha estado repitiendo su corazón, y que es capaz de conducirles con mano firme, a aquella meta que todos sueñan alcanzar: la de la reintegración nacional vasca; la de las libertades nacionales perdidas el pasado siglo cuya recuperación es el único camino de dignidad que a los vascos cabe para, siguiendo una milenaria tradición, actuar como hombres plenamente libres dentro de un Estado plenamente libre también. José Antonio de Aguirre era el abanderado sin tacha y sin miedo de uno de los más limpios ideales por los que el hombre puede vivir. Porque él era para nosotros el mejor vocero de la verdad vasca que a nada teme por su total limpieza, que es la de un pueblo que ostentando una milenaria tradición de libertad, igualmente ajena al yugo extraño que a las formas internas de esclavitud que el feudalismo la inquisición y otros poderes impusieron en los demás Estados de Europa, reclama y reclamará siempre, hasta conseguirla, la devolución de esa libertad que un día nos fue arrebatada por la villanía y la traición.

José Antonio conjugaba en su persona la emoción caliente de los románticos, y el haz de luz de los doctrinarios y sabía hacer que de esta conjunción naciera la visión realista del político nato. Le confortaba sumergirse como en vivificante baño en la consideración de nuestro inigualado pasado de libertad y no desdeñaba en absoluto el recuerdo de tantos grandes nombres como

la Historia de nuestro pueblo nos ofrece y sus grandiosas hazañas. Pero un político no puede vivir del pasado. El presente le acucia siempre con las mil posibilidades que para su realización se ofrecen y que llenan su grandiosa visión del porvenir. > Cuando miraba a su alrededor y consideraba el panorama presente sabía que el 60 % de la flota española era de la matrícula de Bilbao.

Sabía que el 40% del total de las cajas de ahorro de España era capital vasco. Sabía, como lo sabíamos todos, que eran vascos los que habíau ido a Madrid a perforar su suelo y construir el subterráneo, el metropolitano de la villa y corte; sabía bien que a empresas vascas se debía el aprovechamiento de la fuerza hidráulica de varios de sus más importantes ríos; sabía bien que eran vascos los que habían ido a construir los Altos Hornos de Sagunto y los que habían puesto en marcha los astilleros de Cádiz; que había, en resumen, una enorme potencialidad en la industria y el trabajo vascos; que a pesar de la dificultad del idioma eran las regiones vascas las que dentro del cuadro del estado español presentaban uno de los menores índices de analfabetismo; que a pesar de la sistemática privación de universidad eran también de las regiones que más alta proporción de estudiantes universitarios ofrecían. -. Y su mirada de patriota que se apacienta en las glorias y recuerdos del pasado se unía con la del político que se daba perfecta cuenta de que, sobre la base de su comunidad de sangre y lengua singulares, y con el debido encauzamiento de tal rico caudal de energías físicas y espirituales, contábamos con la materia prima suficiente para vivificar un estado que pudiera codearse, dentro de su pequenez, con los más adelantados del mundo; un estado en que el esfuerzo de sus ciudadanos floreciera en el bienestar y el progreso que sólo se dan en aquellos que tienen como fundamento la libertad y por corona la justicia.

La vida, como a menudo sucede, no le permitió contemplar la realización de sus sueños. Pero sí le concedió ser el artífice máximo de una etapa preparatoria de su acariciado ideal: la del Estatuto Vasco.

Le correspondió a José Antonio de Aguirre ser el principal motor de esta obra que siempre quedará asociada a su nombre, obra que en los pasados años ya había tenido precedentes que podemos considerar más o menos ligados a ella.

Tales fueron, en cierto modo, aquellos movimientos que con el lema de "Laurak Bal" se iniciaron ya en tiempo de los románticos. Y situándonos ya más en nuestros días, cabe recordar aquella reunión celebrada en Iruña (Pamplona), en 1918, por unos cuantos prohombres vascos, navarros la mayor parte

, entre los cuales estaban varios de los que pocos años más tarde, contribuirían a poner en marcha el Estatuto y a su torpedeamiento después. Allí estaban los Beunza, Baleztena, Rodezno y tantos otros. Se habló allí de reintegración foral, de la abolición de la ley de 1839, etc., etc. y aunque de momento nada quedó en concreto, hubo también en esas regiones hermanas otras reuniones similares y el terreno quedó abonado para echar las bases de lo que en principio era ya mucho: la unión de las cuatro regiones vascas peninsulares a través de un común organismo jurídico que las encaminase conjuntamente hacia la meta fijada: la reintegración foral. Claro está que entre estos precedentes o que hemos citado como tales y el Estatuto hay una diferencia esencial. En aquellos se trata de derechos nuestros originarios, a ningún poder extraño debidos y anteriores al Estado que al darse en determinado momento —año 1931— una nueva constitución hacía constar en ésta la facultad que se concedía a determinadas regiones para previo cumplimiento de los requisitos que se especifican, poder organizarse en régimen de autonomía dentro de los límites que se señalan. Esto es lo que grosso modo se estatuyó en la constitución que se dio a sí mismo el estado español tras la proclamación de la República que aquel 14 de abril por la mañana tuvo lugar en Eibar, a la misma tarde en Madrid y —perdonadme un recuerdo personal— nosotros en el ayuntamiento de Guecho, con José Antonio de Aguirre a la cabeza, proclamamos aquella misma noche como República vasca. Como complemento de esta acción y ratificación solemne de la misma había de ser la proclamación, el próximo día 17, en nuestra capital foral de Guernica que la incompreensión de la República nos impidió celebrar.

Fue entonces cuando comenzó la esforzada tarea de José Antonio a través de todas las modalidades y venciendo cuantos obstáculos fueron apareciendo como fruto de la mala voluntad, la desidia y la traición misma. Todos recordamos aquellos trámites que se inician con la Comisión de Alcaldes por Aguirre presidida y que llegó a la estructuración del llamado estatuto de Estella o Vasco-Navarro que bien sabéis cómo se malogró. Pero no desmayó por ello Aguirre y siguió con su campaña pro Estatuto que ahora quedó limitado a las regiones de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, dejando la puerta abierta para la incorporación de Navarra en cuanto la primera oportunidad se presentara.

Las dificultades siguieron, esta vez por el lado de la República, primero por el carácter "vaticanista" de que se tachaba a los vascos; después por la enemiga con que había de distinguirnos el gobierno Le-rroux-Gil Robles. Pero cuando tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, queda de nuevo abierta la vía democrática, los esfuerzos de Aguirre, secretario permanente de la Comisión del Estatuto Vasco y miembro de la Comisión de Estatut

os del Parlamento, redoblan de modo que una semana antes de la sublevación militar queda totalmente discutido y listo para la aprobación nuestro Estatuto lo que permitió que cuando, por el curso de la guerra, las cosas hicieran que no sólo pareciera justa sino también oportuna su aprobación, ésta alcanzó la unanimidad en las Cortes Españolas, el día 1 de octubre de ese año de 1936.

Quienes al de pocos días, el 7, estuvimos en Ger-nika no olvidaremos nunca aquella tarde fría y brumosa en que, con el frente aun mal estabilizado a 20 kilómetros y defendido por gendarmes mal armados, en aquel recinto venerable de las libertades vascas; "Humillado ante Dios, de pie sobre la tierra vasca y con el recuerdo de los antepasados" juró cumplir con sus deberes de Presidente de Euzkadi. Después... no es este el momento de extendernos en la trayectoria de José Antonio de Aguirre. Todos sabemos cómo en la guerra y en la post guerra, en uno y otro terreno, en Europa y en América fue el hombre que llevó la bandera de la Patria por todos los países, en todas las salas de parlamento, en todos los gabinetes de gobierno que le tocó visitar, en todas las reuniones internacionales en que le correspondió intervenir. Todos sabéis que gracias a él, como Presidente del Gobierno Vasco, nuestra causa ha tenido una proyección internacional como hasta entonces nunca había podido tener. Era una causa justa sin duda, era la causa de un pueblo heroico en sus gendarmes y sufriente en todos sus hijos y esto la hacía sagrada. Pero es cierto también que el excepcional valor moral y humano de quien la representaba obró poderosamente en su labor.

Todos sabemos que el gran éxito político de José Antonio fue establecer y consolidar la unión de todos los vascos y de todos los partidos políticos en torno a su Gobierno, porque hombres de distintas ideologías como eran, todos coincidían en dos cosas fundamentales: el compromiso que ante el pueblo habían adquirido por el mantenimiento de las libertades vascas y la absoluta confianza que todos sentían en la lealtad de aquel nombre que los aglutinaba a todos con sus singulares dones de total lealtad, de integridad absoluta y de fascinante simpatía.

Así fue la vida y la obra de José Antonio de Aguirre hasta que un día como hoy, hace exactamente un año, la muerte, aquella que no lo quiso cuando fue en su busca al frente de los gendarmes en aquellas desesperadas batallas de Artaxanda, nos lo llevó brutalmente y arrebató a la patria vasca una de sus más altas glorias y enlutó el corazón de Euzkadi, por la pérdida de uno de sus hijos más íntegros, más puros, más buenos...

Hoy todo eso nos ha sido de golpe arrebatado, dejándonos sólo llanto en los

ojos y congoja en el corazón. Pero del seno del Padre donde ahora nuestro Lendakari descansa recibiendo el premio acordado a una vida ejemplar, sentimos que nos llega y llegará siempre, su mensaje de optimismo y esperanza. Dios nos lo dio y Dios nos lo ha quitado. Él sabe el por qué de las cosas. A nosotros sólo nos resta reavivar más que nunca nuestro esfuerzo por la causa que fue la razón de ser de nuestro Primer Presidente y elevar hasta el cielo nuestras esperanzas, poniéndolas en manos de aquél que nunca desampara la causa del débil cuando, como la nuestra, es justa de toda justicia y limpia de toda limpieza como todo lo que nace al impulso de un puro amor.  
Caracas, Centro Vasco, 22 marzo 1961

### A UNA MUJER VASCA

Tiene usted razón, señora mía, tiene usted toda la razón. En estos tiempos en que todo se nos vuelve exaltar nuestros valores; en que tanto traemos y llevamos nuestra antigua democracia, nuestra libertad originaria y aquel nuestro altísimo concepto de la humana dignidad, ¿cómo podemos los vascos echar en olvido algo que fue siempre en Euzkadi, valor inigualado y base fundamental de esos otros que ahora señalábamos, es decir, nuestra mujer?

Y la verdad es que nunca fuimos, en ningún aspecto, pueblo de misóginos. De Tenorios tampoco, que eso, a Dios gracias, no va con nuestra raza. Pero lo cierto es que ni los reverendos obispos que en el Concilio de Macón decretaron, según fantásticas historias, que la mujer carecía de alma, ni aquel malhumorado Schopenhauer que dijo de ustedes aquello de los cabellos largo y las ideas cortas, eran ni podían ser de nuestra casta.

De nuestra casta no, que en ella, desde antiguo, desde muy antiguo, tuvimos un concepto reverencial de la mujer. Desde la reina de Navarra hasta la última moradora del más humilde de los caseríos vascos, la mujer recibía y sigue recibiendo, como el máspreciado de sus títulos, el de "etsekoandre", esto es, señora de la casa.

De la casa, del hogar, de la familia, vale decir de la piedra angular de nuestro derecho civil y de nuestra ley política. Ella, casada, gobierna el hogar; viuda, reina y gobierna; a la muerte del marido, se hace "poderosa", según el decir vizcaíno. Jamás los hijos pequeños ni los mayores osan alzarse contra este feliz reinado que la tradición de los siglos consagró.

La vemos, viuda, concurrir con voz y voto, a las asambleas del país. Aun cuando no concurra, su influencia es igualmente inmensa, pues siendo el voto fogueral, esto es, por familias, resulta inevitable el influjo de la mujer.

"Cosa extraña —dice Anguiozar— en una época en que las poblaciones bárbaras de Europa trataban a la mujer con feroz menosprecio, los vascos guardaban para ella esa deferencia que escandalizó ya a Strabón hace dieciocho siglos".

Deferencia bien ganada, añadimos. No por los méritos o el brillo aislado de ésta o la otra mujer, sino por lo que vale más, por el hacer cotidiano, el sacrificio, la honestidad y la prudencia, día tras día mostrados por la inmensa mayoría de ellas y que es, en definitiva, lo que les ha valido ese plano de igualdad con los varones que cantó, en versos famosos, Tirso de Molina:

"Que aunque diversas en el sexo y nombres, en guerra y paz igualan a los hombres".

Y no es que los ejemplos aislados nos falten, no. Fácil nos sería presentar reinas como la insigne doña Toda de Navarra; patriotas como aquello roncalés que cortó la cabeza del jefe moro en Olats, o aquella vizcaína que derribó de un hachazo al rey Ordoño de León en Arrigorriaga, según la extendida leyenda. O de las que de nuestra sangre germinaron en estas tierras de América, desde doña Juana Manuela de Gorriti, la gran patricia argentina, hasta la heroica Pola Solabarrieta que electrizó los corazones de Colombia. Y, sin salirnos de tierra venezolana, ¿cómo olvidar a aquella Luisa de Arrambide, "una de las más bellas de su sexo", según palabras del Libertador, víctima de los furores de Boves, o aquella otra heroína de la Independencia venezolana, Cecilia Méndez, quien se dice acudió al suplicio cantando sus últimas coplas en lengua vasca? O si por escritoras va, y para limitarnos también a tierras de América, ¿cómo dejar de lado esa brillante constelación que de antiguo preside la décima Musa, Sor Juana Inés de la Cruz, la gallarda defensora del euskara: "Nadie al vasco murmurare — que juras a Dios eterno — que aquesta es la misma lengua — cortada de mis abuelos", hasta llegar al Premio Nobel de nuestros días, la Gabriela Mistral, quien con no menos gallardía supo decir: "Por mi sangre, yo sólo soy india y vasca"?

Porque no es, ciertamente, en la inteligencia donde fallan nuestras mujeres. Si usted me guardara el secreto, yo le contaría humildemente, algo que escribió el inglés Borrow, después de visitar nuestra tierra: "En aquel país —decía— las mujeres son más inteligentes que los hombres".

Pero no vayamos a descuidar el otro aspecto. Aquel —no tratemos de disimularlo, señora— que en el fondo, más a usted, y, naturalmente, a nosotros, ha interesado siempre; ¿por qué desdeñar los dones de Dios? Pero aquí yo quisiera un juez más imparcial y competente que yo mismo. ¿Qué le parecería some

ternos al juicio de un francés? ¿Sí? Pues mire lo que escribía Louis Lhande quien, en 1877, visitó nuestra tierra. "Pero, sobre todo, las mujeres me han parecido admirables. Antes de que el trabajo y las fatigas de la maternidad las hayan puesto a prueba, representan el ideal de la belleza humana; todas altas, tienen también atractivos puros, caderas anchas, pecho firme y bien lleno, mejillas coloreadas, labios sonrientes, ojos dulces de un poco de asombro, espléndidos cabellos castaños que las casadas llevan trenzados en la parte trasera de la cabeza y que las solteras dejan caer en dos largas trenzas sobre su espalda.

Al primer golpe de vista, se reconocen ahí seres privilegiados, muy superiores a otras razas mezcladas o bastardeadas de la Europa Occidental".

Transcritas estas palabras, permítame, amiga mía, que me retire discretamente por el foro, de usted siempre rendido servidor.